



HENRY MARSHALL

El amor que sacudió las elecciones estadounidenses

DANI MORAES

HENRY MARSHALL

DANI MORAES

2025 DANI MORAES
autoradanimoraes@gmail.com

HENRY MARSHALL
1ª edición

Registro de derechos de autor —CBL Cámara Brasileña del Libro
DA—2025—070179

ISBN:
978—65—01—29376—9

Este libro sigue las normas del Nuevo Acuerdo Ortográfico.

Todos los derechos reservados

Se prohíbe el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio —tangible o intangible —sin el consentimiento expreso del autor.

La infracción de los derechos de autor es un delito tipificado por la ley nº 9610/98 y sancionado por el artículo 184 del Código Penal.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con nombres, fechas y acontecimientos reales es pura coincidencia.

Edición digital / Creado en

Ilustración



Notas del autor



Notas da Autora

Queridas lectoras,

Hoy es un día especial para mí, un momento que marca mi debut en el increíble mundo de la lengua española. Con cada página escrita, me llené de emoción al imaginar este libro llegando a manos de lectoras apasionadas como ustedes, en un idioma que tiene una belleza y un ritmo tan únicos.

Este es un sueño hecho realidad, pero también un desafío. Aunque me esforcé mucho para que cada palabra fluya y cada emoción resuene como lo imaginé, sé que estoy aprendiendo y creciendo con esta experiencia. Si encuentran algo que no se sienta del todo en armonía o que podría mejorarse, les agradeceré mucho que me lo compartan. Cada opinión es un regalo que me ayudará a continuar mejorando y a construir historias aún más fuertes.

Más que un libro, este lanzamiento es una invitación. Una invitación a que se unan a este viaje conmigo, a que vivamos juntas las emociones, los giros y las sorpresas que estas páginas contienen. Espero que esta historia le hable al corazón tanto como a mí mientras la escribía.

Gracias por darme esta oportunidad, por su tiempo y su confianza. Estoy emocionada de leer sus comentarios y seguir este camino juntas.

Con cariño,

Dani Moraes

Lista de reproducción

HENRY MARSHALL cuenta con una lista de reproducción pensada y elegida para acompañar la lectura. Para escucharla haga clic [AQUÍ](#), escanee el código que aparece a continuación o busque el título del libro: **HENRY MARSHALL**.



Dedicación



Dedicatória

A ti que tienes el valor de amar

Epígrafe



"No te preocupes por nada
Porque todo irá bien"
(Frase en uno de los bancos de Central Park)
Three Little Birds —Bob Marley

Resumen

[Ilustración](#)

[Notas del autor](#)

[Lista de reproducción](#)

[Dedicación](#)

[Epígrafe](#)

[Resumen](#)

[Acto I](#)

[Prólogo — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Uno — Henry Marshall](#)

[Capítulo Dos — Henry Marshall](#)

[Capítulo Tres — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Cuatro — Henry Marshall](#)

[Capítulo Cinco — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Seis — Henry Marshall](#)

[Quinn Taylor](#)

[Capítulo Siete — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Ocho — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Nueve — Henry Marshall](#)

[Capítulo Diez — Quinn Taylor](#)

[Capítulo Once — Henry Marshall](#)

[Capítulo Doce — Henry Marshall](#)

[Acto II](#)

[Capítulo trece — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Catorce — Henry Marshall](#)

[Capítulo Quince — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Dieciséis — Henry Marshall](#)

[Capítulo Diecisiete — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Dieciocho — Henry Marshall](#)

[Capítulo Diecinueve — Quinn Marshall](#)

[Henry Marshall](#)

[Capítulo Veinte — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Veintiuno — Henry Marshall](#)

[Capítulo Veintidós — Henry Marshall](#)

[Capítulo Veintitrés — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Veinticuatro — Quinn Marshall](#)

[Acto III](#)

[Capítulo Veinticinco — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Veintiséis — Henry Marshall](#)

[Capítulo veintisiete — Henry Marshall](#)

[Quinn Marshall](#)

[Capítulo Veintiocho — Henry Marshall](#)

[Quinn Marshall](#)

[Capítulo Veintinueve — Quinn Marshall](#)

[Henry Marshall](#)

[Capítulo Treinta — Quinn Marshall](#)

[Capítulo treinta y uno — Quinn Marshall](#)

[Henry Marshall](#)

[Capítulo treinta y dos — Quinn Marshall](#)

[Capítulo Treinta y Tres — Henry Marshall](#)

[Capítulo treinta y cuatro — Henry Marshall](#)

[Capítulo Treinta y Cinco — Quinn Marshall](#)

[Henry Marshall](#)

[Epílogo — Henry Marshall](#)

[Notas](#)

Acto I

ACTO I

«El encuentro de dos personalidades es como
el contacto entre dos productos químicos;
si hay reacción, ambos se transforman por ella.»

Carl Gustav Jung



Quinn Taylor

Los olores a perfume caro, alcohol, puros y maquillaje se mezclaban y formaban una nube que me seguía allá donde iba, casi creando una entidad entre los presentes.

Mi olfato estaba dominado por el whisky, mientras balanceaba botellas de ambas marcas en la bandeja de plata, que se servían en copas de cristal, *"perfectamente colocadas sobre servilletas de lino"*.

No encajé como había aprendido en el mega curso intensivo de diez minutos que precedió al inicio del trabajo, porque no podía prestar atención a los detalles.

Sostenerme sobre unos tacones altos, vestida con un corsé, unas medias finas y unos micro shorts, llenos de volantes en el trasero que hacían que parecieran bragas —cuando la verdadera lencería estaba enterrada en mi trasero— exigía más atención en ese momento.

—¡Cuidado con eso, Cinthia Novak! Y coge menos vasos esta vez, antes de que lo tires todo.

Legrand, el hombre encargado de guiar a las camareras, me llamó la atención por décima vez esa noche, o vigésima, o trigésima.

¿Quién lleva la cuenta?

—Jovencita, sólo el tapón de esta botella tiene cristales y algunos quilates de oro, ¡así que ten cuidado!

Undécimo.

Hice un pico, inclinando la bandeja, y la botella giró sobre el metal pulido, dejando al pobre hombre pálido.

—Vale, ¡ya he parado! —dije, adoptando un tono serio.

Puse unos vasos alrededor de las botellas, y me dolían las muñecas con el peso, pero no le di oportunidad de regañarme otra vez. Lo esquivé para salir de la zona de repostaje.

—Sonrían, bailen cuando las bandejas estén vacías, diviertan a nuestros invitados. —Legrand gritó las instrucciones en su francés chapurreado, dando palmas y reclamando nuestra atención.

Asentí y me apresuré a marcharme, porque mi velada no había hecho más que empezar y necesitaba concentrarme en mi objetivo.

Atravesé la puerta automática y, al entrar en la sala, oí la voz de la cantante que actuaba en el enorme escenario. Las bailarinas acompañaban la actuación, todas vestidas con trajes que mezclaban elementos de los cabarés franceses de los años 1900 con accesorios modernos que no fechaban el espectáculo.

¡Baila, Quinn!

Moví las caderas con contención, porque no quería llamar la atención de la gente. Tenía que

convencerles de que sólo era una camarera que necesitaba unas libras.

Sin duda necesitaba el dinero, pero la última vez que fui camarera fue cuando estudiaba, y el público de la pizzería donde trabajaba era mucho más agradable que los pedantes desperdigados por la sala de conciertos. El ambiente también era muy diverso; no había banderas italianas ni manteles a cuadros manchados de salsa y grasa.

La decoración en rojo y negro, mezclada con colores sensuales y femeninos, recordaba a los grandes espectáculos de Las Vegas, pero más exclusivos e íntimos. No había visto ninguno, pero sí uno o dos en anuncios y reportajes en Internet.

Era una fiesta para la élite neoyorquina, a la que sólo asistían personas cuidadosamente seleccionadas. Entre los invitados había empresarios de Fortune 500, nombres de la escena artística de Hollywood, algunos políticos consagrados e incluso miembros de la mafia.

—¿Macallan? —Se lo ofrecí a un senador que pertenecía a una de las familias más tradicionales de Estados Unidos.

—¿Sólo tiene whisky para servir? —El tono pícaro, acompañado del intento de manosearme el culo, fue bastante esclarecedor en cuanto a lo que pretendía "probar".

—Puedo traerte un vaso de leche si lo prefieres —dije con el tono de voz más dulce que pude conseguir, y él no supo si hablaba en serio o en broma.

Su mirada se clavó en mi rostro durante un largo instante mientras decidía qué responder, pero alguien le acercó a un grupo de ancianos para mostrarle algo, ahorrándome un debate sobre el comportamiento.

Podía seguir sirviendo a aquellos hombres que estaban allí para socializar antes de hacer tratos que se reflejarían en las próximas elecciones, pero mi objetivo era mucho más importante que los tratos políticos.

Mientras atendía a todo el mundo con sonrisas y miradas inocentes, conseguí escabullirme entre mesas y divanes hasta llegar a la puerta que daba a la escalera que conducía al tercer piso, donde se ejercía la prostitución.

Según mi informante, las chicas estaban cautivas y obligadas a servir a una clientela muy selecta, y yo quería pruebas de la historia. Así podría redactar mi informe y desenmascarar al empresario que dirigía el club nocturno de Manhattan.

Me detuve delante de dos guardias de seguridad que vigilaban la entrada a la planta, y me miraron de arriba abajo.

—¿Una copa? —ofrecí, cambiando mi peso sobre mis pies.

—Estás en el lugar equivocado, gatita.

El "armario" se apoyó en la pared y, con el codo apoyado en el alféizar, gruñó con voz ronca, fruto de su adicción al tabaco.

—Me asignaron para servir en esta zona. —Hice girar el dedo en el aire, sin señalar ningún lugar concreto—. Pero si no puedo acceder al piso, le haré saber al señor Leonidas Megalos que usted le exige que venga personalmente a dejarme pasar.

No conocía al viejo Megalos, pero sabía que el personal rehuía las conversaciones difíciles con él, y esperaba que ése fuera el caso de aquellos guardias de seguridad. Giré sobre las puntas de los pies para hacer lo que había dicho, pero oí que el hombre volvía a llamarme "*gatita*".

—Ven aquí, te registrarán antes de que pases por esa puerta.

Respiré hondo y dejé que lo hiciera, pero sentí que su mano ajustaba su agarre en mi cintura, y el movimiento no se parecía en nada a una revista rutinaria.

"Veo que estás muy cualificado para este trabajo —murmuró el otro desgraciado con voz lujuriosa.

Babeaban por mi trasero, porque si algo había hecho la vida por mí era mi culo, acentuado por mi esbelta cintura, y todo eso quedaba a la vista cuando me ponía tacones.

O cuando estoy casi medio desnuda.

Era consciente de la poca ropa que llevaba y deseaba encontrar un baño donde poder deshacerme de ella y del excesivo maquillaje. Las pestañas me pesaban por la cantidad de rímel y estaba segura de que, cada vez que cerraba los ojos, las hebras debían de provocar un pequeño tornado a mi alrededor.

—¡Es gratis, gatita!

El hombre volvió a su posición indolente junto a la ventana, mientras que el otro refunfuñó en voz baja cuando mi espalda entró en su campo de visión.

¡Ignóralo, Quinn!

Caminé por un pasillo decorado con papel pintado arabesco en negro y rojo, y hasta eso parecía lujoso. Lo que se habían gastado en la decoración debía de equivaler a mi sueldo anual. Pasé junto a numerosas puertas, todas cerradas, y quise hurgar en ellas, pero tenía que comprobar qué había al final del pasillo, de donde procedían los sonidos de voces y tintineo de vasos.

—¡Por fin han enviado a alguien a atendernos!

La impaciente voz masculina vibró en el instante en que mis pies tocaron el suelo enmoquetado de la sala, e intenté comprobar quién participaba en la reunión privada, pero me dirigí al sediento desconocido.

—Dame un trago de algo y luego sírvelo. ¡Que sea rápido! —ladró, señalando una puerta. Serví la bebida en el vaso y su atención volvió a centrarse en alguien con quien estaba hablando —. ¡No estoy de acuerdo con este arreglo!

No ofrecí una copa a los otros hombres que discutían por algo. Me fui para saber cuándo salía de la sala y me dirigí en la dirección indicada.

Entré en una habitación ricamente decorada. Me di cuenta de que había candelabros de Tiffany y jarrones de cristal esparcidos por todas partes —apostarí mi pobre sueldo a que eran auténticos Baccarat—, pero todo se volvió borroso cuando sentí el peso de mil pares de ojos sobre mí.

Se me erizaron los pelos de la nuca, un hilo de tensión recorrió mi espina dorsal y, por primera vez en toda la noche, temí no poder soportar el peso de las gafas. Tuve que respirar hondo, intentando inhalar el aire que escaseaba en mis pulmones.

—Coloca la bandeja sobre la mesa.

Me giré en la dirección de la voz y no pude evitar que un cristal se hiciera añicos a mis pies. Mi mirada se clavó en el hombre que estaba de pie en la puerta que daba a una habitación, un despacho o algo parecido.

Reconocí al senador, después de todo, ¿quién no conocía a Henry Marshall, el niño mimado del momento, el número uno en la carrera presidencial? Sin embargo, descubrí que estar en su presencia era algo completamente distinto a verle a través del televisor o el monitor del ordenador.

Sentí una pesadez en el pecho, como si fuera totalmente inapropiado estar delante de él, al tiempo que mi existencia se había reducido a orbitar a su alrededor.

¿Qué coño?

Retrocedí dos pasos cuando le vi avanzar, temeroso de lo que pudiera estar haciendo allí, solo, en el piso destinado a la prostitución.

—Quizá deberías sentarte —sugirió, indicando un sillón que había detrás de mí—. Estás pálido y podrías hacerte daño con los fragmentos.

Retrocedí un poco más y la parte trasera de mis piernas rozó el mueble

—Estoy bien, no tiene por qué preocuparse, señor Marshall —me obligué a decir.

Su sonrisa era sexy y condescendiente mientras caminaba hacia mí. Como un depredador que ha encontrado a su presa.

—No estoy preocupado por ti en particular, sino por el riesgo de que te desmayes y armes un revuelo.

Se detuvo a centímetros de mí. A pesar de llevar tacones altos, tuve que doblar el cuello para mirarle a la cara. Sus ojos azules parecían devorarme, irradiaban ondas que me golpeaban y provocaban miedo, curiosidad y algo que no podía identificar.

—Como he dicho —murmuró acercando sus manos a las mías, que estaban firmes sobre el frío metal, y con un ligero tirón cogió la bandeja para sí—, siéntate.

Caí sobre la mullida tapicería, como si el travesaño me sostuviera a mí y no al revés.

Se dirigió a la mesa para servirse, y por un momento observé su ancha espalda, su intimidante estatura y la despreocupación que, aunque parecía calculada para cualquier ser humano, yo sabía que era natural en su personalidad.

—Tengo que limpiar este desastre murmuré, apoyando las manos en los brazos de la silla, dispuesta a escapar

—Vamos a hablar, Quinn Taylor—. Volvió a mirarme, con un vaso entre los dedos y un rostro inescrutable.

Por un momento dudé de haber oído bien, pero entonces comprendí por qué mis sentidos estaban alerta: él sabía quién era yo. Pero ¿cómo?

—Creo que...

—No intentes negarlo. Sé tu nombre, tu edad, el nombre de tus padres, el de tu hermana, también que eres sobrina de Gilroy Taylor, un conocido miembro de la Cámara de Representantes.

Respiré hondo, domando el miedo a la incertidumbre, mientras mi mente creaba todas las posibilidades de lo que estaba ocurriendo, pero sin poder llegar a una conclusión.

¡Mantén la calma, Quinn, y analiza la situación!

Rápidamente hice un inventario de las pocas deducciones que había logrado sacar en el corto espacio de tiempo: 1) él sabía que yo estaría en la fiesta; 2) el Senador había investigado mi vida personal en algún nivel; y 3) él tenía algo que ver conmigo.

Su atención permaneció fija en mí, esperando a que hablara, pero dejé que el silencio se volviera denso e incómodo, hasta que se hizo pesado entre nosotros.

—Para alguien que hizo periodismo de investigación en Columbia y ganó uno “*Pulitzer Travelling Fellowship*”^[1], estás muy callado —acusó, señalando con su vaso antes de acercar una silla para sentarse.

Realmente había hecho los deberes y hasta debía saber mi número de la seguridad social, pero necesitaba averiguar por qué le interesaba.

—Si realmente me has investigado, deberías saber que aún no he hecho el viaje que me he ganado. —Su mirada permaneció impasible, pero continué—. Tu nombre no estaba en la lista de invitados, lo que significa que tu presencia es informal.

—Disculpa la falta de preguntas, ya que eres nuevo en la profesión.

—No quiso responder a ninguna de mis preguntas—. Me encogí de hombros.

La sonrisa que antes me había parecido indulgente escondía en realidad una buena dosis de cruel ironía.

—Inténtalo, Quinn.

Me sentía como un ratón revolcándose entre las garras de un gato, a punto de ser engullido. Quizá debería intentar escapar, pero mi vena investigadora exigía respuestas.

—El apellido de tu familia no ha aparecido en ninguna de las historias en las que he estado trabajando, al menos hasta ahora. ¿En qué momento te he pisado, Marshall? —espeté, atenta a sus reacciones.

Un brillo sutil e incómodo apareció en su rostro, pero fue tan fugaz que dudé de haberlo visto.

—¿Marshall? —adoptó un tono de diversión incrédula ante mi trato hacia ella.

—La ropa que llevo es inapropiada para un comportamiento formal y estoy aquí contra mi voluntad.

—Elegiste trabajar de incógnito en este evento —dijo, con una voz tan suave como peligrosa.

Y ése era su carisma: mezclaba asombro, respeto y magnetismo a partes iguales. La apariencia de un hombre de casi dos metros de altura, con músculos bien definidos y una elegancia única, era sólo un cebo para quienes no reparaban en su personalidad astuta y dominante.

Poca gente sabía que yo iba a estar en el acto, tanto si era con mi identidad real como si no. La lista de personas que podrían haberme entregado en bandeja era bastante reducida. Sin embargo, ya pensaría en ello cuando estuviera a salvo.

—Entonces puedo irme.

Me levanté, pero no pude dar ni un paso antes de que se opusiera.

—Siéntese. —La voz parecía la de un alto mando de las fuerzas armadas, pero mi sonrisa irónica le hizo entrecerrar los ojos—. Te aconsejo que no pongas a prueba mi paciencia.

—¿Entonces di lo que tengas que decir! —Me levanté y me puse las manos en la cintura en una pose desafiante—. No tengo tiempo para suspense y voy a encontrar las respuestas a nuestro encuentro.

—No te molestes, querida. De hecho —la frase se detuvo para que pudiera comprobar la hora en su muñeca y, a juzgar por lo que vi, habría jurado que era un modelo Jaeger- LeCoultre—, está a punto de descubrirlo.

Esperé un momento, poniéndole a prueba, pero no tuve tiempo de hacer ninguna pregunta porque la puerta se abrió de golpe y apareció la última persona con la que esperaba encontrarme.

—¿Tío Gilroy? —susurré sorprendida, cambiando la mirada entre el hombre que permanecía sentado, indiferente a mi confuso estado, y mi tío, que parecía decepcionado.

—Quinn —mi nombre fue masticado en un intento de saludo.

Su mirada recorrió mi cuerpo y respiró hondo, visiblemente molesto. Llevaba un abrigo doblado en el brazo, que utilizó para ponérmelo a la espalda.

—Cúbrete, no vas a salir vestida así.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —Me deshice de la chaqueta, después de todo, no iban a tomar decisiones por mí.

—Nos vamos a casar! —dijo Marshall con una calma alarmante.

—No lo entiendo —dije dubitativo.

—Eso es lo que has oído. —Se sacó un joyero del bolsillo y lo agitó en el aire ante mis ojos—. Estamos prometidos y nos casaremos lo antes posible.

Lo observé durante unos segundos, lo suficiente para confirmar que no estaba teniendo un arrebató o jugándome una mala pasada. Desplacé la mirada hacia mi tío, cuyo semblante mostraba persuasión.

Una carcajada estalló en mi garganta, me hizo llorar y tuve que volver a sentarme para soportar el dolor de estómago mientras me miraban seriamente.

—¡Estás loco!

En menos de una hora, me di cuenta de que *parecían* locos, pero tanto Marshall como mi tío no eran hombres que se entregaran a un sentimiento tan humano como la locura. Así que necesitaba averiguar qué les motivaba a pactar un matrimonio y qué pieza era yo en el tablero de esa partida.

Capítulo Uno — Henry Marshall



Henry Marshall

Moví los dedos cerrados alrededor del bate, manteniendo la mirada fija en la máquina y los pies firmes en el suelo, con la base entre ellos.

—Texas es realmente nuestro, pero eso no es noticia, ¿verdad?

Olyvia Davis, mi mejor amiga y asesora, mencionó un proyecto de investigación anterior, llevado a cabo en el estado donde nací, pero me di cuenta de que estaba dando vueltas para llegar al punto que quería plantear.

—Tenemos que asistir al evento de Larry Friedman. Le vendrá bien para reafirmar sus relaciones con Nueva York.

Había llegado hacía media hora y, hasta entonces, sólo había hecho comentarios ocasionales, esperando a que yo terminara de entrenar.

—Nueva York también está con nosotros. Hemos hecho todo el trabajo necesario y estrechado las manos adecuadas. Son los estados más conservadores los que aún me preocupan.

En las elecciones primarias de ese año, había pocas dudas sobre quién era el favorito, y yo había trabajado duro para obtener el primer puesto en el voto estadounidense. Sin embargo, tener cuarenta años y ser soltero aún podía suponer un problema para los votantes más tradicionales.

—Creo que...

La máquina se lanzó y yo giré la cintura, haciendo caer el bate sobre la pelota, que fue lanzada a un buen puñado de metros. El grito asustado de la mujer bajo el toldo, a la izquierda de la zona de lanzamiento, llegó a mis oídos.

Si había una persona en la que podía confiar, era la pelirroja, que se sobresaltaba con el sonido de cada disparo, pero mantenía una mirada indiferente.

—¿Qué pasa, Olyvia? Has llegado con cara de preocupación y ya me doy cuenta de que evitas el tema.

Volví a colocarme en posición, con el bate en diagonal a la altura del hombro, el codo izquierdo alineado con la barbilla, esperando a que la máquina escupiera la pelota a golpear.

—Termina tu "meditación" y... —volvió a gruñir como reacción al sonido del golpe—. ¡Tenemos que hablar, Henry!

Miré por encima del hombro y vi que había renunciado a sentarse. Caminaba de un lado a otro, visiblemente preocupada.

Hice un gesto al empleado, indicándole que mi entrenamiento había terminado, para que se ocupara de apagar la máquina y recoger el equipo.

Cada día, por la mañana o a última hora de la tarde, elegía un deporte para jugar. Cuando

quería drenar mi estrés, elegía el boxeo; el squash era para los días en que sólo necesitaba moverme y olvidar mis problemas; pero esa tarde, necesitaba el béisbol. Me daba la concentración que necesitaba para resolver problemas.

Me detuve frente a él y arrojé el bate sobre las lonas dobladas de un rincón.

—Vamos a la terraza —dijo en voz baja, mostrando gran aprensión.

En nuestro trabajo, todo era confidencial, pero charlar en la terraza del edificio significaba que el tema era confidencial y peligroso.

—Empiezo a preocuparme.

—Creía que siempre te preocupabas" —murmuró, alineando sus pasos con los míos.

—Estoy acostumbrado a los problemas cotidianos, pero parece que este tema es diferente de la vida diaria.

Sujeté la puerta del ascensor para que no se cerrara e indiqué a los guardias de seguridad que me esperaran.

—Creo que este año va a ser un verano duro —comenta, pero mi mirada sigue fija en el salpicadero, que indica el número de pisos recorridos.— Estamos a principios de primavera y ya hace más calor de lo habitual.

—No voy a hablar de trivialidades.

Le molestaba mi objetividad, pero siempre supo que yo no estaba dispuesto a hacer comentarios banales sólo para que la gente se sintiera cómoda.

Esperamos a que el ascensor llegara a la última planta y subimos los escalones hasta la terraza. El viento nos golpeaba, el sudor nos helaba el cuerpo y sentíamos la piel fría bajo la humedad, pero decidí ignorar estas molestias.

—¿Qué es lo que pasa?

No contestó enseguida, sino que sacó un sobre del bolsillo y estiró el brazo con el papel entre los dedos.

—Lo recibí cuando salía de casa. El diputado Gilroy Taylor me esperaba junto a mi coche. ¡Ha entrado en el garaje de mi edificio! —gruñó.

Noté su indignación, y no me gustó que Taylor hubiera sido tan atrevido. Sin embargo, para él hacer la entrega en persona, era sin duda algo importante.

Rompí el precinto y allí había una hoja de sulfito con una dirección y la hora garabateadas en bolígrafo negro, junto a un recorte de periódico con el titular "**ACCIDENTE EN PLATAFORMA PETROLERA TITAN PRODUCE VARIAS VÍCTIMAS**". No necesité leer lo que ponía en la letra pequeña, ya que recordaba todo lo que se informó en su momento, hace casi dieciocho años.

Volví a meter los papeles en el sobre y me lo metí en el bolsillo, sintiendo que cargaba con una tonelada de problemas.

Me acerqué a la barandilla y miré la ciudad a mis pies; todo parecía tan pequeño a esa altura.

—¿Hay algo que no sepa, Henry?

Su voz estaba entrecortada por la inseguridad, como si temiera la respuesta.

—¿Por qué piensas eso?

Oí su larga inhalación antes de que apareciera a mi lado.

—Titán pertenece a tu familia, y sé que el accidente ocurrió poco después de que empezaras a trabajar allí.

Había terminado economía en Harvard y pensaba hacer estudios de posgrado, pero primero quería trabajar con mi padre y pasar algún tiempo con mi familia. Luego retomaría mis estudios durante otros dos años.

—En aquel momento, estaba esperando respuesta a mi solicitud de la beca Rhodes.

—Programa de la Universidad de Oxford sólo para estudiantes excepcionales —dije con ironía—. A esas brillantes criaturas con mentes incomparables.

—Sí, el proceso de selección es tan riguroso que yo quería ser una de las elegidas. Incluso llegué a obsesionarme.

Ser Marshall me dio acceso a lo mejor del mundo, y eso incluía la educación. Estudié en Phillips Exeter y luego en Harvard, pero siempre me gustaron los retos. Nunca nada era suficiente, y la beca Rhodes no implicaba dinero ni prestigio, sino aptitud.

—¿Qué puede saber Gilroy sobre el accidente?

Volvió al tema que nos había llevado al aislamiento que proporcionaba la terraza, y aunque yo quería olvidar, tenía mucho que contarle sobre la tragedia

—Él y su hermano tenían una empresa de perforación y prestaban servicios para Titan en el momento del accidente. Podría estar relacionado con eso.

Recibí una mirada escéptica y no la culpé por dudar de mí, porque ni yo misma me creía esa excusa. De hecho, no tenía ni idea de lo que tramaba Gilroy.

—Su hermano no estaba implicado en la empresa; era periodista de investigación —señaló, y descubrí que había llevado a cabo una investigación preliminar sobre el Sr. Gilroy.

—Haz un dossier con toda la información sobre él —le ordené—. Quiero tenerlo en la mano antes de la reunión.

—No deberías responder a su llamada. —Las cejas de la pelirroja se arquearon—. Puedo encargarme, y voy con seguridad. Salva tu imagen, no podemos permitirnos ningún desliz, estamos en campaña.

—¡No! Haz lo que te digo —rechacé su oferta, porque ese tema era sólo para mis oídos—. Necesito hacer algunas llamadas.

Volví sobre nuestros pasos en completo silencio hasta llegar a la planta baja.

—¿Para cuándo quieres el dossier?

—Lo necesito en cuatro horas. —Su mirada era incrédula—. ¿Creías que tendríamos tiempo para prepararnos? No seas ingenua, Olyvia.

Y eso era lo que me preocupaba. Taylor era urgente o estaba haciendo planes, ninguna de las dos cosas me parecía conveniente.

Hojeando el expediente del Sr. Taylor, no había nada sospechoso en sus antecedentes. Tenía sesenta y un años, estaba casado, tenía un hijo que hizo carrera como científico, no tenía deudas relevantes, ni siquiera el principio de un escándalo a su nombre.

La empresa de perforación se vendió algún tiempo después del fallecimiento de su hermano y socio. En ese momento, asumió la responsabilidad de su cuñada y fue nombrado tutor de sus dos sobrinas.

Al entrar en el despacho, mi asesor me dijo que el doble estaba listo. Cada vez que tenía una cita confidencial, tenía que adoptar estrategias para engañar a la prensa que me acompañaba.

Aquella reunión era una de esas ocasiones, así que llamé a Charles Hoover, el jefe de mi equipo de seguridad, para que me acompañara.

—Sigo pensando que no deberías ceder a esta llamada.

—¿Eso es todo lo que tienes? —Levanté los papeles, ignorando su advertencia.

—Quizá averiguaría algo más si tuviéramos tiempo, pero sinceramente, lo dudo. —Respiró hondo, visiblemente tensa—. Henry, esto no me da buena espina.

Yo tampoco me sentía cómodo haciéndolo, pero mi trabajo no propiciaba situaciones

agradables.

—Somos parlamentarios, no videntes, y no nos guiamos por corazonadas. —Fui a mi escritorio y abrí el cajón donde guardaba una pistola—. Seguro que te están esperando.

Me metí la pistola en la cintura del pantalón, a la espalda, bajo su escrutinio, y luego arrojé el dossier a la chimenea, vertiendo un poco de alcohol sobre las hojas y encendiendo una cerilla para eliminar la información.

—¿Prometes llamarme en cuanto termines?

—No hay necesidad de preocuparse. Soy senador y mariscal. Gilroy sabe que si me ataca, se enfrentará a una dinastía.

Me reuní con Hoover en el garaje y me tumbé en el asiento trasero del todoterreno, esperando a que arrancara el coche. Como de costumbre, no me hizo ninguna pregunta ni intentó convencerme de lo contrario, sino que me entregó un chaleco antibalas para que me lo pusiera debajo del jersey de lana y el abrigo.

El viaje se hizo en silencio, el tráfico era normal para la hora del día y él decidió hablar sólo cuando llegamos al lugar.

—¿Llevas puesta la gorra? —preguntó mirando a su alrededor.

—Sí, y llevo zapatillas deportivas con un rastreador en la suela, además de mi reloj.

Se giró en su asiento, me hizo una señal para que me acercara y comprobó que el reloj funcionaba perfectamente.

—Sigo pensando que deberías aceptar la implantación del chip.

El chip que sugirió era tecnología punta, algo realmente revolucionario, que se podía rastrear por satélite. Sin embargo, el servicio lo prestaría una famosa empresa de seguridad, y yo no quería que terceros tuvieran acceso a información sobre mi día a día. Me bastaba con que mi equipo estuviera al tanto de cada paso que daba.

—La decisión está tomada, Hoover, ¡y la respuesta es no!

Salí del coche y él se apresuró a seguirme. Nos vimos obligados a aparentar la mayor naturalidad posible hasta llegar al puente cercano a la estación de tren.

El ruido de los vagones en las vías era casi ensordecedor, era un lugar desierto y podía ver Gilroy a cierta distancia.

Habían pasado muchos años desde la última vez que habíamos estado tan cerca, pero al detenerme frente a él, me di cuenta de que parecía más hinchado, con el pelo ralo y signos de la edad más pronunciados.

—La vida ha sido generosa contigo, Marshall, no has envejecido nada —comentó extendiendo la mano a modo de saludo, y yo ignoré el gesto.

El guardia de seguridad le obligó a llevarse las manos a la cabeza para registrarle, lo que le dejó muy descontento. El equipo que Hoover utilizó para pasar cerca del cuerpo del otro hombre captó cualquier micrófono o cámara oculta bajo su ropa.

—No hace falta, estoy solo y... —Hoover le hizo girar, haciendo caso omiso de su humor.

—Está limpio, señor Marshall —dijo después de la comprobación, haciéndose a un lado para echar un vistazo y dejarnos un poco de intimidad.

Esperé a que estuviera a cierta distancia y me volví hacia el hombre.

—Taylor, escucha con atención lo que voy a decirte, porque no acostumbro a repetirme: si vuelves a irrumpir en la casa de mi asesor, te destruiré —lo dije objetivamente, para no dejar lugar a dudas—. Primero tu carrera, luego tu vida personal, y después te quitaré toda la dignidad que pueda existir en tu cuerpo, hasta que no quede más que la voluntad de morir. ¿Nos entendemos?

Respiró hondo y se tomó unos segundos para asentir.

—¡Genial! Ahora explícame por qué me llamaste aquí.

Una media sonrisa de asco apareció en su rostro, acentuando la papada que parecía formar dos o tres barbillas.

—Estaba revisando papeles de mi antigua empresa, algo de lo que se encargó mi hermano con el poco tiempo que tenía para ayudarme —gruñó, con una mueca—, y encontré esto.

Me entregó una carpeta con información —notas, informes y memorandos—que indicaba que empleados de la empresa de Gilroy estaban trabajando en la plataforma el día del accidente.

Nunca olvidaba las minucias del caso, siempre me arañaban la carne, como un objeto afilado alojado bajo la piel.

—¿Por qué muestra esto? —pregunté, tratando de parecer indiferente.

Se acercó otro tren y el ruido del rozamiento en las vías interrumpió nuestra conversación durante unos minutos. Durante ese breve instante, sentí que los papeles me quemaban los dedos como si fueran llamas.

—¡Estos documentos me involucran en el accidente, y yo no lo sabía!

Tenía intención de preguntarle en qué podía estar implicado, ya que el caso había finalizado hacía tantos años, pero sabía que había dos razones para preocuparse.

La primera es que la información podría reabrir investigaciones, buscar culpables, y eso por sí solo sería un plato lleno para los medios de comunicación. Sin embargo, al ser el candidato mejor situado para ocupar el sillón presidencial, la historia acabaría siendo algo más que un escándalo político; tendría la oportunidad de convertirse en un hito en la historia de Estados Unidos.

El segundo motivo era mucho más mezquino y vil, porque todo me hacía pensar que Taylor quería negociar, hacer un intercambio para que el asunto quedara en el pasado. Al fin y al cabo, como político, tampoco querría que su nombre se viera envuelto en una historia así, pero yo era la que más tenía que perder.

Además de las posibilidades de convertirme en el próximo presidente de Estados Unidos, estaba el agravante de que era mi apellido.

—Vayamos directamente a lo que deseas, Taylor —gruñí cuando volvió el silencio—. Pero ten cuidado con lo que deseas, porque todo tiene un precio, y no todos los hombres pueden permitírselo.

Pensé que sería algo con un peso equivalente al poder que tenía en sus manos, pero no esperaba que fuera una boda.

Siempre supe que de todos los fantasmas del pasado que podían volver para atormentarme, el accidente era el peor.

Capítulo Dos — Henry Marshall



Henry Marshall

Olyvia murmuraba "hum" con cada párrafo que leía. Desvié la mirada mientras ella analizaba todo el material reunido sobre la sobrina de Gilroy, pero fui ignorada sin escrúpulos.

—Si somos sinceros, es perfecta —comentó en algún momento.

Aquel hombre y la "chica perfecta" eclipsaban mi momento, me quitaban la satisfacción de haber vivido el momento culminante de mi carrera.

—Hija de un periodista de investigación y ama de casa, hermana devota, sobrina de un diputado que da la imagen de un hombre de buen carácter. —*¡Justo la imagen!* pensé mientras hojeaba el folleto—. Estudió periodismo de investigación en Columbia y fue premiada por su reportaje sobre *"La explotación de la mano de obra inmigrante"* —un trabajo cien por cien suyo. Varios profesores la calificaron de "brillante".

—Olvidas un detalle: ¡no quiero casarme! Ni siquiera con una "joven brillante".

Ni siquiera miró en mi dirección, sino que siguió analizando las hojas que sostenía.

—No puedes negarlo, es preciosa. —Agitó una de las fotos en el aire, haciendo caso omiso de lo que yo decía.

Gruñí y me levanté del sillón en el que había conseguido permanecer sentada sólo diez segundos, cualquier tiempo más era un recordatorio de mi inmovilidad, cuando lo único que quería era destruir a Gilroy Taylor.

—*Si estamos juntos en este Marshall, que sea de la forma más antigua posible: un acuerdo matrimonial entre tú y mi sobrina.*

—*¡Una unión no evita las consecuencias, Taylor!* —gruñí, furioso por haber sido chantajeada.

—*¡Pero evitará que me echéis a los lobos si todo esto sale a la luz!*

Recordé las palabras del bastardo que calculaba cada paso. Sabiendo que corría el riesgo de verse implicado si se descubrían los documentos, pretendía entrelazar nuestras vidas de tal forma que me obligara a protegerle a él tanto como a mí mismo.

También conocía las ventajas de formar parte de mi familia, tanto en el ámbito político como en el empresarial, los Marshall eran sinónimo de victoria, un estatus que él nunca tendría.

Y lo que podría haber sido una bendición fue también una maldición.

Ser quien era y hacer campaña significaba estar bajo la lupa de la prensa, el escrutinio de los adversarios —políticos y de otro tipo— y ahí estaba Victor Caldwell, mi principal rival en las elecciones.

Nunca subestimé a mis rivales, no era ingenuo para hacerlo, si Caldwell llegó al mismo nivel

que yo, fue porque era implacable e incansable. El hombre era un lobo con piel de cordero.

—Si no sé qué está usando para convencerte de que te cases, no puedo ayudarte, Henry.

Hacía dos días que mi mente estaba concentrada en aquel problema, apenas había dormido ni hecho otra cosa que buscar la manera de evitar el desenlace que el maldito diputado deseaba. Sin embargo, no le dije a mi consejera qué armas estaba utilizando Gilroy para amenazarme, pero ella sabía que si aceptaba los términos del acuerdo, la boda no sería por iniciativa mía.

—Voy a negarme, ¡que haga lo que quiera! —grité y me acerqué a mi mesa para coger el móvil.

De un salto, abandonó la comodidad del sofá y avanzó hasta situarse frente a mí, impidiéndome el paso.

—¿*Qué quieres decir con "que haga lo que quiera"*? —Su mirada era feroz.

—¡No cederé al chantaje, Olyvia! —fui incisivo—. Si acepto, esto nunca terminará.

—Así que dime qué tiene contra ti, te ayudaré a deshacerte de él y...

Bordeé su cuerpo y conseguí agarrar el aparato, pero su voz me hizo detener mis movimientos.

—¡Recuerda, Henry! —gritó—. ¡Me pediste que impidiera que te rindieras a mitad de camino, me rogaste que te recordara lo duro que trabajamos y que te apoyara, incluso cuando no sabías por qué o no te lo merecías! —Sus pasos fueron rápidos y me arrebató el teléfono de las manos—. ¡Y eso es lo que estoy haciendo ahora; ¡no tirarlo todo por la borda!

Sus delgados dedos aferraron el aparato entre ellos, su mirada clavada en la mía, esperando convencerme.

—¿No vas a decirme lo que sabe? —No he respondido a su pregunta—. ¿Podría ser perjudicial para la campaña?

Permanecí en silencio, cualquier respuesta cimentaría la situación.

—Pensemos con calma —la voz baja era como la de alguien que trata con un animal—. Una negativa de usted y él deja que la bomba explote.

—¡Que explote!

Si ella supiera lo cansado que me siento por todo lo que implica esa historia, entendería por qué renuncié a los puntos.

—Y estarás tan ocupado limpiando el desastre que no tendrás tiempo de destruir a Taylor. —Me llevó de vuelta a mi asiento y se agachó frente a mí—. No puedo imaginar lo que podría tener preparado, pero tengo miedo. Hemos sido amigos y trabajado juntos durante muchos años, pero no recuerdo haberlo visto tan apasionado. Y hemos pasado por muchas cosas, Henry.

Sí, realmente era una persona práctica, fría y racional, no había lugar para comportamientos precipitados en mi vida. Trabajé duro para llegar a esa etapa, dando siempre prioridad a mis objetivos.

Podría haberme hecho cargo de Titan y haber seguido una carrera empresarial, pero dejé que uno de mis hermanos ocupara el lugar de nuestro padre, mientras yo me dedicaba a mantener el apellido familiar en el candelero político, continuando el legado de mi abuelo.

"Y estarás tan ocupada limpiando el desastre que no tendrás tiempo de destruir a Taylor" —pensé en lo que había dicho Olyvia, y si renunciaba al futuro que quería, ése era exactamente mi destino.

Gilroy no podía hacer nada en ese momento, pero sería un cuchillo eterno sobre mi cabeza, y si aceptaba su acuerdo, tendría los medios para controlarlo a través de su sobrina.

—¿Se convirtió en el tutor de las niñas? —pregunté.

—Sí, después de que su hermano muriera en un robo, él se encargó de cuidar de la familia, y

hoy sigue siendo el tutor del menor. Sin embargo, no viven cerca el uno del otro.

—Está bien. —Levanté las manos en un gesto de rendición—. Vamos a ver a esta chica.

Se arrastró hasta la mesa para recoger los papeles, pero me negué cuando intentó dárme los.

—Personalmente.

Se quedó con la boca abierta, pero no lo cuestionó.

El coche llevaba casi una hora aparcado cerca de la casa del barrio familiar. Era una casa de piedra rojiza normal y corriente, sin nada ostentoso. Busqué la dirección de Gilroy en los papeles encuadrados, y el hombre vivía muy bien, en un barrio infinitamente mejor que aquel.

Comprobé la información sobre la empresa que vendió y me pareció curiosa su decisión.

—¿Por qué no mantuvo la empresa en sociedad con su cuñada y siguió pagándole dividendos?

Olyvia observó su entorno con unos pequeños prismáticos.

—La única información que tengo es que estaba embarazada. —Se inclinó sobre mí para pasar las páginas hasta que encontró donde tenía información sobre Cleo Taylor, la más joven—. Dio a luz unos meses después de enviudar. ¿Quiere que la investiguemos?

Revisé la información, pero no había nada relevante, y no consideré necesario investigar el nacimiento de un niño que ni siquiera tenía quince años.

A pesar de repasar la información varias veces, había algo que no encajaba y no entendía dónde veía mi cerebro la incoherencia.

—Se marcha —dijo Hoover con su voz monótona y yo dejé los papeles a un lado.

Vi cómo Quinn se despedía de su madre y, antes de cruzar la puerta, empujaba algo que, segundos después, descubrí que era una bicicleta. Vimos cómo la chica se colocaba un casco sobre el pelo castaño y se ajustaba las gafas de sol.

—Cuando leí que iba en bicicleta, no me di cuenta de que iba a trabajar sobre dos ruedas —murmuró Olyvia.

Quinn pasó junto a nuestro coche, totalmente distraído y oculto tras los accesorios de seguridad.

Sabía que la película negra de las ventanillas le impedía ver el interior del vehículo, pero cuando su cuello se curvó hacia nosotros, habría jurado que sus ojos se centraron directamente en los míos.

La sensación sólo duró unos segundos, pero fue inquietante.

—Vamos —le ordené y el guardia de seguridad arrancó el coche.

—Pero ni siquiera pudimos verla. —Olyvia parecía más curiosa que yo.

—Si estás dispuesto a pedalear entre el tráfico, no dudes en hacerlo, pero no te seguiremos en coche.

Las bicicletas no se enfrentaban a los mismos obstáculos que otros vehículos, perdíamos el rastro en la primera manzana.

—Es un poco impetuosa, ¿no? —Sí, si su audacia se extendiera al plano personal, podría plantear un problema—. La posibilidad de ser atropellada y gravemente herida, o incluso muerta, es bastante real.

—¡Ah! No puedo creer que tenga tanta suerte. —Su mirada era puro horror ante mi comentario—. ¡No me juzgues, Davis!

Sí, tenía derecho a pensar en atrocidades, a soñar con la muerte de toda la familia Taylor, cuando yo misma quería estar muerta para poner fin a mis problemas.

La perspectiva de estar atado a alguien durante al menos cuatro años no era algo que me

hiciera sentir bien. Siempre que me involucraba con alguien, entraban en escena los abogados con acuerdos de confidencialidad y todas las multas impuestas a las mujeres con las que mantenía una relación, pero en este caso, viviría con un desconocido.

¡Por el amor de Dios, ni siquiera tengo sexo con mi esposa!

—¿Qué quieres hacer, Henry? —el susurro de mi consejero me sacó de mi ensoñación.

—¿Matar a todo el mundo es una opción? —Por supuesto que no, después de todo, yo tenía todo tipo de defectos, pero nunca sería ese tipo de persona—. Quiero que las tres vivan bajo mi techo, bajo mi responsabilidad. Como me caso con la hija mayor, la menor no necesita tutor. Que los abogados empiecen a preparar el papeleo.

—Tal vez el diputado pretenda seguir siendo responsable de su sobrina —dijo.

—Si me caso, tengo que responsabilizarme de la familia de mi mujer. Todo lo que no sea eso puede considerarse una actitud cobarde para un Presidente.

A fin de cuentas, interpretar este papel le vendría bien a un candidato, calmaría a los más conservadores. También estaba el hecho de que no dejaría que su tío tuviera poder sobre las mujeres, así que no lo utilizaría como arma de manipulación.

Al final del trimestre, la niña sería mayor de edad y yo me libraría de todos ellos, pero necesitaba encontrar la forma de acabar con Gilroy.

¡Y era alguien a quien podía matar!

—¿Cómo piensa hacer el pedido? —No entendí su pregunta y añadió—. La propuesta de matrimonio.

Resoplé, indignado ante la más remota idea de que se produjera una petición.

—¡Esto no es una novela, Olyvia!

Dejaría claros los términos de ese compromiso, y ninguno de ellos incluiría actitudes románticas a menos que fuera necesario, y eso significaba cuando estuviéramos en público.

Capítulo Tres — Quinn Taylor



Quinn Taylor

La redacción de la revista estaba escondida en un callejón de la calle más transitada de Queens, una dirección relativamente cercana a mi casa, pero el tráfico era agotador y bastante inestable, lo que me animó a utilizar la bicicleta.

Desde niño me había gustado montar en bicicleta, afición que mantuve hasta la universidad, tanto por trabajo como por estudios, e insistí en continuar con ella en la edad adulta. Tenía mi propio coche, pero lo dejaba en el aparcamiento del edificio donde trabajaba, ya que estaba reservado para las ocasiones en que necesitaba conducir. "Coser" el tráfico sobre dos ruedas era un medio de transporte rápido y me permitía mantener el ritmo de mi actividad física.

Mientras estudiaba, este era mi mantra: "El ciclismo me mantendrá en forma y sano —pero no era más que una forma de persuasión, porque en realidad mi situación económica era bastante caótica.

Después de graduarme, conseguí un trabajo en un pequeño periódico de Nueva York y, meses más tarde, gané una beca para hacer estudios de posgrado en Columbia, lo cual era más que conveniente, después de todo, el campus estaba en Manhattan y yo quería estar cerca de mi madre y mi hermana.

Tuve que elegir entre el trabajo en el periódico y el curso de periodismo de investigación en una de las mejores instituciones del mundo. Por supuesto, elegí mejorar mi currículum, así que mi cuenta bancaria volvió a resentirse, pero era la oportunidad de mi vida y tuve que hacer sacrificios.

Tuve que compartir piso con otras dos chicas y trabajé en una pizzería cerca de casa, una rutina que duró un año, entre Manhattan y Queens; una etapa en la que me entregué por completo a mis estudios.

Fue intenso, agotador y desafiante, pero tener la oportunidad de visitar a mi familia los fines de semana y poder ayudar en cualquier eventualidad fue lo que hizo que todo fuera posible.

Tampoco podía olvidar el apoyo financiero de mi tío. Sus actitudes no eran del todo altruistas; como político, sabía que era más ventajoso ser visto como el hombre que no abandonó a la familia de su hermano fallecido. Sin embargo, sería una ingratitud no reconocer lo mucho que nos ayudó.

Tras la muerte de mi padre, nuestra familia se hundió, las cuentas entraron en una espiral descendente, que se agravó tras el nacimiento de mi hermana.

Yo sólo tenía nueve años, pero recuerdo cómo todo se vino abajo. Por aquel entonces, aún podíamos contar con mis abuelos maternos, pero hace unos años perdimos a la abuela y, aparte

de su avanzada edad, el abuelo nunca se recuperó del todo de aquel golpe.

Al doblar una curva, mis dedos se aferraron al manillar y dejé a un lado mis pensamientos para no acabar chocando contra la parte trasera de un coche.

Recorrí dos manzanas más antes de doblar la esquina y aminorar la marcha hasta detenerme frente al sencillo edificio que albergaba las oficinas de una de las revistas más combativas de Estados Unidos.

Nadie sabía a ciencia cierta quién financiaba la revista Lenses, pero todo el mundo reconocía la idoneidad de su línea editorial. Cuando apareció por primera vez, muchos se opusieron a sus principios, pero con los años, muchos siguieron su ejemplo.

—¡Quinn!

Reconocí la voz de Juan y miré en dirección al remolque, donde vendía café, rosquillas y otras delicias. El hombre agitó una taza y un envoltorio de papel marrón.

Le hice una señal para que esperara y llevé la bicicleta al aparcabici de la calle, asegurándola con el candado que llevaba en la mochila.

—¿Es mi cumpleaños y se me ha olvidado? —pregunté en tono amistoso mientras me quitaba el casco, pero no entendía por qué desayunaba.

—Su amiga le dejó una paga y mencionó algo sobre una apuesta.

Mi sonrisa era enorme, quizá un poco demencial.

—No hay nada mejor que la gente que pierde con elegancia —comenté, recogiendo mis premios—. ¿Es un donut de dulce de leche con chocolate?

—Sí, y he puesto uno extra para la casa —dijo, guiñándome un ojo.

—Así me mimarán, Juan.

—Esa es la cuestión, Quinn. —No ignoré el tono malicioso.

Siempre estábamos flirteando, y quizá algún día aceptaría sus insinuaciones. Juan era guapo e inteligente, y me atraía mucho.

Me despedí y me dirigí hacia la entrada del edificio. Al atravesar las puertas giratorias, saludé al portero encargado de supervisar la entrada y, haciendo equilibrios con todo en una mano, alcancé la placa para pasarla por el torniquete que daba acceso a los ascensores.

Compartía el espacio con algunos compañeros de trabajo e intercambiamos algunas palabras que se limitaron a gestos de cortesía. No éramos íntimos, siempre había conocido a mucha gente, pero pocos eran amigos de verdad.

La redacción era como muchas otras, con columnistas y reporteros ocupando puestos que nos daban intimidad. Las salas individuales estaban reservadas únicamente a los redactores y jefes de departamento. El ruido de los ordenadores al encenderse, las impresoras en acción y las voces por doquier llenaban de vida la planta que albergaba a la mayor parte del personal.

Tiré la mochila al suelo y miré por encima del tabique que separaba mi espacio de trabajo del de mi amigo.

—Buenos días, Natalie —la saludé y sus ojos se entrecerraron ante mi buen humor—. Hoy el café sabe diferente... No sé, quizá sea vainilla—. Tomé un sorbo y fingí probar mi paladar—. Ah, ya sé, sabe a victoria.

—¡Cretina! —maldijo, sonriendo—. Debería haber confiado en su criterio, pero estaba convencido de que sería capaz de cerrar la historia. ¿Puedes creer que la secretaria del director general me llamó en el último momento, alegando que había surgido algo y que tenía que reprogramar la entrevista?

—¿Qué has hecho?

Sus mejillas se sonrojaron y volvió a hablar casi susurrando.

—Fingí creerlo, pero sugerí a la ligera que hiciera la entrevista con su principal competidor. Así que organizaron una entrevista por videollamada, porque, como ha dicho, realmente estaba en Italia, pero no era una cita de trabajo.

—¡Buena chica! —la felicité.

—¿Cómo sabías que viajaba con su novia?

Me encogí de hombros, porque todo estaba muy claro.

—Hace quince días anunció su nueva relación, durante días su novia saturó sus redes sociales de canciones románticas, todas en italiano, y no te diste cuenta, pero la última foto que publicaron juntos fue en un restaurante de Manhattan, frente a una agencia de viajes.

—¿Sólo eso?

Sacudí la cabeza y saqué el móvil del bolsillo, buscando la red social de la novia que se había convertido en la nueva *It Girl* al anunciar que mantenía una relación con el CEO más sexy del momento. Era guapa e interesante, sólo necesitaba un empujoncito para destacar.

—Mira esta foto. —Le entregué el aparato—. Pero dale la vuelta a la foto y analiza los papeles que hay en la mesa junto a la chica.

Dio la vuelta a su móvil y se puso las gafas, buscando lo que yo había visto, hasta que sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo identificó este vale de billete?

—Me gusta analizar fotos —resumía—. Revelaron su relación porque no podían mantenerla en secreto mientras viajaban a un destino romántico.

—Siempre creo que todo es espontáneo, sin segundas intenciones.

Natalie Barnes era la persona más crédula que conocía, y en esto éramos completamente opuestas, pero nuestras especialidades también eran diferentes. Mientras ella entrevistaba a personalidades del mundo empresarial, mostrando el lado glamuroso del mercado, yo me encargaba de señalar aquellas situaciones que tenían muchas posibilidades de aparecer en las páginas policiales.

A pesar de su carácter apacible, a Natalie le encantaba el trabajo que hacía. La chica renunció a la posibilidad de convertirse en modelo para seguir la carrera de periodista y, aunque era guapa como pocas, nunca se valió de ello para alcanzar sus objetivos.

—¿Cómo están Margaret y Cleo? —preguntó por mi madre y mi hermana y acercó su silla a mi mesa.

—Están bien. Creo que la vida se ha tomado un respiro y nos ha regalado momentos de paz. —Levanté las manos, mentalicé un "amén" y me senté—. Es mi tío quien no parece disfrutar del sentido común.

Abrí el envoltorio de papel y el dulce aroma llegó a mi olfato.

—¿Qué ha hecho?

—Compré uno extra para compartir. —Le di un donut junto con la mentira, no quería explicarle mi flirteo con el dueño de la caravana—. Volviendo a mi tío, me ha estado sugiriendo que si hago un buen matrimonio, podré proporcionar el sustento necesario a mi familia.

Sus cejas se arrugaron mientras mordía el caramelo.

—¿En qué siglo vive?

Me encogí de hombros, masticando el suave hojaldre, todavía incómoda con el tema, y quizá molesta por no haber reaccionado como me hubiera gustado.

No estábamos muy unidos, mi tío siempre estaba en contra de mis decisiones —a veces incluso influía en mi madre— pero yo me sentía obligada a mantener mi humor bajo control gracias a su ayuda económica. Yo vivía sin utilizar ni un céntimo de lo que él disponía, pero mi

madre lo necesitaba, esencialmente por Cleo. No quería ni pensar en lo que habríamos hecho si él no nos hubiera apoyado.

—Creo que está saturado de la responsabilidad que asumí tras la muerte de mi padre.

—Aun así, nadie se casa por conveniencia, Quinn. —Suspiré irónicamente al oír eso y ella se corrigió—. Sí, ya sé que las familias muy ricas y poderosas llevan a cabo matrimonios para mantener el control financiero, pero ése no es tu caso, amigo.

Nos reímos del comentario, porque en realidad estaba muy lejos de ser una heredera o de tener alguna ventaja que pudiera interesar a alguien que pretendiera mantener un estatus o una influencia.

[2]—Bueno, manos a la obra, porque aún no hemos ganado el Pulitzer, pero cuando lo hagamos, ¡todo el mundo conocerá nuestros nombres! —gritó, entusiasmada.

—Y el dinero lo sabrán nuestras cuentas bancarias —añadí levantando mi taza de café.

Después de comer, recibí una llamada de Carlo, uno de mis informadores. Aunque sabía que no me gustaban las citas, insistió en una conversación cara a cara sin darme la oportunidad de negarme.

Quedamos en Central Park, lo bastante lejos de nuestras rutas habituales.

Fui el primero en llegar y me senté en un banco, pero me distrajo un segundo el cartel fijado en él.

—Siento llegar tarde. —Levanté la vista y encontré a Carlo sentado a cierta distancia.

—No era para tanto.

Cualquiera que nos mirara creería que éramos dos extraños compartiendo asiento.

—¿Qué tienes para mí? —fui directo, con ganas de irme.

—Va a haber una fiesta —dice mientras abre una revista de motor y finge leer sobre coches que son auténticas máquinas—. Leonidas Megalos es el anfitrión.

Reconocí el nombre del empresario, famoso por promover eventos que reunían sólo a gente adinerada, incluso miembros de monarquías acudían a sus "modestas reuniones".

—Necesito más información.

—En los años 90, Leónidas se vio envuelto en un escándalo de prostitución, pero el caso se silenció pronto y se barajó la teoría de que era un huésped que llevaba de acompañante a una prostituta de compañía. —Yo ya había leído sobre ello—. Ahora tengo información de que contrata a chicas para amenizar sus fiestas, pero lo que sería una relación laboral se convierte en una obligación y no pueden renunciar, se quedan atrapadas en el tercer piso de la sala de conciertos hasta el final de la fiesta.

La oí hablar de chicas mexicanas que habían vivido situaciones así, de cómo las habían amenazado durante el acto y, aun cuando ya no había más invitados, las habían amenazado con deportaciones en represalia, ataques a sus familias, amenazas a su integridad física, y de cómo los griegos habían estado explotando a los inmigrantes.

—Su equipo elige a los que están en el país ilegalmente, pero eso es sólo una muestra más de crueldad.

Reflexioné sobre la información, pero era la primera vez que oía hablar de ello; no se oía hablar de prostitución en los actos de Megalos.

Cuando hice mi informe sobre la explotación de la mano de obra inmigrante, tuve acceso a información que podría dormir a una persona sensible. Era un mundo que todo el mundo sabía que existía, pero nadie tenía ni idea de la magnitud de los daños y las atrocidades que se cometían, y siempre surgían nuevos informes.

La policía tenía un grupo de trabajo que hacía un seguimiento de las denuncias, pero lo hacían de oficio; yo investigaba para sacar el asunto a la luz, ponerlo en conocimiento del público en general y pedir cuentas a los responsables.

—Si quieres, te pongo en la fiesta. Cinthia Novak estará ocupada y el puesto de camarera quedará libre. —Estiró la mano y dejó la revista en el banco de al lado, pero mantuvo los dedos sobre ella un rato, con la mirada fija en el punto que tocaba—. Represento a mi comunidad, Quinn, quiero lo mejor para ella, y a veces tengo que hacer cosas que no me gustan.

—¿Cómo qué? —pregunté, encontrando sus palabras bastante sospechosas.

—Como exponer a las mujeres que forman parte de él —suspiró, llevándose la mano a la cara y cruzándose de brazos—. Entonces ya sabes dónde encontrarme si quieres más información o... intercambiar opiniones sobre lo que veas en el evento.

Seguí sus movimientos y vi la última mirada que lanzó a la revista, pero se marchó sin despedirse, mientras yo permanecía sentado, evaluando todo lo que había oído.

Podría ser una gran primicia, después de todo, implicaría a gente importante, pero no sabía hasta qué punto debía creer a Carlo.

Mis sentidos me gritaban peligro, pero mi trabajo me exigía correr riesgos, así que cogí la revista y la enrollé para guardarla en el bolsillo de la mochila. Decidí marcharme, sabiendo que entre las páginas que había guardado había algo que podría utilizar para hacerme pasar por otra persona mientras servía mesas.

Tenía que contárselo a mi editor, pero mantendría el tema alejado de los oídos de mi madre.

Capítulo Cuatro — Henry Marshall



Henry Marshall

Miré el reloj de mi muñeca, comprobando la hora y la fecha en las manecillas, recordando que había pasado una semana desde mi encuentro con Gilroy. No tenía más tiempo, tenía que decidir qué hacer.

Mi agenda estaba llena de citas, convenciones en varios estados y reuniones que me obligarían a viajar durante los próximos meses, y la verdad es que no necesitaba otro problema.

¿Cuándo conseguiste lo que realmente necesitabas, Marshall?

Aunque estaba convencido de que haría lo mejor para la campaña, sentí el amargo sabor de la rendición. Mi columna vertebral no tenía la flexibilidad necesaria para doblegarse ante un ataque.

Aún intentaba ver las ventajas de juntarme con un desconocido, pero pocas cosas me parecían bien en aquellas circunstancias. El consuelo era que no tendríamos casi contacto entre nosotros, cada uno llevaría su propia vida dentro de los límites impuestos por los papeles que interpretaríamos.

Nunca hubo políticos con vidas familiares sanas, razón por la que decidí no casarme. Aunque no era perfecto, el ejemplo que yo tenía de familia era lo contrario de lo que observaba entre los hombres con los que vivía.

—Estamos listos, Henry —anunció Olyvia, apareciendo en la puerta del vestuario.

Tras analizar el perfil de la chica, decidí que la mejor estrategia era sorprenderla y obligar a su tío a acompañarme. No estaba seguro de que la sobrina estuviera de acuerdo con la descabellada idea, así que decidí llevar la situación al límite para averiguar de qué estaba hecha.

—¿Crees que Quinn creerá al informante?

—Por lo que he leído sobre ella, seguro que sí.

La chica intentaría localizar cualquier indicio de prostitución y yo tendría la oportunidad de averiguar con qué tipo de persona estaba tratando.

Oí la risa ahogada de Olyvia y me volví hacia ella.

—Recordé cuando nos conocimos: creaste una situación para poner a prueba mi lealtad. —Asentí, porque sí la puse a prueba, pero necesitaba saber si se podía confiar en ella.

—¿Está todo listo? —pregunté poniéndome la chaqueta.

—Sí, su presencia será confidencial; Leonidas Megalos en persona nos dará la bienvenida. La tercera planta de la sala de conciertos estará ocupada únicamente por su séquito.

Necesitaba reunirme con dos importantes hombres de negocios que asistirían a la fiesta, así que aprovecharía que todos estaban juntos, pero no quería que se hiciera público, después de todo, no sería apropiado que supieran que yo asistía a un acto social al que mi principal

competidor no había sido invitado.

—Resolvamos este problema para que pueda seguir con la campaña.

Salimos de la mansión y había guardias de seguridad repartidos por el jardín, pero la mayoría se dirigieron a sus coches para acompañarme.

—Si la boda se celebra de verdad... —murmuró Olyvia, indecisa sobre qué decir—. Tendremos que inventar una historia convincente.

Esa era la menor de mis preocupaciones. Anunciar una relación que se mantenía en secreto era algo habitual entre la gente de mi mundo y la campaña sería la excusa perfecta para apresurar los trámites de la boda.

Lo más estresante sería decírselo a mi familia, no porque tengan poder de decisión en mi vida, sino porque me consideran una frívola en un asunto tan importante como la formación de una familia.

¡Y también odiaba a la familia Taylor por eso! Por hacerme actuar como alguien que nunca fui.

Por ahora, tenía que hacer todo lo posible para evitar un escándalo tanto en mi vida profesional como personal. Sin embargo, seguiría buscando la forma de destruir al diputado y, cuando la encontrara, Gilroy desearía su muerte, pero ni siquiera eso podría hacer.

Ya me había reunido con los directivos y les había pedido que mantuvieran a una chica para que nos atendiera durante las reuniones, pero la despidieron en cuanto terminó el trabajo. Sin embargo, Quinn no apareció.

¿Me equivoqué con ella?

Se me ocurrió que, después de todo, sabía en qué historias había estado trabajando, conocía los nombres de sus informantes y tenía una idea preconcebida sobre ella, pero no la conocía personalmente y creía haber cometido un error de juicio.

Me decepcionó un poco, porque habría puesto toda mi fe en su impetuosidad y en mi creencia de que tenía una personalidad feroz.

Cogí el móvil y me disponía a enviar un mensaje a Olyvia para avisarle de que me iba, pero cuando llegué a la puerta, me encontré a la chica cargada con una bandeja.

Me di cuenta en cuanto notó mi presencia. Enderezó la columna, sus estrechos hombros se alzaron y dejé que mi mirada se deslizara por su espalda.

El corsé se cerraba en un apretado abrazo alrededor de su cuerpo, la cintura era delgada y precedía unas caderas redondas, acentuadas por los indecentes pantalones cortos.

¡Bonito culo, Srta. Taylor!

—Coloca la bandeja sobre la mesa.

La rapidez con la que buscó la voz que había oído habría descolocado a cualquiera, pero su movimiento brusco y sobresaltado no hizo más que derribar un vaso.

Olyvia tenía razón: la belleza de Quinn era innegable, y las fotos ni siquiera se acercaban a su aspecto real. Puede que odiara a su familia hasta el punto de jadear ante cualquier palabra que hiciera referencia a "Taylor —pero la chica era una belleza.

Comenzamos un baile en el que yo avanzaba y ella retrocedía, intentando ganar distancia, pero no había adónde ir.

—Tal vez deberías sentarte. Estás pálido y podrías hacerte daño con los fragmentos.

Seguía intentando escapar, pero se topó con un obstáculo: la silla. Su mirada seguía clavada en mí. Estoy seguro de que intentaba comprender mi papel en aquel momento, después de todo, su informante había dicho que la tercera planta de la sala de conciertos se utilizaba para la

prostitución.

Sin duda pensó que yo era un perverso disfrazado de político, lo que no sería raro.

—Estoy bien, no tiene por qué preocuparse, señor Marshall —murmuró, empezando a recuperarse del shock.

—No estoy preocupado por ti en particular, sino por el riesgo de que te desmayes y armes un revuelo.

Era demasiado pronto para que saliera de su estado de sorpresa, quería prolongarlo y por eso me acerqué aún más.

—Como he dicho —agarré la bandeja y se la quité de las manos— siéntate.

No seguí su reacción tras acatar mi orden, pero sentí su mirada clavada en mi espalda, evaluando cada paso que daba.

—Necesito limpiar este desastre. —Intentó parecer sólo una camarera.

—Vamos a hablar, Quinn Taylor.

Sus labios se abrieron con sorpresa.

—Creo que...

—No intentes negarlo. Sé tu nombre, tu edad, el nombre de tus padres, el de tu hermana, también que eres sobrina de Gilroy Taylor, un conocido miembro de la Cámara de Representantes.

Esperé preguntas, pero me obsequió con su silencio, y entonces descubrí que Quinn sabía cuándo la ausencia de palabras podía incomodar a su oponente.

—Para alguien que hizo periodismo de investigación en Columbia y ganó una beca Pulitzer de viaje, eres muy callado.

Resistí la tentación de comprobar la hora, ya que Gilroy debería haber llegado.

—Si me has investigado de verdad, deberías saber que aún no he hecho el viaje que gané. — Esperé un comentario, pero yo me limité a beber un sorbo de whisky—. Tu nombre no estaba en la lista de invitados, lo que significa que tu presencia es informal.

Sí, sabía que no había disfrutado del premio que había ganado, lo que me parecía extraño. Cualquier joven viajaría para enriquecer su currículum con lo que la experiencia le podía aportar.

—Disculpa la falta de preguntas, ya que eres nuevo en la profesión.

Estábamos en un frío enfrentamiento en el que ella quería explicaciones, pero yo no estaba dispuesto a ser el primero en hablar.

—No respondiste a ninguna de mis preguntas. —Hiciste un gesto de desprecio por todo lo que dije.

—Inténtalo, Quinn —le animé.

—El apellido de tu familia no ha aparecido en ninguna de las historias en las que he estado trabajando, al menos hasta ahora. ¿En qué momento te he pisado, Marshall?

Ella ya sabía que había caído en una trampa, igual que había llegado a la conclusión de que yo estaba allí porque nuestros caminos se habían cruzado en algún momento. A pesar de ser una novata, la chica estaba en la profesión correcta, así que debía tener cuidado.

—¿Marshall? —Fingí incredulidad ante el trato tan íntimo.

—La ropa que llevo es inapropiada para un comportamiento formal y estoy aquí contra mi voluntad.

—Elegiste trabajar de incógnito en este evento —señalé.

—Entonces puedo irme.

¡Intente salir, Srta. Taylor, y verá lo que pasa!

—¡Sentaos! —Sería un placer borrar la sonrisa irónica de esa boca regordeta y roja—. Y te

aconsejo que no pongas a prueba mi paciencia.

—Así que ¡dime lo que tienes que decir! No tengo tiempo para suspense, y voy a encontrar las respuestas para nuestra reunión.

Su verdadera personalidad estaba emergiendo, y empezó a gustarme lo que veía.

—No te molestes, querida. De hecho, estás a punto de averiguarlo.

Su mirada se encontró con la mía y el ambiente se volvió volátil. Confieso que el debate que estaba a punto de comenzar habría sido interesante, pero la puerta se abrió a un hombre con un timing terrible.

—¿Tío Gilroy? —la voz volvió a su tono de sorpresa y respiré hondo, aburrido.

Tras un gruñido de saludo, el hombre se acercó a su sobrina y le pasó el abrigo por la espalda, preocupado por su semidesnudez.

—Cúbrete, no vas a salir vestida así —la reprimenda no surtió efecto, ya que tiró el abrigo al suelo.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

De todos modos, hizo la pregunta correcta sobre nuestro papel en ese lugar.

—Nos vamos a casar —anuncié, sin ocultar mi enfado por la situación.

Ella me miró dubitativa, mientras el hombre mostraba su disgusto por mis métodos para revelar el motivo de nuestro encuentro. Si pensaba dirigir el espectáculo, había descubierto que nadie lo dirige en mi escenario.

—No lo entiendo —dijo, como si hubiera oído mal.

—Eso es lo que has oído. —Cogí la caja con las joyas que había comprado Olyvia y se la enseñé—. Estamos prometidos y nuestra boda se celebrará lo antes posible.

Su reacción fue similar a la de alguien que ve una mala comedia barata. Por mi parte, permanecí impassible, esperando a que sus emociones se estabilizaran.

—¡Estás loco! —murmuró con voz ronca, cruzando sus torneadas piernas cubiertas de medias negras.

—¡Quinn, vamos a hablar!

Gilroy intentó parecer autoritario, pero recibió una mirada que era una mezcla de desenfreno y asco.

—Por supuesto, tío. Háblame de los planes que habéis hecho tú y tu amigo.

Estiré el brazo para coger la botella de whisky y me serví un trago, consciente de que sería espectadora de la guerra familiar que estaba a punto de comenzar. No intenté intervenir, pues quería descubrir la dinámica entre los Taylor, sin las máscaras que nos ponemos cuando estamos preparados para las circunstancias.

—No puedes seguir haciendo esto. —Gilroy señaló en dirección a su sobrina—. Metiéndote en situaciones así, trabajando en investigaciones arriesgadas, estando expuesta a cualquier suceso. ¿Y si caes en las manos equivocadas, o alguien descubre que somos parientes? Pronto haré campaña y no quiero que mis rivales utilicen imágenes de mi sobrina vestida de stripper.

¿No le contaría el cabrón a la chica sus verdaderos motivos y la culparía si perdía las elecciones? Con una familia así, Quinn no necesitaba enemigos.

Como si leyera mis pensamientos, los ojos azules, de un color tan distinto al mío, me miraron fijamente, con la ira desbordando por los iris.

—Y crees que me voy a casar... —Levantó la mano, señalándome, pero cambió su mirada hacia el otro hombre—. ¡Estás loco si crees que voy a aceptar eso, tío!

—¡Me presento al Senado y no quiero verme arrastrado a tus dilemas profesionales!

¿Así que pretendía subir un escalón en el poder? Ponerlos cara a cara resultó ser más valioso

de lo que esperaba.

—¡Eso no es asunto mío! —gruñó la chica, levantándose—. No puedes pedirme que me case con alguien sólo para evitar problemas en tu elección. Dime que no somos íntimos, que apenas me conoces, ¡repudia mi comportamiento en público!

¿Vería alguna vez las verdaderas razones de aquel matrimonio?

—Fui tu tutor, sigo siéndolo de tu hermana y tengo responsabilidades que me impiden romper el vínculo que tenemos. ¡Me lo debes, Quinn!

Ambos se encararon, pero las palabras sólo arañaron la superficie, me di cuenta de que había algo más profundo en su relación.

—Voy a escribir sobre esta locura que han inventado, ¡el mundo sabrá lo que un senador y un diputado pueden hacer cuando usan su poder por las razones equivocadas!

Hasta entonces, no me había involucrado en la discusión entre los dos parientes, pero no me quedaría callado ante otra amenaza.

—Haz eso y acabaré con tu carrera antes incluso de que empiece —dije sin cambiar el tono, pero me levanté y dejé el vaso sobre la mesa—. Ya he hecho lo que tenía que hacer. Ahora resuélvelo y hazme saber el resultado.

Estaba a punto de irme, pero me di la vuelta al oír la voz de la chica.

—Aunque sea ridículo, Gilroy ha dado una justificación para meterse en esto, pero ¿y usted, senador? ¿Cuáles son sus intenciones?

Matar a Gilroy es un buen comienzo para cumplir mis deseos más oscuros.

—Si necesitas una respuesta a esa pregunta, me hace pensar que estás en la profesión equivocada.

—Quieres calmar a los conservadores —murmuró, aún dudosa, pero sería una buena justificación.

No respondí, les dejé hacer. Ya me había expuesto más allá de lo esperado, y le tocaba al diputado convencer a su sobrina.

A los dos nos interesaba el matrimonio, aunque yo deseaba no tener nada en común con aquel hombre.

Capítulo Cinco — Quinn Taylor



Quinn Taylor

El móvil vibraba en la mesilla de noche, pero seguía ignorando las llamadas para no tener que fingir que estaba bien. Quería seguir ahogándome en la autocompasión durante mucho tiempo, sufriendo por haberme planteado una unión con un completo desconocido.

Mi mente daba vueltas a toda la reunión con Marshall y mi tío en un esfuerzo por echar la culpa y encontrar respuestas a tantas preguntas.

Nunca me gustó culpar a los demás de los problemas que se me presentaban, porque ese tipo de comportamiento me hacía sentir débil, y la sensación de fragilidad era algo que necesitaba evitar desde niña.

Así que había muchas razones para odiar al senador y al diputado.

—¡Quinn! —la llamada de mi madre vino acompañada de un suave golpe en la puerta—. ¿Estás despierta, niña?

Siempre he evitado culpar a mi familia, incluso cuando he tenido que renunciar a algunos de mis sueños. Sin embargo, en ese momento, tuve que esforzarme mucho para no ser mezquina y transferir cualquier responsabilidad a mi madre.

Nunca estuviste obligado a hacer nada, Quinn. Sólo actuaste responsablemente, y eso no implica culpa.

Mi madre no insistió, y yo volví a pensar en los últimos acontecimientos, buscando una solución al problema. Casarme con Marshall estaba descartado, la idea de unirme a un desconocido era inconcebible.

Podría escribir un artículo sobre ello, pero tendría poco efecto práctico, aunque pudiera demostrar la proposición de matrimonio que me habían hecho. No conseguiría nada, y la prensa sensacionalista me consideraría un chismoso.

"Haz eso y acabaré con tu carrera antes de que empiece".

Recordé la amenaza de Henry Marshall y no me sentí inclinado a enfrentarme a él en aquellas circunstancias, en las que estaba en total desventaja. Sería una lucha entre un político respetado y miembro de una dinastía estadounidense contra un periodista novato, sin pruebas ni apoyo de nadie relevante.

—Quinn —la voz grave de Cleo llegó a mis oídos—. ¿Estás ahí?

Cerré los ojos y pude ver a mi hermana, con sus delgados dedos entrelazados, insegura de ser una molestia, aunque nunca la habían considerado una molestia.

—Pasa —dije antes de ver moverse la puerta.

Su pelo castaño le caía alrededor de la cara, más fina y clara que la mía. Su camiseta con una

foto de Janis Joplin indicaba un gran gusto por la música, y sus pantalones cortos vaqueros mostraban buena parte de sus piernas.

—¿Estás bien? —susurró, como si yo necesitara silencio—. Mamá está preocupada.

—¡Estoy bien!

Di una palmada a mi lado y ella se apresuró a detenerse frente a la cama. Utilizó los pies para deshacerse de las zapatillas y, arrastrándose sobre el colchón, se sentó a mi lado.

—Tu habitación está tan despejada y organizada —comentó críticamente, mirando a su alrededor.

—Y la tuya es tan oscura con pósters de bandas de rock clavados en las paredes, además del desorden que te empeñas en mantener.

—Soy adolescente y es esencial para mi desarrollo psicológico que mamá se pelee conmigo para que ordene mi habitación.

Me encantó la chica delgada, curiosa y esperanzada y, aunque no quería, no pude evitar sonreír.

—Serás una gran abogada, hermanita. Tus argumentos son los más convincentes.

—Creo que sí, llevo toda la vida debatiéndome con la muerte y hasta ahora he ganado.

La sonrisa que recibí fue demencial y hermosa. Cleo tenía una belleza que parecía impropia de un ser humano, quizá apta para un hada u otro ser imaginario. Su nariz era ligeramente redondeada en la punta, lo que daba a sus rasgos un aspecto infantil. Sin embargo, sus ojos, de un tono verde casi transparente con algunas pecas bajo ellos, eran extremadamente maduros, transmitían sabiduría, lo que no encajaba con una niña de catorce años. Su mentón pequeño bajo sus gruesos labios también contrastaba con su piel pálida.

Su humor negro fue otro punto de desacuerdo con su edad, pero creo que las personas que luchan por su vida se ganan el derecho a hacer bromas incómodas sobre su situación.

Fibrosis quística, ese fue el diagnóstico que recibimos cuando aún era un bebé, y desde entonces hemos vivido en un mundo de tratamientos constantes, visitas al hospital, enfermeras, fisioterapia y una dieta exclusiva para su cuerpo que no absorbía suficientes nutrientes.

—Hoy no voy a reírme de tus chistes —respondí, fingiendo mirarme las uñas.

—No las hago para hacerte reír —replicó y arrugó la nariz ante mi mirada incrédula—. Está bien, las uso para aliviar tensiones, pero también intento no vivir sufriendo por algo que escapa a mi control.

—Tu terapia es mejor que la mía —le felicité.

—No haces terapia, Quinn, y creo que necesitas hacerla. Podrías hablar con mi terapeuta o con mamá.

Este era uno de los pocos lujos que nuestra madre se daba, pero era un lujo necesario para la difícil situación en la que se encontraba. Cuidar de Cleo le exigía mucho, tanto física como emocionalmente, después de todo, no debe ser fácil presenciar varias veces la casi muerte de una hija.

Sacudí la cabeza, desestimando su consejo. No quería resolver mis problemas hablando con un profesional.

—¿Por qué no fuiste a trabajar? —preguntó, volviendo al tema que la había traído a mi habitación—. Nunca faltas al trabajo, así que estamos muy preocupados. Mamá cree que ha habido un problema grave, algo así como unos gánsters que te persiguen después de que escribieras un informe sobre ellos. Yo soy menos dramática y apuesto a que sufres de un corazón roto.

—Tienes mucho tiempo ocioso; por eso creas estas tramas delirantes.

—La suposición del corazón roto es bastante plausible, siempre que estés dispuesto a sufrir por alguien.

—No tengo ganas ni tiempo, Cleo.

Apoyó la espalda en el cabecero y suspiró soñadoramente.

—Yo tampoco tengo tiempo, quiero decir, pero espero sufrir por un gran amor.

No le pregunté por qué quería eso, porque la había oído decir innumerables veces lo mucho que deseaba vivir todas las experiencias de "una persona corriente —lo que para ella significaba una persona sana.

—Y voy a retorcerle la oreja al chico que te hace sufrir —le advertí y ella soltó un pequeño gemido.

El teléfono volvió a vibrar contra la mesa, pero ni siquiera comprobé quién podía estar llamándome esta vez.

—Es Natalie, tu compañera de trabajo —dijo mientras se inclinaba sobre mis piernas y leía el nombre en la pantalla—. Mamá tiene razón, ¿realmente te has visto envuelto en alguna situación peligrosa? Decía que papá siempre se metía en líos por los temas que elegía para escribir.

Capté la preocupación en su voz y me arrepentí un poco de no haberle dado una explicación.

Mi madre nunca aprobó del todo mi elección de seguir la profesión de mi padre, pues creía que era demasiado arriesgada, aunque limitara mi trabajo para poder estar cerca en caso de que le ocurriera algo a Cleo.

—No estoy en peligro, no te preocupes. Sólo estoy molesto por algunos problemas.

—Debe de ser algo grave —dijo.

Antes de que pudiéramos avanzar más, mamá apareció en la puerta que Cleo había dejado abierta y le hizo una señal para que nos dejara solos.

—Tienes problemas —susurró mi hermana mientras se arrastraba fuera de la cama.

Esperamos a que se pusiera las zapatillas y se fuera. Entonces mamá cerró la puerta y fue a sentarse en el borde de la cama, con cara de preocupación y extrañeza.

—Hija, puede que no quieras hablar, pero necesito saber si estás en peligro. Entonces, ¿dime qué está pasando! —exigió con la mirada autoritaria de madre que de vez en cuando lucía.

—Sólo estoy teniendo algunos problemas en... —Casi menciono el trabajo, pero no quería que te preocuparas—. Estoy teniendo problemas sentimentales.

Tuve que contenerme para no poner los ojos en blanco, pero la sorpresa era evidente en su rostro.

—¡Ah! —Abrió la boca y la volvió a cerrar, sin saber qué decir—. Bueno, eso es nuevo.

—Sí, es algo reciente, muy... inaudito —murmuré, con la mente centrada en el problema con Marshall—. Por eso no quiero hablar de ello.

Asintió un par de veces y alisó la colcha, pero se volvió para mirarme.

—Lo entiendo y me entristece que estés así, pero... también necesito hablarte de otra cosa. —Mamá parecía avergonzada de sacar cualquier otro tema en un momento en el que yo parecía frágil—. No, ahora no tenemos que hablar. Te prepararé algo rico para animarte.

Intentó escapar, pero la cogí de la mano y la animé a sentarse de nuevo.

—¿Qué ha pasado, mamá?

—No estás bien y...

—No te preocupes por mí, cuéntame qué ha pasado —insistí.

Aunque era imposible, siempre intentaba evitarme las complicaciones que surgían, así que algo le preocupaba y yo necesitaba saber qué era.

—Tu tío me llamó para hablar de las facturas y... Dijo que serías responsable de pagar

algunas de las facturas relacionadas con tu hermana, pero... —Suspiró, visiblemente avergonzada —. Quinn, tu hermana tiene muchos gastos. Su seguro médico no lo cubre todo y es muy caro. No creo que puedas permitirte.

No debería haberme sorprendido, después de todo, me lo había advertido. Cuando nos quedamos solos en aquella fiesta, me amenazó con cortar el apoyo económico de mi familia, pero no creí que tuviera el valor.

Así que no eran sólo amenazas vacías, estaba decidido a casarme con Marshall.

Sentí que el estómago se me hundía contra las costillas, y todo en mí se convirtió en vergüenza, furia y el inmenso deseo de gritar la verdad al mundo.

También quería analizar el escenario para entender las motivaciones que había detrás de la unión entre alguien como el senador y yo, pero no podía compartimentar mi mente. Mis pensamientos se mezclaban con el malestar que me provocaba involucrarme en algo sórdido.

—No quiero ser invasiva, pero tu hermana necesita tratamiento; las facturas son semanales. Me disculpo por sacar este tema ahora, pero tenemos que ser prácticos cuando se trata de dinero.

—Lo arreglaré, mamá. No te preocupes.

Tenía motivos para ser aprensiva, y yo no podía seguir revolcándome en la autocompasión.

—Bien, pero avísame si hay algún imprevisto para que pueda encontrar una solución.

No hay muchas opciones, mamá.

Me guardé el pensamiento para mí, pero en cuanto se marchó, fui al vestuario a cambiarme. Necesitaba poner mi vida en orden, y no iba a poder hacerlo tumbada.

Nueva York está llena de pequeños grupos de inmigrantes, y después del trabajo que hice en la escuela de posgrado, conocí a muchos de ellos e hice muchos contactos.

Así conocí a Carlo y se convirtió en mi informador. Sin embargo, había otras personas dispuestas a colaborar. Algunos sólo buscaban un beneficio económico, aunque la cantidad no fuera tan significativa. También había quienes pensaban en el bienestar de la comunidad y querían que se denunciaran los abusos.

Independientemente de las razones o los resultados, nunca revelábamos el nombre de un informante —o fuente—. Este era uno de los mandamientos del periodismo, y todos los buenos profesionales lo consideraban sagrado.

Por una cuestión de ética, nunca revelaría el nombre de una fuente, lucharía hasta el final por mantener el anonimato. Sin embargo, había algo que tampoco aceptaría jamás: que me engañaran.

—¡Traidor! —Gruñí cuando vi venir al bastardo.

Había ido a la revista y cambiado la moto por el coche, así que decidí enfrentarme a él, pero no quería una charla amistosa para entender qué le había motivado a engañarme.

Salí del coche con el bate de béisbol y el mexicano no me vio venir.

—¡Carlo! —Le llamé.

—¿Quinn? —Se sorprendió al verme, pero bajó la mirada hacia su bate y se le cerró la cara —. Un momento, no quería...

La frase se interrumpió cuando me detuve delante de su coche y el bate golpeó una de las luces del vehículo.

—¡Maldita sea, Quinn, para!

—Podrías haberme enviado a la muerte, cabrón —maldije, y con otro golpe destruí el otro farol.

—No quería engañarte, pero... ¡Joder!

Intentó justificarse, pero desistió cuando me vio romper la ventanilla del conductor.

—¡No te acerques o te parto la cabeza! —amenacé al ver que intentaba acercarse—. ¡Eres un hipócrita, Carlo! ¡Dices que te preocupas por las chicas de tu comunidad, pero no te lo piensas dos veces a la hora de poner en peligro a una mujer!

Con tres golpes más, destruí el parabrisas delantero, y él gimió de arrepentimiento.

—No vuelvas a buscarme, haz como si no me conocieras, y no vuelvas a intentar ser informador de ningún periódico o revista, porque te entregaré en bandeja si me entero de que colaboras con alguien.

—¡No podía decir que no, Quinn!

Ignoré sus intentos de explicarse, porque no había argumento que justificara exponerme así. Confié en él y aposté mi seguridad a su información.

Seguramente no sabía quién o por qué me querían en esa fiesta, pero aun así accedió a engañarme.

—¡Maldito seas! —maldije, sentándome al volante.

Marshall podría haberme encontrado en cualquier otro sitio, pero eligió crear una situación para presionarme, para poder poner a prueba mis reacciones primarias.

Debía tener cuidado, porque él no tenía reparos en utilizar su poder para conseguir lo que quería.

Aproveché que tenía sangre en los ojos y decidí visitar a mi tío y, aunque no estaba seguro de dónde encontrarlo, conduje hasta su casa.

El tráfico era tan caótico como siempre, pero no tardé más de lo previsto, y cuando me detuve frente al elegante edificio de tres plantas del barrio de Uper East Side, sentí el impulso de derribar todo aquel hormigón.

¡Tranquilo!

me aconsejé mientras salía del coche y me dirigía al interfono.

—¿Ah, sí? —Oí una voz de mujer y me di cuenta de que no era mi tía. Me identifiqué y pregunté si estaba allí—. Espera un momento, voy a ver.

Esperé un buen rato, hasta que oí que se abría la puerta y entraba mi tío, indicando que no quería recibirme en su casa.

—No te esperaba hoy —refunfuñó, disgustada con mi visita.

—No me esperaba muchas cosas, entre ellas que hicieras daño a mi hermana y a mi madre por capricho.

—Te lo advertí, Quinn. Ahora depende de ti.

Su cara mostraba aburrimiento e indiferencia ante mi dilema, así que me di cuenta de que había perdido el tiempo yendo a la otra punta de la ciudad.

Siempre sospeché de la "amabilidad" que mostraba hacia mi familia. Creía que en algún momento cobraría por ayudarnos, y hubo ocasiones en las que creí notar un interés romántico en mi madre. No es que esta situación fuera agradable, ni siquiera tolerable, pero explicaría sus actitudes.

Sí, fue decisión mía, y no tuve tiempo de pensar en una estrategia. Como decía mamá: las facturas se pagaban semanalmente.

—¿No vas a decir nada? —escupió la pregunta mientras el silencio se prolongaba.

Me limité a analizarlo una última vez antes de volver a mi coche, dejándolo frente a su casa, claramente preocupado por mi reacción.

Y realmente tenía motivos para preocuparse.

Capítulo Seis — Henry Marshall



Henry Marshall

No había nada que me gustara menos durante el periodo electoral que las interminables reuniones. Siempre había alguien que quería darme la mano, un empresario que necesitaba una "palabra" que se convertía en un largo debate o en largos discursos con escasos resultados prácticos.

Como senador, participé en numerosos compromisos con este fin, pero se triplicaron durante la carrera presidencial.

—Estoy agotada —refunfuñó Olyvia.

Llevábamos tres días de viaje, habíamos llegado a Delaware esa misma tarde y, tras horas de reuniones, aún tenía que asistir a un cóctel organizado por unos simpatizantes.

Apenas dormí todos esos días, pero era el precio que tenía que pagar para alcanzar mis objetivos.

—Mañana nos vamos a Nueva York y tendremos tres días libres.

—Estoy soñando con mi cama y tengo muchas ganas de descansar —murmuró, sonriendo a un hombre de negocios que pasó junto a nosotros—. Pero dudo que pueda hacerlo.

—¿Y qué lo impide?

—Tú y tu supuesta "prometida". —Respiró hondo y pude ver la consternación en su rostro—. No mires ahora, pero ha llegado y está hablando con alguien de la prensa.

Ignoré su consejo y me volví hacia donde apuntaba su mirada. Entonces la vi, y no se parecía a la chica que había conocido sirviendo a los invitados en una fiesta.

Quinn llevaba un traje holgado de color gris claro, lo que indicaba su deseo de no llamar la atención, pero era imposible ignorarlo.

Llevaba el pelo oscuro suelto y los mechones lisos contrastaban con la tela clara. Aunque no pude distinguirla, vislumbré una boca roja que se movía junto a unas manos pequeñas que gesticulaban.

Había media docena de hombres, de la prensa o no, observándola durante su conversación con un periodista. Todos parecían ansiosos por acercarse a ella.

—Sácala de ahí antes de que esos hombres se acerquen —le ordené, y Olyvia asintió.

No sería apropiado que anunciara una relación con alguien que fue acosado mientras estaba en el mismo espacio que yo.

Bueno, eso si ella acepta la oferta, Henry.

No se habría ido a otro Estado si no hubiera sido para decir Sí. Sin duda había sido persuadida por su tío, que parecía ansioso por cerrar el trato. Si tenía las armas para obligarme a

aceptar esa tontería, imagínate lo que no haría con un pariente.

No me animaba a sentir empatía por ella. Seguía odiando a la familia Taylor y sólo tenía que esperar para empezar a destruir el pequeño mundo que Gilroy se había construido. Si creía que presentarse al Senado le haría inmune a mis represalias, el viejo descubriría que estaba equivocado.

Observé a Quinn un momento y confirmé que había venido a verme para aceptar el compromiso. Ni siquiera su discreto y bello maquillaje ocultaba el hecho de que estaba allí a regañadientes. Mantenía una postura beligerante, como si estuviera atravesando trincheras para encontrarse con el enemigo.

—Mr Marshall —me saludó cuando estuvimos cara a cara, y extendió el brazo para darme un apretón de manos.

—Bienvenida, Srta. Taylor.

Estreché la mano que me tendía y la encontré fría, como si hubiera estado expuesta en una noche de tormenta.

—No sé si hice bien en venir, pero según tu agenda, estarás de viaje las próximas dos semanas, y necesito resolver los asuntos pendientes entre nosotros.

Cómo se enteró de mi diario era un misterio, pero teniendo en cuenta que era periodista, podría conseguir mi itinerario.

—Sí, ése era el programa, pero esta tarde ha habido un hueco en los compromisos y mañana nos vamos a Nueva York. —Sus hombros se hundieron y parecía visiblemente apenada por el viaje—. Pero es bueno que estés aquí, así podremos darte material para comentar.

Esperó a que un camarero se detuviera delante de nosotros y cogió una copa de champán antes de volver a hablar.

—Todavía tenemos que hablar, Senador. Tengo algunas condiciones y límites que pretendo dejar claros.

No esperaba que aceptara sin exigir nada.

—¿En qué hotel se aloja?

—En uno cerca del aeropuerto. Mi vuelo está programado para mañana temprano.

Un hombre de negocios se me acercó para saludarme y nos vimos obligados a interrumpir la discreta conversación. Intenté mantener la concentración, pero mis oídos estaban divididos entre lo que decía el hombre sobre las dificultades del mercado automovilístico y la conversación informal entre Quinn y Olyvia.

Hice lo que pude en aquel incómodo momento, pero tuve que intentar no suspirar de alivio cuando el hombre se alejó.

—Olyvia, envía a uno de los guardias de seguridad a recoger las pertenencias de la señorita Taylor y alojarla en nuestro hotel.

Mi asesor empezó a escribir un mensaje con mis órdenes.

—Pero no quiero alojarme en el mismo hotel que tú.

Respiré largo y tendido.

—Quinn, estoy trabajando y no sé a qué hora me iré. Da una vuelta, diviértete, pero si estás cansado, vete al hotel y espérame. Olyvia te dará todas las instrucciones.

Como para respaldar mis palabras, mi anfitrión se acercó con un grupo, acaparando mi atención.

Durante un rato me distraje conversando con otros políticos que me apoyaban y con varios invitados, pero de vez en cuando me asomaba al espacio de eventos, buscándola, intentando ver mi futuro junto a la chica que hace unos días era una completa desconocida.

No esperaba que nuestra conversación fuera cómoda. Era fácil alinear expectativas y responsabilidades en una transacción comercial o política, pero podía resultar extremadamente ofensivo cuando se trataba de algo tan íntimo como un matrimonio, aunque sólo fuera una unión de conveniencia.

—Se ha ido al hotel —me dijo Olyvia en un momento en que estábamos solos—. Confieso que temía un escándalo.

Yo también tenía un poco de miedo, pero ella sabía que no tenía armas para luchar contra mí. Puede que Quinn no tuviera experiencia, pero no era ingenua y tuvo tiempo suficiente para pensar en todos los matices que rodeaban el caso.

—La confrontación puede producirse cuando ponemos las cartas sobre la mesa. Desde luego, no habrá un 100% de compatibilidad entre lo que esperamos.

Asintió con la cabeza antes de respirar hondo.

—En cualquier caso, el abogado ya ha redactado un acuerdo prenupcial, así que estás a salvo.

Olyvia había sido muy crédula. De hecho, Quinn podía hacer un mundo de exigencias y negarse a aceptar las mías, después de todo, no tenía ni idea de si se daba cuenta de la magnitud de los cambios a los que se vería obligada.

Llegamos al hotel y ya estaba amaneciendo, pero necesitaba concretar los detalles con Quinn, aunque ella no estuviera por la labor debido a la hora.

Le envié un mensaje para decirle que la esperaba en mi suite, pero me preparé para enviar a uno de los guardias de seguridad a despertarla. Sin embargo, me sorprendió ver que respondía inmediatamente.

"OK."

Sucinto, lo que me pareció una buena señal, ya que nunca me ha gustado perder el tiempo en conversaciones innecesarias.

—¿Estamos protegidos contra los periodistas? —le pregunté a mi asesor.

—Sí, la seguridad se ha encargado de eso, pero no creo que fuera malo que denunciaran algo sobre ti, al fin y al cabo, el compromiso viene a asegurar la seriedad de la relación.

—El escepticismo es un predicado necesario en política, Olyvia. No escondas el tuyo debajo de la alfombra —le aconsejé.

—¿Crees que no lo aceptará?

Desde luego, no de forma amistosa.

Oímos un golpe en la puerta antes de que se abriera, permitiendo el paso a mi guardia de seguridad.

—Señorita Taylor —murmuró, un poco aprensivo.

Oímos un chasquido y, cuando Quinn entró en el salón, descubrí que eran las zapatillas que llevaba en los pies, que azotaban contra sus tacones. Puso los ojos en blanco, como si todo aquello la aburriera.

—Gracias, Charles —agradeció al hombre que la miraba con un poco de inquietud.

Comprendía por qué el jefe de seguridad estaba preocupado. Después de todo, se había dirigido a él por su nombre de pila, un tratamiento demasiado íntimo, además de un tono irónico. Pero lo más grave era que Quinn llevaba un pijama debajo de una bata. No había nada revelador en el atuendo, eran pantalones y una blusa de manga larga con botones, ¡pero seguía siendo un puto pijama!

Un plato lleno de titulares.

—Buenas noches, señorita Taylor —saludé y señalé el sillón que tenía delante—. Veo que ya

se ha acostado.

Su mirada bajó a su propio cuerpo y volvió a centrarse en mí.

—Creo que mi ropa inapropiada se va a convertir en una tradición en nuestras reuniones.

Sí, parecía que esto volvería a ocurrir.

—No perdamos más tiempo —tomé la palabra, decidido a resolver la cuestión—. ¿Cuáles son sus requisitos para esta boda?

Su nariz fina y recta se crispó ligeramente, como si oliera algo desagradable, pero sacó un papel del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

Me agaché para recoger la hoja y miré todos sus requisitos.

—¿No puedo tocarte? —pregunté.

—Henry, si vuelves a mirar, verás que hay varios artículos antes de este, quizá quince. — Señaló la lista que tenía en las manos—. Pero si quieres que empecemos por ahí, puedo explicártelo. Cualquier tocamiento tendrá lugar en público y sólo lo estrictamente necesario.

Frunció los labios ante mi sonrisa libertina, pero volví a leerlo. Una de las peticiones se refería a que el matrimonio fuera válido mientras yo estuviera en campaña o, si me elegían presidente, por no más de un mandato.

En cuanto al dinero, se menciona una cantidad que debe depositarse a nombre de la madre. Era una cifra muy concreta, como si hubiera sumado varias cantidades para llegar a ella.

Me pareció curioso, entre otras cosas porque era una propina comparada con lo que podría exigir casándose con un Marshall.

—Decidí tratar el asunto como lo haría en una relación laboral.

Dijo, su voz transmitía dignidad, pero la miré rápidamente y me di cuenta de lo avergonzada que estaba por la negociación.

—Mis empleados no exigen tanto —ironicé.

—Tampoco creo que tengan que fingir que les gustas. —Sonrió falsa y dulcemente, como si la frase no fuera grosera—. Y eso es básicamente lo que voy a hacer.

—¿Realmente lo has pensado? —pregunté, decidida a ignorar su acidez.

Se reclinó en el sillón y me miró con seriedad, pero había una furia hirviendo a fuego lento.

—Lo he pensado exhaustivamente, pero sigo preguntándome: ¿qué ganas casándote conmigo? Hay muchas mujeres que te saltarían al cuello con esta oferta, así que ¿por qué elegirme a mí?

Exactamente. ¿Por qué debería casarme con ella?

—Si es tan doloroso, podemos olvidarlo.

Tiré el trozo de papel sobre la mesa, decidida a poner fin a la historia, pero mi asesora intervino. Sabía que no podía negarme, porque tenía las manos y los pies atados.

¡La maldita voz de la razón!

—Creo que estás haciendo las preguntas equivocadas, Quinn. —A pesar de participar en la conversación, no abandonó el rincón donde había decidido quedarse para darnos un poco de intimidad—. La pregunta es: ¿qué vas a sacar de ello?

La chica no contestó, se limitó a sostenerme la mirada y había un silencioso interrogante en su actitud.

—Déjanos en paz, Olyvia —le pedí, enfrentándome a la actitud desafiante de mi prometida, y volví a hablar cuando estábamos los dos solos—. ¡Ya está! Una de tus exigencias se ha cumplido.

En la lista, que ya estaba olvidada sobre la mesa, entre otras cosas, mencionaba algo sobre mi asesor o cualquier otro empleado.

—No me importa que Olyvia intermedie en nuestros contactos, sé que eres un hombre ocupado y yo tengo mi propia vida que gestionar. Pero cuando estemos hablando, o cuando lo considere extremadamente urgente, no voy a jugar al teléfono ni a hablar de mi vida delante de otra persona. Serán tus empleados, ¡no los míos!

¡Joder! Estaba agotado de todos los Taylor, quería ahogar a cada miembro de esa familia en el río Hudson, pero tenía que ganar unas elecciones, no podía salir en las páginas de la policía.

¡Al menos por ahora, Marhsall!

—Mi abogado lo analizará y, en la medida de lo posible, incluirá sus exigencias en el acuerdo prenupcial.

Su mirada dubitativa parecía no creer mis palabras.

—¿Así de fácil?

Mi risa ante su pregunta fue espontánea. No era ingenua; ¿acaso no tenía ni idea de lo que le esperaba?

—Esta situación no tiene nada de sencilla. Como prometida y esposa de un candidato, tu vida va a cambiar. —Inhaló profundamente, disgustada—. Para empezar, tu trabajo se resentirá.

—Yo... creo que sí —murmuró apenada, con los ojos brillándole tristemente—. Y he pensado en alternativas a esta situación, pero no he encontrado ninguna.

Por "*alternativas* —entendí que buscaba formas de rechazar la propuesta.

¡Bienvenido a mi mundo, Quinn! Tu tío es un bastardo que será destruido y no me importa si te disparan en el proceso.

—Mi abogado contactará contigo mañana y nos casaremos en un mes.

Abrió la boca, pero volvió a cerrarla, junto con los puños apretados. Se levantó y salió de la suite sin despedirse, en completo silencio. Ni siquiera se oían las zapatillas que azotaban sus tacones.

Su silencio decía más que mil palabras, era elocuente de un modo ensordecedor. La ausencia de sonido era una advertencia, algo así como "*no sabe en lo que se está metiendo, señor Marshall*".

Vislumbraba días difíciles por delante, esa era la única certeza que tenía en ese momento. Era hora de retomar el control de la situación.

Quinn Taylor

Después de salir de casa de mi tío, hice varios contactos para averiguar dónde podía encontrar a Henry Marshall, pero descubrí que el muy cabrón había viajado.

Estaba frustrado. Quería discutir mientras estaba febril de rabia, angustiada y violenta. Sin embargo, cuando se me pasó la adrenalina, me di cuenta de que un encuentro con él sería improductivo mientras yo estuviera en ese estado.

Romper el coche de Carlo fue fácil, nunca volveríamos a vernos, pero con Henry fue diferente. Nuestros caminos se habían cruzado y yo aún no estaba convencida de las razones de su interés por casarse conmigo.

Investigué la vida del hombre y, aparte de alguna que otra relación, no había noticias de su vida amorosa reciente.

—Henry Marshall no tiene relaciones, pero desde luego no pasa sin sexo —murmuré, evaluando sus fotos.

El bastardo es guapo.

—¿Guapo? Tienes un vocabulario más amplio, Quinn.

El hijo de puta era varonil, destilaba testosterona, inteligencia y dominación, la combinación perfecta para arrastrar a las mujeres a su cama.

—¿Por qué yo?

La pregunta se me quedó grabada en la mente, mis instintos me guiaron para encontrar una respuesta.

—¿Por dónde empezar?

Bajé la vista hacia la pila de papeles de la esquina del escritorio y recordé que había algo urgente que resolver: las cuentas de mi hermana.

Había hecho una consulta y, teniendo en cuenta el poco dinero que tenía en mi cuenta bancaria combinado con mi sueldo, podía cubrir los gastos de un mes. Por supuesto, siempre y cuando Cleo no tuviera ninguna complicación que nos llevara al hospital, ya que una estancia hospitalaria se "comería" todo lo que tenía.

Durante dos días analicé los problemas desde un punto de vista realista y la verdad era que no podía mantener la situación. Incluso podía encontrar un segundo trabajo, pero había un contrato de exclusividad con la revista Lenses y cualquier otro trabajo me quitaría tiempo del que no disponía.

¡Estoy atrapado!

Mi madre no volvió a mencionarlo, pero yo notaba su preocupación. Yo también estaba preocupada, sobresaltada por un simple ataque de tos de mi hermana, consciente de que en cualquier momento tendría que tomar una decisión.

La segunda noche estuvo a punto de ocurrir lo que yo había previsto: Cleo tuvo fiebre y necesitó oxígeno. Aunque no fuimos al hospital, fue una señal de que no podía persistir en el tira y afloja con el azar.

—¿Viajas por trabajo? —me preguntó mamá mientras me veía hacer una pequeña maleta.

Estaba en la puerta de mi habitación, observando lo que hacía.

—Tengo que resolver unos asuntos personales. Volveré mañana por la mañana —dije, ordenando dos mudas de ropa formal—. He hecho una transferencia a tu cuenta.

Oí el profundo suspiro que exhaló y me volví hacia ella.

—Necesito un trabajo —dice tímidamente—. Cleo ya tiene casi quince años, no necesita tantos cuidados.

—Mamá, ya trabajas duro. Puedes relajarte con el dinero.

No estábamos en una situación típica. Cuidaba de Cleo, estaba siempre ocupada con la casa y nunca había trabajado fuera, así que habría sido difícil encontrar algo que pudiera conciliar su poca experiencia y sus obligaciones para con su hija.

Las crisis de mi hermana podían ser simples o graves, pero siempre requerían cuidados, y esto envejecía a mi madre más de la cuenta. Su piel estaba siempre demacrada, con ojeras, y era difícil encontrar una sonrisa genuina en su rostro; parecía triste la mayor parte del tiempo. La mayoría de sus amigas eran madres cuyos hijos también estaban enfermos, y ella "respiraba" el ambiente hospitalario.

Sentí sus brazos envolviéndome, su cuerpo apretado contra mi espalda, y me dejé abrazar.

—Lo siento, Quinn —murmuró—. Deberías estar viajando, trabajando, no preocupándote por nosotros.

—No tienes que disculparte, mamá. Yo sólo... —Sopesé mis palabras, porque si todo iba según lo planeado, ella no entendería mi matrimonio con Marshall—. Sólo acepta mis decisiones, incluso cuando no las entiendas del todo. ¿De acuerdo, mamá?

Sentí que su cuerpo se ponía rígido, pero no respondió y se alejó, dejándome solo para terminar de prepararme para el viaje.

Acceder al lugar donde se celebraba el cóctel para el senador Marshall fue fácil, sólo tuve que llevar mi acreditación de prensa, pero no esperaba que me reconociera un antiguo compañero de clase.

Mentí diciendo que estaba cubriendo a un amigo que se había puesto enfermo, pero el consejero de Henry me salvó de continuar aquella incómoda conversación.

La mujer intentó ser amable, pero yo sabía que sólo hacía su trabajo. Si en algún momento ponía a su jefa en peligro, seguramente me atacaría sin piedad.

Deambulé por el lugar, pero no tardé mucho en llegar al hotel donde me alojaba. Quería prepararme psicológicamente para mi conversación con el senador, sabía que no sería fácil, quería tener el control de mis emociones y todo salió mejor de lo que pensaba.

El verdadero problema empezó unas horas más tarde, cuando empezaba a amanecer, y alguien llamó a mi puerta.

—Me voy. —gruñí, con mi característico humor mañanero.

Me arrastré hasta la puerta y la abrí para encontrarme a Olyvia Davis de pie. La mujer tenía los labios apretados y destilaba nerviosismo.

—Si no tienes una buena razón para despertarme, te aconsejo que te vayas y hablemos más tarde —le dije.

—¿No has visto tu móvil? —me preguntó, pasando por delante de mí y acercándose a la mesilla de noche para coger mi móvil—. Toma, mira.

Tuve malos pensamientos sobre mi hermana, pero cuando desbloquéé mi teléfono, encontré numerosos mensajes de compañeros de trabajo, de mi editor y uno de Henry.

—¡Vea las noticias!

Hice lo que me sugirió la mujer y en la portada del principal sitio web de noticias aparecía una foto mía en pijama en la puerta de la suite del senador, con el titular "**PERIODISTA DE LENSES VIAJA PARA REUNIRSE CON SENADOR**".

—Me cago en la puta. —Maldije y ni siquiera intenté leer el artículo.

Empecé a meter mis pertenencias en la maleta, moviéndome de un lado a otro.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Olyvia cuando vio que empezaba a vestirme.

—Tengo que irme, quiero hablar con mi madre antes de que lea los periódicos.

Por suerte, a la señora Maggi no le interesaban los periódicos, alegaba que no tenía tiempo, pero adoptó la costumbre de ignorar las noticias tras la muerte de mi padre.

—Te vienes con nosotros, Quinn. No podemos posponerlo más, tienes que anunciar la boda.

Dejé lo que estaba haciendo y miré a la mujer que parecía decidida a convencerme, pero no era necesario, ya que no quedaban muchas opciones. Había llegado el momento, no había escapatoria, estaba a punto de convertirme en la señora Marshall.

Y descubriría las razones que me llevaron a esa situación.

Capítulo Siete — Quinn Taylor



Quinn Taylor

¡No puedo más!

Este pensamiento se me ocurrió por milésima vez y, como antes, puse una sonrisa falsa y continué con la locura de preparar una boda en tiempo récord.

Aunque en realidad no lo organizaba, estaba obligada a hablar con los responsables de los preparativos y fingir que tomaba decisiones.

También tuve que lidiar con periodistas en la puerta de mi casa, paparazzi y, por si no fuera suficiente con los que trabajaban conmigo, estaban los que se plantaron en la puerta de mi lugar de trabajo.

Fueron unos días agitados, pero aún tenía que tranquilizar a mi madre. Sospechaba de mis motivos para casarme.

—¡No lo acepto! —No recuerdo otra vez que te haya visto tan enfadada—. Nunca había oído nada de que estuvieras liada con ese hombre y, de repente, ¿te casas? ¡O me dices qué está pasando o voy a montar un escándalo, Quinn!

Le argumenté que nuestra relación era confidencial debido a su profesión y a la mía, y tardó unos días en calmarse.

Tras regresar a Nueva York, sólo conocí a Henry el día que anunciamos nuestro compromiso e ingenuamente creí que estaría presente cuando firmáramos el acuerdo prenupcial, pero delegó las tareas mundanas en sus vasallos.

Me sorprendieron las cantidades desorbitadas que figuraban en el documento, incluso después de dejar claro que no me interesaba la fortuna del senador. Cuando se lo comenté al abogado, me miró como si viera a un niño que no tiene ni idea de finanzas.

—Esa cantidad es inconcebible para un marshall. —El tono monótono era el de alguien que no quería negociar.

Henry no quería sorpresas desagradables en el futuro, como su mujer, que vivía de migajas. Para el senador, todo consistía en guardar el secreto y mantener las apariencias, y estaba dispuesto a pagar por ello.

Como si tuviera intención de hacer algo así.

El "acuerdo prenupcial" era un contrato que estaría en vigor durante el tiempo que sugiriera, pero que estaría abierto a discusión una vez transcurrido el plazo.

Había una cláusula de confidencialidad. En ningún momento podía hacer público cómo surgió nuestro matrimonio, ni dar detalles sobre la vida política o personal de mi "marido". Se me prohibió escribir artículos, libros, conceder entrevistas o cualquier otro medio que pudiera

revelar nuestra historia.

También se mencionaban mis obligaciones, que se reducían a apoyar públicamente a mi marido, pero todas mis exigencias estaban incluidas de alguna manera.

Firmé el documento y rubricé todas las páginas, dejando al abogado muy contento y convencido de que era un acuerdo "fácil" de negociar.

Ni él ni su jefe sabían que mi objetivo era asegurar el tratamiento de mi hermana. Sin embargo, aprovecharía mi cercanía a Marshall para investigar a mi tío y averiguar por qué me había incluido en sus planes.

Gilroy Taylor no formaba parte de ese contrato, y nuestra relación era irrelevante para mis intenciones. ^[3] Si descubría que estaba implicado en una estafa, sería mi nombre el que figuraría en el encabezamiento del informe que lo desenmascararía.

Unos días antes de la boda, y después de una mañana de mierda en el trabajo, llegué a casa antes de lo habitual con la intención de descansar de la locura que estaba viviendo, pero había un impedimento para mi tarde libre, y se llamaba Henry Marshall.

—¿Qué haces aquí? —Mi voz sonaba demasiado alta.

—Quinn, ¿es así como saludas a tu prometido? —murmuró mamá, avergonzada.

—No esperaba mi visita —explicó, dejando la taza de café sobre la mesa, junto al sofá donde estaba sentado—. Quería darle una sorpresa.

Mi madre era toda sonrisas, y el muy cabrón estaba muy a gusto en mi salón. Mi mirada analítica recorrió la habitación y en pocos segundos percibí detalles insólitos: el jarrón con el arreglo floral sobre la encimera cerca de la ventana, los papeles sobre la mesa auxiliar frente al hombre que nos visitaba y mi madre sosteniendo un joyero. Sin embargo, no vi a mi hermana.

—¿Dónde está Cleo? —pregunté, preocupado.

—En el dormitorio —dijo mamá—. Le dio un ataque de tos, se manchó la blusa de zumo y fue a cambiarse.

—¿Y cómo fue tu día, querida?

Por mi mente pasaron impulsos violentos cuando me llamó "cariño" —pero el pensamiento se desvaneció y mi cuerpo se puso rígido al verle caminar hasta detenerse frente a mí.

El día que anunciamos nuestro compromiso, me cogió de la mano delante de los periodistas, pero yo estaba tan aturdida que su presencia era vaga, ilusoria. En ese instante, sin embargo, fue real, brutal. Una presencia que me arrastró hacia el deseo de empezar una guerra, pero aún tenía que esperar.

Se inclinó y pensé que sólo sería un casto beso en mi frente, pero sus labios ardían y sentí sus dientes contra mi piel. Su intención era castigarme por algo que desconocía, lo que despertó mi vena vengativa.

—La mía fue genial. ¿Cómo estuvo la tuya?

Le llevé la mano derecha a la nuca y le clavé las uñas. Quería arrastrar los dedos y hacerle sangrar, pero nos hacíamos daño con sutileza.

—¡Quinn!

La voz ronca de mi hermana nos separó y Cleo estaba eufórica, pero volvió a toser antes de poder explicar por qué estaba tan contenta.

—¡Nos vamos a Texas! —murmuró, jadeante, después de beber un sorbo de agua—. Nunca he viajado y...

Tuvo que volver a hacer una pausa para respirar, y nunca la había visto tan excitada. Miré al hombre, que sonreía discretamente, pero con cierta satisfacción.

—Henry, ¿podemos hablar un minuto?

Tiré de él hacia la cocina, pero no tendríamos suficiente intimidad, así que le llevé a la habitación que antes había sido un pequeño despacho, pero que utilizábamos como vertedero.

—¿Qué crees que estás haciendo? —pregunté de inmediato.

Cruzó los brazos, apoyó el hombro en la pared y exudaba irritación por todos los poros. De hecho, parecía estar juntando las manos.

—¿Por qué ocultaste el estado de tu hermana? —ladró, como un perro enfadado—. Tuve que pensar rápido para convencer a tu madre de que ya sabía lo de la fibrosis quística.

La Sra. Maggi ya sospechaba de nuestro matrimonio, y esto sería otro punto en su lista de sospechas, porque sabía que hablaría de ello con mi prometido.

—¿No nos investigaron tus secuaces o hicieron un trabajo chapucero?

Se le ve un incisivo y tuerce la boca en una mueca.

—No investigaría a un niño, no tenía sentido y sigue sin tenerlo. ¡Deberías haberme advertido sobre eso!

Estaba tan furioso como yo, pero no me dejé convencer por su humor.

—Mis obligaciones no incluyen proporcionar elementos para hacer más convincente nuestro compromiso. Para evitar este tipo de situaciones, habría bastado con avisarte de que tenías intención de visitarnos —gruñí—. Y una de mis exigencias es que no utilices a mi familia. ¡No forman parte del trato, Henry!

—Necesitaba conocerlos a los dos antes de la boda y ya me había dado cuenta de lo poco dispuestos que estabais a presentarnos, así que decidí averiguar por mí mismo lo que escondíais.

Por lo que a mí respecta, no se encontrarían, nuestra falsa relación no debía incluir a otras personas. Sin embargo, descubrí que este hombre tenía una forma particular de hacer las cosas. Era manipulador y buscaba respuestas directamente de la fuente, sin esperar explicaciones.

—No pretendo involucrar a mi familia en esta historia —murmuré, agotada de vivir una mentira—. ¿Y por qué viajar a Texas?

—Nuestros planes han cambiado —dijo, y en ese momento sonó tan disgustado como yo—. Nos vamos a casar en el rancho de mi familia.

—Ni hablar. El acuerdo fue que sus padres y hermanos vendrían a Nueva York y celebraríamos una modesta ceremonia sólo con los familiares más cercanos.

—Mi padre ha tenido una recaída y los médicos son inflexibles: no está en condiciones de viajar. Así que, Quinn, iremos con ellos.

A diferencia de él, hice una breve investigación sobre todos los miembros de su familia. De hecho, incluso investigué a sus empleados más cercanos y descubrí que su padre sufrió un derrame cerebral hace muchos años, con graves secuelas.

Estaba perpleja, porque había que dar tantos pasos que ni siquiera sabía por dónde empezar.

—Resuélvanlo ustedes, yo aceptaré lo que decidan y estaré allí ese día —les dije.

Estaba a punto de irme, pero me tiró del brazo y choqué con su enorme pecho.

—Sé más convincente, ¡porque no estoy dispuesto a afrontar más sospechas!

Aparté la mirada de sus largos y fuertes dedos que me mantenían cautiva, pero me obligué a mirarle el pecho bajo la camisa.

Era musculoso, ágil y muy fuerte. Marshall no parecía un hombre de gabinete, como la mayoría de los políticos.

—Por si no te has dado cuenta, Henry, ¡todo en nuestra relación es sospechoso! Tú y mi tío lo elegisteis así, no me culpes ahora —acusé—. ¿Quieres que vaya y siga los preparativos? Olvídalo. Tengo mi trabajo y no voy a dejar a mi madre sola con Cleo. ¡Que cada uno resuelva sus problemas!

Eso si sigo teniendo trabajo en los próximos días.

Pensé con amargura, porque no estaba seguro de que la revista Lenses me aceptara como periodista por mucho tiempo.

Esa mañana, mi editora me llamó para charlar y objetó que mi exposición estaba perjudicando mi trabajo. Aunque me resistía, tuve que darle la razón.

Mi cara salpicaba periódicos y revistas, y eso me hacía destacar. Si mi nombre ya estuviera establecido en el mundo editorial, no habría supuesto ninguna diferencia, pero fue muy perjudicial mientras intentaba que se reconocieran mis conocimientos.

Tiré del brazo que estaba unido a su mano y sus ojos se entrecerraron.

—No viajaste después de ganar el premio en Columbia por culpa de tu hermana —comentó, haciendo las conexiones.

—No sé qué tiene que ver esto con lo que estamos discutiendo, pero ya me entiendes.

Sostuve su mirada apreciativa y preocupada hasta que abandonó el duelo visual y se pasó una mano por el pelo corto, que a veces parecía claro y a veces tenía un color rubio oscuro.

—Mi equipo lo organizará todo, tú solo tienes que acompañarnos a distancia, pero tu madre y tu hermana tienen que viajar con nosotros. Si necesitas algún equipo médico, díselo a mi asesor.

Pensé en preguntarle cuánto tiempo estaríamos fuera, pero sabía que no tenía tiempo, así que sería un viaje corto.

—Bueno, entonces nos casaremos en Texas. —Me froté las manos, angustiada—. No sé cómo va a acabar todo, pero no creo que sea de buena manera.

No contestó, pero me di cuenta de que tenía la misma percepción. Estábamos en el mismo barco. Si alguien se enteraba de nuestro trato, nos desacreditarían y arruinarían nuestras carreras. A mí no me volverían a contratar, ni siquiera para escribir artículos para periódicos sensacionalistas, y a él ni siquiera le elegirían jefe de obra.

Era demasiado tarde para dar marcha atrás, así que sí, teníamos que ser convincentes.

—Voy a ser la dama de honor de mi hermana —dijo Cleo con satisfacción—. Tengo que cuidarme, no puedo tener crisis.

No había hablado de otra cosa desde que la nombré para el puesto que, según sus valores, era el principal en un matrimonio.

—Todo va a salir bien, no te preocupes —me aseguró Marshall, y estaba tan convencido que casi le creí.

Mamá se preocupó de preparar otro café para el hombre que no parecía dispuesto a marcharse.

—¿Qué tamaño tiene la granja? —preguntó Cleo, un poco tímida—. Nunca he estado en una granja. ¿Tienen caballos o sólo ganado?

Con su forma de ser inquisitiva y desinhibida, mi hermana era capaz de sacarle todas las respuestas a la gente.

—Criamos ganado y caballos en el rancho Emperador. Es una propiedad que ha estado en la familia desde que mis antepasados vinieron de Escocia.

—Pero también tienes a Titan, que es una compañía petrolera, ¿verdad?

—¿Has estado investigando el negocio de los Marshall, Cleo? —preguntó Henry con una sonrisa, y mi hermana se sonrojó, pero se encogió de hombros.

—Por supuesto que he investigado. Voy a formar parte de la familia, tengo que estar al día de todo lo que nos concierne.

Su sonrisa era contenida, irónica, pero mi risa era sonora, la más espontánea de los últimos

días. La familia tejana no estaba preparada para esta chica, y sería divertido ver cómo Cleo sorprendía a todos con su espontaneidad y su humor ácido.

Me enjuagué los ojos húmedos y noté el silencio. Luego miré a mi madre, que me miraba con una sonrisa discreta, mientras Henry me observaba con las cejas arrugadas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, creyendo haberme perdido algo de la conversación que tenía lugar en el salón.

—Llevas días sin sonreír. Has estado tensa y preocupada, lo que ha aumentado mis reservas sobre este repentino matrimonio —explicó mamá en tono tranquilo.

Aunque parecía un comentario inocente, la conocía lo suficiente como para saber que intentaba burlarse de su prometido, que estaba sentado a mi lado.

—Debería haber venido antes, Maggi. Ese fue mi error, tu hija siempre estaba dispuesta a presentarnos.

Tuve que esforzarme mucho para no poner los ojos en blanco ante su discurso suave y lleno de comprensión. En lugar de eso, sonreí de la forma más angelical posible.

—Yo también he trabajado mucho, mamá. Las noticias no paran —añadí, pues necesitaba justificar el dinero que iba a ingresar en su cuenta bancaria—. Pero ahora necesito tomarme un descanso para ultimar los preparativos de la boda.

—Y tengo que irme para solucionar unos problemas —advirtió Henry, poniéndose en pie, y yo casi exhalo de alivio—. ¿Me acompañas, Quinn?

—Por supuesto. —Intenté sonreír cálidamente, pero me dolían las mejillas por el esfuerzo de estirar la boca.

Esperé a que se despidieran, sintiéndome culpable por haber engañado a mi familia. No tenía reparos en mentir, engañar e incluso estafar, pero esto era diferente. No sólo estaría diciendo una mentira, estaría viviendo una farsa cada día.

—¿Qué tal? —preguntó Henry, después de que hubiéramos recorrido el pasillo, mientras seguía sujetando el picaporte de la puerta.

—Claro, ¿por qué no iba a estarlo?

No le revelaría mis miedos, porque eso me debilitaría, y ese hombre olfatearía cualquier debilidad en la gente que le rodea y luego la explotaría en su propio beneficio.

—¡Genial! Ahora sonríe.

No tuve tiempo de hacer ninguna pregunta, ya que abrió la puerta al mismo tiempo que me rodeaba la cintura con sus brazos.

Recordé una visita que hice a una presa cuando aún estaba en el instituto. Cuando estaban a punto de abrir las compuertas, sonaban las sirenas y el ruido ensordecedor ponía en alerta a todo el mundo, incluso a los que estaban fuera de la zona de peligro.

Todo en mí entró en estado de vigilancia, igual que el día que hice el recorrido, pero en ese momento los peligros eran reales: estaba haciendo oficial el acuerdo que había alcanzado con el senador.

A través de mi visión periférica, vi a algunos fotógrafos que enfocaban sus cámaras en nuestra dirección, lo que ayudó a dispersar mis sentidos. Aun así, pude sentir su aliento soplando en mis fosas nasales durante el breve roce de sus labios con los míos.

—No vuelvas a manipularme así, Henry. —murmuré entre dientes apretados.

—Ahora ya sabes lo que es que te sorprendan, como a mí me pasó con tu hermana.

A pesar de su voz grave y la sonrisa en sus labios, había algo diabólico en sus ojos, vengativo, y me enredaba cada vez más en sus trucos.

Pensé en decir algo, pero los coches pararon delante de mi casa y él se marchó con sus

guardias de seguridad.

Cualquiera que observara la escena habría creído ver a una pareja en un tímido gesto de afecto, pero yo sabía que el momento en que su boca tocó la mía fue el comienzo de mi baile con el diablo.

Capítulo Ocho — Quinn Taylor



Quinn Taylor

Sabía que estar en casa de la familia de Henry sería una prueba para mis nervios. Había previsto que me examinarían a cada paso, como si tuviera que demostrar quién era o qué hacía, pero no esperaba que las dudas empezaran en mi propia casa.

—Quinn, ¿has pensado alguna vez que vas a formar parte de una familia legendaria en Estados Unidos? —susurró Cleo mientras subíamos al avión privado—. ¿Son qué, multimillonarios? Ni siquiera sé si esa palabra describe lo que tienen.

Su comentario me puso más nervioso, porque había pensado en ello innumerables veces y, aunque los consideraba sólo seres humanos, no me era indiferente lo que esperaban de alguien que se unía a la dinastía.

—Deja de investigar sobre el tema —le aconsejé—. Al fin y al cabo, no son más que personas, de carne y hueso.

—Es difícil ignorar cuando tienes periodistas en la puerta y tratan de sonsacarte algo incluso a un niño como yo. —Arrugó la nariz al recordar cuando se le acercó un paparazzo—. O cuando estás sentado en el salón de un avión privado. ¿Quién tiene un salón en un avión? De hecho, ¿quién tiene un avión?

Miró a su alrededor y la tapicería de cuero color crema estaba dispuesta en semicírculo, lo que parecía ideal para las reuniones.

Mi madre, que estaba sentada junto a su hija, me miró con desconfianza.

—Si sólo lo haces por dinero, no te cases, Quinn —murmuró, recelosa por el lujo que nos rodeaba—. Te apoyaré en cualquier decisión, pero que sepas que no necesitamos nada de esto para ser felices.

—Pero si estamos contentos con todo eso, tampoco está mal —añadió con una sonrisita pícaro, pero se encogió al recibir una mirada de desaprobación de nuestra madre—. Es una broma, no discutas conmigo.

—Cleo Taylor, ¡no digas eso ni en broma! —me regañó mamá, mirándome de nuevo—. Recuerda, hija: nada vale el sacrificio de casarse sin amor.

¡Mi hermana lo vale!

Asentí en señal de comprensión y estuve a punto de mentir diciendo que necesitaba dormir, pero mamá insistió en hablar.

—¿No vienen tus tíos con nosotros?

Hacía días que no hablábamos de Gilroy Taylor y, como vivíamos días atípicos, no creo que tuviera tiempo de acordarse de la maldita cosa.

—Tiene una cita y su mujer le acompañará —mentí, porque no quería revelar que había vetado su presencia en mi boda.

—¿A qué te refieres? Tu abuelo está enfermo y no puede venir; tu tío tampoco, pero... — Parecía muy preocupada—. Hija, ¿por qué no se lo dijiste? Si lo hubiera sabido, habría... No sé, quizá habría intentado convencer a tu tío. Esta boda precipitada no está bien. ¿Cómo vas a llegar al altar?

—¿Con mis piernas? —Cleo se rió de mi broma, pero mamá estaba nerviosa—. Mamá, míralo por el lado bueno: los periodistas desaparecerán y mi vida amorosa dejará de ser de interés público.

De hecho, a nadie le interesaba con quién tenía una relación, todo el mundo quería oír hablar de la vida amorosa del senador que era la sensación del momento, uno de los herederos de un imperio. Se referían a él como "*Marshall seguía los pasos de su bisabuelo, que era un caballero —uno de los solteros más deseados de Estados Unidos*"; la lista de adjetivos que lo elogiaban era interminable.

A veces me avergüenzo de algunos de mis colegas de profesión.

Lo veía con desdén, pero una vez que lo conocí, pude comprender su actitud mundana. Después de todo, ¿cómo no sentirse tan seguro cuando la gente te exalta sólo porque existes? Nadie debería tener ese tipo de persuasión y carisma, y menos un lobo con piel de cordero.

Justo en ese momento, Henry y Olyvia aparecieron en la puerta, y yo aún no sabía qué pensar de su asociación.

Siempre había creído que podía haber amistad entre un hombre y una mujer, pero la devoción de la consejera me asustaba. A veces miraba a Marshall con excesiva admiración, como si fuera un dios; otras, simplemente parecía una hermana mayor.

—¿Qué tal estás? —me preguntó mientras se sentaba a mi lado—. ¿Estás a gusto?

Ese tono solícito lo utilizaba cuando estábamos con mi madre. El muy capullo sabía lo importante que era mi familia, así que los complacía a ambos para que yo siguiera siendo civilizada, mansa.

—Todo está perfecto —respondí sinceramente.

El piloto anunció que iba a iniciar los procedimientos de despegue, y la conversación entre nosotros pasó a ser de cortesía.

A través de mi visión periférica, vi que Olyvia estaba sentada en un sillón alejado y, sinceramente, parecía indiferente a nosotros.

¡Olvídalo, Quinn!

—¿Puedes ignorar todo esto?

Fingí no haber oído la pregunta de mi hermana, pero era imposible no sentirme intimidada por el mundo que estaba a punto de experimentar y en el que viviría a partir de ese día.

Había una pista de aterrizaje en el rancho, a pocos kilómetros de la sede, y nos esperaban unos todoterrenos. El personal nos ayudó a bajar y subir, y ni siquiera llevábamos equipaje de mano.

—Está bien, me llevaré este —dije, impidiéndoles retirar la percha con el vestido de novia doblado sobre el brazo.

A pesar de la naturaleza de la boda, había elegido el vestido con cuidado. Aunque no estaba firmado por un gran diseñador, era una de mis pocas aportaciones económicas a la ceremonia. No tenía ni idea de si volviese a vivirla, así que quería tener algo con lo que recordarla.

El rancho estaba cerca de Kingsville, con hectáreas y hectáreas que se extendían hasta el

horizonte. Allí criaban ganado y caballos, pero la propiedad era un punto de referencia en el país, con una historia que abarcaba generaciones.

Me pregunté si Cleo estaría sudando mucho, pero el aire acondicionado del coche era bastante agradable, así que se distrajo haciendo fotos de todo lo que veían sus ojos y luego le enseñó las imágenes a nuestra madre.

—Hay un médico disponible, por si acaso —susurró Henry, al darse cuenta de que miraba por encima del hombro—. Ha venido de Houston y se quedará en Kingsville hasta que volvamos a Nueva York.

—Aunque tú tienes la culpa de este viaje, gracias —dije, sintiéndome más tranquila—. Hemos manejado bien la situación con el tratamiento y ella lleva una vida relativamente normal, pero los cambios de rutina pueden desencadenar una crisis.

—¿Cuál es la enfermedad más grave que puede ocurrir?

Recordar las veces que fuimos al hospital me hizo creer que no podía empeorar, pero sabía que sí podía.

—Trasplante. Puede que sea necesario en algún momento, pero mi madre la cuida muy bien, así que hemos conseguido evitarlo.

Su móvil vibró y tuvo que contestar, interrumpiendo nuestra conversación. Intenté distraerme observando el paisaje, pero era difícil permanecer indiferente a su presencia cuando estábamos en un coche.

Hice lo que pude, obligándome a concentrarme en todo lo que veía por el camino, pero cuando los coches se detuvieron frente a la casa, no pude evitar pensar tonterías, algo así como: "*¿De dónde han salido los innumerables cristales?*" o "*¿Qué parte de la estructura es original?*".

Eran preguntas que se haría un periodista que escribiera un informe arquitectónico, no alguien que tuviera pánico porque supiera que esa iba a ser una de sus casas.

—Bienvenido.

Oímos la voz grave y miramos hacia la entrada. Identifiqué a Kayce Marshall, el primogénito y gerente del Rancho Emperador.

Henry se acercó a él y me di cuenta de las similitudes físicas entre los hermanos, sobre todo en su belleza. Sin embargo, mientras el senador parecía afable, el otro tenía un porte más rústico y podía creerse que era más truculento.

—Tú debes de ser Quinn —comentó, deteniéndose frente a mí—. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Ha sido estupendo —dije estrechándole la mano, que seguía extendida—. Gracias por recibarnos y lamento el repentino suceso en su propiedad.

Su mirada se entrecerró para evaluarme, pero fue un gesto breve, y luego sus labios se estiraron en una fina línea, un atisbo de sonrisa.

Presenté a mi madre y a Cleo, que intentó entablar conversación, pero empezó a toser al saludar a nuestro anfitrión.

—Pasa, hablaremos cuando te hayas instalado —invitó.

La casa podría ser el escenario de una película. A pesar de la decoración luminosa y moderna, las paredes rezumaban historia por los cuadros de retratos familiares o las fotografías de la tierra en distintas épocas, y por la estructura que mezclaba lo antiguo y lo nuevo.

Henry nos acompañó hasta el segundo piso y, tras dejar a mamá y a mi hermana en la habitación que compartirían, me condujeron a una suite que estaba cerca del final del largo y ancho pasillo, pero me detuve en la puerta.

—¡No voy a acostarme contigo! —Di dos pasos atrás.

La suite era visiblemente masculina. Había dos trajes colgados de un perchero, listos para entrar en el armario, y su equipaje ya estaba sobre el puf a los pies de la cama.

—Nadie lo entenderá si nos quedamos en habitaciones separadas —me dijo tratando de convencerme discretamente.

—Diles que es tradición que los novios se alojen en habitaciones separadas las noches previas a la boda.

Se enfureció ante mi insistencia y vi cómo sus manos se cerraban en fuertes puños. No tenía intención de ceder, pero tampoco estaba dispuesta a averiguar lo fuerte que era.

—Nunca me han importado las tradiciones, así que imagino que tú tampoco eres de ese tipo. Nuestras familias no lo entenderán, Quinn. ¡Ven a esta habitación y dormiré en el suelo, en el sofá, en cualquier rincón de este maldito lugar!

¡Sigue soñando!

Esquivé su cuerpo y corrí hacia donde habíamos dejado a la señora Maggi y abrí la puerta sin llamar, ignorando al hombre que marchaba detrás de mí.

—He hablado con Henry y me quedo contigo —dijo—. En dos días nos casamos, quiero que mi prometido me eche de menos.

Mamá me miró y por un segundo creí ver algo sospechoso en su semblante, pero sonrió.

—Pensé en sugerir algo así, pero no quería parecer la vieja aburrida —dijo, un poco avergonzada—. La nostalgia también es buena para una relación.

Vi la tristeza en su rostro, causada por la ausencia de su marido. Su añoranza sólo dolía.

—Está bien —aceptó Henry con una sonrisa amable, poniéndose a mi lado—. Hay otras suites disponibles y puedes coger una de ellas, para que todo el mundo esté cómodo.

Acepté su oferta, pero me sobresalté al ver que me rodeaba la cintura con el brazo con un apretón fuerte, incluso doloroso, mientras se inclinaba para acercar su cara a la mía.

—Tu hija es muy testaruda, Maggi —murmuró, con la nariz muy cerca.

¿Qué demonios estás haciendo?

Mi mirada le alertó de mi malestar por su actitud, pero me di cuenta de que pretendía castigarme. Oí la risa de mi madre, pero no podía apartar los ojos del rostro simétrico y masculino que tenía delante.

¡Dios, es tan grande!

—No sé si has probado su verdadera terquedad, Henry, pero te pido disculpas por adelantado.

—Tengo experiencia con gente testaruda. Sabré cómo tratar a tu hija.

Quise impedir que me besara, pero no pude y una vez más sentí que sus labios rozaban los míos. Su brazo me rodeó la cintura y luché por permanecer pasiva, pero me sentía confusa y totalmente contradictoria. Quería hacerle daño, quería devolverle el beso, quería desaparecer.

Oímos a mamá resoplar y dirigimos nuestra atención hacia ella, que tenía cara de preocupación, pero suspiró y sacudió la cabeza.

—Tengo que cuidar de Cleo.

Y necesito alejarme del bastardo que estará a mi lado en el altar.

Henry me soltó, pero me dio un suave empujón en la parte baja de la espalda, indicándome que caminara delante de él.

Se fue abriendo puertas para comprobar la disponibilidad de las habitaciones, hasta que entramos en una suite al final del pasillo, frente a sus aposentos.

—Está entregado, Quinn —murmuró, recogiendo mis maletas y tirándolas sobre la cama.

—¡No vuelvas a besarme si no es necesario! —Tiré el vestido junto a las maletas—. Haces

esto sin motivo, sin avisar... ¡No sé cómo reaccionar, y no me gustan las sorpresas!

—Estamos aquí para nuestra boda. Si esa no es una excelente razón, no sé cuál es. No quiero ofender tu maldito pudor ni forzar una situación entre nosotros. —La amabilidad en mis gestos y palabras fue olvidada—. Entonces deja de actuar como una virgen a punto de ser violada, ¡porque te aseguro que no tengo ningún interés en ir más allá del papel que estamos representando!

Abrió la puerta y dio un portazo, dejándome sola, enfadada y cansada de vivir una mentira.

—¡Concéntrate, Quinn Taylor! Nada de esto es real, así que actúa —murmuré para mis adentros.

Garantizaría el tratamiento de Cleo, estaba en el centro del juego y necesitaba averiguar por dónde empezar a escarbar para llegar a la verdad.

Capítulo Nueve — Henry Marshall



Henry Marshall

De los huéspedes de Nueva York, Cleo era la persona que más estaba disfrutando del viaje. Llegamos a última hora de la tarde del día anterior, y la chica estaba extasiada con la extensión del terreno y todo lo que vio en el rancho.

Por la mañana, apareció vestida con carácter: llevaba pantalones cortos vaqueros y botas. También parecía tener un repertorio interminable de preguntas sobre el ganado, los caballos, las aves típicas e incluso el proyecto de construir un museo en la finca.

Kayce, que —a pesar de ser sólo cuatro años mayor que yo— se comportaba como un viejo vaquero: gruñón y solitario, no pudo resistirse a la espontaneidad de la chica y la llevó a ver los establos de caballos.

Volvían del paseo en quad cuando ella se puso en la parte de atrás y me saludó con la mano hasta que el vehículo se detuvo a unos metros del balcón.

—Gracias por traerme, Kay —le agradeció, usando un nuevo apodo, tras bajarse.

—¡No olvide su isotónico, señorita! —advirtió, lanzando al aire la botella que ella había cogido, antes de saludar con la mano y entrar en la mansión.

Una media sonrisa apareció en el rostro del hombre que siempre se mostraba sombrío ante los extraños, y se acercó a donde yo estaba con pasos lentos.

—¿De dónde has sacado esa cosita? —señaló por encima del hombro, refiriéndose a Cleo—. Es una niña sinvergüenza que utiliza su enfermedad para ganar simpatías.

No pude contener una carcajada, porque ya me había dado cuenta de que hacía exactamente eso, pero supongo que la chica decidió hacer limonada con los limones que le dieron al nacer.

—Es parte del paquete que me dieron cuando me comprometí —resumí.

Se quitó el sombrero y se rascó la cabeza, y noté su interés por charlar, pero antes fue a sentarse en una de las sillas tapizadas de la terraza.

—Comprometido —murmuró—. Ni siquiera sabíamos que estabas liada con alguien, y de repente... estás prometida.

—La vida está llena de sorpresas. —Me encogí de hombros y fui a sentarme en un sillón.

—¿Estás haciendo esto por política? —Antes de que pudiera contestar, levantó la mano, un gesto para hacerme saber que no había terminado—. La familia de tu prometida se reduce a tres mujeres, y la más joven tiene una enfermedad de la que nunca he oído hablar. Así que, si estás utilizando a Quinn, ¡déjalo mientras estés a tiempo!

¡Lo hago por la política, por nuestra familia, por mí misma!

—No estoy haciendo esto por las razones equivocadas, Kayce. En cierto modo, podré ayudar

a los tres.

—Si quieres ayudar, hazlo, pero sin implicar el matrimonio —gruñó, volviendo a su actitud taciturna.

Mi mirada le alertó de que estaba sobrepasando el límite permitido, porque nunca acepté tener voz y voto en mi vida. Sin embargo, nuestra conversación se vio interrumpida por el ruido de unos coches que se acercaban.

Había casi una docena de vehículos grandes, la mayoría de los cuales eran empleados que acompañaban a mis padres.

—Ha llegado el resto de la familia —murmuré, consciente de que existía la posibilidad de que hubiera más sospechas.

Quinn salió en el mismo momento y me di cuenta de que no sabía si entrar o esperar a recibir a la comitiva. Le hice un gesto con la mano para que se acercara.

Mientras Cleo era accesible y transparente, su hermana era feroz. Siempre parecía preparada para lo peor, pero de una forma que no permitía percibir su estado de ánimo.

Tras el breve roce que habíamos tenido el día anterior, se había vuelto más amistosa, pero no me cabía duda de que su personalidad combativa se manifestaría en cualquier momento.

De hecho, pensé que no había visto lo peor de él.

—Pensé que podría ser la medicación de Cleo que pidió mi madre —dijo en un susurro, sólo para mí—. No quería ser una molestia.

—Tenemos que convencer a todo el mundo de nuestra relación, así que sé indiscreto —hablé en el mismo tono que parecía íntimo a la gente que nos observaba—. Lo entenderán como algo normal entre novios.

Le pasé un brazo por encima de los hombros y sentí cómo se le tensaban los omóplatos, como si los hubieran tocado con hierro candente. Forzó una sonrisa que parecía sincera.

Miró en la dirección opuesta y su pelo se balanceó, exudando el perfume que llevaba. Era enérgico, vibrante, como una prolongación de su impetuosa personalidad.

—¿Siempre está así, decaído? —preguntó mirando a mi padre, al que llevaban a su silla de ruedas.

No contesté, pero vi cómo la enfermera empujaba la silla de ruedas por la rampa que había junto a los escalones.

Siempre me sorprendió lo mucho que había envejecido John Marshall tras su enfermedad. Su cuerpo encorvado y delgado no se parecía en nada al hombre que había sido. Sin embargo, la mirada apagada y apática de sus ojos era el mayor contraste. Antes, sus ojos marrones brillaban ante cualquier desafío.

—¿Cómo estás, papá? —pregunté después de saludar a mi madre, agachándome para rodearle los hombros con los brazos en un intento de abrazarla.

Tras la apoplejía, tanto su habla como su motricidad quedaron mermadas. Sólo balbuceaba sonidos que a menudo le salían inconexos, pero el patriarca de la familia siempre había sido orgulloso y no le gustaba mostrar sus flaquezas delante de extraños, así que guardaba silencio y hacía un gesto que decía que estaba más o menos.

Su atención se desvió hacia la mujer que estaba a mi lado, y vi que sentía curiosidad por lo que estaba viendo.

—Papá, esta es Quinn Taylor, mi prometida —hice las presentaciones, y ella se acercó.

—Gracias por recibirnos a mi familia y a mí, señor Marshall. —Tomó la mano del hombre entre las suyas y le dirigió una cálida mirada—. Su propiedad es maravillosa.

—Gracias ga... —intentó hablar y se mostró visiblemente molesto por no poder hacerlo.

—Gracias y bienvenido, Quinn. —Mi madre tomó la palabra, como siempre hacía para evitarle la vergüenza a su marido—. Soy Katherine Marshall.

Las mujeres intercambiaron un saludo más íntimo pero breve, ya que tenían que llevar a mi padre a su suite.

Empujé la silla de ruedas a través de la puerta y, cuando volví, me encontré a Spencer, mi hermano pequeño, abrazando a Quinn. A pesar de sus treinta y cinco años, el muy cabrón se comportaba como un crío cuando estaba con su familia.

—¿Y qué tenemos aquí? —ronroneó como un gato que ha encontrado un juguete—. Así que eres mi cuñada.

Me preparé para quitarle las manos de encima, pero Quinn fue más rápida e hizo un movimiento de rodilla contra su ingle. Vimos cómo el hombre se inclinaba hacia delante, con las manos entre las piernas.

—¿Qué demonios has hecho, Spencer? —pregunté, a punto de arrancarte la cabeza.

—Me ha oído el cuello —gruñó Quinn—. Me da igual que seas el hermano de Henry, si me tocas así a mí o a mi hermana, ¡te parto la cara!

Kayce y yo observamos a la chica entrar en la mansión, indignados por lo que acababa de ocurrir.

—Si no te casas con ella, lo haré yo —gimió Spencer, buscando una silla para sentarse—. Creo que estoy un poco enamorado.

—¡Repite ese chiste y yo mismo te arrancaré el corazón para dárselo a los jabalíes! —Amenacé.

—No seas sensible, necesitaba averiguar si sólo era una cara bonita —explicó, haciendo una mueca—. La mayoría de las chicas se molestan, pero no dicen nada por miedo a ser ofensivas; luego están las que realmente les gusta jugar con su cuñado; y están las más peligrosas, como tu chica. No aguantan ninguna mierda de nadie, no perdonan los errores.

—De hecho, tiene una cara preciosa —añadió el primogénito—. Y no es una mujer frágil.

Ya lo había deducido. Una persona indefensa no habría elegido la carrera que eligió Quinn.

—No repitas ese tipo de bromas o te pelearás conmigo. ¡Y ya está bien! —Miré de uno a otro—. ¡No quiero que pongas a prueba a mis invitados ni que cuestiones mis decisiones!

Ambos se miraron fijamente antes de que Kayce respondiera:

—Muy bien, Senador. Seremos los hermanos ejemplares del novio. —No me perdí la ironía—. Entre otras cosas porque me gustaba la pequeña plaga.

—Y luego me disculparé —refunfuñó el otro.

Tenía intención de ir a ver a Quinn, pero ella no parecía conmovida por lo ocurrido y, como la boda iba a celebrarse al día siguiente, era mejor no obligarnos a estar cerca, pues siempre acababa en discusión.

—Estupendo. —Asentí y decidí cambiar de tema—. ¿Cómo va el negocio?

Normalmente, no me involucraba en las empresas del grupo, dejando que mis hermanos se hicieran cargo.

Kayce llevaba el rancho, y era el mejor en eso. Nadie entendía las minucias del negocio como él.

La dirección de Titán recayó en Spencer, que decidió compartir el liderazgo con uno de nuestros primos, no porque fuera incompetente, sino porque no sentía pasión por lo que hacía.

Ambos me contaron las últimas noticias, y fue bueno estar con mi familia, aunque se hubiera deteriorado tras la enfermedad de nuestro padre. La enfermedad de John afectó a todos, pero de distinta manera, y desde entonces nadie se ha recuperado del todo.

Estaba a punto de buscar a Quinn para ver si estaba preparada para enfrentarse a mi familia, cuando oí el sonido de un motor a lo lejos. Al mirar hacia la carretera bordeada de pinos, vi que alguien se acercaba.

Nuestra boda iba a ser íntima, sólo con la familia y algunos amigos íntimos, y esperábamos que llegaran algunas personas, pero cuando el vehículo se detuvo delante de la casa, me di cuenta de que era alguien que no debía estar en el evento.

—¿Quién la invitó?

Mis hermanos no pudieron responder a mi pregunta, y vi cómo Evelyn Bale salía del coche y me miraba con una enorme sonrisa, como si hubiera llegado al final del arco iris y hubiera encontrado la olla de oro.

¿Qué carajo?

Los Bale y los Marshall eran amigos desde hacía tiempo, pero Evelyn era mi exnovia. Rompimos y volvimos a estar juntos varias veces, hasta que decidimos que seríamos amigos que follan cuando se encuentran.

Se habló de la última ruptura durante un tiempo, pero luego quedó ahogada por nuevas noticias. Cuando nos vieron juntos en un evento, resurgieron los rumores, pero nunca respondimos a las preguntas y los cotilleos desaparecieron.

—¿Cómo reaccionará tu prometida ante esto? —Spencer susurró—. Quiero decir, ¿es del tipo celosa?

Eso no sería un problema, después de todo, nuestra relación era sólo de conveniencia. Sin embargo, si se filtrara la información de que un ex estaba presente en la boda, desde luego no sería bienvenido para mi momento político.

Envié un mensaje a Olyvia y a Hoover, necesitaba que resolvieran la situación. No podía echar a un miembro de una importante familia de Texas, pero tampoco quería que mi nombre se viera envuelto en chismes sensacionalistas.

Mi personal no llegó a tiempo y me vi obligado a saludar a Evelyn con un abrazo. Siempre parecía sedienta y prácticamente me colgaba del cuello.

—Henry, ¡te echo de menos! —la voz ronca que me susurraba al oído era señal de segundas intenciones—. No podía creerlo cuando vi la noticia de tu boda.

—Me alegro de tenerte aquí, Evie —Spencer acudió en mi ayuda y la apartó de mí, cogiéndola en brazos—. Así tengo compañía.

Antes de que tuviera la oportunidad de dirigir su atención hacia mí, Olyvia y Hoover aparecieron y mi asesora casi se plantó delante de mí.

—Bienvenida, señorita Bale —la saludó Olyvia formalmente, pero manteniendo una sonrisa de bienvenida. — No la esperábamos, así que supongo que no le habrán informado de las normas del evento. Estamos aquí para la boda del señor Marshall y, para garantizar la privacidad de todos, necesito que me entregue su teléfono móvil y cualquier otro equipo de comunicación.

La pelirroja abrió una bolsa y la colocó delante de la "invitada no deseada —esperando que accediera.

—¿Cómo es? —La recién llegada se quedó estupefacta por lo que oyó—. ¿Crees que puedo documentar algo y distribuirlo a la prensa? —Su mirada se centró en mí, esperando que la defendiera—. Henry, yo nunca haría algo así. Somos amigos, nuestras familias se conocen, mamá y papá llegarán en cualquier momento y no lo entenderán.

—Señorita Bale —Olyvia volvió a dirigirse a ella, "no queremos avergonzar a nadie, así que estamos limitando las invitaciones.

—¡Katherine Marshall nos invitó a mí y a mi familia! ¿Vamos a ser tratados como intrusos?

Hablaría con mi madre, no tenía derecho a hacerlo, pero entendía cómo la chica había burlado la seguridad.

—¡Nunca! Nos adaptaremos para recibirlos, pero como organizadora, no puedo hacer excepciones. —Olyvia insistió—. Les prometo que me ocuparé personalmente de su equipo. No se preocupen.

Evie no estaba preocupada por mantener el equipo a salvo; su negativa se debía a que no quería que la gente sospechara de ella.

—Si necesitan comunicarse con alguien, pueden utilizar los teléfonos que hay por toda la casa. Además, tenemos fotógrafos que grabarán todo lo que quieran tus invitados —les dije.

Se dio cuenta de que no tenía elección y le entregó su teléfono móvil.

—El coche ya ha sido registrado por seguridad, así que un aparcacoches vendrá a recoger el suyo —comentó Hoover tras hablar en el punto de comunicación.

Pedí que me disculparan y entré en la mansión para hablar con Quinn y advertirle de lo inesperado. Necesitábamos pasar más tiempo juntos, de lo contrario levantaría más sospechas sobre nuestro compromiso.

No podía perder el control de la situación para no arruinarlo todo.

Capítulo Diez — Quinn Taylor



Quinn Taylor

Mamá cambió el vaso de vino que tenía en la mano por un vaso de agua. Ella preveía una tormenta y no quería que yo tuviera el apoyo del "coraje líquido —ya que podría volverme inconsecuentemente violento.

—Si te rindes, te apoyaré y nos iremos ya. No importa si la boda es mañana —dijo convencida—. Pero no te desanimes, hija.

Ella no sabía lo del contrato, así que no se dio cuenta de que me había declarado por el bien de Cleo. Si renunciaba a la boda, pondría en peligro la campaña del senador y él destruiría mis posibilidades de hacer carrera en el periodismo.

Estiré los labios en una sonrisa que parecía sincera, pero sólo yo sabía cuánto me esforzaba por sonreír.

—Estoy bien, mamá. La presencia de Evelyn no perturbará mi paz.

Ese fue mi mantra durante la cena, pero quería restregar esa carita por la mesa, arrastrando toda la vajilla de por medio.

Evelyn estaba dispuesta a mostrarme lo unida que estaba a la familia Marshall, como si estuviéramos en un concurso de popularidad de instituto.

Katherine Marshall se disculpó por invitar a la familia Bale, pero no pude percibir sinceridad alguna en sus justificaciones.

—Nos conocimos, luego Evie preguntó cuándo y dónde sería la boda, dijo varias veces que le gustaría asistir, y no pude evitar invitarlos —dijo, con sus enormes ojos verdes maquillados—. Te pido disculpas, Quinn. Acabé estropeando el día cuando todo el protagonismo debería haber recaído en ti.

O no sabía nada de la farsa que Marshall y yo estábamos montando, lo que significaba que era una ferviente simpatizante del rubio Bale; o tenía algo en contra del matrimonio y utilizó a la exnoviade su hijo para crearme una situación embarazosa.

Una mujer nacida en una cuna de oro y criada en la alta sociedad, sin duda había sido presionada muchas veces antes. Así que sabía perfectamente cómo resistirse a los avances de Evelyn o de cualquier otra persona.

—Lo comprendo, Katherine —aunque parecía comprensiva, mi rostro no ocultaba mi descontento—. Por eso todas las celebraciones tendrán lugar en nuestra casa de Nueva York. Así no te sentirás presionada para invitar a nadie.

—¿Qué quiere decir con "todas las celebraciones"?

Miré a Henry a través de la habitación, hablando con sus hermanos y el padre que se había

unido a ellos. Parecían bastante amistosos, no el tipo de relación que había imaginado para los Marshall.

Se escandalizaría si oyera lo que estoy a punto de decir.

—Navidad, Acción de Gracias... todas esas fechas festivas. —Me bebí el agua que aún quedaba en el vaso—. Y por supuesto, esto implica bautizos y las fiestas de cumpleaños de los niños que tendremos en el futuro.

Le mentí que alguien me estaba llamando, dejándola ligeramente conmocionada ante la perspectiva de no participar en la vida de un posible nieto. Estoy seguro de que eso la haría replantearse sus actitudes en el futuro.

Era un poco mezquino, pero no tenía ni idea de cuánto duraría aquel matrimonio, y no pensaba enfrentarme a una suegra llena de trucos mientras me ocupaba de Henry e investigaba a mi tío.

La cena siguió con mamá intentando limitarme la bebida, Cleo queriendo poner laxante en la comida de la rubia, Katherine asustada por mi velada amenaza y Henry corriendo hacia mí para usarme como escudo cada vez que necesitaba alejarse de la insistente Evie Bale.

—Tus deudas conmigo no hacen más que crecer, Henry —murmuré con una sonrisa falsa, mientras fingía arreglarle la corbata—. Además de casarme contigo en Texas, ¿aún tengo que convivir con mujeres que han pasado por tu vida?

—Aceptaste participar en esto, Quinn —respondió en el mismo tono, aceptando mis manos en su ropa. Quería apretarle la corbata hasta dejarlo morado y sin aliento. —Podrías haberte negado.

Me centré en su cara, que parecía no entender lo que implicaba mi sumisión a un acuerdo tan idiota.

—No mires ahora, pero nos vigilan de cerca —advirtió.

—¿Tu amigo?

Me lo confirmó con un movimiento de cabeza y tiró de mi brazo izquierdo para que descansara sobre su hombro, como si fuera un gesto habitual entre nosotros. En esos momentos me di cuenta de lo altos que éramos, a pesar de que yo llevaba tacones.

Creo que la bebida habló más alto y acabé poniéndole la mano en la nuca, como si intimáramos, mientras mis dedos revolvían su pelo corto. El cabrón tenía un perfume delicioso. A los hombres como él debería prohibírseles llevar ciertas fragancias, las que invitan al sexo sucio.

—Has bebido —aunque parecía convencido, me di cuenta de que aún tenía dudas sobre si mi actitud se debía al alcohol.

No lo confirmé ni lo negué. Estaba concentrado en pensar cómo sería mi vida a partir del día siguiente. Ya me estaban privando de pequeños placeres, acompañándome guardias de seguridad, viviendo momentos especiales con gente que no conocía e incluso involucrando a mi familia en una farsa humillante.

No podía pensar en todas las capas de problemas a las que me enfrentaba; era estresante y podría no ser capaz de mantener el papel de novia feliz.

¡Piensa en otra cosa, Quinn!

—A tu padre y a tu hermano les gustaba Cleo. —Señalé con la barbilla un punto de su espalda, haciéndole mirar por encima del hombro.

Mi hermana estaba encima de la silla de ruedas de John Marshall, de pie, con las puntas de los pies en los pedales y las manos en los reposabrazos, y el hombre la guiaba por la gran sala, haciendo reír a carcajadas a la chica. Kayce observaba las bromas con una sonrisa, gustándole lo

que veía.

—El viejo John siempre había querido tener una hija, pero se vio obligado a conformarse con tres varones. Hacía mucho tiempo que no se relacionaba así, ni siquiera con su familia. En cuanto a Kayce, siempre ha sido sombrío e inaccesible. Es agradable ver que alguien puede acercarse a ellos con facilidad.

—Así es como se ganan el corazón de la señora Maggi —dije.

Cleo se rió cuando un golpe la lanzó hacia atrás, y John pareció aprensivo, temeroso de que se cayera, e intentó estirar el brazo. La chica volvió a reír y dio unas palmaditas amistosas en la mano del hombre, diciendo algo que no pudimos oír.

Quería seguir viéndolos jugar, pero Henry deslizó sus dedos por mi brazo, que seguía apoyado en su hombro, entre el codo y la axila. Los movimientos eran lentos y rítmicos, mientras la mano que me sujetaba por la cintura bajaba hasta la parte baja de mi espalda.

El vestido que llevaba tenía tirantes finos y cortes en la espalda, así que no había barrera entre su piel y la mía.

La sensación era demasiado perturbadora para experimentarla con el que sería mi marido por culpa de un estúpido montaje.

—Hemos tenido nuestro pequeño espectáculo. —Intenté apartarme, pero me lo impidió la presión que su mano ejercía sobre mi espalda.

—No fue suficiente —murmuró, con su gélida mirada azul clavada en mi rostro, como si pudiera ver las minucias—. No después de habernos quedado en habitaciones separadas.

Me soltó la cintura, pero su mano se cerró sobre la mía y, por primera vez, vio el pequeño tatuaje. Giró mi muñeca para analizar las tres líneas verticales y paralelas, con un punto encima de cada una.

—Es un Awen. —La confusión en su rostro mostraba que no sabía de qué se trataba—. En la mitología galesa, está relacionado con la inspiración, es la musa de los artistas en general. Lo hice cuando estaba en la universidad, por impulso.

Su sonrisa era condescendiente y mi elección le pareció curiosa.

—No sabía que creyeras en ese tipo de cosas —dijo.

Pensé en explicarme, pero nos detuvimos en el grupo donde estaban mi madre, la señora Marshall y la señora Bale, que mantenían un acalorado debate sobre la sencillez del matrimonio.

—¿Y por qué no invitaste a tus amigos, Quinn? —A mi suegra no le gustó la decisión de que la boda fuera sólo una reunión familiar.

—Todos mis amigos están en la prensa y hemos decidido controlar lo que se publica.

Henry asintió con la cabeza, y yo nunca imaginé que me casaría así. Siempre había creído que estaría rodeada de amigos en una celebración llena de baile, bebida y felicidad.

—Pero ¿qué noticias negativas podría haber? Es sólo una boda. —La Sra. Bale era del tipo superficial, pero era sólo una fachada. Estaba segura de que era muy perspicaz.

—Prefiero mantener alejada a la prensa —intervino Henry—. Así no corremos el riesgo de que nos descubran.

Evie se unió a nosotros y nos miró con el vaso cerca de los labios, aparentando estar concentrada.

—No lo has guardado lo suficiente, Henry, después de todo, te vas a casar con una periodista —la voz, en tono burlón, no ocultaba malicia alguna—. ¿O vas a dejar de trabajar, Quinn?

—Ni siquiera pensé en la posibilidad de dejar de trabajar. —No ocultó su sorpresa ante la información—. Y la idea es mantener alejada sólo a la prensa que no tiene acceso a la sala, Evelyn.

Mamá se rió de mi burla disfrazada de broma, mientras las otras mujeres sonreían discretamente, pero no se habían esperado mi acidez.

Ya no podía fingir que estaba a gusto entre ellos, así que pasé el resto de la velada huyendo de Evie mientras me esforzaba por no dejarme afectar por aquella gente.

Si no hubiera sido por mi madre y Cleo, habría dado por terminada la velada antes de tiempo, pero no podía dejarlas solas con desconocidos. En cuanto se fueron, les expliqué que estaba cansada y necesitaba dormir.

—Sí, ve a descansar. La novia no puede tener ojeras en el altar —animó Olyvia.

Permaneció ausente toda la noche, vigilando a todos y a todo, controlándolo todo entre bastidores. A pesar de su apariencia frágil, a la mujer le gustaba mandar. Era como un perro guardián con ojos de águila.

Henry me acompañó y se quedó en mi habitación, contestando mensajes y haciendo llamadas, mientras yo me preparaba para acostarme. Quería que la gente creyera que estábamos pasando un momento íntimo en vísperas de la boda, para dar más credibilidad a nuestra relación.

Mi consuelo era que se acabaría cuando nos fuéramos a vivir juntos. No tendríamos que fingir cuando estuviéramos solos.

Me mantuve atento a su conversación, tratando de oír algo relevante. Bastaba una palabra o un comentario dudoso para que supiera por dónde empezar a buscar información sobre mi tío. Sin embargo, sólo eran conversaciones amistosas con parientes que le felicitaban por su matrimonio.

—Se está haciendo tarde. Yo también me voy a la cama —dijo cuando volví a mi habitación—. Buenas noches y hasta mañana.

No miró en mi dirección, estaba totalmente concentrado en su teléfono móvil, y se marchó así, ignorando mi presencia.

Aunque la ceremonia tuvo lugar a última hora de la tarde, me desperté muy temprano a la mañana siguiente y, después de desayunar con todos a la mesa, mi madre insistió en que fuéramos a ver la decoración de la capilla.

Creo que estaba agotada de tanta gente, así que encontró una excusa para pasar un rato a solas con sus hijas.

—Parece un plató de cine —murmuró mi hermana cuando llegamos al lugar.

Lo que más destacaba era el campanario de seis metros de altura. Debajo estaba la campana de latón que había sobrevivido unas cuantas décadas sin perder su belleza y grandeza.

La estructura de madera había sufrido renovaciones y actualizaciones a lo largo de las generaciones, pero aún conservaba su historia. El interior era digno de veneración. Del techo abovedado de celosía de madera colgaban lámparas de araña antiguas, y en el extremo opuesto de la entrada había vidrieras arqueadas que enmarcaban el paisaje natural.

—¡Es precioso!

Tuve que darle la razón a mi madre, porque la decoración con rosas y orquídeas era perfecta. Había un pequeño arreglo de orquídeas y follaje en cada banco, mientras que las rosas colgaban de las lámparas de araña, el altar y grandes jarrones.

Me senté en uno de los muchos bancos y mi mirada se fijó en la enorme cruz que había delante de la vidriera. Si fuera una persona religiosa, me habría tomado el tiempo de rezar y pedir a Dios que obrara un milagro en mi vida, liberándome de aquel matrimonio.

Mamá y Cleo se sentaron a mi lado y permanecimos un rato en silencio, observando todo lo que nos rodeaba.

—Apostaría a que tu boda tendría lugar en un entorno más urbano y la fiesta en un pub, hija.

—Si fuera real, podría ser tal y como predijo mamá—. Pero todo es perfecto.

—Olyvia es muy competente —dije—. Tenemos que volver antes de que envíe hombres del FBI a por mí.

—Esa es una experiencia que me gustaría vivir —comentó Cleo y mamá se echó a reír—. Después de que Henry sea elegido presidente, quizá me escape algún día para que envíe al FBI a buscarme.

—Eso si sale elegido —añadió mamá.

No quería pensar en ello, pero todo indicaba que ganaría la carrera presidencial, y yo me quedaría con él durante un mandato, cuatro años.

No, realmente no quería pensar en ello.

Ya casi era la hora, ya estaba con el vestido puesto y sólo necesitaba calmarme para continuar con el acto.

—Tomaré un trago de whisky.

Pregunté sin dirigirme a nadie en particular, pero había varias mujeres en la suite, así que apareció ante mí una copa de cristal llena del líquido ambarino.

Le di la vuelta al chupito y no pude evitar una mueca, pero todo en mi interior se calentó y se humedeció. No bebía más de lo socialmente aceptable, pero si tenía la oportunidad, me emborrachaba.

Oímos que llamaban a la puerta y mamá fue a abrir, creyendo que era un empleado. Sin embargo, eran Katherine y John.

—¿Podemos hablar con la novia? —preguntó entrando en la suite.

Todos se fueron y me desconcertó un poco quedarme a solas con ellos, pero no pude negarme a darles la bienvenida.

—¡Qué guapa estás, Quinn! —Mi suegra me miró con asombro—. Confieso que después de una boda tan inusual, temía que decidieras no llevar vestido de novia.

John se limitó a asentir mientras se enjugaba los ojos con la mano móvil. Realmente parecía conmovido, como si estuviera delante de su propia hija.

Me senté a su lado y sentí su mano sobre la mía en un gesto reconfortante.

—John y yo hemos hablado, y como eres nuestra primera nuera, queremos que aceptes este regalo de boda.

Abrió la caja sobre las piernas de su marido y sentí vértigo al ver que había tres cajas forradas de terciopelo dentro del modesto embalaje de madera. Abrí la boca para rechazar la oferta, pero no sabía cómo, al fin y al cabo, se lo estaban regalando a su nuera.

La primera pieza era un collar que podía llevar la nobleza.

—Este collar de diamantes pertenece a la familia Marshall desde hace más de 150 años. Llegó con los antepasados escoceses —explicó—. Es una pieza de alta joyería.

Sabía que la alta joyería es a la joyería lo que la alta costura a la moda: sinónimo de exclusividad, poder y estatus. Sin embargo, nunca imaginé que llevaría algo de ese valor.

—Es una joya maravillosa, Katherine, pero... No puedo aceptarlo. Creo que... yo... —tartamudeé, sintiendo el peso del accesorio en mis manos.

—¡No intentes negarte! —se impuso y esto sirvió para confirmar que no era la mujer débil que había dado a entender en un principio—. Se quedará con su familia y podrás darle una hija o una nuera.

Me sentí culpable de que pensara en nietos, al fin y al cabo, sólo había pretendido asustarla, pero acabé sembrando la idea de que la familia podía crecer.

No paraban de enseñarme el anillo y el par de pendientes que iban con el collar, y todo era tan exclusivo y valioso para la situación que empecé a sentirme como un ladrón.

Por supuesto que se lo daría todo a Henry, no pensaba quedarme con nada de lo que saliera de la boda. Aun así, estaba robando momentos a aquella familia, sustrayendo sentimientos que no debían sentir por mí.

—Ago... vete... —John intentó hablar y frunció los labios, furioso por no poder hacerlo, pero se llevó insistentemente la mano a la oreja.

Me afligí por él y volví a penalizarme por mentir.

—¿Quieres que se pruebe los pendientes? —le preguntó su mujer, y él asintió.

Quería poner fin a la situación lo antes posible, así que acepté, pero me temblaban las manos cuando intenté recoger las joyas. Katherine me ayudó a ajustar las piezas y luego sacó el espejo para que pudiera mirarme.

El escote off-the-shoulder no permitía demasiados accesorios, pero los pendientes parecían hechos a medida para la ocasión.

—Es maravilloso y queda precioso con el vestido —murmuré, confesando lo evidente—. Pero es una joya familiar y...

—¡Y además eres de la familia! —No podría negarme—. Si lo llevas en la boda, será muy especial para nosotros.

John me miró con una sonrisa inusual, mientras su mujer estaba a punto de obligarme a cumplir su petición.

Los devolvería más tarde, pero en ese momento, los llevaría hasta el final de la ceremonia.

—Gracias. —Le di las gracias entre lágrimas y cogí el anillo para ponérmelo en el dedo anular de la mano derecha. Me quedaba como un guante—. Será un honor llevar esta joya.

Y que Dios me ayudaría, aunque yo no fuera una persona religiosa.

Capítulo Once — Henry Marshall



Henry Marshall

Estábamos en la capilla, en una sala reservada para que el novio esperara a la novia, y aproveché para leer algunos documentos sobre temas que se tratarían en la reunión del partido.

—Tu madre preguntó por la familia de Quinn —dijo Olyvia con una arruga en la frente, lo que indicaba que era algo más que una simple pregunta—. Le conté que su abuelo estaba enfermo y que su tío tenía una cita.

No era mi intención acoger a Gilroy Taylor en mi casa, y me tranquilizó mucho saber que su sobrina tampoco lo quería en el evento.

—Hablando de Gilroy, ¿ha podido analizar los documentos de la empresa de perforación que vendió?

—Aún no hemos encontrado nada sospechoso, Henry. No creo que haya nada que encontrar, después de todo, ni siquiera tú sabes lo que estás buscando.

¿Qué busco?

En realidad, no sabía exactamente lo que buscaba, pero mi instinto me decía que algo iba mal y que tenía que rebuscar entre toda esa mierda hasta encontrarlo.

—¿Así que crees que vendió la empresa, traspasó su parte a la viuda de su hermano y Maggi se gastó todo el dinero?

—La verdad es que Maggi siempre ha gastado mucho en Cleo, ya que ha buscado los mejores tratamientos para la niña. También paga el mantenimiento de su padre, que vive en una residencia. Antes de que preguntes, ya he hecho los arreglos para que esté más cómodo—. La mujer lo solucionó todo antes de que yo lo pensara.

Y sí, mamá era celosa, y cuando lo pensé un poco más, me di cuenta de que la cantidad que Quinn pedía en el acuerdo era el equivalente a los gastos de la enfermedad de su hija menor. Esto sólo significaba una cosa: el maldito diputado estaba dejando de pagar los gastos médicos de su sobrina.

—Pídeles que envíen toda la documentación, yo la analizaré personalmente —decidí.

—Henry, estamos aquí porque he conseguido reprogramar algunas citas, y tu boda es importante para la fiesta, pero tu agenda está llena. Tenemos un itinerario para visitar estados clave en las próximas semanas.

En realidad, no tenía tiempo, pero no me sentía a gusto con la sensación de que había algo nebuloso en la historia.

—Analizaré con lo que haya disponible. Dormiré menos o me ocuparé de ello durante las comidas. —Suspiró ante mi tono incisivo—. Aún tendré tiempo para comer y dormir la siesta,

¿no?

Ella asintió, subrayando la arruga de preocupación, y había más en la historia.

—¿Qué es lo que no me dices, Olyvia?

Me miró durante unos segundos y se sentó en la silla del otro lado de la mesa.

—¿Y qué piensa hacer si descubre algo? No puedes ocuparte de estas pequeñas cuestiones durante la campaña. Sencillamente, no puedes ni debes meterte en polémicas.

Me apoyé en la silla y vi que su mirada volvía a brillar alerta.

—Sé que Gilroy no estará tan loco como para difundir los documentos sobre el accidente, pero me amenazó a mí, a Davis, ¡y todos los que han intentado algo así no han quedado impunes! No pierdas el tiempo intentando convencerme de que cambie de opinión.

Levantó las manos, renunciando al debate porque no tenía argumentos nuevos.

—Bien, pero ahora tienes que estar en el altar, porque es el momento.

Consulté mi reloj y realmente necesitaba estar allí para esperar a la novia. Cogí mi chaqueta de esmoquin y me la puse bajo la supervisión de la consejera, que no quería distraerse de su tarea.

Continué diciendo que lo había comprobado y que Quinn cumplía el horario, al igual que su madre y su hermana. Sin embargo, mis pensamientos se centraron en el hecho de que en unas horas me casaría con una mujer casi desconocida.

Tenía la sensación de que los problemas empezarán de verdad una vez que todo estuviera oficializado, pero no podía ignorar el hecho de que vivir con mi mujer iba a ser más difícil de lo que había supuesto.

Cuando se me ocurrió la idea de besarla delante de su casa, era sólo para salir en los titulares, pues ya había oído algunos susurros sobre la posibilidad de un falso compromiso, pero no esperaba sentirme atraído por ella.

Intenté ignorar la sensación, después de todo, es sano sentir deseo durante un beso. La calentura no tiene por qué significar nada. Sin embargo, se hizo constante siempre que ella estaba cerca. Fue así durante el vuelo a Texas y todo el camino hasta la casa del rancho, pero alcanzó un nivel incómodo cuando la tuve en mis brazos la noche anterior.

Era otra de las escenas que teníamos que representar, pero no podía ser tan suave, ni tener ese tono ronco cuando susurraba, ni tener unas curvas que me sentaban tan bien.

Puede que Quinn no fuera como su maldito tío, pero era una Taylor y yo estaba decidida a sólo tolerar a la gente de esa familia. No quería tener que vivir con unas malditas ganas de atacarle la boca cada vez que la viera.

Si un día descubriera la existencia de los documentos en poder de Gilroy, estoy seguro de que el problema sería aún mayor.

No, realmente no podría desear a mi mujer.

No podía querer follármela como si fuéramos una puta pareja.

Pero sus ojos eran el centro de mi tormento. Vi cómo miraba a Cleo y a Maggi, vi que podía ser protección y curación para los que amaba; pero para mí, su mirada era de combate, de alguien que podía hacer daño. Tenía ojos de condenación.

—Dentro de unos días tendremos una cena en Washington —comentó Olyvia—. Quinn tiene que ser tu acompañante. Las esposas de otros políticos también estarán allí.

—Puedes ser mi acompañante —sugerí.

—Soy tu empleada, tu consejera, tengo otro papel. Si quisiera ser primera dama, habría sugerido que nos casáramos.

¡No quiero su compañía, maldita sea!

Yo no quería, pero sería necesario que me acompañara a muchos actos políticos. Sólo quería que siguiera cooperando, de lo contrario todo mi trabajo se perdería.

Algunos familiares que habían sido invitados a asistir a la boda ya habían llegado al rancho y estaban en la capilla. Los saludé a todos y, a pesar de algunos comentarios sobre lo restrictivo de la ceremonia, la mayoría comprendió la necesidad de intimidad en un momento de mi carrera.

Mis padres también esperaban allí, junto con Spencer, y yo le había pedido a Kayce que acompañara a Quinn y a su familia.

Una risa abatida escapó de mi garganta, porque no quería casarme, pero de repente tendría tres mujeres bajo mi techo.

Maggi y Cleo no vivirían exactamente en mi casa, porque Olyvia me había convencido de que sería imposible mantener una mentira veinticuatro horas al día. Estarían en la casa vecina, lo bastante cerca para que estuvieran a salvo y para que Quinn recordara que había dos buenas razones para mantener nuestro acuerdo.

Sí, la manipularía, utilizaría sus debilidades, pero cuando todo acabara, ella sería millonaria y su familia estaría a salvo. Ese era mi objetivo.

Todo lo que estábamos haciendo iba a ser provechoso para los dos, sólo tenía que mantener la cordura y el control de la situación.

—La novia ha llegado —dijo Olyvia, acercándose con mirada comprensiva—. Quitale esa cara de preocupación. Es muy guapa y se merece que la saludes con otra mirada cuando la veas.

—Nada de esto es verdad, Davis. ¡No importa cómo lo mire!

—A mí me parece una novia de verdad, y puedo decirte que es una de las más hermosas que he visto nunca —dijo y se alejó mientras empezaba a sonar la música—. No dejes que tu enfado pese más que tus planes.

Respiré hondo, dispuesta a dar un paso más en mi carrera. Aunque fuera tortuoso, el matrimonio me daría la seguridad necesaria para alcanzar mis metas, y todo merecería la pena. Sólo necesitaba mantener el deseo fuera de nuestra relación y mantener una convivencia amistosa.

Al menos eso pensaba yo, pero cuando Quinn apareció en la puerta de la capilla, sosteniendo un maldito ramo de orquídeas, comprendí lo que había dicho mi asesor. Llevaba un vestido que habría sido la elección de cualquier mujer enamorada. Habría encajado perfectamente en una boda de verdad.

A cada paso que daba hacia mí, me daba cuenta de que Davis sólo se había equivocado en una cosa: no era una de las novias más bellas, Quinn era simplemente la más bella. No estaba ciego, siempre había visto su belleza, pero no había imaginado que pudiera llegar a ese nivel.

Le cogí las manos cuando se detuvo frente a mí, y estaban frías. La sonrisa de su cara era tensa, y cuando la miré un segundo más, vi los pendientes, joyas que pertenecían a mi familia. Miré su mano y vi el anillo, perfectamente ajustado.

—Estás muy guapa, Quinn —la felicité en voz baja, para que sólo ella pudiera oírme, porque me pareció lo correcto.

—No tienes que mentirme ni obligarte a ser amable, Marshall. —A pesar de la sonrisa que perpetuarían los objetivos de la cámara que el fotógrafo disparaba a nuestro alrededor, las palabras eran ácidas—. No somos amantes, ni amigos, ni compañeros, ni siquiera tenemos nada en común. Sólo estamos aquí porque mi tío y tú me habéis puesto en esta situación.

Intentó darse la vuelta delante del altar, donde nos esperaba el cura, pero la cogí del brazo y le di un beso en la frente.

Cualquiera que observara la escena creería que estábamos intercambiando unas palabras

cariñosas.

—No mentí ni fingí cordialidad, realmente te ves hermosa, pero también tienes razón, no necesitamos fingir entre nosotros —mi voz sólo llegó a tus oídos.

Sus ojos me miraban fijamente, reflejaban mi determinación, me atravesaban y transmitían otros sentimientos intensos, pero lo que más destacaba era el dolor.

Sí, Quinn Taylor tenía ojos de condenación.

No vi la boda, actué en automático, intentando no pensar en las consecuencias de esa unión.

Estaba hecho.

Era oficial, estábamos casados.

Salimos de la capilla y nos dirigimos a la mansión donde iba a tener lugar una recepción, pero después de que nos hubieran felicitado, mi padre me llamó al estudio. Impidió que mi madre nos acompañara y pensé que iba a ser una conversación entre padre e hijo sobre las alegrías y las penas del matrimonio.

Me sentía cómodo en el aislamiento de la habitación familiar, era bueno simplemente estar con él, sin necesidad de interpretar un personaje.

—Y... u... fei —tartamudeó e intentó dar un puñetazo en la mesa, enfurecido por la limitación.

Cogí papel y bolígrafo y los dejé delante de él, para que se tomara su tiempo escribiendo lo que quería decir. No era algo que hiciera normalmente, pero era el método que utilizaba para hablar con su familia.

No tenía ni idea de lo que pretendía, pero me senté a su lado, esperando pacientemente. Seguí las letras tortuosas, casi garabateadas, pero comprensibles.

"Sé que es un engaño".

Aunque no eran más que letras en un trozo de papel, cada sílaba sonaba como un grito en mis oídos, reviviendo mi odio por haberme puesto Gilroy en aquella situación.

—Papá, yo...

Intenté discutir, pero agitó la mano con el bolígrafo y me di cuenta de que no había terminado, así que esperé a que volviera a escribir.

"No sé por qué, pero no creo que se pueda deshacer ahora, así que haz el menor daño posible".

No podía imaginar lo que significaba tener una mente lúcida atrapada en un cuerpo lleno de limitaciones, sobre todo para alguien tan perspicaz como John Marshall.

Evalué todo lo que estaba ocurriendo y pensé en negarlo, pero sería inútil e innecesario. Desde que me amenazaron, consideré la posibilidad de hablar con él para entender lo que había ocurrido en el proceso del accidente de la plataforma, pero su frágil salud era un obstáculo difícil de superar.

En algún momento pediría explicaciones, pero necesitaba preparar el terreno y disponer de tiempo.

—No vamos a tener esa conversación hoy, pero no voy a perjudicar a nadie.

"¿Aceptó participar?"

Escribió y respiré hondo, sin querer responder a la pregunta. ¿Cómo decirle que sorprendí a Quinn con la noticia, o que probablemente su tío amenazó a su sobrina?

Gruñó al darse cuenta de mi silencio.

"Así que ya estás perjudicando a la chica".

Soltó el bolígrafo truculentamente y murmuró sonidos casi animales. El color sonrosado de su

rostro era señal del esfuerzo que hacía para emitir aquel ruido. En el pasado, habría regañado a gritos, con las manos en puños, lanzadas al aire, controlando la situación.

—Volveré en unos días, sólo para hablar de ello. Si sigues excitándote, lo vas a pasar mal, papá. No olvides tu reciente recaída.

Quise apaciguarlo, pero pasó algún tiempo antes de que me diera cuenta de que estaba más tranquilo.

"No tardes en volver, quiero entender esta historia".

—Está bien, vendré en cuanto pueda, pero ¿podemos volver a la fiesta? Quiero irme pronto y tenemos que despedirnos.

Aceptó mi invitación y traté de distraerme, pero el peso sobre mis hombros me pasó factura, haciendo imposible socializar y ser político en ese momento.

Aún estaban los ojos de Quinn. Me miraban directamente a la cabeza, la mirada era guerrillera, y supe que ella también estaba cansada del papel que estaba representando.

—¿Está todo listo para nuestra partida, Oly?

Pasaríamos la noche en un hotel de Houston y saldríamos hacia Nueva York al día siguiente.

—Sí, lo he arreglado y el piloto te está esperando. El hotel tiene un helipuerto, así que no tendrá que usar el coche. Su mujer ha subido a ducharse y a preparar su equipaje, así que sus maletas ya están en el helicóptero.

Me acerqué a Quinn y tiré de ella del brazo, alejándola del grupo de invitados con los que charlaba. Ya se había quitado el vestido de novia y llevaba una falda y una blusa que dejaban ver una pequeña franja de piel en su estómago. La plata de la tela resaltaba su piel bronceada.

—Nos vamos, despídete de tu familia. —Al oír mi tono autoritario, entrecerró los ojos—. Olyvia cuidará de tu madre y de Cleo, y se pondrá en contacto con nosotros si lo necesita, ¡pero nos vamos ya!

Percibí su intención de discutir, pero mi mirada le advirtió que no lo hiciera.

—Acepto irme, porque no aguanto más hacer el papel de novia feliz, ¡pero que sepas que no soy mansa, Henry!

Respiré hondo cuando me dio la espalda y, aun con mis dudas, creí que podría tener unas horas de paz.

No tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

Capítulo Doce — Henry Marshall



Henry Marshall

Embarcamos en el helicóptero con tres guardias de seguridad y otros nos esperaban en el hotel de Houston. Aunque el helicóptero tenía capacidad para cinco pasajeros, el ambiente parecía reducido porque tenía que compartirlo con Quinn. Con sus dos metros de altura, ocupaba todo el espacio, y me di cuenta de que necesitaba alejarme de ella.

—¡Gracias a Dios que no tengo que fingir! —gruñó cuando entramos en la suite y la puerta se cerró tras nosotros.

Se quitó los zapatos y los tiró a un rincón, y levantó la nariz ante los adornos que el personal había preparado.

Fue a los armarios y volvió con una toalla, donde recogió pétalos de flores que estaban esparcidos por la habitación. Tuve que respirar hondo al verla arrastrarse por la cama, eliminando cualquier resto de la boda.

Decidí darme una ducha, ya que la noche iba a ser más larga de lo que había pensado en un principio. Me quité la corbata y la chaqueta y estuve a punto de desnudarme, pero recordé que no teníamos intimidad y que no debía forzar la situación, que ya estaba al límite.

Sólo son unas horas, Henry. Ni siquiera notarás que pasa el tiempo.

Intenté convencerme de ello durante la ducha y mientras me ponía los pantalones del pijama, indecisa sobre si debía llevar camiseta.

Me niego, ¡un pantalón es suficiente!

Cuando regresé, la encontré vestida con una camisa de manga larga, de color plomo, claramente vieja y que le llegaba a la mitad de los muslos. La prenda no tenía nada de atractivo, era enorme, cabían dos personas de su talla dentro de aquella horrenda prenda, pero, a pesar de todos los puntos negativos, daba mucho juego a la imaginación.

¿Cuántos años tienes, Marshall?

Independientemente de su edad y madurez, los hombres pueden tener pensamientos muy juveniles en determinadas situaciones.

Desapareció de mi vista y pensé que se había ido al baño o al camerino, así que cogí mi maletín para leer unos discursos que iba a pronunciar y me fui al salón, donde podría tomarme un whisky y relajarme, pero la encontré bebiendo agua.

—¿Cómo vamos a hacerlo, Henry? —preguntó—. ¿No hay una habitación libre en el piso?

No quería hacerme la vida más fácil.

—Sí, pero el equipo de seguridad se queda allí. Puedes quedarte con la cama y yo dormiré en el sofá cama.

—¿Duermen los guardias de seguridad? ¿No pueden quedarse en los pasillos?

No podía creer que ella pudiera sugerir eso.

—Al fin y al cabo, también son seres humanos y necesitan descansar.

Sus labios se curvaron fingiendo libertinaje.

—¡Pobres! Clase oprimida —la ironía era una provocación—. Trabajan menos que la mayoría de los ciudadanos y ganan mucho más.

¡Una provocadora con hermosas piernas!

Pensé mientras la veía moverse de un lado a otro, evaluando el lugar, y respiré hondo, decidida a ignorar su presencia.

—Recuérdalo cuando necesites protección extra —apunté lo obvio—. Me las arreglaré aquí en la sala de estar. Puedes quedarte con el dormitorio.

Me senté en el escritorio, creyendo que me dejaría un rato a solas, ya que la habitación estaba libre para que la utilizara a mi antojo. Quería disfrutar de un poco de paz y tranquilidad para poder recomponerme por la mañana.

—Si necesito protección "extra" —trazó comillas imaginarias con los dedos—, serás tú quien se acuerde. Contraté un seguro de vida y te puse como beneficiario.

Esperé a que se explicara, pero giró sobre sus talones y se fue al dormitorio tras soltar la información, como si me hubiera dicho algo totalmente irrelevante. Cerré las manos en puños, intentando reprimir la irritación que empezaba a surgir, pero me fue imposible.

Fui tras ella para entender qué significaba su actitud.

—¿Por qué has hecho eso? —le pregunté, de pie en la puerta del armario, donde estaba organizando la ropa que se había quitado.

Su mirada se desvió brevemente hacia mí, pero luego volvió a la tarea que tenía entre manos.

—Por la misma razón por la que te casaste conmigo.

Estaba cansado y debería haberlo dejado para otro momento para entender sus motivaciones, pero hice todo lo contrario.

—¡Para ya y explícame esta mierda! —Le arrebaté la ropa de las manos y la arrojé sobre la maleta abierta—. Pongamos las cartas sobre la mesa de una vez por todas, ¡así podremos seguir con nuestras vidas!

Me empujó y se fue al dormitorio, donde tenía espacio suficiente para descargar toda su indignación. Yo le permitía maldecir, vociferar todas las ofensas atascadas en su garganta, drenar la ira de su sistema.

—Desde el principio me he preguntado: ¿cuál es el verdadero motivo de esta boda?

—Estrategia política. Confieso que tu tío hizo parecer que te interesaba la propuesta, pero no hay nada más que eso —mentí, tranquila y descaradamente, cruzándome de brazos y apoyando el hombro en el marco de la puerta—. Pensé que estabas decidida a negarte, pero entonces viniste a verme y me di cuenta de que habías cambiado de opinión.

—Gilroy no me dio elección. —espetó, furiosa—. ¡Le quitó a mi hermana la ayuda económica!

¡Odiaba a ese hombre! Nos manipuló y me involucró en una situación mezquina. Nunca he sido una santa y habría hecho lo mismo que él para conseguir mis objetivos, pero el muy cabrón me quitó mi poder de elección.

—Como ya sabes, no investigué a tu hermana. —Me encogí de hombros, mostrando que no me importaba—. ¿Y para qué sirve este seguro?

Su boca se convirtió en una fina línea y su semblante mezcló indignación, ironía y determinación.

—Te he investigado, Marshall. Dos veces elegido senador, nunca te has casado, ni siquiera cuando había rumores de que tu partido te elegiría para presentarse a presidente. Así que, si hay algún motivo oculto para que te cases conmigo, estoy seguro de que es lo suficientemente serio como para que mi vida corriera peligro si se descubriera.

La chica era más astuta de lo que parecía a primera vista, pero yo permanecí impasible.

—Estás delirando, Quinn. No hay ninguna conspiración sórdida.

—No estoy convencido de ello, pero si me pasa algo, recibirás una ganancia inesperada, algo así como cinco millones. ¡Eso te pondrá bajo sospecha y la compañía de seguros investigará hasta tus generaciones pasadas! —Me quedé estupefacto al oír la cantidad y por su mente diabólica—. Me preocupaba cómo iba a pagar la póliza, al fin y al cabo, soy un simple periodista, pero su abogado me exigió que aceptara más de lo que había pedido en un principio, así que ahora tengo dinero suficiente para este lujo. Es una de las ventajas de ser marshall, ¿no?

Si la atropellaran y muriera, o contrajera una enfermedad mortal, mi vida daría un vuelco por culpa de una empresa sobre la que no tengo ningún control.

Como político influyente, podría convencer a la policía de que ignorara algunos detalles, pero sería difícil manipular a una empresa totalmente independiente. Especialmente una compañía de seguros que, antes de desembolsar una indecente suma de millones, investigaría incluso a mi familia.

—¿Has expuesto mi nombre, incluso después de firmar un contrato? —Di unos pasos hacia ella y se fue al otro lado de la habitación.

—No —agitó el dedo en el aire para enfatizar su negativa—. Contraté el seguro cuando volví de Delaware, después de que la prensa informara de mi visita a tu habitación. No tenía escapatoria, así que le dejé en la misma situación—. Su voz se alzaba con cada palabra—. ¿De verdad creía que aceptaría de buen grado esa oferta?

—¿Y por qué demonios me lo dices ahora? —grité, alzando la voz.

—¡Porque ahora estamos en la misma página, Henry! ¡Estamos pegados el uno al otro! —gritó, con una sonrisa demente—. No puedes desenmascararte ni poner fin a este matrimonio, ¡y yo me veo obligado a apoyar esta mentira! Puede que nunca averigüe por qué me involucraron en esto, pero si me pasa algo, ¡lo investigarán!

Cogió un jarrón y lo lanzó, y yo tuve que esquivar para evitar ser golpeado por el objeto, que se estrelló contra la pared.

—¡Pediré otra habitación!

Marchó hacia la salida y yo me apresuré a alcanzarla.

—¡Te vas a quedar aquí, joder! —La agarré por los brazos, impidiéndole abrir la puerta—. ¿Quieres hacer de mi vida un infierno? ¡Entonces arde conmigo!

Ella se agitó, intentando zafarse de mi agarre. Incluso sin emplear la fuerza bruta, yo seguía siendo más fuerte y me la eché al hombro, volviendo con ella al dormitorio y tirándola sobre la cama.

—Ya me he ofrecido a quedarme en el salón, ¡así que duerme en este puto dormitorio!

—¡Qué caritativo eres! ¡Henry Marshall, el magnánimo!

Fue muy conveniente que la suite estuviera insonorizada, porque estábamos gritando, totalmente fuera de control.

—¡Ahora mismo, no me siento inclinado a ser generoso contigo, Quinn! ¡Sólo quiero evitar que mi nombre aparezca en los periódicos!

Se arrastró por la cama, sacó algo que había en la mesilla y me lo lanzó, pero volví a esquivarlo.

—Debería haber hecho caso a tu madre cuando me advirtió de tu testarudez —gruñí, indignada por tu desequilibrio.

—¿Crees que debería agradecer que se respete mi intimidad? —Tiraste cojines por todas partes—. ¡Este matrimonio ha impulsado tu carrera, pero la mía se va a estancar! ¡Además, tengo que mentir a gente que ni siquiera conozco y aceptar joyas que deberían quedarse en la familia! ¿Y todavía crees que debería estar agradecida, bastardo?

Se levantó de la cama, dispuesta a escapar, y volví a agarrarla, pero su puño encontró el lateral de mi barbilla en un puñetazo giratorio debido a su mal equilibrio.

—¡Maldito seas! —gruñí—. ¿Quieres actuar como un lunático? ¡Entre estas cuatro paredes!

La arrojé de nuevo sobre la cama y volvió a arrastrarse. Su horrible camisa le rodeaba la cintura, dejando al descubierto sus muslos y su trasero bajo unas modestas bragas.

El calor recorrió mi cuerpo, devastando mi sentido común. La erección que había intentado ignorar se unió a mi ira, y mi polla palpitó tan fuerte como estaba. Mi impulso fue morder, quería arrancarle sus gritos con mis dientes incrustados en aquella carne blanda.

¡Voy a matar a esa mujer!

Quinn se abalanzó sobre la lámpara y yo la agarré del tobillo con la intención de detenerla, pero ella flexionó la pierna y lanzó el pie al aire, golpeándome en la cara.

—¡Santo cielo! —Me llevé una mano a la nariz palpitante y sentí que podía sangrar en cualquier momento.

Monté sobre su cuerpo, inmovilizándola, y le sujeté los brazos, deteniendo el ataque, pero seguía pareciendo un caballo salvaje. Resoplaba y relinchaba, intentando golpearme. Encajé uno de mis muslos entre sus piernas, bloqueando sus movimientos, pero era una tortura.

Su calor se filtraba a través de la fina tela de mis bragas y pantalones, era una pequeña brasa que me encendía.

—¡Joder! ¡Para esa mierda!

—Entre nosotros no tenemos que fingir, Senador. ¿Te acuerdas? Fuera seré la esposa ejemplar y admirable; pero cuando estemos a solas, tendrás justo eso, ¡bastardo!

Si todos los días fueran así, me pondrían una camisa de fuerza en una semana.

—¡No vas a volverme loca, Quinn!

De un tirón, le inmovilicé las muñecas por encima de la cabeza y le llevé una mano a la nuca, cerrando los dedos en su pelo con un fuerte apretón. Esto la inmovilizó, pero su respiración agitada flotaba entre nosotros, mezclándose con la mía.

La ira y la lujuria se disputaban el control de mi organismo. Sólo podía pensar en follarme su cuerpo de todas las formas posibles e imaginables. Quería eyacular en su culo, en sus pechos y en lo más profundo de su sexo.

Quería sexo sucio. Violento. Quería la versión más desvergonzada de nosotros.

A pesar de estar enfurecido, seguía intentando mantener el control, pero todo se vino abajo cuando la sentí retorcerse contra mi rodilla y gemir.

Un sonido ronco acompañó el cierre de sus ojos, sus labios se crisparon y vi sus dientes morder su labio inferior. El mundo se desdibujó, pero ella permaneció en el punto de mira de mi codicia y mi gula, que crecían por momentos.

Ajusté la pierna que restringía sus movimientos y mi rodilla quedó apretada entre sus muslos. El calor y la humedad que irradiaba su sexo se filtraron a través de la tela y tocaron mi piel. Volvió a retorcerse, buscando satisfacción y alivio, y seguía queriendo guerra.

Aquella locura la afectó tanto como a mí; ella también estaba excitada, y me buscó en el mismo momento en que yo fui a su encuentro. Mi boca aplastó sus labios, y nuestra reacción fue

sincronizada: violenta y necesitada.

El beso fue una prolongación de nuestra batalla. Luchábamos contra nosotros mismos y contra el deseo, un sentimiento inapropiado para la situación en la que nos encontrábamos.

La solté y sus uñas parecían querer desgarrar la piel de mi espalda, al mismo tiempo que tiraban de mí y me pinchaban.

Deslicé las manos bajo su camisa y sentí la suavidad y el calor de su piel, el contorno de la cintura delgada y las caderas redondas que tanto me habían inquietado.

Sus pechos encajaban perfectamente en mis manos. Le apreté y pellizqué los pezones, que estaban duros y erectos, arrancándole un sonoro gemido de la garganta.

Estábamos febriles, ansiosos, no podíamos frenar nuestros movimientos, y parecía a punto de devorarnos.

La puse de lado y le bajé con fuerza las bragas por encima de las caderas, luchando contra la posición desfavorable. Ella me ayudó como pudo, su agonía era similar a la mía. Yo seguía arrodillado y ella cabalgaba sobre mis muslos, frotándose contra el bulto de mi polla vestida.

Sosteniendo su cuerpo con un brazo, utilicé la mano libre para arrancarle la camisa. Casi me corrí en los pantalones cuando vi su cuerpo completamente libre de todo lo que lo cubría. Quinn era más perfecto de lo que había imaginado.

Una desgracia perfecta para atormentarme.

Sentía el pecho como si me lo estuviera estrujando una morsa, cuánto deseaba saborearla, estar dentro de su sexo, hacer cualquier cosa que pudiera aliviar la tortura. Ella también se frotaba, gruñía, me arañaba y me mordía. Totalmente hambriento.

Mi boca buscó sus pechos. Chupé y mordí sus duros pezones. Mi lengua probó el sabor salado del sudor que la cubría.

Pensé vagamente que tenía que decir algo, parar, pero lo único que podía hacer era sentir y perderme en el daño que ella estaba causando a mi mundo.

La empujé de nuevo sobre la cama y levanté sus piernas abiertas sobre mis hombros, de modo que su espalda quedó parcialmente suspendida en el aire. Su sexo quedó al descubierto. Era hermoso, con labios carnosos. Indecentemente perfecto.

Metí la cabeza entre sus muslos, mordiendo y lamiendo la suave carne mientras inhalaba el aroma cítrico de la excitación femenina.

Hice girar el pulgar sobre su clítoris hinchado, mis dedos se deslizaron entre los pliegues resbaladizos y melosos, y mi dedo anular se enterró en su canal, siendo succionado por las contracciones. Mi cuerpo se tensó ante la perspectiva de mi polla dentro de ella.

Nuestros movimientos eran bruscos, sin suavidad. Sólo la necesidad nos guiaba. Tanto ella como yo queríamos aplacar el deseo que aún vibraba a nuestro alrededor, pero la ira seguía impregnando nuestros actos.

Chupé su coñito con rudeza y mi paladar se llenó de su sabor. El aroma femenino dominaba mi olfato y lo único que quería era seguir oyendo sus gemidos, cada vez más fuertes.

Me desbordaba aquella experiencia sensorial, mientras ella se retorció, revolcándose contra mi cara, arrastrando sus uñas por mi nuca y mi cabeza. Cada vez que mi lengua acariciaba su entrada o rodaba sobre su clítoris, Quinn se perdía un poco más en la locura y me arrastraba al límite.

—Necesito follarte —gruñí, a punto de tener un arrebató.

Le di la vuelta, dejando su vientre sobre el colchón. Su culo redondo y lleno estaba en mi campo de visión y parecía suplicar unos azotes, pero no quise demorarme.

Me saqué la polla de los pantalones y estaba dolorosamente dura. Estaba babeando. Las

gruesas venas parecían más grandes, y todo ello era señal de la locura que estábamos cometiendo.

Rodeé su cintura con el brazo y la empujé hacia delante, deslizando mi glánde en su entrada, resbalando por la humedad que la empapaba. Busqué el lóbulo de su oreja, mordiendo la suave carne.

—Quinn, necesito oír que quieres esto —gruñí, en un momento de lucidez.

Estábamos totalmente enfrentados, pero no podía aprovecharme de su estupidez. Eso sería un clavo más en el ataúd de nuestra convivencia.

—¡Fóllame, Marshall! —gimió angustiada—. Y antes de que preguntes, tomo anticonceptivos.

Gruñí ante su petición, desconcertada por el roce de su cuerpo contra el mío, su mano tirando de mí en un beso que implicaba lengua y dientes.

Ella estaba tan mojada y yo tan empalmado que la polla se deslizaba con facilidad, pero su sexo era tan pequeño y estrecho que parecía que un puño me estuviera apretando, mientras ella me besaba, mordiéndome los labios, gruñendo, murmurando cosas que no entendía.

Con cada centímetro que la invadía, me volvía más rudo. Cuando empujé con fuerza, llegando más profundo, sentí la ruptura del obstáculo que no había esperado encontrar.

Me quedé paralizado, tragándome el grito que salió de su garganta y llegó a mi boca. La miré a la cara, que intentaba no llorar, pero se le escaparon algunas lágrimas.

El dolor y el placer se mezclaban en sus ojos, que me miraban fijamente y parecían arrastrarme a un espacio vacío. Ella era un tormento que me hacía delirar.

—¡Joder! —gruñí, furioso. Increíble—. ¿Por qué no me dijiste que eras virgen, Quinn?

—¿Acaso importa? —escupió la pregunta, tan indignada como yo.

Respiré hondo, intentando tragar la saliva, pero nada pasó de mi garganta.

—¡Claro que importa! Yo no habría sido tan brusco.

Quería insultarle, sacudirle la cabeza para ver si se le pasaba algo por la cabeza, pero también quería seguir follándomelo.

—¡Si paras ahora te odiaré un poco más, Henry!

Unos ojos llorosos, rojos, furiosos y llenos de lujuria me miraban fijamente.

Éramos animales. Nos invadió la locura.

—¡Hablares de esta mierda más tarde, Quinn!

Debería salir de la habitación y mandar todo al diablo. Elección, esposa, asesor y las dos familias implicadas en esa historia, pero algo más fuerte me retenía en ese momento: la codicia por su cuerpo.

Me saqué la polla, intentando no actuar con demasiada brutalidad, y cuando vi que la sangre manchaba toda la longitud, me batí en duelo con la posesividad y el mal genio que me abrumaban.

Volví a enterrarme y tuve que esforzarme por no hacerle daño, pero ella parecía dispuesta a llevarme al límite, revolcándose, gimiendo, exhalando el aroma que era sólo suyo.

Volví a enterrarme en su sexo y quise pasarme la noche follándomela, pero para ser su primera vez era imposible.

—No voy a parar —gruñí, controlando mis impulsos—, ¡pero podría ser diferente!

Volvió a gemir y a retorcerse en el colchón, y yo llevé mi mano entre sus piernas, masajeando su clitoris hinchado. Sentí cada espasmo de su sexo, cada temblor que recorría sus músculos. No pude resistirme a morderle la nuca, necesitaba liberar toda la tensión que me embargaba.

—¡Por el amor de Dios! —gimoteó angustiada.

Todo en ella se contrajo, chupando mi polla y, justo cuando enloquecíamos juntos, nos corrimos al mismo tiempo.

Y por primera vez sentí miedo de nuestra boda.

Acto II

ACTO II

«Seducimos utilizando mentiras y
exigimos que nos quieran por lo
que somos.»

Paul Géraldy

Capítulo trece — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Supe que sería periodista cuando aún estaba en la escuela primaria y nunca me imaginé trabajando en otro campo. Después de terminar mis estudios de posgrado, me ofrecieron trabajos en periódicos, pero los rechacé porque siempre me interesó más el reportaje que la noticia en sí.

Mientras que en los periódicos la prioridad es informar, en las revistas tenemos la función de contextualizar y explorar todos los ángulos de una noticia. Entrevistamos, investigamos, recopilamos toda la información posible sobre el tema y la transmitimos de forma que haga reflexionar al lector.

Ser periodista me hacía sentir realmente útil al mundo, y mi plan profesional era hacer un buen trabajo, encontrar noticias que me hicieran destacar y convertirme en redactora jefe. Mis ambiciones profesionales implicaban mucho esfuerzo y una cierta dosis de suerte, y nunca dudé de que lo conseguiría.

Hasta que me convertí en la esposa de un Marshall que, para colmo, era el senador con más posibilidades de convertirse en presidente.

—¿Qué tal estás? —preguntó Natalie al terminar la reunión con Melanie, mi jefa.

—Sigo trabajando —respondí escuetamente—. Pero me ha reducido la jornada laboral y me quedaré contigo hasta que mi boda sea un acontecimiento social más.

Desde la boda, han salido fotos de Henry y mías en los periódicos e incluso hubo una nota en la página web de Lenses. Todo el mundo mencionó lo privado que fue el evento, lo que causó un poco de resentimiento en la prensa.

De hecho, no creo que me despidieran para no generar más comentarios y porque Melanie no quería ser rencorosa, sino que estaba descontenta porque yo no había aceptado que la revista cubriera la "boda".

—No quería escribir sobre ello, Quinn. Ni siquiera esa nota —se disculpó—. Me sentí un poco invasiva.

—Está bien. Durante un tiempo todavía, me veré obligado a aceptar... —Interrumpí la frase cuando tuve una idea.

—¿Qué le pasa? —susurró ella—. Conozco esa mirada y estás tramando algo.

No estaba tramando nada, pero creía haber encontrado la solución a mis dos mayores problemas hasta ese momento: la prensa y mi editor.

—¿Desea una entrevista exclusiva con la Sra. Marshall?

Sus enormes ojos se abrieron de asombro y su boca se transformó en una perfecta O.

—¿Yo? —Se llevó la mano al pecho, sorprendida—. Pero tú no querías dar entrevistas, y

menos sola.... —Se inclinó para susurrar—. Dios mío, ¿significa esto que el señor Marshall va a participar?

Había estado evitando a la prensa con la excusa de que Henry estaba de viaje y difícilmente tendría un hueco en su agenda para conceder entrevistas, o de que era el momento de hablar de la campaña electoral, pero lo cierto era que podía arreglármelas sola.

Esto aplacaría la curiosidad, pondría fin a los cuchicheos y, como extra, obtendría puntos por mi trabajo.

—No, Nat, sólo seré yo.

Un poco de su brillo se había desvanecido, porque Natalie soñaba con entrevistar a un político de renombre. Incluso antes de conocer a Henry, seguía la carrera del senador como una fan adolescente.

—¡No necesito a nadie más! —dijo convencida—. ¿Puedo avisar a la "diosa"? —preguntó señalando con el dedo hacia arriba, refiriéndose a Melanie.

—Sí, y puedes preparar todo lo que quieras. Fotos, localizaciones, será como tú lo planees —le dije, y ella aplaudió entusiasmada—. Le voy a dar una lista de temas sobre los que no voy a contestar, y uno de ellos es sobre la carrera de mi marido.

Era extraño referirse a él como "mi marido —pero daba más credibilidad a nuestra relación.

—Quinn, Mr Marshall está en campaña, ¿vas a dejar el tema fuera de la entrevista?

Tenía razón, tenía que decir algo al respecto, pero tendría que hablar con Henry, y había estado evitando hacerlo desde nuestra noche de bodas.

—Le preguntaré y le comunicaré nuestra decisión. —Aceptó, aún feliz ante la perspectiva de la entrevista—. Ahora tengo que irme, porque tengo una cita.

Nos despedimos y recogí mi bolso, caminando hacia los ascensores mientras Justin me seguía de cerca. Era uno de los guardias de seguridad asignados para protegerme y, desde que habíamos vuelto de Texas, me había dado cuenta de que había dos hombres más en el equipo.

Si sólo me hubiera casado con un senador, seguramente no habría existido esa protección exagerada, pero el apellido y la campaña política lo exigían. Aunque me molestara, tenía que aceptar que era bienvenida.

Sería peor si estuviéramos en Washington, porque habría hombres del USCP acompañándonos. Sin embargo, si Henry se convirtiera en presidente, mi vida quedaría completamente arruinada, porque nuestra seguridad estaría en manos del Servicio Secreto.

Hice a un lado esos pensamientos mientras subía al coche y le decía al conductor que tenía que pasar por mi casa de Queens.

La boda se había celebrado hacía una semana y, desde que volvimos de Texas, mamá y yo habíamos estado muy ocupados con la mudanza.

No tenía intención de alejarme tanto de la ciudad, pero para Cleo fue muy beneficioso alejarse de la contaminación. Además, el médico que la trató insistía en que el agua salada aliviaba los síntomas de la fibrosis quística.

Aún tendríamos que adaptarnos y cambiar los horarios para que no sufriera en el colegio, pero no podía negar lo positivo que era vivir cerca de la playa. Sin embargo, decidí mantener la propiedad de Queens desocupada, para tener dónde dormir cuando no pudiera volver a Hampton.

Y porque no puedo confiar en Henry y en la gente que le rodea.

pensé, caminando frente a la casa e indicándole a Justin que me esperara.

—Señora Marshall, necesito confirmar que no hay riesgo —dijo sin mostrar vergüenza por ser invasivo.

Acepté dejarle hacer su trabajo y, cuando me quedé solo, saqué mi maletín de la bolsa,

decidido a analizar el informe que había hecho un amigo. Antes de partir hacia Texas, le entregué los documentos de la empresa que poseían mi padre y Gilroy y le pedí que analizara si había algo sospechoso en las transacciones. Desgraciadamente, su opinión fue que todo estaba limpio.

Según él, cuando mi tío vendió la empresa, pagó más de lo que se le debía a mi madre, lo que podía significar buena fe, después de todo, su cuñada viuda estaba criando a dos hijas pequeñas, una de las cuales estaba enferma y necesitaba tratamiento.

Nunca había pensado en la cuestión económica, porque crecí oyendo a mi madre alabar a su cuñado, considerándolo un segundo padre, un hombre de confianza al que podíamos recurrir en caso de necesidad.

—Pero estábamos equivocados, ¿no?

Tiré los papeles sobre la mesa, sintiéndome un poco frustrada. No esperaba encontrar nada revelador, pero deseaba que hubiera un resquicio de duda para saber por dónde empezar a buscar cualquier cosa que pudiera incriminarlo.

Me planteé investigar su relación con Henry, pero me daba un poco de miedo averiguar algo sobre el hombre con el que me casé. Nuestra relación se basaba en un contrato, pero siendo periodista, no estaba segura de que él hiciera honor a mi firma en el documento.

—Y me destruiría si publicara algo que pudiera acabar con sus posibilidades de convertirse en presidente —murmuré al vacío de la casa.

Mis pensamientos sobre el Senador se volvieron más inquietantes que antes, porque iban acompañados de vergüenza.

No tenía intención de acostarme con él la noche de bodas —ni en ningún otro momento— pero el sexo me parecía un bote salvavidas en el mar de mentiras que me ahogaba.

Al menos hasta que la verdad nos golpeó y le eché de la habitación. Él seguía queriendo hablar del tema, pero yo me negaba a decir o escuchar nada, y creo que los dos nos sentíamos aliviados de no tener que lidiar con ello.

Al día siguiente volvimos a tratarnos casi como extraños, aunque la mancha de sangre en las sábanas era la prueba de nuestra intimidad y de lo locos que podíamos llegar a ponernos en momentos de ira.

Fuimos al aeropuerto, donde nos reunimos con mamá, Cleo y Olyvia. A pesar de mis reservas sobre la asesora, tuve que reconocer que cuidó muy bien de mi familia.

Cuando llegamos a Nueva York, fuimos a Queens porque mi hermana necesitaba la medicación que había allí.

Mi madre quería aplazar su traslado y me di cuenta de que no se sentía cómoda viviendo tan cerca de nosotros. Intentó encontrar obstáculos, sobre todo relacionados con el tratamiento de su hija, pero Henry la tranquilizó diciéndole que habría un chófer para llevarla adonde necesitara ir.

—Quiero que te quedes con nosotros, Maggi. Así tu hija podrá descansar tranquila, lo que significa que yo también podré.

Era un hombre sanguinario vestido con una rebeca de Brunello Cucinelli y me trató con el cuidado y la delicadeza que prodigaba a mi familia.

Me sentía como si estuviera corriendo una maratón, ya que íbamos de un lugar a otro, pero la última parada fue Hampton Bays, donde él vivía. Ya había empaquetado algunas pertenencias, pero evité la casa todo lo que pude.

Henry presentó la propiedad y yo me pregunté por qué era tan grande, pero entonces me di cuenta de que su familia viajaba a menudo a Nueva York. Especialmente Spencer, que era CEO de la compañía petrolera.

Además de la mansión, había una casa en la finca donde vivirían mamá y Cleo. El ambiente era impersonal, había que decorarla para darle la personalidad de los nuevos residentes, pero era igual de lujosa que la casa principal.

—Todo el mundo sabe que mi horario es impredecible, así que vamos a utilizar ese argumento para justificar los dormitorios separados, pero voy a guardar la mayoría de mis pertenencias en el vestidor de la suite principal.

—Puedo quedarme en la otra habitación. No necesito tanto espacio —suspiré cansada, sin saber qué más decir.

—Sería extraño que ocuparas una de las habitaciones de invitados. Además, paso menos tiempo en la ciudad y llego a horas en las que puedo usar la excusa de que no quería despertarte.

Asentí con la cabeza, después de todo, había empleados, familias, y sólo Olyvia sabía que el matrimonio era tan falso como un billete de X dólares.

—Es tu casa, Quinn, y los guardias de seguridad están a tu disposición. Estaré de viaje unos días, pero me mantendré en contacto.

Esas fueron sus últimas palabras antes de salir por la puerta. No hemos vuelto a hablar desde entonces.

—¡Tienes cosas más importantes en las que pensar, chica! —Decidí ir a la despensa y rebuscar entre viejos documentos.

Cuando murió mi padre, mi madre guardó en cajas documentos, notas y objetos que le pertenecían y los dejó en su despacho. Con los años, esa habitación se llenó de otras cajas con cosas que no utilizábamos muy a menudo y objetos que solo conservábamos por recuerdos emotivos.

Todo eso acabó olvidándose, al fin y al cabo, tanto Cleo como yo estábamos estudiando en nuestras habitaciones, y la señora Maggi no quería revivir recuerdos dolorosos.

—Ni siquiera tuvo tiempo para eso —murmuré, decidiendo por dónde empezar a buscar.

Mamá mantenía la habitación organizada y limpia, pero había que rebuscar para encontrar algo, y yo necesitaba algo.

Además de ser hermanos, mi padre y Gilroy eran socios, así que debía de haber algo en los documentos.

No tenía esperanzas, pero estaría bien ver algo del trabajo de mi padre. Ya había leído todo lo que publicó en el periódico donde trabajaba, pero nunca había mirado en sus archivos.

—Y hay una razón para ello —gruñí, subiendo la escalera detrás del armario—. Me aterrorizan las arañas y quizá encuentre una entre las cajas.

Las estanterías altas guardaban años de recuerdos, y el primero que cogí tenía una etiqueta que decía CLEO TAYLOR —1 AÑO. No sabía si se refería a un año de vida o a un año de tratamiento. Lo dejé a un lado y pasé los siguientes veinte minutos revisando todos los volúmenes que pude encontrar, leyendo únicamente etiquetas como "recuerdos de viajes a Disney —adornos de Navidad" o cualquier otra cosa irrelevante para lo que estaba buscando.

Hasta que encontró una caja con la etiqueta "Documentos de A.S.T." Anthony Simon Taylor. Un nombre que mi abuela eligió en honor a mi bisabuelo y al cantante de Simon & Garfunkel.

Papá suprimió el segundo nombre en sus informes, pero a mamá le encantaba el cantante, y creo que aprendió a quererlo gracias a su marido.

Yo no tenía muchos recuerdos de su relación, pero siempre creí que el matrimonio fue un éxito, después de todo, mamá siempre hablaba de él con nostalgia.

Saqué la caja y, antes de que pudiera detenerme, una araña subió por mi brazo. Podía sentir cada zarpa contra mi piel. Completamente aterrorizada, tiré la caja y me sacudí la mano,

intentando deshacerme de la nauseabunda criatura. Perdí el equilibrio y caí al suelo sobre el brazo, y la escalera se me cayó encima.

—¡Joder! —gruñí, sintiendo cómo me palpitaba el brazo.

El dolor se irradiaba desde la muñeca hasta el codo, y los ojos se me llenaron de lágrimas involuntarias. Sentía como si el simple hecho de respirar hiciera que mis huesos se movieran en sentido contrario.

Respiré hondo y me puse en pie tambaleándome, agradecida de que mi madre hubiera dejado una escalera de aluminio, porque si hubiera sido de madera, podría haberme hecho daño en otro sitio.

—¡Mierda! —gemí, sintiendo dolor en la cadera—. ¡Odio estos bichos!

Pensé que me había hecho un esguince en la muñeca o en el codo, necesitaba ver a un médico, pero no quería dejar señales de que había pasado por los archivos. Fue difícil, pero conseguí organizarme lo mejor posible. Cuando salí de la casa, el guardia de seguridad me miró asombrado.

—¿Te encuentras bien? —preguntó solícito.

—Me caí y creo que me torcí la muñeca —murmuré, sujetándome el brazo contra el cuerpo.

—Está muy hinchado, creo que te has roto un hueso. —Parecía preocupado—. Vamos al hospital.

Se sentó en el asiento trasero y el conductor arrancó a toda velocidad. Sin embargo, el menor bache me hizo llorar y apreté la mandíbula para no refunfuñar.

—El senador nos dijo que fuéramos a la unidad ortopédica de Langone.

—¡No! No quiero esperar hasta que lleguemos a Manhattan y... —El coche pasó por un bache y apreté los dientes—. ¿Y cómo sabe el Senador lo del accidente?

Miró por encima del hombro y noté un ligero rubor en sus mejillas.

—Le envié un mensaje, tenía que avisarle. —Había un atisbo de disculpa en su voz—. Usaremos un helicóptero si lo prefieres.

—No, es sólo un esguince, probablemente no sea nada —Rechacé la loca oferta—. Vamos al hospital.

Luego averiguaría si estaban informando de todos mis movimientos al senador y, si se confirmaba, les arrancaría el pellejo a los guardias de seguridad y a mi falso marido.

Tres horas más tarde, salí del hospital medicado y con el brazo inmovilizado debido a una fractura de cúbito.

Aunque me encontraba en otro estado, Olyvia dispuso que el jefe del equipo me atendiera discretamente. Sabía que la prensa sensacionalista podía armar un revuelo por un simple accidente doméstico. Por eso le estaba agradecida.

Llegué a mi casa —que aún no consideraba un hogar— y me recibió la cocinera. Pan era una mujer alta con ojos de águila.

—¿Qué ocurre, Sra. Marshall? —preguntó cuando me vio entrar por la puerta.

También insistió en ser formal.

—Sólo un accidente en las escaleras —resumí—. No es para tanto.

Asintió con la cabeza, mirando con curiosidad la tela azul que me envolvía el brazo.

—Mi hijo ya se ha roto la pierna y necesitaba proteger la escayola para que no se mojara, pero esta no es la misma que la que usaba.

—Este material es plástico, se puede mojar —le expliqué.

—Es diferente de lo que conozco —murmuró, aparentemente desconfiada, pero luego me

miró—. ¿Has almorzado? ¿Quieres comer o beber algo? Puedo prepararte ese zumo de remolacha que te gustó.

Me lo pensé un momento y acepté la oferta. Ella se marchó a toda prisa y yo me quedé en el vestíbulo, sin saber adónde ir, sintiéndome aún como un invitado.

El concepto abierto de la propiedad me ofrecía una amplia vista de la casa de dos plantas, que mezclaba hormigón y cristal en proporciones casi iguales. En una de las paredes había una bodega climatizada, y yo no sabía nada de vinos, pero las botellas allí alojadas debían de valer una pequeña fortuna.

Fui a sentarme en uno de los sillones cerca de la puerta de cristal que daba acceso a la piscina y los jardines

Desde donde estaba, observaba el piano de cola que había cerca de la ventana e intentaba imaginarme a Henry tocando las teclas, pero recordar sus manos no era un buen ejercicio para pasar el rato. Eran sus manos las que me sujetaban a aquella cama, sus largos dedos los que estaban dentro de mí y en todas partes.

No, no puedo pensar en ello.

Miré fuera y, aunque el barrio era tan acomodado y discreto como el del senador, toda la parcela estaba rodeada de altos muros que garantizaban la intimidad.

—Por la intimidad se aíslan en este lugar —reflexioné para mis adentros.

El empleado se acercó con la bebida y parecía contento de tener algo que hacer.

—¿Vienes todos los días, Pan?

—Sólo si el Sr. Marshall o alguien de su familia está en la ciudad. Lo cual es cada vez más raro. —Parecía desconsolada—. Cuando Olyvia me contó lo de la boda, pensé que tendría trabajo, pero has estado fuera todo el día y cenando en casa de tu madre desde que llegaste. Soy un cocinero que no cocina.

La comprendí, al fin y al cabo, estábamos en la misma situación. Si ella era una cocinera que no cocinaba, yo era un periodista que no escribía.

—Luego prepara algo para cenar. —Ella estaba encantada con la petición—. Pero puedes irte en cuanto termines. Yo me ocuparé de los platos.

—¿Qué quieres comer?

—Comeré de todo, ¡así que sorpréndeme! —pedí.

Una vez que volví a quedarme sola, decidí llamar a mi madre y contarle el pequeño percance que había tenido esa mañana, pero aún necesitaba saber si Henry estaba informado de mis movimientos.

Y mi investigación tendría que esperar. Sólo unas semanas.

Capítulo Catorce — Henry Marshall



Henry Marshall

El hecho de que la bolsa de valores más grande e importante del mundo estuviera situada en Nueva York obligaba a las grandes empresas a mantener oficinas en la ciudad, independientemente de dónde estuvieran sus sedes centrales, y esto no fue diferente con Titan Petroleum.

Nuestra oficina ocupaba dos plantas de uno de los edificios más imponentes del centro financiero y albergaba a un gran equipo multidisciplinar.

La mayoría de las negociaciones tenían lugar entre esos muros, sobre todo las más valiosas. Así que la sala de reuniones del presidente, decorada con mármol blanco de Tasos, alfombras persas y muebles firmados por famosos diseñadores, servía para algo.

Y fue en este ambiente en el que elegí recibir a Gilroy Taylor, el hijo de puta que amenazó con destruir mi carrera y dañar a mi familia.

Ya era de noche y la oficina hacía tiempo que había cerrado cuando cruzó la puerta y observó la mesa en la que cabían dos docenas de personas. Hoover le seguía de cerca, imperturbable, y Taylor forzó una sonrisa, tratando de no parecer intimidado mientras caminaba.

—Ya lo he comprobado y está limpio, Senador —dijo el guardia de seguridad al detenerse frente a mí.

—Gracias —dije y esperé a que nos dejara solos.

Señalé la silla para que mi "invitado" se sentara, pero yo quería que se despatarrara en el suelo para poder limpiarme los pies en su existencia.

Ese momento llegará, porque voy a hacerlo realidad.

—¿La boda fue ayer y hoy ya estás trabajando? —Gilroy se sentía muy cómodo haciendo comentarios ingeniosos—. Sentado en esa silla, pareces un ejecutivo, no un político, Marshall.

—Puedo desempeñar cualquier papel que se necesite, y le garantizo que destacaré en cualquiera de ellos. —Se suponía que mi tono áspero era una advertencia sobre mi estado de ánimo—. Y no te pedí que hablaras de mi matrimonio.

—¿Aunque mi sobrina sea tu esposa? Es como una hija para mí.

Mi sonrisa sardónica tuvo el efecto que esperaba, enjugándole la comisura de los labios.

—¿La sobrina a la que amenazó con casar o la otra a la que retiró la ayuda económica? —No pudo disimular su sorpresa de que yo estuviera al corriente de su hazaña.

—Escucha, Marshall. I...

—¡Vete a la mierda, Taylor! —grité, golpeando la mesa con la mano—. No te he llamado aquí para intercambiar puyas. Quiero tu firma en ese documento.

Tiré los papeles al suelo y su mirada suspicaz siguió el perfecto deslizamiento de la carpeta por la mesa, hasta que se detuvo exactamente delante de él.

Descarté mi total indiferencia cuando su atención se centró en mí y volvió a mirar la carpeta negra que tenía delante, sin tocarla, como si estuviera maldita.

—Que yo sepa, no tienes visión de rayos X, así que cógelo, léelo de una puta vez y fírmalo.

Respirando hondo, empezó a leer el documento, pero su piel se puso roja en cuanto se dio cuenta de qué se trataba.

—¡No voy a firmarlo! —murmuró indignado—. ¿Por qué quieres que deje de ser el tutor de Cleo?

—Esperaba que te negaras. Así que traje eso también.

Me agaché para recoger otra carpeta de la silla de mi izquierda y la lancé en su dirección.

Esta vez, la carpeta no se deslizó con tanta gracia y decidió leerla de inmediato para averiguar de qué se trataba.

—¿Quiere presentar una demanda? —su voz era un soplo de asombro.

—O firmas y sales amistosamente de la vida de esas mujeres, o emprenderé acciones legales para apartarte del poder. Tendrás que elegir, pero confieso que prefiero la segunda opción. —Me eché hacia atrás y crucé las piernas, sintiéndome bastante cómoda en aquel enfrentamiento—. Por supuesto que no voy a hacer de ello un circo mediático, pero en época de elecciones estamos bajo el escrutinio de la prensa, y mi interés por hacerme cargo de la familia de mi esposa será bien recibido por los votantes.

Un sonido de derrota escapó de su boca.

—¡Pero sería terrible para mí! —refunfuñó al darse cuenta de mi jugada y mi sonrisa se ensanchó—. Este proceso suscitaría suposiciones y mi imagen estaría a un paso de quedar dañada.

—Destruído —le corregí—. A un paso de ser destruido —añadí—. Empezarías a preguntarte: "¿Qué ha hecho este tío para que lo aparten de la vida de su sobrina?" o "Tal vez se negó a colaborar en el tratamiento de la niña —pero sabes que puedo empeorar los rumores. Además, Quinn no parece muy contenta contigo, y me pregunto qué pensaría Maggi si se enterara de tu comportamiento.

Sus hombros temblaron de risa incrédula.

—Eres un cabrón, Marshall —maldijo, sacando el bolígrafo del bolsillo de la chaqueta.

—Realmente lo soy, ¿no? —Me burlé de su mal genio—. Le advertí que todo tiene un precio y que no todo el mundo está dispuesto a pagarlo.

Después de firmar, cerró el expediente y lo empujó hacia mí, claramente insatisfecho. Antes de que pudiera creer que habíamos terminado, encendí el interfono y le dije al abogado que entrara.

Taylor no entendía lo que pasaba, pero permaneció en silencio mientras veía salir al otro invitado con un iPad bajo el brazo y detenerse junto a mí.

—Asegúrate de que todo está bien —le ordené.

Hojeó las páginas para comprobar la veracidad de la firma y asintió.

—Perfecto, Senador —dijo—. ¿Procedo?

Asentí con la cabeza, pero seguí atento a Taylor, que parecía más confuso a cada segundo que pasaba.

El abogado realizó todo el procedimiento en el equipo y, cuando terminó, mostró la confirmación en la pantalla. Le di las gracias y se marchó llevándose los papeles.

—¿Qué has hecho? —preguntó el hijo de puta cuando nos quedamos solos.

—Hice una transferencia a tu cuenta. El equivalente a lo que ayudaste a la familia de Quinn.
—Alguien accedió a las cuentas bancarias de Maggi e hizo un inventario de todas las aportaciones de Gilroy, así que me hice una idea de cuánto tendría que "reembolsar" a ese cabrón
—. No voy a exigirte que me entregues los documentos, porque debe haber una copia, pero si vuelves a cruzarte en mi camino, ¡te destruiré en todos los sentidos! Así que entiérralo todo, en algún lugar profundo para que nadie pueda encontrarlo, o haré saber que has exigido que te devuelvan todo el dinero que donaste para ayudar con el tratamiento de tu sobrina. Y eso sólo sería el principio de tu caída.

—¡No puedes alejarme de mi familia!

—Gilroy, toleraré tu existencia en los círculos políticos, pero fuera de este círculo, no quiero ver tu cara delante de mí. Y antes de irte, mira bien a tu alrededor y date cuenta de que si pierdo la oportunidad de ser presidente, seguiré siendo marshall, con todo el poder que conlleva el apellido. A diferencia de mí, tú no serías nada sin la falsa imagen de hombre altruista que te has creado.

Una gota de sudor le brilló en la frente y arrastró la silla hacia atrás, murmurando palabrotas y moviéndose con torpeza.

—¡Espero que ardas en el infierno, Marshall! —Alzó la voz mientras se abrochaba la chaqueta.

—Arderemos juntos, Taylor. E incluso en el infierno estarás por debajo de mí en la jerarquía, porque le robo la silla al diablo sólo por el placer de pisotear su cadáver por toda la eternidad.

Dio pasos firmes hacia la puerta, mostrando lo disgustado que estaba por la situación, pero antes de salir, volvió a mirarme.

—Con todos los escenarios posibles para esta historia, me estás haciendo un favor, Marshall —la voz grave iba acompañada de una sonrisa diabólica.

Por un momento pensé que su objetivo era sólo sembrar la duda en mi mente, pero de algún modo sabía que había algo más. Sin embargo, no hice preguntas para no estimular su malicia, pero me hubiera gustado obtener explicaciones de una forma que drenara mi estrés.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Olyvia al entrar en la habitación.

La miré y pensé qué decirle.

—Hice lo que había planeado, pero quería herir al desgraciado hasta dejarlo irreconocible y bebiendo sopa con una pajita.

Se sentó en la silla de mi izquierda y me analizó durante unos segundos.

—Quizá deberíamos irnos de viaje mañana. Es tarde y los últimos días han sido intensos con la boda.

Sí, lo ideal sería descansar una noche. Me gustaría estar en casa, disfrutar de una cena tranquila, luego escuchar algo de música, tomar un trago o dos de whisky y relajarme. Sin embargo, había un inconveniente: pasar la noche bajo el mismo techo que mi mujer.

Paso.

—Prefiero amanecer en la primera ciudad de la ruta, así tengo tiempo de adelantarme a algunas citas.

Los próximos días serían agotadores, pero no estaba dispuesta a pasar otra noche estresante con Quinn.

—Estás preocupada —observó Olyvia, y yo me limité a asentir en señal de confirmación.

—Pon dos hombres más en el equipo de seguridad de la Sra. Marshall. Incluso quiero saber sobre los estornudos de esa chica.

Mi asesor me observó durante unos segundos antes de hablar.

—¿Y para qué quieres saberlo? Ya tienes un equipo responsable del trabajo —argumentó, con su sobriedad habitual.

—Contrató un seguro de vida y me nombró beneficiario. ¿Son cinco millones una buena razón para querer que esté sana y salva?

—Pero... —Quiso preguntar cuál era el propósito del seguro, pero hizo las conexiones antes de verbalizar el pensamiento—. ¡Quinn es astuta! ¿Pero cómo accedieron a asegurarlo por esa cantidad?

—Lo hizo después de que volviéramos de Delaware, cuando publicaron la foto de ella en mi suite. —Se quedó con la boca abierta en un mudo "¡ah!".

Cualquier compañía de seguros la aceptaría como cliente, al fin y al cabo, era una joven comprometida con un senador y miembro de una familia tradicional.

—Quinn es maquiavélica —murmuró Oly—. Pero no va a arriesgarse solo para complicarte la vida.

No, no haría nada deliberado, ¡pero eso no impediría que le ocurriera un accidente a la maldita cosa!

Maldita seas por no decirme que eras virgen, por hacerme actuar como un animal, pensar como un animal, sentir como una bestia. Sólo quería seguir follándomela, exigir que su apretado sexo drenara todo el semen de mi sistema. La quería más hambrienta, sólo para satisfacerla.

Y no quería pensar ni sentirme así.

—No importa, desplegaré dos guardias de seguridad más. Prefiero evitar cualquier contratiempo. —Me levanté y me quité la chaqueta—. Vamos al aeropuerto.

Mientras subíamos al coche, volví a recordar las palabras del maldito diputado. No estaba seguro de querer repasar la historia que él pudiera conocer.

Después de todo, ¿qué más podía saber? ¿Era algo que podía perjudicarme? Y si es así, ¿por qué no me lo dijo antes?

Pensé en contratar a un detective privado para investigar a Gilroy, pero me expondría si descubría el vínculo entre Titán y la antigua empresa del diputado. Especialmente si hacía conexiones con mi matrimonio.

Había tantas preguntas y conjeturas que me sentía agotada pensando en cada una de ellas, así que decidí hacer lo impensable: saqué mi teléfono móvil y busqué el número de mi hermano.

Kayce estaba centrado y era el hijo con el que más convivían nuestros padres. Así que tenía que estar preparado por si alguien decidía atacarnos.

Tenemos que vernos en Nueva York. Sólo tú y yo.

Escribí el mensaje y lo envié, sabiendo que no diría nada a nadie más.

—A pesar de la discreción, fue una boda preciosa —comentó de repente Olyvia.

Respiré hondo, intentando no mostrar que no tenía intención de hablar de ello, ya que eso levantaría sospechas.

—Sí, lo fue —respondí lacónico.

—Que su madre invitara a la familia Bale fue un golpe bajo y estuvo a punto de arruinarlo todo, pero Quinn actuó con mucha clase. Es muy sensata.

Mi cerebro se rió a carcajadas, porque Quinn era de todo menos sensata, y eso se demostraba cuando estábamos solos.

"Fuera seré la esposa ejemplar y admirable; pero cuando estemos solos, tendrás justo eso, ¡bastardo!".

Recordé su advertencia y, sinceramente, la respetaba por ello. Muchas mujeres serían complacientes si estuvieran en la misma situación que ella, pero Quinn seguía luchando, se

imponía, se rendía, pero mantenía el cuchillo entre los dientes.

—Sigo sin entender por qué lo hizo mi madre —dije, intentando no centrarme en mi mujer.

—Desconfiaba del repentino matrimonio, así que pensó que una exnovia pondría en peligro la veracidad de vuestra relación —Oly explicó su punto de vista.

No esperaba que Katherine Marshall siguiera siendo tan emocional. Sólo alguien muy sentimental creería que Evelyn Bale sacudiría cualquier decisión que tomara.

Acabábamos de salir de una reunión importante y yo estaba agotada. Conseguí rechazar la invitación a comer alegando que tenía que resolver algunas cosas, pero mi verdadero objetivo era ir al hotel, darme una ducha y descansar unas horas.

Viajamos por varias ciudades en la última semana y sentí que necesitaba un descanso antes de ir a Washington, aunque sabía que sería casi imposible posponer algunas citas, pero realmente me sentía agotada y preocupada.

Dos días antes recibimos la noticia de que Quinn había tenido un accidente. Yo estaba en una conferencia, así que Olyvia interceptó el mensaje del guardia de seguridad y se encargó de ello, pero luego hablé yo mismo con el médico y me enteré de que no era nada grave, solo una fractura en el brazo, fruto de una caída.

"Su esposa está muy sana, Senador Marshall. En una semana tiene que volver para una reevaluación, pero probablemente tendrá que mantener el brazo inmovilizado durante tres o cuatro semanas."

Tras escuchar el dictamen médico, intenté dejar el tema, pero exigí que me informaran si había algún cambio, aunque los guardias de seguridad me aseguraron que Quinn estaba bien.

—¿Me estoy haciendo viejo o realmente nos hemos pasado en el trabajo? —pregunté, tratando de apartar los problemas de mi mente.

—Creo que esta vez nos hemos pasado, Henry —comentó, sin volverse hacia mí—.

Oly estaba tranquila, agotada y un poco sombría. Miraba el camino que recoríamos con las cejas fruncidas, en clara señal de preocupación.

—¿Qué le pasa? —Es la primera vez que me mira desde aquella mañana—. Y no intentes mentir, la conozco.

Una media sonrisa de cansancio apareció en su rostro.

—No voy a intentar mentir. —Respiró hondo, como si necesitara valor para continuar la conversación—. Estoy muy cansada, pero anoche hablé con Julius y me enteré de que él y su mujer se habían separado.

Julius era su hermano y yo sabía lo unidos que estaban.

—¿Y cómo está?

—Aún en estado de shock, no quiso entrar en detalles, pero sucedió de repente y mi cuñada se marchó. Estoy preocupada porque está solo con su hija y no tiene a nadie que le apoye. Sabe que siempre estábamos los dos solos.

Asentí, consciente de que era un problema que necesitaba resolver, pero su dedicación al trabajo era casi canina y no pedía un descanso, aunque la agotara física y mentalmente. Estoy seguro de que habría intentado resolver la situación desde la distancia, pero habría quedado destrozada.

—A ver qué se puede cancelar o reprogramar, porque nos vamos a Nueva York —decidí.

—Pero, Henry, tenemos que finalizar esta etapa, o acumularemos mucho trabajo en la próxima ruta que tomemos.

—Así que acumulemos. —Sus ojos mostraban cierta preocupación, pero estaba decidido—.

Que el equipo prepare material sobre todo lo que hemos hecho en las últimas semanas que destaque las alegorías y florituras de nuestros esfuerzos. Parecerá que hemos hecho el triple, y eso gustará a nuestros donantes y a la gente del partido.

Vi cómo su mente trabajaba frenéticamente, calculando todo lo que haría falta, hasta que asintió con la cabeza mientras sacaba su iPad de la bolsa.

—Tenemos que asistir al acto de esta noche, pero podemos viajar mañana.

—Prepara el vuelo para hoy —le ordené—. No importa la hora que sea, por la mañana estaremos en Nueva York e irás a casa de tu hermano.

La sombra que había estado oscureciendo su ánimo se disipó un poco, pero esperaba que eso fuera suficiente, igual que quería descansar cuando estuviera en casa, aunque ya no viviera sola.

Capítulo Quince — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Intenté dormir, pero la inactividad de los últimos días había arruinado todas las posibilidades de un sueño reparador. Como haría cualquier glotona nocturna, decidí comer algo mientras veía vídeos tontos en Internet, con la esperanza de que el sueño llegara. No me di cuenta de que acabaría haciendo daño a mi posible marido.

¡Otra vez!

Estaba preparando un tentempié cuando me di la vuelta para coger algo de la nevera y me sobresalté al chocar con una pared de músculos. Mi reacción fue levantar el brazo inmovilizado con el material sólido y golpear al "invasor" en cualquier parte.

Actué instintivamente, sólo quería defenderme.

—¿Cuál es tu problema? —Henry escupió la pregunta, furioso, con la mano apretada contra la nariz.

—No sabía que llegarías a esta hora.

Me apresuré a encender la luz, antes de coger hielo e improvisar una bolsa con un paño de cocina.

—Si encendieras la puta luz para dar una vuelta por la casa, sabría que estás despierto y me anunciaría.

Le señalé la silla para que se sentara y le coloqué la improvisada bolsa de hielo en la cara, echándole la cabeza hacia atrás.

—Y si hubieras encendido también la luz, no me habría asustado —gruñí—. Esta vez ha sido sin querer, no quería hacerte daño.

Su mirada se desvió hacia mí, entrecerrando los ojos, y aún no sabía si tenía los ojos azules impregnados de gris, o si eran grises salpicados de azul.

—Llevo tanto tiempo viviendo solo que no me preocupa cuando estoy aquí, y me gusta —dijo, en un tono bajo y menos enfadado—. Rara vez tengo la oportunidad de disfrutar de la casa a oscuras y en silencio.

Le quité la bolsa de hielo de la cara para ver si el golpe le dejaba alguna marca, pero volví a taparle la nariz para evitar cualquier hematoma.

—No voy a disculparme por robarte la oportunidad de disfrutar de este placer. Tú me pusiste en esta situación.

—¿Hasta cuándo me vas a echar eso en cara? —gruñó la pregunta, molesto por mi tono acusador.

—Mientras estemos pegados el uno al otro —dije, sin cargo de conciencia.

—Creo que ya es hora de que aproveches la situación y dejes de darle importancia, Quinn —gruñó, y apreté la mano contra su boca—. ¿Estás loca?

Me apartó, impidiendo que le asfixiara, y se encargó de mantener el hielo contra su cara.

—Hay muchos momentos en los que me encantaría retorcerte el pescuezo, Henry —gruñí—. Para mí, ¡no hay ninguna ventaja en estar casado!

Entrecerró los ojos y pensé que iba a enumerar las supuestas ventajas, pero cambió completamente de tema.

—¿Fue a consecuencia del accidente? —Señaló mi brazo inmovilizado y yo asentí—. ¿Y cómo te caíste por las escaleras?

—Iba cuesta abajo y la pisé. En unas semanas podré quitarme la férula.

No le revelaría que estaba buscando documentos en archivos, era más seguro decir una verdad a medias que dejar que sospechara de mis intenciones e interviniera para evitar cualquier escándalo en mi familia.

—¿Sentiste algo o simplemente te desequilibraste?

Me senté en una silla al otro lado de la isla y le evalué, intentando comprender el repentino celo que mostraba.

—No estás preocupado por mí —le dije—. ¿Cuál es tu interés?

Sacó la bolsa de hielo y me miró fijamente, claramente molesto. En esos momentos, sus cejas se arqueaban y parecía una persona totalmente distinta del afable senador. Parecía alguien capaz de cualquier cosa.

—No tiene sentido, aparte de comer y ducharse. —Se acercó al fregadero y echó un poco de tela y hielo en una de las bañeras—. ¿Qué es este aperitivo?

Señaló el plato que había dejado sobre la encimera.

—Pechuga de pavo con queso.

Asintió con la cabeza y se acercó a la nevera, dándome la oportunidad de mirarle por detrás. Llevaba puesto uno de sus pantalones de traje y una camisa con las mangas remangadas, junto con unos zapatos pulidos extremadamente caros.

Ya había dado una vuelta por la casa —incluido su armario—y descubierto que al hombre con el que me casé le gustaban las cosas caras y exclusivas. Desde las obras de arte repartidas por la casa hasta la ropa y los zapatos de los armarios.

En el garaje había un Lincoln, un Bentley, un Aston Martin y mi popular coche, que destacaba entre todos los demás, además de mi bicicleta, que no tenía previsto utilizar. Incluso el equipo de seguridad utilizaba coches ostentosos y caros.

Henry era alto, su pelo rubio y corto le daba el aspecto serio de un político, pero su cuerpo se asemejaba al de un atleta. Aunque era rubio, su piel estaba ligeramente bronceada, de un color dorado, como si hubiera estado tomando el sol constantemente, lo que hacía resaltar sus ojos azules. Sus manos eran varoniles, la piel rugosa señal de alguien que realizaba trabajos manuales o deportes. Yo apostaría por la segunda opción.

Cerró la puerta de la nevera y se volvió hacia mí, sorprendiéndome, inspeccionando su cuerpo. Tomé un sorbo de zumo para camuflar la vergüenza que me hacía sonrojar.

—¿Me vigilan sus guardias de seguridad?

La repentina pregunta le paralizó por un segundo, con las macetas en las manos.

—¿Por qué piensas eso? —preguntó tranquilamente, dejando en la encimera lo que pensaba utilizar para su tentempié, y fue a buscar cubiertos.

—Porque sólo hacía falta que me hirieran para que te informaran.

Su boca se abrió en un mudo "AH" fingiendo haberse dado cuenta del detalle justo en ese

momento.

—No detallarán sus días, ¿pero algo como un accidente? Sí, tienen que denunciarlo.

—¡Sé cuidar de mí misma, Henry! De hecho, llevo haciéndolo desde los doce años, así que no quiero que nadie "informe" de lo que me pasa. Acepté el acuerdo matrimonial, un contrato, ¡pero no me vas a poner una correa!

Su silencio mientras desmenuzaba el salmón era desconcertante.

—Creo que estás exagerando, Quinn —dijo tranquilamente, pero una vena le palpitó en el cuello y me di cuenta de que intentaba mantener la calma—. Si hubieras ido al hospital sin que yo lo supiera, estoy seguro de que tus fotos habrían salido en los periódicos acompañadas de titulares sensacionalistas.

Puse el vaso sobre la encimera, evitando cualquier cosa que pudiera arrojarle.

—Si estoy exagerando, ¿podría informarme de su rutina? —sugerí—. Quiero decir, ¿incluso las cenas con agentes y modelos?

Sus labios se apretaron y su mandíbula se puso rígida mientras seguía concentrándose en cortar el pan y mezclar los ingredientes.

—Mis compromisos no tienen ningún misterio —murmuró sin humor—. Se informó de aquella cena.

Mi sonrisa pasó desapercibida para él, pero disfruté molestándole.

—No había ninguna nota que indicara que tu exnovia estaba presente en el mismo evento, y que después de la cena te fuiste a una fiesta más privada.

En los últimos días, todo el mundo ha estado hablando de la cena organizada por un conocido empresario de la moda y uno de los principales donantes de la campaña presidencial. Henry estaba invitado, y yo sabía que no sería el primero ni el último evento al que se vería obligado a asistir, pero cuando analicé la lista de invitados, confirmé que Cindy Thompson, una famosa modelo, estaba allí con su agente.

—La fiesta no era privada como estás sugiriendo maliciosamente, y no había una exnovia. —Arqueeé una ceja con ironía y él se corrigió—. Como mucho alguien con quien tuve una relación en el pasado, pero no hay nada más entre nosotros.

Se sentó frente al plato con su comida y señaló el mío, haciéndome un gesto para que comiera. Intenté coger el bocadillo con la mano izquierda, pero mi coordinación era pésima y casi se me cae.

Sin previo aviso, Henry se inclinó sobre el mostrador y la punta del cuchillo que sostenía se acercó mucho a mi pecho. Jadeé, sobresaltada por su movimiento, y la media sonrisa que apareció en sus labios fue viperina. Antes de que pudiera expresar mi indignación, me cortó el bocadillo por la mitad para que me resultara más fácil comerlo.

Incluso apreciaría el gesto si no estuviera intentando provocarme.

—¿Así que puedo ir a fiestas con hombres con los que he tenido una relación? —pregunté mordiendo mi bocadillo, intentando ignorar el hecho de que era mi primer hombre—. No he tenido muchas relaciones, pero sí unos cuantos novios.

La oí gruñir, incómoda con el tema.

—Cindy estaba en la fiesta, pero ni siquiera hablamos. Era un compromiso de trabajo que no podía rechazar.

—Puedo entenderlo. Aunque no es rutina, también tengo compromisos laborales y siempre me encuentro con algún que otro exnovio. —Mi tono fue dulce, comprensivo—. Por cierto, dentro de unas semanas tengo que asistir a un cóctel en el MoMA^[4].

Un sonido bajo y áspero salió de su garganta.

—Y habrá guardias de seguridad contigo —gruñó entre mordiscos.

—Eso ha sonado a amenaza, Marshall —me burlé de su tono mordaz.

—Es una advertencia, Quinn. No olvides el propósito de este matrimonio y de nuestro contrato —adoptó un tono frío y la temperatura me rozó la piel—. No necesito que pongas en duda nuestra fidelidad. Y antes de que utilices esta fiesta como argumento para reclamar igualdad de derechos, nunca me arriesgaría a exponer mi nombre y mi posición sólo por tirarme a una mujer.

En ese momento me di cuenta de que no tendría una relación extramatrimonial, pero no por fidelidad al matrimonio, sino por su imagen.

Recogí mi plato y lo puse en el fregadero, renunciando a comerme el resto de la merienda, pero decidí llevarme el vaso con el resto del zumo a mi habitación.

—Si ganas las elecciones, tendremos el primer presidente célibe —me burlé, molesto por sus motivos—. Buenas noches, Marshall.

No contestó, pero cuando salió de la cocina, sentí que su mirada me quemaba cada centímetro de la piel.

Me levanté temprano y fui a casa de mi madre, con la esperanza de desayunar con ella y Cleo, pero descubrí que ambas se habían ido antes de lo habitual, así que tuve que volver a mi casa.

La falta de actividad física estaba acabando con mi buen humor y mi energía, pero no tenía muchas opciones mientras tuviera el brazo inmovilizado. Intentaba leer y hacer cualquier cosa que no requiriera demasiada coordinación motora.

Estaba a punto de entrar en casa cuando vi a Henry haciendo ejercicio junto a la piscina. Pensé que aún dormía, pero descubrí que estaba completamente equivocada.

—Bueno, el diablo madruga para molestar a las pobres almas —murmuré para mis adentros.

Me puse gafas de sol y fingí observar algo más que sus estiramientos, pero era imposible.

Su pelo corto parecía más oscuro, y sólo llevaba unos pantalones cortos grises, que estaban mojados, por lo que deduje que había estado nadando, así que comprendí de dónde procedía aquel saludable bronceado. La tela flexible se ceñía a sus largos muslos, sus estrechas caderas y su musculoso trasero.

Sus brazos parecían más fuertes de lo que recordaba. Su abdomen definido no era el de un hombre que lo mantiene por vanidad, sino por placer, virilidad. Exudaba testosterona.

Mi cuerpo y mi mente se encendieron con la visión, un pulso recorrió mi abdomen y se concentró en mi húmedo.

—Por el amor de Dios, lo has visto desnudo —murmuré, sin apartar la mirada.

Estaba tan absorto contemplando al espécimen masculino que no me di cuenta de que me habían pillado.

—Te has levantado temprano, Quinn —dijo acercándose a donde yo estaba—. Buenos días, Quinn.

Mis pies permanecían enraizados, como si no conocieran los movimientos básicos, mientras me sentía hechizado por el tenue olor que fluía de su cuerpo cubierto de sudor. Intoxicando mi organismo, serpenteando por cada célula, como si buscara un punto débil al que agarrarse.

Henry olía a mar con algo picante, que pellizcó una zona de mi cerebro, convirtiéndola en un lugar de lujuria y desenfreno.

—I... —Intenté hablar, pero tuve que aclararme la garganta para que mi voz no saliera ronca—. Me levanto temprano, un hábito que adquirí de niña.

No sé por qué estaba explicando mis costumbres, ni por qué estaba de pie frente a mí con su

pared de músculos desnudos. Tuve que cerrar la mano para evitar tocarle el pecho y sentir la humedad que cubría su piel.

Miré a un punto de su espalda, intentando no fijarme en el rastro de vello claro que convergía en el interior de sus calzoncillos.

—¿Qué planes tienes para hoy? —preguntó.

Se llevó la mano a la cabeza, barriendo el agua que aún se acumulaba en las hebras. El movimiento resaltó sus bíceps, e incluso eso pareció ser un señuelo para mi excitación.

—Sin planes. —Mostré el brazo que me sujetaba, pero exhalé largamente, intentando limpiar mi olfato de su olor—. He ido a buscar a mi madre, pero ha salido con Cleo, así que voy a desayunar sola y a decidir el programa del día.

—Se han ido de compras —me dijo—. Fui a correr por la playa, y a la vuelta me encontré a los dos saliendo con el chófer.

—Vaya, ni siquiera me han invitado —murmuré, sintiéndome ignorada.

—Si hubiera sabido que estabas despierto, te habría invitado a correr y a darte un chapuzón en el mar.

—Quizá la próxima vez —murmuré, consciente de que no haría ejercicio con él.

Su mirada se detuvo en mí un instante, como si intentara leerme, pero cuadré los hombros y giré sobre mis pies para alejarme, porque era lo correcto.

—Tengo que hacer unas llamadas y luego me voy al club —dijo, antes de que pudiera dar el primer paso—. Si quieres, puedes venir conmigo.

—¿Qué haces en este club? —pregunté.

—Suelo jugar al squash, al béisbol o al boxeo cuando quiero relajarme. Depende. —Me cogió un mechón de pelo que el viento me había llevado a la cara y me lo colocó detrás de la oreja—. Hoy sólo quiero leer el periódico, charlar con otros socios y después comer el mejor almuerzo de la ciudad.

En otras palabras, el club no era más que otro lugar para que él cumpliera su papel de candidato presidencial, y yo no sería más que la esposa del exitoso y reputado político.

De repente, todo el frenesí que sentí cuando le conocí se disipó como el humo que sopla en el viento.

—Agradezco la invitación, pero si no es un acto oficial, prefiero no hacer de esposa.

Vi que se le dibujaba en la cara una pequeña decepción, y quizá esperaba que la falta de opciones me convenciera para acompañarle, pero no éramos una pareja de verdad, ni siquiera amigos a ningún nivel.

—Seguro que Olyvia está libre y le encantaría acompañarte.

No esperé su respuesta, me alejé, decidida a mantener las distancias para evitar peleas y agravios que no podíamos verbalizar.

Capítulo Dieciséis — Henry Marshall



Henry Marshall

Estaba firmando unos documentos mientras escuchaba a Olyvia por el altavoz. Me contaba los detalles de las donaciones a la campaña y lo entusiasmado que estaba el equipo con los resultados que habíamos conseguido. A pesar de haber alcanzado los objetivos por los que había trabajado durante toda una vida, yo no compartía la misma emoción.

—Me voy al club —dije cuando recuperé el aliento—. Necesito algo de tiempo para mí, sin pensar en política, en campaña ni en nada relacionado con el tema.

—*No puedo ir* —se lamentó, preocupada—. *Le dije a Julius que estaría aquí este fin de semana, así que dejó a mi sobrina a mi cuidado.*

—Quédate con tu familia, es mejor así. Hemos estado juntos las últimas semanas, estamos cansados el uno del otro y del trabajo.

Su risa resonó en la habitación.

—*Confieso que estoy un poco cansado de ti* —dije, burlón—. *¿Y cómo está Quinn?*

No tenía intención de contarle las interacciones que había tenido con mi mujer, porque no quería levantar sospechas sobre la noche de bodas. ¡Maldita sea! Si al menos me hubiera dicho que era virgen, yo...

¿Qué habrías hecho tú, Henry? ¿Negarte a tener sexo con ella?

Una risa abatida escapó de mi garganta, porque yo habría hecho exactamente lo que hice, nada me habría detenido, tal vez habría tenido más cuidado.

Eso es todo.

—Igual que la conozco desde que la conocí: una criatura astuta, desafiante y maltratada —gruñí.

—*Mi pregunta se refería a su estado físico tras el accidente, pero creo que tu respuesta ha sido satisfactoria* —susurró Oly.

Concéntrate, Henry. ¡Estás disperso!

—Tiene que mantener el brazo inmovilizado durante quince días, pero se trataba de una fractura simple.

Hablamos un rato más y cuando terminé el trabajo que había empezado, pensé en analizar los documentos de Gilroy, pero ya había hecho la mayoría en los días anteriores y estaba cansado de buscar entre aquellos papeles sin encontrar nada.

La única opción que me quedaba era el club, aunque no me entusiasmaba la perspectiva de reunirme con un grupo que no preguntaría por mi trabajo concreto, sino que nuestra conversación giraría en torno a los negocios e, inevitablemente, saldrían temas relacionados con

la política.

Envié un mensaje a mi guardia de seguridad, buscando noticias de mi mujer, y cuando me dijo que había salido, le dije que averiguara dónde estaba.

No tardó en entrar en el despacho con la información de que Quinn había pedido que la llevaran a Central Park.

—Un lugar muy concurrido —murmuré—. Con la peluca y la gorra, ¿podría pasar sin que me reconocieran?

Respiró hondo, sabiendo que, si había considerado la posibilidad, desde luego tenía intención de ponerla en práctica.

—Si llevas ropa deportiva, te resultará mucho más fácil. —Asentí con la cabeza—. Pero si veo algún riesgo, te sacaré de ahí.

Acepté su condición, aunque no sabía por qué iba a conocer a mi falsa esposa.

Hoover señaló hacia donde estaba ella y la vi con un libro sobre las piernas, leyendo. Parecía totalmente distraída del mundo que la rodeaba. Me acerqué en silencio y me senté en el banco frente a ella. Mi mirada se encontró con la suya y vi la duda que duró sólo unos segundos.

—¿Henry? —reaccionó sorprendida—. ¿Qué haces aquí? ¿No ibas al club?

—Iba a hacerlo, pero decidí pasar el día al aire libre —expliqué, apoyando un brazo en el respaldo del asiento—. Hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Respiré hondo y el sol, filtrado entre las copas de los árboles, era agradable.

—Estabas en la playa. No hay nada más "al aire libre" que correr por la arena en pantalón corto —me recuerda a regañadientes—. ¿Me están observando?

La miré a la cara y me di cuenta de que intentaba no sonreír abiertamente, pero comprendí que la desconfianza era el obstáculo para que se relajara.

—Me vestí mientras corría, me quité la camiseta para ir a nadar y volví a nuestra casa. —Sus cejas se arquearon junto a su labio inferior, que se curvó hacia abajo, asintiendo en señal de comprensión—. ¿Y por qué iba a vigilarte personalmente mientras leías un libro en Central Park?

Sus ojos azules, con su peculiar color añil, me miraban fijamente desde debajo de unas espesas pestañas.

—No estás aquí por negocios —dijo.

—Quinn, llevo una peluca ridícula y una gorra. Obviamente no estoy trabajando.

Le picó la curiosidad. Se volvió hacia mí, cruzando las piernas en el asiento, y el libro hizo un ruido sordo al cerrarse bruscamente.

—Realmente estás ridículo —acusó, sonriendo—. ¿Qué pasa, Marshall?

"Marshall" era como se dirigía a mí cuando utilizaba una nota de ironía.

—¿Sabes cuántas veces he venido a Central Park sólo a pasear?

—No puedo imaginarlo, pero deben haber sido varias veces.

Apoyó el brazo doblado en el respaldo del asiento, metiendo la mano bajo la barbilla, visiblemente curiosa, y no pude olvidar que era periodista. Si tuviera la oportunidad, Quinn me drenaría el alma en busca de información.

—Jamás. —Sus cejas se arrugaron, mostrando auténtico asombro—. He estado aquí unas cuantas veces, pero siempre por negocios.

—¿Desde cuándo vives en Nueva York?

—Cuando terminé el máster en Oxford, regresé a Estados Unidos y me instalé aquí.

Miró hacia algún punto a su izquierda, como si estuviera haciendo un cálculo.

—Has vivido lejos de tu familia la mayor parte de tu vida.

Sí, ya lo creo. A los catorce años fui a PEA, en New Hampshire, que era un internado. Luego fui a Harvard, en Cambridge, y después a Oxford, en el Reino Unido.

—No pienso mucho en ello, ya que considero Texas mi hogar, pero tienes razón —respiré hondo, sintiéndome extraño en el papel de apreciar la naturaleza—. Probablemente vuelva a Houston en algún momento en el futuro.

—¿Por qué decidió dedicarse a la política?

Su pregunta me arrancó una sonrisa automática.

—No, no vamos por ahí —dije cuando me di cuenta de que era el periodista el que hablaba—. Estamos aquí como dos personas anónimas, no vamos a hablar de trabajo.

Se rió a carcajadas, con las mejillas sonrojadas, y me di cuenta de que Quinn no se reía mucho. Siempre tenía una sonrisa irónica en la cara, pero las risas abiertas y sinceras eran raras.

—¿Y de qué vamos a hablar, Henry?

—Para empezar, ¿qué le atrae tanto de Central Park?

Su mirada viajó a nuestro alrededor, buscando razones para explicar su afecto por el lugar.

—Me gusta la gente, y aquí conocemos a gente de todas las nacionalidades. Además, tiene los mejores perritos calientes. —Su diente incisivo se tocó el labio inferior, y yo ya me había dado cuenta de que era un gesto que hacía cuando no quería hablar del tema—. En verano, me gusta tumbarme en el Prado de las Ovejas y leer mientras escucho el murmullo de la gente a mi alrededor. Es relajante. También he sido dama de honor en una boda que se celebró en Cop Cot.

—Tu relación con el lugar viene de lejos —comenté al verla pensativa—. Pero hay un poco más de historia.

—Yo soy la periodista, Henry. —Sus carnosos labios rojos se crisparon, incómoda por el análisis.

—Es una historia sobre un corazón roto —sugerí, ignorando su intento de desviar el tema.

Sacudió la cabeza en una lenta señal negativa antes de volver a hablar.

—A mi padre le encantaba este lugar. La primera vez que me trajo fue para ver la estatua de Alicia en el País de las Maravillas. Creo que aún veo el parque desde su punto de vista —volvió a mirar al público y se volvió hacia mí—. Cuando era adolescente, solía venir aquí y crear historias para las placas de los bancos.

—¿Platos? —pregunté dudando.

Sus ojos se abrieron de par en par con incredulidad, pero en realidad no sabía de qué estaba hablando.

—¿No sabe un senador que hay placas en los bancos? —Había diversión burlona en sus ojos.

Sin saber por qué, sentí la necesidad de defender mis programas de gobierno, como un niño que busca aprobación.

—Lo siento por ocuparme de los proyectos de vivienda para personas con bajos ingresos, la seguridad en las escuelas o la política de mayor inversión en sanidad y reducción del departamento militar.

No contestó, se limitó a meter el libro en su mochila y, con la mano libre, me levantó y me arrastró por el parque.

Miré a mi alrededor y vi a Hoover acompañándonos, disfrazado como le había pedido.

—En 1986 se creó el programa "Adopta un banco" —comenzó a explicar Quinn—. Se pusieron a disposición diez mil bancos en zonas concretas, que podían adoptarse por una determinada cantidad.

La verdad es que no me acordaba de ese programa.

—¿Adónde me llevas? —pregunté, cuando habíamos caminado más de lo que esperaba.

—A uno de los campos de béisbol; aquí hay veintiséis —respondió sonriendo.

—¿Cuánto cuesta adoptar el banco?

—Unos diez mil dólares. —Arqueeé una ceja, sorprendido por la cantidad—. Sí, estoy de acuerdo en que es un precio elevado por una placa en un banco, pero el dinero se destina al mantenimiento de la zona donde se encuentra.

Caminamos otros veinte minutos y nos detuvimos frente a un banco con pintura verde muy reciente. En el centro del respaldo había un cartel que decía: "*Con cariño para A.V.L. De A.L.L.*".

—¿Qué historia imaginas para esta placa, Quinn?

Su cabeza se inclinó, evaluando las letras en fuente serif.

—Creo que fue un homenaje de la esposa a su marido, justo después de su boda.

—¿Por qué de mujer a marido y no al revés?

—Porque la persona se empeñaba en pasar desapercibida utilizando sólo sus iniciales, pero quería dejar claro que se había cambiado a un apellido que empezaba por L. —Se encogió de hombros—. Quizá se trate de una mujer millonaria de familia tradicional que se casó con alguien de una clase social inferior a la suya, pero quería dejar constancia de su orgullo por haber firmado con el apellido de su marido.

Buscamos otros bancos adoptados, mientras ella creaba parcelas para la existencia de cada una de las placas.

A veces era para un amigo, otras para un familiar —normalmente la madre o el padre— y las había destinadas a honrar la memoria de un amor romántico. Su mente era prodigiosa, así que a veces se le ocurría una historia para algún animal de la familia, pero me di cuenta de que se saltaba las que parecían destinadas a honrar a un niño.

Nos detuvimos frente a otro banco con un cartel con una frase más melancólica: "*Meredith Anderson. No sólo morí. Viví. Diviértete*".

—Meredith era muy querida —murmuré, con respeto por la historia—. La persona que se fue quería asegurarse de que se acordaba de ser feliz, de que aún había motivos para experimentar la felicidad, incluso cuando estaba sola.

—¿Un compañero?

Se encogió de hombros.

—Tal vez, pero también podría ser un padre, una madre, un hermano... Lo importante es el amor que la persona ha dejado eternizado en ese mensaje. —Sus hombros se hundieron, como si estuviera pensando en algo triste.

—Vamos a comer algo —la invité para distraerse—. Me he saltado la comida del club, que es la mejor de la ciudad, así que me debes al menos un tentempié.

Sonrió, recuperando su semblante irónico.

—Pagarás, Henry, así que vayamos a un restaurante. —Reanudamos la marcha y ella miró con inquietud al guardia de seguridad que nos seguía, pero no hizo ningún comentario al respecto—. Yo elegiría Tavern on the Green, pero las mesas están demasiado juntas y alguien podría reconocerte.

Hablar con Quinn era fácil. Era rápida de pensamiento, sabía un poco de casi todo y hacía preguntas pertinentes sobre lo que no sabía. No trataba de imponer su punto de vista, sino que utilizaba argumentos lúcidos y adecuados al tema que se estaba tratando.

Aún tenía mis reservas sobre la familia Taylor, pero sería mejor que viviéramos juntos amistosamente. No tenía ni idea de cuánto duraría nuestro falso matrimonio, y los años serían más agradables si no estuviéramos en guerra.

—Tengo que ir al baño —dijo cuando entramos en el restaurante y elegimos mesa.

La observé mientras se alejaba y me di cuenta de que llevaba unos pantalones de punto con cierre de cordón. La blusa era ajustada y dejaba al descubierto una franja de piel en el abdomen.

La ropa deportiva me pareció indecente mientras mi mirada bajaba hasta sus caderas. Sólo me vinieron a la mente pensamientos obscenos mientras admiraba su culo, y tuve que apartar la mirada porque no quería seguir por ese camino.

Sería un infierno, y necesitaba encontrar una solución, porque no pretendía permanecer célibe, como ella sugería, pero tampoco podía incluir el sexo en la ecuación de nuestro matrimonio.

Intenté recordar el periodo más largo que había pasado sin sexo, pero no podía asegurarlo.

¿Tal vez tres o cuatro días?

Dejé de contar el tiempo, pero mi mente volvió a las obscenidades cuando la vi caminar de vuelta a la mesa. Su blusa se ajustaba a sus pechos, cuya textura y sabor conocía muy bien.

¡No pienses en sus pechos, Henry!

—Henry, no te sienta bien el pelo castaño —dijo sonriendo mientras se sentaba frente a mí.

—Tenemos que hacer algunos sacrificios para alcanzar nuestros objetivos —argumenté.

—¿Y merece la pena? Quiero decir, ¿puedes vivir con las consecuencias de las decisiones que tomas para convertirte en presidente?

Aunque no fue concreta, su mirada, la entonación de su voz, su postura corporal, todo se reducía a una sola pregunta: "*¿Merece la pena forzar un matrimonio por el sillón presidencial?*".

—Por el bien de tu hermana, renunciaste a disfrutar de tu premio —comenté.

Su semblante mostró un poco de decepción ante mi respuesta, pero no la engañaría sólo para que me viera con buenos ojos.

—Sí, no viajé por Cleo. ¿Cómo iba a volver si la hospitalizaban? Mi madre tendría que ocuparse de todo ella sola, y yo no me lo perdonaría si estuviera fuera y le pasara algo más grave. —Comprendí—. ¿Qué te haría renunciar a presentarte a la presidencia?

¿Renunciaría a mis objetivos por algo o por alguien?

Era una buena pregunta, ya que nunca se me había ocurrido y no estaba seguro de ser capaz de algo tan altruista como eso.

—Quizá si tuviera una razón tan buena como la tuya —mentí, o creí mentir, porque no sabía si me sacrificaría por la enfermedad de un hermano. Después de todo, ¿qué cambiaría mi presencia? Pensé en Kayce y Spencer, en mi madre teniendo que arreglárselas sola, y volví a evaluar mi respuesta—. O contrataría a un equipo médico para acompañar a mi hermano y cogería un vuelo siempre que fuera necesario.

Su ceja se arqueó con ironía y enfado.

—No nací en una cuna de oro —refunfuñó—. No soy heredera de nada, así que no puedo contratar personal para hacer lo necesario.

La conversación no continuó, ya que me salvó el camarero que se acercó para entregarme el menú. Intenté no mirarle, por miedo a que me reconociera.

Elegimos lo que queríamos comer y, mientras nos preparaban los platos, optamos por beber agua con gas y limón.

—¿Cuánto mides? —le pregunté.

—1.73 —Respondió inmediatamente y me reí al darme cuenta de que había mentido—. 1.68 —. Intentó corregirse, pero seguía sin ser verdad, y respiró hondo al ver mi mirada irónica—. ¡Qué pregunta más indiscreta! Tengo 1,65 y esa es mi respuesta final.

Nuestro almuerzo transcurrió charlando sobre platos favoritos y cosas que aún nos gustaría

probar, sin que volviera a salir el pesado tema de los problemas familiares.

Cuando terminamos de comer y el camarero trajo la cuenta, saqué los billetes de mi cartera y los dejé sobre la mesa. Ella se rió cuando me vio colocarme la gorra en la cabeza.

—No te burles de mí, te has ganado el almuerzo —bromeé.

—Me merecía al menos eso, después de todo, tú conseguiste una esposa sin ningún esfuerzo —me acusó, en el mismo tono burlón que yo, pero darme cuenta de esta verdad me molestó—. Ahora dime: ¿qué quieres de mí?

Caminábamos uno al lado del otro y me volví hacia ella, sin entender su pregunta.

—¿Por qué crees que quiero algo?

Caminamos unos metros antes de que se explicara.

—¿Así que no hay ningún evento al que tenga que ir como tu cita?

—En realidad, hay una cena en Washington. —Sus cejas se alzaron y su boca se abrió en un mudo "Ah"—. Pero hoy no tiene nada que ver con eso.

Ella no contestó, y el silencio se instaló entre nosotros, como una piedra que rueda por un acantilado y aplasta todo a su paso, deteniéndose sólo donde cabe.

Intenté charlar de camino a casa, pero el ambiente de camaradería se había evaporado y no quería hablar de temas más densos en el coche, así que esperé a que estuviéramos solos.

El conductor aparcó en el patio, frente a la entrada de la casa, y ella se apresuró a bajar, dando las gracias en un susurro al guardia de seguridad que le abrió la puerta.

—No voy a volver a salir, así que tienes el resto del día libre —dije, y vi que el coche del guarda de seguridad de Quinn se detenía a cierta distancia—. La señora Marshall tampoco va a salir —decidí, aunque no estaba seguro.

Pensé que sería bueno disipar el malestar que había surgido entre nosotros, así que entré en la casa y bajé a la bodega, planeando invitarla a sentarse junto a la piscina y tomar una copa de vino por la noche.

Normalmente, cuando terminaba mi trabajo, salía a conocer a una mujer y pasaba la noche con ella, pero no podía arriesgarme a tener una aventura extramatrimonial durante la campaña.

¿Y cuánto durará eso, Henry?

me pregunté, pero intenté no pensar en ello para no darme cuenta de lo mucho a lo que tendría que renunciar.

—Me voy a casa de mi madre. —Me giré en la dirección de su voz y me reuní con ella en la puerta—. Pero antes tienes que saber que he concertado una entrevista exclusiva para mi revista.

Guardé la botella que tenía en la mano, renunciando a la invitación que estaba a punto de hacerle, y me acerqué a ella.

—Sabes que no puedes hacer eso, Quinn —le advertí.

—Voy a hablar de la boda, así que sólo se mencionará tu nombre como novio —mantuvo la voz indiferente—. No tengo intención de mencionar al "Marshall político".

Respiré hondo, porque sabía que sería malo para mi campaña.

—Hablar de mí es malo, pero no hablar es aún peor. Parecerá que no sabes nada o que no me apoyas. —Intenté mantener el tono tranquilo, pero ella sabía las consecuencias—. ¡No puedes dar esta entrevista!

Sus labios se apretaron, casi hasta el mismo punto que sus ojos se entrecerraron.

—No sólo tú tienes una carrera, Marshall. ¡Yo también tengo una y quiero conservar mi trabajo! —gruñó ella—. Necesitas que vaya a la cena en Washington, ¡necesito dar esta entrevista!

—En el contrato que firmamos, ¡no hay opción de negociar nuestras necesidades! —gruñí por

lo bajo.

—¡Eres un egoísta, Marshall! —acusó, alzando la voz y moviendo el dedo—. Toda gira en torno a lo *que quieres*, a lo que *necesitas*, como si el mundo girara a tu alrededor. Pues tengo noticias para ti: ¡no es así!

Cuando su voz modulaba a ese nivel y tono, con la nariz respingona, era señal de que estaba preparada para la guerra, pero yo también lo estaba, y tenía la razón de mi parte.

—No, Quinn, me atengo a lo acordado, firmado y notariado. No intento cambiar las reglas a mi antojo.

Apretó los puños, endureciendo la mandíbula. Si hubiéramos estado cerca, podría haber intentado golpearme de nuevo, pero mantuve la distancia para no sacudirla, intentando que entrara en razón.

—Así que demándame, Marshall, pero voy a dar esta entrevista; o si no, ¡renuncia a mi compañía en tus citas!

Se puso de puntillas para darme la espalda. Ella sabía que yo no presentaría una demanda, después de todo, ¿cómo explicaría en un tribunal que ella rompió un acuerdo sin revelar la naturaleza de nuestro matrimonio?

"¡Porque ahora estamos en la misma página, Henry! ¡Estamos el uno con el otro!"

Recordé lo que había dicho en nuestra noche de bodas, y tenía toda la razón. Unas esposas imaginarias nos retenían como rehenes el uno del otro.

—Muy maduro por tu parte crear un problema y salir corriendo —acusé en voz alta, esperando que me oyera—. ¡Este asunto no ha terminado, señora Marshall!

Miró por encima del hombro y sus ojos se desorbitaron de odio. Mi apellido se convirtió en una ofensa durante nuestra discusión.

—Me escapo para no romperte la nariz, Marshall. Sería imposible que cumplieras tus compromisos con la nariz morada e hinchada, ¡y estoy deseando verte lejos de mí!

Hizo falta toda mi fuerza de voluntad para no obligarla a quedarse y afrontar nuestra conversación.

—¡Dios, podría aplastar ese cuello! ¡Qué mujercita tan molesta!

Le transmitiría el problema a Olyvia y me pondría en camino al día siguiente.

Si quiere que me vaya, eso es lo que tendrá.



Quinn Marshall

A pesar del miedo a encontrar otro inquilino de ocho patas, no quise aplazar más mi investigación. Así que volví a mi casa de Queens, decidida a ponerme manos a la obra.

Justin intentó convencerme de que podía ayudarme con lo que necesitara, o incluso quedarse conmigo en la propiedad, pero descarté la idea.

—Sigues teniendo restricciones —me señaló el brazo.

Su insistencia me irritaba, porque no era cordialidad ni preocupación, sino un intento de controlarme.

—Justin, no me gusta ser extremista, pero si no dejas de controlarme y de informar al senador de cada paso que doy, ¡voy a hacer que te despidan! —Le sorprendió mi actitud, pues sólo conocía mi lado amable y cordial—. No me hagas pasar por un villano, porque también sé hacer muy bien ese papel.

No esperé su respuesta, entré en casa y le dejé en la acera, valorando lo que acababa de pasar.

Decidí no dar a la situación más importancia de la que realmente tenía y entré en el despacho, comprometida a hacer algún progreso ese día. Tras conseguir sacar sin problemas dos cajas de lo alto de las estanterías, extendí los papeles sobre el suelo laminado.

Me senté en el suelo para analizar lo que encontraba, confiando ingenuamente en que sería un trabajo rápido, pero acabé perdiéndome en los recuerdos. Encontré fotos y objetos que me traían recuerdos, así como otros de los que no tenía memoria.

Encontré una foto mía con mis padres, tomada durante un viaje que hicimos a Disney. Cuando se enteraron de que mi madre estaba embarazada, tuvieron la idea de llevarme al parque para decirme que iba a tener una hermanita. Creo que era su forma de asegurarse de que nada cambiaría para mí, aunque me encantaba la idea de tener un hermano o una hermana.

En la otra caja, además de objetos que papá utilizaba en la oficina, había resultados de análisis que se hizo poco antes de morir, junto con otros más antiguos, todo mezclado con notas del trabajo.

Miré la letra y reconocí algunos rasgos, porque él siempre hacía los deberes conmigo. Fue él quien me enseñó a leer y escribir, pero era mi madre quien se encargaba de que todo estuviera bien hecho.

Encontré una foto de mi madre en el hospital, cuando la ingresaron para el nacimiento de Cleo, y me di cuenta de lo deprimida que estaba. La señora Maggi parecía enferma en la foto. Tenía ojeras y su aspecto, así como sus grandes ojos marrones, parecían indicar que era una mujer confundida.

Puse la foto junto a otras tomadas en distintos momentos y no parecía la misma persona. Enfrentarse a la muerte de su marido en pleno embarazo debió de agotar toda su vitalidad.

Había una fotografía de mis abuelos maternos y el tío Gilroy con mamá cargando a Cleo, mientras yo estaba a su lado. La foto fue tomada en la habitación del hospital después del parto, y lo que se suponía que iba a ser un acontecimiento feliz resultó ser un momento triste para todos.

De repente me encontré en medio de tantas fotografías, lo que me hizo pensar en lo rápido que cambia todo. Un día estaba divirtiéndome con mis padres en Disney, unos meses después estábamos enterrando a papá y a mi hermana tras una tragedia.

De niña, creíamos que cada día sería como la mañana de Navidad. Así que no estaba preparada para el caos en que se convirtieron nuestras vidas, pero tuve que hacer frente a los acontecimientos.

Junté las fotos y las dejé a un lado, sintiendo la melancolía que me producían las imágenes. Sin embargo, había sobrevivido a los acontecimientos, así que necesitaba volver a centrarme en lo que me había llevado a visitar los recuerdos.

Saqué una agenda de la caja y allí estaban las últimas citas de mi padre. Era un hombre analógico, así que todo estaba escrito en papel.

Le pasé páginas llenas de observaciones de su trabajo como reportero y algunas citas que debían de estar relacionadas con la empresa de perforación, ya que eran fechas en las que se reunía con su hermano.

—Tío Gilroy, ¡el desgraciado! —refunfuñé al leer su nombre en una de las innumerables reservas.

Había algunas fechas que aparecían como "ocupadas" —pero sin ningún comentario. Las analicé todas para intentar encontrar parámetros, pero eran aleatorias. En algunos meses había dos o tres días seguidos, en otros sólo uno, y había una semana en agosto.

Revisé la caja en busca de otras agendas y encontré otras dos de años anteriores. En las tres había días programados como "ocupados" sin ninguna regla.

—Excepto en agosto. Tres años con una semana reservada en agosto —murmuré—. ¿Algún cumpleaños?

Busqué en mi mente, pero no pude pensar en nadie de nuestra familia que celebrara su cumpleaños en esa fecha.

Intenté recordar todos los campeonatos deportivos que se celebraban ese mes, pero mi padre no era un seguidor fanático. Como mucho, iba a verme jugar en el equipo de béisbol del colegio, pero no era asiduo. Siempre era mamá quien asistía a los actos escolares.

—Concéntrate, Quinn. Eso no es importante para lo que estás buscando.

Dejé los diarios a un lado y volví a buscar cualquier cosa que pudiera ayudarme, pero no parecía haber nada para mí en aquellos archivos.

Mi trabajo se vio interrumpido por una llamada y cuando miré el móvil, encontré el nombre de Olyvia. Pensé en no contestar, pero si había algún problema, más me valía solucionarlo de una vez por todas, al fin y al cabo, hacía tres días que Henry se había marchado y aún no se habían puesto en contacto.

—¿Alguna tarea para mí? —pregunté al responder.

—*Buenas tardes, Quinn* —me saludó con la voz sobria que utilizaba para mantener la distancia emocional—. ¿Tarea?

—¿Le ha enviado el senador a ponerse en contacto con usted para transmitirle un encargo que debo cumplir? —Mantuve un tono indiferente mientras seguía analizando documentos.

Su risa grave sonaba como la de un niño travieso.

—*Me pongo en contacto con usted para hablar de la entrevista que ha concertado, pero también para concretar los detalles de la cena en Washington.*

—Lo dicho: hay tarea —refunfuñé—. La entrevista tendrá lugar cuando mi brazo se haya recuperado.

—*Ah —tartamudeó—. Entonces podremos hablar de ello cuando vengas a Washington. La cena será el viernes.*

Durante media hora escuché sus instrucciones sobre el viaje y los asistentes al acto, pero mi mente estaba concentrada en la frase "cuando vengas a Washington".

¿Podría ser ahí donde está Henry?

Después de la discusión que habíamos tenido sobre la entrevista, me fui a casa de mi madre y me quedé hasta tarde, deseando que estuviera dormido cuando volviera, pero cuando regresé, encontré la casa vacía. Él ya se había ido, dejando sólo su olor impregnado en un pequeño desorden en el armario, junto con la amargura en mi pecho.

Desde que nos conocimos, todo lo que ha hecho Henry ha sido en favor de sus objetivos. Incluso conocernos era un medio para conseguir un fin. Siempre que se mostraba amistoso, era para convencerme de algo, y se mostraba afable con mi familia sólo para tenerme bajo control.

Nada fue espontáneo.

Cuando le vi en Central Park, pensé que buscaba pasar un buen rato juntos, conocernos mejor.

En algún momento la verdad se coló en mi mente y cuando me confirmó que había una cita en Washington, me di cuenta de que nada había sido real en aquella reunión. La decepción era inevitable, pero no podía esperar otra cosa de él.

Cuando volvimos a nuestra casa, subí al dormitorio para tener un momento a solas y recomponerme. No quería que viera que me había afectado más de lo debido, pero mi estado de ánimo cambió cuando se opuso a la entrevista.

Estaba harto de su individualismo y de que creyera que su carrera estaba por encima de la mía. Si él trabajó duro para alcanzar las cotas que alcanzó, yo también trabajé duro en mi profesión.

Podía discutir y enfadarse, pero yo pretendía empezar a imponer mi voluntad. No haría nada que hiciera que la gente cuestionara nuestro matrimonio, pero no me anularía.

—¡Oh, mierda! ¡Olvídalo, Quinn!

Llevaba dándole vueltas a esa historia desde que supe que se había ido, no quería convertirme en una obsesiva.

Me concentré en mi trabajo, pero me vino una idea a la cabeza: mi padre tenía amigos y alguno de ellos debía de saber algo.

Recordé a uno en particular, alguien que siempre estaba en casa y se mantuvo en contacto con mi madre durante mucho tiempo, incluso después de la muerte de mi padre, siempre en busca de noticias.

—Jamie Cole —murmuré.

Saqué las agendas y confirmé que su nombre estaba anotado en varias fechas, lo que demostraba que mi padre y él eran íntimos. Solo necesitaba ponerme en contacto, pero si había cambiado de número de teléfono, tendría que hacer una búsqueda rápida.

Tecleé el número escrito de puño y letra por mi padre, sin muchas esperanzas. Sin embargo, cuando una profunda voz masculina contestó al otro lado, empecé a sentirme más seguro.

—Me llamo Quinn Taylor y tengo este número del Sr. Cole, con quien me gustaría hablar.

No quería presentarme con mi apellido de casada para que me reconociera más fácilmente.

—Quinn, ¿eres tú? —La voz al otro lado se excitó. —*Dios mío, ¡cuánto tiempo sin saber de ti! ¿Qué tal estás?*

Casi celebré haber hecho algún progreso.

—Estamos bien. Estaba un poco indecisa sobre qué decir, pero necesitaba establecer un punto de reconocimiento. —Mi madre es fantástica y se las ha arreglado bien, incluso después de que mi padre se fuera.

—*Sí, Maggi era una fortaleza* —dijo respetuosamente—. *Con el tiempo nos distanciamos, pero siempre pienso en ti.*

—Mi madre también habla de ti —le dije—. ¿Y cómo está Peter?

No sabía si seguía casado, pero me acordaba de su hijo. El chico era unos años mayor que yo, y un pesado.

—*Peter está en San Francisco, trabajando. Está especializado en empresas digitales y ha sido contratado por un gigante del sector. De hecho, he venido de visita y pasaré unas semanas con él.*

—No pude ocultar mi decepción. —Creía que estabas en Nueva York.

—*¿Ha pasado algo? ¿Puedo ayudarte, Quinn?* —se ofreció voluntario—. *Sé que no mantuvimos el contacto, pero Anthony era como un hermano para mí, y tú eres como parte de mi familia.*

Me sentí avergonzada de que pensara tanto en nosotros y de que no hubiéramos estado en contacto durante tantos años.

—No es nada urgente, pero me gustaría hablar contigo. Quizá podamos quedar para tomar un café cuando vuelvas.

Se rió a carcajadas y, cuando volvió a hablar, su voz sonaba nostálgica.

—*Anthony siempre me invitaba a un café que duraba horas. Era un tipo especial.*

Sus palabras me hicieron echar de menos a mi padre, pero no demostré lo conmovido que estaba.

Charlamos otros cinco minutos y, cuando terminé la llamada, habíamos quedado en vernos. Esperaría el tiempo que hiciera falta.

Después de organizar todo lo que tenía desperdigado, guardé las agendas en mi bolso para poder consultarlas cuando tuviera más tiempo.

Me pasé por casa de mamá y la encontré vigilando a Cleo, que estaba recibiendo fisioterapia respiratoria. Me señaló la cocina, donde podíamos hablar sin interrumpirla.

—¿Cómo está? —pregunté, al ver su mirada preocupada.

—No se queja, pero noto que su disnea es un poco más pronunciada. No es nada raro, pero siempre me preocupa.

Era realmente preocupante, y Cleo era una persona que sólo se quejaba cuando se hacía insoportable.

O cuando chantajea emocionalmente a la gente.

No verbalicé el pensamiento, después de todo, sería infravalorar la preocupación de mi madre.

—La vigilemos y, si empeora, la llevaremos al médico. —Mamá asintió con la cabeza.

Me senté en un taburete junto a la isla, en el centro de la habitación, y observé la amplia y luminosa cocina, llena de nuevos utensilios. Me di cuenta de que la señora Maggi había hecho cambios que daban personalidad propia a la estancia.

—¿Y cómo está tu brazo? —preguntó, sirviéndonos dos vasos de zumo y sentándose frente a mí.

—Está bien, no tienes que preocuparte.

—Eso es lo que decís siempre tú y tu hermana —comentó con ironía—. Y tu marido, ¿sigue viajando?

—Sí, y tengo que ir a Washington el fin de semana, pero si quieres, puedo quedarme y ayudar con Cleo.

Su mano se agitó en el aire mientras movía la cabeza negativamente.

—Ni siquiera lo pienses. Tengo un conductor, seguridad... Cualquiera de ellos puede ayudarme si lo necesito.

Sí, había empleados, pero no eran familia. De todos modos, Washington no estaba tan lejos y podía volver rápidamente.

—Cambiendo de tema, hoy he charlado con Jamie Cole —comenté casualmente.

—Hace años que no hablo con él, desde que su mujer se puso celosa de nuestra amistad. —La información me sorprendió.

—Recuerdo que me gustaba —dije.

—Era una mujer maravillosa, pero se sentía insegura respecto al matrimonio, y Jamie siempre había sido un gran amigo de nuestra familia. Incluso después de la muerte de su padre, estuvo a su lado durante mucho tiempo. —Su semblante se volvió pensativo por un momento. —Luego se alejó por culpa de su mujer y porque tu tío no le caía muy bien.

Procesé ese detalle, porque si no le gustaba Gilroy, podía haber una razón justa, y yo averiguaría cuál era.

—Por cierto, ¿se ha puesto en contacto mi tío, mamá?

—Sí, pero son llamadas escasas y... —Tomó un sorbo de zumo, absteniéndose de continuar, pero yo insistí en saberlo—. No quiero ser desagradecida, pero la verdad es que, en algún momento, me tragué mi orgullo y olvidé lo mucho que me molestaba su ayuda económica.

—¿Por qué nunca me lo dijiste, mamá?

Sospeché que se sentía mal por la situación, pero no hablamos de ello.

—¿Qué podías hacer, Quinn? Ya le había fallado tanto, que no podía decirle lo que sentía al sacarle dinero.

¿Fracasado? ¿De dónde ha sacado eso?

—¿Por qué crees que me has fallado?

Su mirada se quedó clavada en mí, analizándome, tratando de encontrar algún resquicio que revelara que yo conocía sus supuestos errores, pero no encontró nada.

—Después de que naciera tu hermana, prácticamente te criaste sola. —Sacudió la cabeza y se secó los ojos llorosos—. Ni siquiera fui a tu graduación universitaria, y aún me culpo por ello.

En realidad, no tenía a nadie en el evento, pero Cleo estaba en el hospital y necesitaba a alguien que le hiciera compañía; no había nadie a quien culpar.

—Mamá, estabas en el hospital con mi hermana. —Le cogí la mano por encima de la encimera y se la apreté, para hacerle saber que no la culpaba de nada—. Que yo sepa, la clonación humana nunca tuvo lugar, así que no podías estar en dos sitios a la vez.

Sonrió y chasqueó la lengua en el paladar, un gesto que significaba algo así como *"deja de decir tonterías"*.

—No importa, sigo pensando que debería haber estado más presente. Cuando nació Cleo, tú eras un niño, entrando en la adolescencia... Quizá si me hubiera esforzado un poco más, las cosas habrían salido de otro modo.

No tenía quejas que hacer, pero sabía que mi convicción no aliviaría su malestar. Aun así, quería que supiera cómo me sentía.

—Fuisteis perfectos para mí, y sólo puedo daros las gracias. Siempre me ha gustado mi independencia, así que tu intervención fue perfecta.

Su mirada estaba fija en un punto de la pared, inmersa en recuerdos.

—Sí, siempre has sido independiente. A veces me sentía un poco inútil como madre, pero eso nos ayudó mucho cuando estuvimos solas —comentó en voz baja, sintiéndose culpable todavía—. ¿Y tú eres feliz, Quinn? Quiero decir, ¿es este matrimonio lo que realmente querías?

Forcé una sonrisa, porque sabía cómo ser convincente. Ni siquiera la mujer que me dio a luz podía reconocer los sentimientos que mantenía lejos de la superficie. Probablemente era un mecanismo de defensa que había desarrollado a lo largo de los años, y me resultaba útil cuando lo necesitaba.

—No creo en la felicidad continua, mamá. La vida tiene sus momentos felices, así que sí, soy feliz —le dije, y sus ojos se iluminaron.

No por estar casada con Henry, sino por tener la oportunidad de mantener a Gilroy lejos de nosotros.

Cuando mi matrimonio terminara, tendría la oportunidad de pensar en la felicidad romántica, pero hasta entonces, trabajaría para mantenernos a salvo.



Henry Marshall

Me dolía la cabeza como si un hierro me hubiera atravesado el cráneo y la punta se me hubiera clavado en la nuca. Era la primera vez que sentía algo así, así que me obligué a permanecer impasible mientras cumplía mi agenda de reuniones con hombres de negocios.

Acabábamos de terminar un rally y podía inventarme una excusa para irme, pero era hora de hacer sacrificios.

A pesar de seguir figurando como candidato favorito en las últimas encuestas para ganar las elecciones presidenciales, Victor Caldwell, mi principal oponente, había avanzado dos puntos porcentuales.

—No tienes buen aspecto —susurró Olyvia, visiblemente preocupada.

—Es sólo un dolor de cabeza —le expliqué—. ¿Estoy revelando demasiado?

—Sólo para mí, que lo conozco muy bien.

Me pidió que esperara mientras se dirigía al guardia de seguridad, y no tardó en aparecer en mi mano un vaso de agua junto con una pastilla, que me tomé discretamente.

—Nos iremos pronto y podremos descansar. —Su tono era esperanzador—. Después de la cena de mañana, trabajaremos durante quince días en nuestra base.

Le hacía ilusión, después de todo, su hermano estaba a punto de volver a Nueva York. Aunque no tenían familia, tenían amigos en la ciudad que apoyarían al hombre que tenía que criar solo a su hija.

Por mi parte, no tenía muchas ganas de volver a casa.

Tras la breve discusión con Quinn, me fui a un piso, donde pasé el fin de semana. Como no podía salir, aproveché para trabajar en lo que pudiera, hacer algunos contactos y ver partidos en la televisión. No recordaba haber pasado tanto tiempo en el sofá, lo que me hizo sentir diez años mayor.

—Necesito un poco de aire —le dije a Oly.

Me alejé hacia el balcón del centro de convenciones, en busca de intimidad y aislamiento.

Respiré hondo, deseando que me ayudara a aliviar el malestar causado por el dolor, pero después de unas cuantas noches sin dormir, necesitaba algo más que una buena bocanada de aire fresco.

El día siguiente prometía ser más agotador, ya que llegaría Quinn, y tanto ella como yo no estábamos de humor para cordialidades. Por eso di instrucciones a mi asesor para que se ocupara de los temas que tuviéramos en común, de modo que no tuviéramos discusiones innecesarias.

Nuestra convivencia bajo el mismo techo debería ser como la de dos huéspedes en un hotel:

resumida en breves saludos. Sólo así podríamos sobrevivir a nuestra unión, sin matarnos ni causarnos heridas difíciles de curar.

Diez minutos más tarde, me reuní con los participantes en el evento, sintiéndome un poco mejor.

Olyvia me acompañaba como una fiel escudera, y yo me preguntaba por qué sólo se quedaba entre bastidores, cuando su comprensión de la política era más amplia que la de muchos políticos que conocía.

—¿Qué hace ella aquí? —murmuró Oly y aparté la mirada de ella.

Cindy Thompson giraba las caderas y zapateaba como si estuviera en una pasarela, desfilando modelos de alta costura.

A juzgar por el vestido que llevaba, debía de costar unos cuantos miles de dólares.

—¿Cómo estás, Henry? —tarareó al detenerse frente a mí. Estreché su mano extendida y ella desvió la mirada hacia mi consejero—. Hola, Olyvia.

—Hola, Cindy. ¿Hay algún evento de moda en la ciudad?

La risa baja y femenina parecía ensayada para tener la gracia justa.

—No, vine con Moreau —dijo, centrándose de nuevo en mí—. Le conoces, hizo donaciones a tu campaña.

Moreau era un famoso empresario de la moda apasionado por la política.

—Sí, lo conozco, somos buenos amigos.

—Llegamos para el evento de mañana, pero cuando me enteré de que te alojabas aquí, decidí venir a saludarte.

Al parecer, la mayoría de los huéspedes se alojaban en el hotel.

—Lo que me sorprende es que sigas los acontecimientos políticos, Cindy —señala Olyvia, interrumpiendo nuestra conversación.

—Ya sabes cómo funcionan las campañas políticas, Olyvia —replicó mordazmente la rubia.

—Y yo qué sé —replicó mi asesor, más ácido que de costumbre.

Ambas se miraron fijamente, pero Cindy no tenía el marco para mirar a Olyvia durante mucho tiempo, así que volvió a centrar su atención en mí.

—¿No vino la Sra. Marshall, Henry?

Conocía a la chica que tenía delante, así que sabía que había algo más que interés en mi mujer, y si hubiera sido en cualquier otro momento, la habría elegido para que fuera mi acompañante esa noche.

—Llega mañana. No le di explicaciones, porque no las necesitaba.

Un grupo de hombres se acercó y no vi salir a Cindy, pero sabía que tenía que encontrar la manera de tener sexo.

No estaba hecho para el celibato, como sugirió Quinn, así que no pude superar la campaña y la presidencia de esa manera.

—Que el abogado redacté un contrato de escolta —le ordené a Olyvia, cuando ya estábamos de camino a nuestras suites—. Siguiendo las líneas que solía utilizar, pero adaptado a mi estatus actual.

—Henry, estás casado y...

—No —interrumpí sus argumentos—. Tengo un sindicato establecido por un contrato secreto. No tengo esposa.

Entrecerró los ojos y frunció los labios.

—Sé que el contrato da algunas garantías, pero ¿sabes cuánto se beneficiaría la persona si se filtrara la noticia de que es la amante de un candidato presidencial y cuánto perderíamos

nosotros? —respondió, molesta—. No conozco a nadie en quien pueda confiar para eso.

—Prepara el contrato. Si alguien viene, estaremos listos.

Conocía los riesgos de ese acuerdo, pero no había opciones.

Al día siguiente, me desperté muy temprano y Olyvia vino con el carrito del desayuno.

Pasamos unas horas en una reunión virtual con el equipo de asesores, repasando los datos de la campaña.

[5]—El Super PAC que apoya a Víctor ha recibido algunas donaciones muy significativas de empresarios del sector de la construcción —comentó uno de los asesores.

—¿Y los nuestros? —preguntó Olyvia.

—Las donaciones a nuestra campaña siguen llegando con frecuencia de sectores muy diversos. Esta semana hemos recibido una aportación de un millón de dólares de un famoso cantante.

Eso era lo que más me pesaba: saber que tanta gente apostaba por mi candidatura.

Nunca dudé de mi capacidad ni de mi compromiso, pero había mucho en juego y a veces me sentía al límite.

Pedí terminar la reunión, sintiendo que la cabeza me palpitaba de nuevo, y cuando me quedé a solas con Oly, me dio una pastilla.

—¿Quieres que llame a un médico, Henry? —Puso los ojos en blanco con impaciencia, recibiendo como respuesta una sonrisa irónica—. Bien, pero te traeré un aparato para medirte la tensión. —Se dirigió hacia la puerta de salida y se dio la vuelta, leyendo algo en el móvil que había sacado del bolsillo—. Su mujer ha llegado, y los guardias de seguridad ya están con ella en el coche. Llegarán en diez minutos.

No estaba segura de qué esperar, pero deseaba que Quinn estuviera de mejor humor, porque no estaba dispuesta a entrar en discusiones que no aportaban nada.

Oí abrirse la puerta, pero permanecí sentado, esperando a que Olyvia hiciera lo que tenía que hacer.

—Hola! —la voz llegó a mis oídos, junto con el sonido de los tacones contra el suelo.

—Ya hemos llegado —respondió Oly, dirigiendo su voz hacia el salón.

Quinn apareció en la puerta y sus cejas se arrugaron al ver al consejero intentando tomarme la tensión.

—¿Qué ocurre? —preguntó tirando el bolso en el sillón más cercano—. ¿Te encuentras mal?

—Sólo un dolor de cabeza, pero Olyvia insiste en hacer de enfermera —expliqué, ignorando el saludo.

Se acercó, me observó durante un segundo, antes de hacerse un moño, sujetárselo con una pinza y acercarse a una silla para sentarse frente a mí.

Cogió los aparatos de la mano de la otra mujer y los miró con reproche, negando con la cabeza.

—Hay aparatos electrónicos fáciles de usar —refunfuñó, ajustándose el estetoscopio a las orejas y tirando de mi brazo hacia sí—. Esto es arcaico.

No intenté detenerla, simplemente le permití hacer lo que quería para que me dejaran en paz.

Su brazo seguía inmovilizado, pero utilizó sus dedos para arrastrar un poco más la manga de mi camisa, liberando espacio para encajar la ortesis alrededor de mi bíceps.

Su cabeza baja dejaba al descubierto sus voluminosas pestañas, que cubrían sus ojos atentos al puntero que giraba al bombear o soltar aire de la válvula.

Llevaba unos pantalones de sastre, una camisa de seda y unos tacones altos que le daban unos

centímetros más de altura. El perfume era el de siempre e invadió mi sistema respiratorio, ocupando espacios que no debía.

—Su tensión arterial está bien —dijo al terminar el trabajo, soltándome el brazo—. ¿Tiene problemas de glucosa?

—Tengo estrés. —Me levanté, lejos de su olor, y empecé a arreglarme la manga de la camisa. —Gracias a los dos, pero no es para tanto.

No pusieron objeciones ni trataron de investigar mi dolor de cabeza, y les agradecí mentalmente que no iniciaran una discusión al respecto.

—Tengo que arreglar unas cosas, así que te dejo sola. Si me necesitas, llámame —dijo Olyvia, apresurándose a marcharse.

Quinn parecía fuera de lugar, como si no supiera qué hacer. Recorrió las habitaciones hasta detenerse frente a la puerta de mi suite.

—Hay una suite extra. —Señalé en la dirección opuesta en el pasillo.

Pude sentir su alivio y la vi dirigirse hacia donde yo le había indicado.

—¡Esto es precioso! —comentó, después de echar un vistazo al interior de la habitación.

No mencioné que elegí alojarme en ese hotel, no porque fuera conveniente para la reunión y la cena, sino porque tenía suites espaciosas para familias.

—Sí, es bonito —acepté—. Siéntete como en casa. Voy a descansar un poco para afrontar la noche, pero hasta luego.

Noté su mirada confusa. Quizá no se esperaba mi tono frío, pero no le di tiempo a replicar, pues aún recordaba su ansiedad al verme de espaldas.

Sólo hacía lo que ella me pedía.

Horas después, me desperté e intenté oír algo, pero recordé que Quinn era una persona silenciosa.

Excepto cuando quiere pelear.

pensé, sintiendo que mi humor mejoraba un poco tras las horas de descanso. Tampoco sentía ya las punzadas en la cabeza, lo cual me pareció providencial, pues no podría ocuparme de la señora Marshall mientras sintiera la cabeza a punto de estallar.

Aproveché el tiempo disponible para prepararme para la cita que tenía por delante, pero acabé tardando más de lo normal.

Cuando llegué a la sala de espera, todavía parecía que yo era el único huésped en esa ala, así que decidí comprobar que Quinn no había perdido la hora durmiendo.

—¡Quinn! —grité, llamando a la puerta de su habitación.

—¡Ya voy! —Oí su voz apagada detrás de la gruesa madera y esperé un momento, hasta que vi girar el picaporte de la puerta y apareció frente a mí—. ¿Te encuentras mejor?

Casi suelto una carcajada amarga en respuesta a su pregunta. Físicamente me sentía mejor, pero no estaba seguro de cómo estaría mi psique después de pasar toda la noche a su lado.

No podía negar la atracción que sentía por ella, y si la erección existía cuando iba vestida con la horrible camisa que llevaba en nuestra noche de bodas, sin duda aparecería cuando la viera con un vestido largo que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, sin ninguna vulgaridad.

Su cuerpo era como una carretera sinuosa, llena de curvas que podían hacer derrapar a cualquier hombre en su prisa por poseerla.

—Habría elegido otro color, pero no quería equivocarme. El rojo es el color de tu contrincante, el azul no es un color que me siente bien, e incluso me planteé llevar un vestido rosa, pero no me gusta el tono soñador que evoca ese color —ella empezó a hablar cuando la

admiré en silencio más tiempo del necesario—. Así que opté por este modelo que mezcla detalles en blanco roto y nude, pero...

—¡Estás preciosa! —reapareció mi voz, que sonó grave incluso para mis oídos, pero me di cuenta de que ella podría cambiarse de ropa si yo permanecía mudo—. No te pasa nada, estás perfecta.

Ella asintió, y el pelo castaño que le caía sobre la cara se balanceó con el movimiento. Los gruesos mechones formaban ondas que contrastaban con el color de su piel. El vestido de tirantes dejaba ver sus hombros, resaltando el relieve que formaban sus clavículas.

—¿Pero estás mejor? Fui a ver, pero estabas dormido y no quise despertarte. Mi ruido no te despertó, ¿verdad?

Parecía tener un repertorio lleno de preguntas y afirmaciones para mantener a raya el silencio.

—Sí, estoy mejor, gracias. Y no, no he oído ningún ruido. —Mi tono fue lo suficientemente convincente como para que se relajara—. ¿Podemos irnos ya?

—Claro, déjame coger la bolsa.

Cuando se giró para ir a la cama, donde había dejado el accesorio, mi mirada recorrió su espalda y salivé al ver su esbelta cintura por encima de sus generosas caderas.

Era un hecho: no tenía ninguna inclinación hacia el celibato, y cada momento que pasaba con Quinn me reafirmaba en que estaba demasiado apegado a los placeres mundanos, mientras pensaba en las innumerables obscenidades que podría hacer con ella.

—He metido unas pastillas en mi bolso por si las necesitas —me dijo mientras salíamos de la suite—. ¿Sigues sintiendo algo o tu silencio es una represalia por nuestra última pelea, Henry?

Aunque abordó el tema, su voz era suave; no pretendía iniciar una pelea, sino simplemente aclarar en qué punto se encontraba nuestra relación.

Puse su mano libre en el pliegue de mi brazo, para que pudiera caminar sobre sus talones y para demostrar que mi intención era mantener un ambiente amistoso entre nosotros.

—Estoy bien y mi silencio es sólo cansancio. He estado trabajando más de lo que pensaba.

—Y he estado trabajando menos de lo que me gustaría. —Se ha puesto en ridículo enseñando el brazo—. Menos mal que tienes alternativas a las tiritas.

Había sustituido la órtesis azul por una blanca, más discreta para llevar con el vestido.

Cuando nos relacionábamos amistosamente, creía de verdad que los años serían fáciles a su lado y deseaba que así fuera. Sin embargo, eso sería imposible, no sólo porque nuestras personalidades chocaban, sino también por los secretos que nos habían llevado al punto al que habíamos llegado.

Capítulo Diecinueve — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Mi mandíbula se había trabado en una sonrisa falsa y discreta, porque era lo único que había estado haciendo en las últimas dos horas. Además de decirme lo torpe que era explicando por qué tenía el brazo inmovilizado.

Y luego dicen que los periodistas son curiosos.

Me burlé pensativo, sonriendo a una pareja que me saludó al pasar.

Después de cenar, se formaron pequeños grupos para charlar, pero, sinceramente, la comida fue lo único que salvó el día.

Aunque lo pensaba, sabía lo importantes que eran reuniones como esa, porque reunían a suficientes ricos como para animar a otros ricos a contribuir a las campañas.

—¡El cordero estaba espectacular! —comentó Olyvia, deteniéndose a mi lado.

—Acabo de pensar algo parecido.

Se rió de mi respuesta, y tuve que ser sincero al decir que simpatizaba con la mujer.

—Al principio quería romperte la cara, Oly —confesé.

—¿Necesito tener al cirujano plástico a la espera? —Tu ingenio me ha hecho reír de verdad.

—No lo creo, pero no sabemos lo que nos espera. —Ella asintió, sorbiendo de una copa de champán—. Ya sé que llevas muchos años trabajando con Henry, pero ¿cómo lo haces?

Ella le miró de lejos un momento antes de responder.

—Haciendo caso omiso de algunas cosas que dice, ignorando otras, y peleándonos cuando es necesario —murmuró riendo—. La verdad es que me encanta trabajar con él, pero comprendo que tú no veas al Henry que yo veo.

Aparté la mirada del hombre que se presentó como "mi marido" y me pregunté si algún día le vería como su consejero. Su carisma era innegable, al igual que su obstinación por lograr sus objetivos. Era incansable, y yo podía admirarlo.

¡Y es hermoso, Quinn! ¡No finjas que no lo ves!

Podía verlo, después de todo, no ignoraba lo atractivo que era. Y no era sólo su físico lo que hacía que las mujeres giraran el cuello para echarle un segundo vistazo; realmente era un hombre agradable con el que estar.

—La familia Marshall es de origen escocés —comenté, y Olyvia me lo confirmó—. ¿Lo has visto alguna vez con falda escocesa?

Giró la cabeza para mirarme, con las cejas fruncidas, claramente sorprendido.

—Nunca lo he visto, pero él y sus hermanos van a Escocia una vez al año. A lo mejor lo usan cuando están allí. —Volvió a evaluar a su jefe—. Ahora me has hecho pensar en ello.

Sentí que algo se alojaba en mi pecho, algo parecido a los celos, pero no podía sentirme así, no cuando lo que teníamos era sólo un acuerdo.

—¡Olvídalo!

Creo que mi tono de voz fue más imponente de lo que pretendía, porque su sonrisa se volvió sarcástica.

—Quinn, nunca hubo nada entre Henry y yo, y si sintiera algo más que amistad y respeto por él, desde luego ya no trabajaríamos juntos.

De algún modo, creí lo que oía.

—No puedo decir lo mismo de Cindy Thompson. —Olyvia asintió en la dirección opuesta.

La supermodelo hablaba con un grupo de personas, pero su atención se centraba en mi marido. Lo observaba desde la distancia y yo casi podía oír sus pensamientos.

El hecho de que yo no quisiera estar casada no significaba que no tuviera pensamientos pecaminosos cuando lo veía en esmoquin. No era casta, y Henry hacía que mi cuerpo deseara la depravación.

Desde donde estábamos, vimos a Cindy caminar con pasos lentos pero largos hasta unirse al grupo donde estaba él.

—Siempre ha sido así.

—Pero él es el que está casado y debe ser fiel —refunfuñé al ver que se sonreían—. Quiero decir que no está realmente casado, después de todo, sólo tenemos un contrato.

—El cura bendijo el matrimonio, Quinn. Así que tienes algo más que "un contrato".

Me sorprendió descubrir que creía en los sacramentos religiosos, pero antes de que nuestra conversación pudiera continuar, Henry la invitó con la mano a unirse al grupo.

Me sentí excluida y, aunque nadie había visto lo que acababa de ocurrir, la amargura y la vergüenza se extendieron por mi organismo.

Eres tan parte de su vida como el profesor que le enseñó en el instituto, Quinn.

Intenté convencer a mi mente de que no había ninguna razón para que me sintiera así, pero la sensación de ocupar un lugar que no me pertenecía corroía mi sentido común. Así que decidí refugiarme en la zona de prensa.

Había pocos periodistas, pero me saludaron calurosamente en cuanto me acerqué.

—¿Alguna declaración para nosotros, señora Marshall? —bromeó el hombre más joven, reconociendo nuestra profesión.

—Nada de declaraciones, sólo me aseguro de que estés bien cuidada.

Una de las mujeres me entregó rápidamente un vaso.

—Pocas veces me han servido este champán, ¡y es el mejor!

Bebí sin querer, para no avergonzarla.

Charlamos durante unos minutos y me bombardearon con preguntas que, para los desprevenidos, parecían ingenuas, pero contesté lo que pude, dejando en el aire las que eran inapropiadas para que las comentara la esposa de un senador.

—El champán es bueno, pero debe probar este whisky, Sra. Marshall.

Alguien me puso un vaso en la mano y olfateé la bebida antes de fingir que la probaba.

De repente, todas las sonrisas se apagaron y las voces se hicieron más bajas, hasta que sentí que una mano se cerraba sobre mi codo.

—Caballeros, voy a robar a mi mujer.

Me volví hacia Henry, y su mirada no mostraba insatisfacción, pero la energía que emanaba de su cuerpo decía lo contrario.

No tuve más remedio que acompañarle a donde me llevara, y cuando me di cuenta de que

estábamos en una zona apartada del salón de convenciones, imaginé que estallaría una pelea.

Sentí que el aire se volvía denso en la habitación desierta y poco iluminada. La tensión aumentó hasta un nivel que me dolía en el estómago, y decidí que necesitaba saber qué estaba tramando.

—Mira, Marshall, yo... —Intenté hablar, pero no tuve la oportunidad.

Su boca chocó con la mía mientras me empujaba contra la pared. Sus labios no solo me besaron, sino que se frotaron contra los míos, y su lengua parecía querer barrer toda mi saliva.

No era sólo un beso, quería hacerme sangrar.

—¿Qué ha pasado? —balbuceé, tratando de recuperar el control de mi respiración.

—¡No vuelvas a meter la boca donde ha estado la boca de otro hombre, Quinn! —gritó, volviendo al ataque.

Me convertí en una masa maleable que él moldeaba a su antojo. Manipuló mi cuerpo sin encontrar resistencia.

Sus dedos subieron la falda de mi vestido hasta mis muslos, antes de deslizarse bajo la tela. Me ardía la piel donde sus manos tocaban y me apretaban, saboreando mi carne.

—Henry... —murmuré mientras conseguía tomar una bocanada de aire—. ¡Ah!

Sus dientes se cerraron en la curva de mi cuello y lo que debía ser un gemido se escapó sonoramente.

Quise comprobar dónde estábamos, y mi mente procesó que tenía que decir algo, pero todo se convirtió en un recuerdo gris y lejano cuando sus dedos alcanzaron el espacio entre mis piernas, bajo mis bragas.

—¡Nunca más, Quinn! —gruñó, al tiempo que me penetraba con un dedo—. ¡No pongas la boca —me introdujo profundamente en el sexo y casi me convulsioné— donde otro hombre ha puesto la suya!

Tenía intención de preguntarle de qué hablaba, pero mis labios volvieron a aplastarse.

Su pulgar se arremolinó sobre mi clítoris hinchado y sensible, y otro dedo me penetró. No sabía si me estaba ahogando o estaba a punto de tener un orgasmo.

Henry Marshall

Estaba a punto de perder el sentido común, la paciencia y cualquier posibilidad de ser considerado una persona lúcida, porque lo único que veía era a un periodista haciendo innumerables fotos a mujeres —principalmente a mi mujer— sin que nadie se diera cuenta.

Mi intención era ir a donde ella estaba hablando con Olyvia, pero Cindy se acercó y me obligó a quedarme con el grupo otros cinco minutos. Llamé a mi asesora para que se uniera a nosotros, ya que ella distraería a la gente y yo tendría un momento a solas con Quinn.

¡Un minuto! Ese fue el tiempo que aparté mis ojos de ella, y el tiempo que tardó Quinn en ir exactamente donde yo no quería que estuviera.

—Discúlpeme. —Miré a Olyvia y ella asintió en señal de comprensión.

Me alejé del grupo y envié un mensaje a Hoover, con la advertencia de que debía retirar al supuesto periodista del lugar, y que debía hacer el trabajo discretamente, una vez que Quinn estuviera alejado de la prensa.

Intenté mantener la calma, pero mi vista se tornó carmesí cuando vi al bastardo tomar un sorbo de whisky y pasarle el vaso a ella. Así que necesité todo mi autocontrol para no montar una escena inapropiada para un candidato.

—Caballeros, voy a robar a mi mujer.

A pesar de dirigirme a todos, mi atención seguía centrada en él, y le vi encogerse. Sin embargo, se llevaría bien con Hoover.

Conduje a Quinn a una zona apartada, y sentí cómo aumentaba su aprensión a medida que nos acercábamos a un lugar de acceso restringido.

—Mira, Marshall, yo...

Ella pretendía discutir, ¡yo quería limpiarle la boca y sacar cualquier rastro de la maldita cosa de allí!

Pegué mi boca a la suya, tragándome la frase interrumpida, su aliento y su olor dominando todos mis pensamientos.

—¿Qué ha pasado? —gimió entre jadeos.

—No vuelvas a meter la boca donde ha estado la boca de otro hombre, Quinn. —gruñí, besándola de nuevo.

Quinn no tenía la culpa de lo ocurrido, y mi conciencia lo sabía, pero la posesividad me convertía en un hombre insensato e irrazonable. No podía soportar la idea de que otra boca, aunque fuera indirectamente, tocara la suya.

Le subí el dobladillo del vestido y metí las manos bajo el montón de tela, manoseando su cuerpo firme e intentando memorizar cada curva que encontraban mis dedos.

—Henry... —gimió mi nombre, y eso fue más erótico que cualquier polvo que hubiera experimentado. Mordí su cuello, delirante—. ¡Ah!

Ella gruñó, y temblores recorrieron su cuerpo mientras sus dedos me agarraban los hombros. Mi polla rozaba mi ropa interior, presionando contra la cremallera, ansiosa por recibir su premio, pero tendría que esperar.

Mi hambre de ella había llegado al límite y me dejé llevar por el instinto. Metí la mano entre sus piernas, y el calor y el tejido meloso devastaron cualquier resto de lucidez.

—¡Nunca más, Quinn! —repetí, y la penetré con un dedo—. ¡No pongas la boca donde otro hombre ha puesto la suya! —Saqué el dedo y volví a penetrarla.

Volví a acercar mi boca a la suya y su fuerte gemido se perdió en mi garganta. Giré el pulgar sobre su clítoris y otro dedo se unió al que ya tenía dentro.

Apartó la boca de la mía, buscando aire, pero yo le rodeé la nuca con una mano, haciendo que girara la cara hacia mí.

—Tan guapa y tan yo —murmuré, admirando sus labios hinchados y su pintalabios manchado.

—Yo no... —Abrió la boca e introdujo aire en sus pulmones—. No soy... tuya.

Mi sonrisa apareció, y tenía algo demoníaco.

—Nuestros papeles matrimoniales dicen lo contrario —repliqué, girando el pulgar y masajeándome el clítoris.

Su incisivo enganchó su labio inferior y sus ojos se llenaron de deseo.

—Es... falso y... ¡Dios mío! —Puso los ojos en blanco cuando me clavé los dedos, dejando sólo uno dentro de ella.

Curvé el dedo en su apretado sexo, tocando el punto sensible, y hablé:

—Él es real, y esto es una prueba más de que eres mío.

Su cabeza cayó contra mi pecho y su respiración, antes superficial, se volvió ruidosa. Mis hombros estaban aplastados por sus dedos y mi polla babeaba de excitación.

—Nuestro matrimonio es un contrato —gimoteó, intentando resistirse.

—No importa cómo ocurrió este matrimonio. —Mi lengua pasó por sus labios—. Eres mía —gruñí, casi volviéndome loco con el apretón alrededor de mi dedo—. ¡Mi mujer!

No pudo resistir más y se corrió en mi mano. Sus músculos se contrajeron en espasmos, su espalda se apoyó en la pared, pero se aferró a mi chaqueta.

Incliné su cabeza hacia atrás, lamí su boca de abajo arriba, saboreando su gusto, y ya no quería sólo la boda falsa.

—Tengo una propuesta para usted, Sra. Marshall.

Su mirada, aún ebria de lujuria, volvió a centrarse en mí, y la convencería de lo que tenía en mente.

Capítulo Veinte — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Esperé a que el orgasmo abandonara mi organismo, pero todo lo que Henry y yo habíamos hecho era tan sensual que el mero recuerdo de ello podía volver a empaparme, sobre todo con su dedo aún dentro de mí.

Sentí cada centímetro de su dedo salir de mi cuerpo e, involuntariamente, mi sexo palpitó, aún excitado. Gemí, él gruñó y me metió el dedo en la boca, saboreándose.

Pretendía ser racional, pero la tarea era ardua, porque el hombre que tenía delante no era más que un animal cachondo. Podía sentir su dura polla apretada entre los dos. Tenía los orificios nasales dilatados, su respiración agitada me daba directamente en la cara y sus ojos, siempre grises, parecían dos globos de plomo.

¡Concéntrate, Quinn!

—Antes de escuchar cualquier propuesta, necesito una explicación, Henry —le pedí, queriendo volver a mi ser normal.

Sus labios se apretaron y recordé nuestra noche de bodas, cuando habían estado en mi sexo. Sacudí la cabeza para despejar el recuerdo, queriendo aferrarme a algún resto de sensatez.

—Ese periodista estaba haciendo fotos a mujeres a escondidas. Luego te dio el vaso del que había estado bebiendo.

Había oído hablar de periodistas que aprovechaban los acontecimientos para traerse recuerdos, pero nunca había conocido a ninguno.

—Denunciaré a ese cabrón —gruñí, furioso.

—Hoover lo arreglará y borrará las fotos. No podemos exponernos.

Abrí la boca para protestar, pero tenía razón. Si hacía algún movimiento en esa dirección, la noticia se extendería como la pólvora, y no quería volver a ver mi nombre en la prensa por ningún motivo que no fuera mi trabajo.

Me llevó el pulgar a los labios, intentando limpiar el desastre que debía de haber allí, pero incluso ese simple movimiento me hizo respirar hondo. Henry era cálido, masculino y me ponía cachonda sólo con su presencia. No podía negarlo.

También era la persona que más me irritaba. Tenía el poder de hacerme reaccionar con violencia y deseo. Movié la línea de mi zona de confort. Eso era lo más inquietante, porque me sentía desafiado, vivo, pero estar vivo significa que en cualquier momento puedes morir.

—Necesito usar el baño para organizarme, Henry. No puedo volver así.

Solté las manos que aún tenía sobre los hombros en un intento de que se apartara y me permitiera escapar.

—Aún no has oído mi propuesta, Quinn —dijo, deslizando la nariz por mi barbilla e inhalando mi aroma—.

—Nos están esperando y...

—¡Que se jodan! ¡Que nos esperen! —Su reacción me puso en alerta, porque era inusual—. Mi propuesta es hacer de este matrimonio algo más que un papel firmado, Sra. Marshall.

—¿Qué... qué estás proponiendo? —balbuceé—. ¿Sexo? ¿Es eso lo que me propones? No nos amamos.

Su mano se cerró sobre mi barbilla, inmovilizándome mientras le miraba.

—Propongo que nuestro matrimonio sea lo más normal posible. —Su lengua volvió a lamerme los labios y gimió—. Hay química entre nosotros, Quinn. Podemos negarla, huir de ella, pero es imposible ignorar su presencia.

No sabía qué decir. ¿Quería sexo para no tener que buscarlo fuera del matrimonio? ¿Era sólo un medio para hacerle la vida más fácil? ¿Quería controlarme así?

Había tantas preguntas que no podía pensar en todas. Necesitaba espacio para evaluar, para recomponerme, y quizá se lo replantearía después de analizar todos los pros y los contras, cuando hubiera pasado la excitación del momento.

—Necesito... pensarlo, Henry.

Nuestras miradas se encontraron durante un instante que pareció infinito. Él intentaba descifrarme y yo me esforzaba por no mostrar lo confusa que estaba mi mente. Finalmente, dio un paso atrás y ajustó cuidadosamente el vestido a mi cuerpo. Luego me llevó al final del pasillo, donde había un cuarto de baño.

—Estoy aquí fuera esperándote. Tómate tu tiempo, Quinn.

No sabía si se refería al tiempo que necesitaba para organizar el lío en el que me había metido o si estaba esperando a que evaluara su propuesta.

Al final, todo era cuestión de organización: tanto de mi aspecto como de mi mente.

Henry no me pidió una respuesta.

Volvimos al salón y se dedicó a atender a la gente que se le acercaba para charlar. Cualquiera que nos viera no se habría dado cuenta de que yo me había corrido en su mano unos minutos antes.

A pesar de ello, mis sentidos estaban alerta y, a medida que me alejaba de él, podía sentir su mirada siguiéndome a cada paso que daba.

—¿Va todo bien? —preguntó mientras se acercaba con un vaso de whisky en la mano y me lo entregaba.

Me di cuenta de que había bebido parte del líquido y se me ocurrió que su posesividad seguía siendo alta.

—Sólo fingí beber el whisky del vaso de ese hombre —dije, antes de tomarme el resto del chupito.

—No importa, él me lo hizo a mí... —Henry respiró hondo, dejando la frase abierta—. Dentro de diez minutos nos iremos.

Puse los ojos en blanco con ironía.

—Gracias a Dios, porque la comida se acabó y eso fue lo mejor del evento. —Intenté dar a nuestra conversación un tono de camaradería.

Sus ojos brillaron y se inclinó para acercar su boca a mi oreja.

—Que te corrieras en mi mano fue lo mejor para mí —susurró, y sentí que se me doblaban los dedos de los pies—. Y me pregunto cómo habría sido si me hubiera puesto de rodillas y te

hubiera hecho correrte en mi boca, Quinn.

Se me secó la boca y la presión en el bajo vientre me bajó hasta el sexo, pero me quedé quieta, temerosa de que la gente se diera cuenta de cómo había reaccionado mi cuerpo a lo que acababa de oír.

No tuve tiempo de formular una respuesta, ya que una pareja se unió a nosotros y tuve que dedicarles toda mi atención.

Henry no dejaba de tocarme. A veces mantenía mi mano en el pliegue de su brazo, a veces apoyaba su mano en la parte baja de mi espalda, y no había nada obsceno en ello, pero yo me estremecía cada vez que cambiaba de posición.

Diez minutos después, salimos del vestíbulo cogidos de la mano, y vi cómo su gran mano se cerraba sobre la mía, guiándome por los pasillos.

El sexo puede llevar a la pasión, y la pasión tiene el poder de ejercer el control.

—¿Pretendes utilizar el sexo para controlarme, Henry? —Susurré la pregunta para que no me oyeran los guardias de seguridad, que estaban a unos pasos.

Me miró rápidamente con una discreta sonrisa en el rostro.

—¿Será posible? —murmuró—. En nuestra noche de bodas, me echaste de la habitación, incluso después de perder la virginidad. Eso no suena a alguien que utiliza el sexo para ganar control. —Sentí que se me calentaba la cara ante la tranquilidad con la que comentaba el tema—. Sólo estoy pensando en términos prácticos.

—Podrías tener sexo sin exponerte —sugerí.

Respiró hondo y, antes de contestar, sacó del bolsillo la tarjeta—llave de la suite y abrió la puerta, permitiéndome entrar. Sin embargo, aún se quedó con los guardias de seguridad, dándome algunas instrucciones.

La anticipación me ponía tensa, y podría empezar una pelea, ofenderme porque me propusiera sexo, pero sería ridículo.

—Antes de que respondas, tengo algo que decir.

Cuando oí la voz detrás de mí, salté en mi asiento, sobresaltada, y me volví hacia él.

—Es una propuesta, Quinn. —Antes de seguir adelante, se agachó para recoger mis zapatos, que estaban desparramados, y los apartó del camino. Ni siquiera me había dado cuenta de que yo estaba descalza—. Puedes aceptarlo o no, pero no nos menosprecies reduciendo esto a una forma de control o a una facilidad para que yo consiga lo que quiero. Creo que tenemos más que ofrecer que eso.

Odiaba que fuera político y supiera discutir.

—¿Y si digo que no quiero?

Fue a la bodega, se sirvió un whisky y se sentó en un sillón, meditando qué decir.

—Esperaré a que estalle una pelea, porque creo que preceden al sexo entre nosotros.

—Hoy no nos hemos peleado —observé, sentándome en el reposabrazos del sofá, lejos de él.

—Porque actué antes de que optaras por una pelea.

Sí, si hubiera sabido lo que pasaba, habríamos empezado a discutir, pero sospechaba que acabaríamos exactamente igual.

—¿Y el contrato que firmamos?

—No cambia, sólo incluimos el género en la ecuación.

Nunca fui una mujer que soñara con el romanticismo, pero me parecía frío abordar el sexo de la forma en que lo estábamos haciendo. Pero él estaba siendo sincero al respecto, cuando podría haber estado simplemente intentando seducirme.

Y por lo demás, ¿está siendo sincero?

Tampoco fui del todo sincera con él. Buscaba la manera de llegar a Gilroy, aunque eso afectara a mi marido, pero aun así quería correr el riesgo de vivir la experiencia.

Terminó su bebida y dejó el vaso en uno de los estantes de la librería más cercana.

—Ven aquí, Quinn.

Respiré hondo y di unos pasos hasta detenerme frente a él. Me puso las manos en las caderas, me dio la vuelta y me obligó a sentarme sobre sus piernas.

—¿Cómo te subes la cremallera del vestido si no puedes flexionar el brazo derecho?

La pregunta despreocupada pretendía relajarme, pero me puse rígida cuando noté que la cremallera se deslizaba hasta mi cintura.

—Utilicé un anzuelo que llevaba en el bolso. —Se rió de mi explicación, y me di cuenta de que primero teníamos que aclarar algunas cosas—. No voy a cambiar ni a actuar de forma diferente, Henry. No voy a renunciar a mis convicciones ni a lo que busco.

Me puso la mano en el abdomen y me apretó contra su pecho. El bulto de su pene, contenido por la ropa, me presionaba la parte baja de la espalda.

—Ya te he dicho que no quiero controlarte —me susurró al oído, mordisqueando el lóbulo—, pero cuando te follo, quiero controlar cada parte de tu cuerpo, cada parte de tu orgasmo, incluso quiero dictar el ritmo de tu respiración.

Intenté pensar en un comentario ingenioso, pero la presión en mi bajo vientre se intensificó, como un puño cerrándose sobre mi carne. Todo era erótico, carnal, y no pude evitar sentir cómo mi sexose ruborizaba de anticipación.

¿Hasta dónde debo llegar?

¿De verdad debería entregarme al sexo que podemos tener?

Incluso estas simples preguntas hicieron que todo en mí se agitara. Hierve.

Como él decía, la química estaba ahí, vibrando, pero aún había algo en mi mente que luchaba, negándose a sí misma, y había otro lado que ansiaba liberarse, experimentar. Quería perder la cabeza.

La mano que tenía en el cuello subió hasta mi barbilla y me dobló el cuello, girando la cabeza para llegar a mi boca.

El beso comenzó suave, casi un toque de reconocimiento, todo lo contrario del beso anterior, que parecía querer marcarme la boca.

Sus manos arrastraron mi vestido hacia abajo, dejando al descubierto mis pechos y mi abdomen. A medida que sus dedos avanzaban, el beso se volvía exigente y devorador. Su lengua capturó la mía, su aroma me embriagó y pude detallar cada roce que sentí en mi piel.

Sus brazos encajaron en los lugares necesarios y, con un impulso, se levantó para llevarme a su habitación. En aquel momento no había habitaciones separadas. Sólo estaban sus planes para nosotros.

Me colocó sobre la cama y por un segundo pensé que seríamos suaves, pero al instante siguiente estaba inclinado sobre mí, con una mano en mis pechos y la otra metida entre los mechones de mi pelo, tirando de mi cabeza hacia atrás.

Apoyé los brazos en la cama y mi pecho quedó curvado, expuesto, una ofrenda para su boca, que bajó hasta un pezón y lo chupó entre los dientes.

Era doloroso y placentero, y esa sensación podía convertirse en una parte vital de mi existencia.

El otro pezón recibió el mismo tratamiento: lo chupó, succionando con pericia, mientras su lengua giraba alrededor del duro pezón, sensibilizado por el ataque de sus dientes.

Su lengua y sus labios recorrieron mi regazo y mis hombros, su mano seguía en mi nuca,

moviendo mi cabeza hacia el lado deseado. Deliraba con cada mordisco, cada vez que sentía su lengua succionando puntos sensibles.

—Tengo que terminar de quitarte esta ropa del cuerpo —sopló la voz profunda contra mis labios.

No hubo tiempo de prepararme, me empujó hacia atrás y mi cuerpo fue abrazado por suaves almohadas que olían a él.

En pocos segundos, yo estaba desnuda ante sus ojos, mientras él se quitaba el esmoquin, pieza a pieza, hasta que aparecieron unas bragas negras que parecían a punto de ser desgarradas por su abultada erección contra ellas.

Fue a su maleta a por preservativos y los dejó en la mesilla de noche. Pensé en repetir la advertencia de que tomaba anticonceptivos, pero ya habíamos tenido relaciones una vez sin preservativo y más le valía tener cuidado con eso.

Respiré entrecortadamente cuando se quitó los calzoncillos. Admiré su polla erecta, con las venas destacando sobre la piel fina y pálida, que terminaba en el glande voluminoso y rosado. Recorrí los músculos de su pecho y su torneado abdomen, y no había nada sutil en su cuerpo. Había una dualidad entre lo que dejaba ver y lo que realmente era.

Y lo que era estaba expuesto entre aquellas cuatro paredes. Allí no éramos más que un hombre y una mujer en el acto más antiguo de la humanidad.

Se arrodilló en la cama, me rodeó el tobillo con los dedos y me acercó la pierna derecha a la cara. Me besó la pantorrilla y trazó un camino de besos y mordiscos por la cara interna del muslo. Sus rodillas separaron mis piernas, haciendo espacio hasta que él se acomodó con la cabeza entre ellas.

—Henry... —Dejé escapar su nombre en un gemido dolorido.

Mi intención era decir que quería tocar su cuerpo, pero todo se desenfocó cuando su lengua masajeó mi clítoris y mordisqueó los labios de mi sexo.

No hubo sutileza cuando deslizó un dedo en mi entrada. Estaba melosa, y él se deslizó, se acomodó y empezó a explorarme con pericia.

—¡Saber que soy lo único que se ha comido ese coñito me hace muy posesivo, Quinn!

Su voz sonaba como un rugido y me debatí cuando inclinó la cabeza y su lengua ocupó el lugar de su dedo para follarme. Su pulgar y su índice me pellizcaron el clítoris, masajeándolo, y me acercaron cada vez más al borde del precipicio.

—¡Ah! —jadeé, tratando de encontrar el ritmo adecuado para mi respiración.

Todo en mí ardía, ardía de placer, y cuando todo se volvió demasiado denso, mis dedos buscaron su cabeza y rodé contra la boca que me quitaba la capacidad de pensar con lógica.

El orgasmo fue intenso y me dejó mareada, incapaz de pensar en otra cosa que no fuera lo que me estaba haciendo, pero no tuve tiempo de recuperarme. Le vi vagamente salir de donde estaba para coger el condón, envolviendo toda su erección.

—Ahora te vas a correr en mi polla —gruñó, tumbándose encima de mí.

Me levantó el brazo inmovilizado por encima de la cabeza.

—Hoy no puedo follarte a cuatro patas. —Su boca recorrió mis pechos y, con cada lamida, pronunció una palabra—. Pero no será menos intenso.

El glande se incrustó en mi entrada y, con un empujón de sus caderas, lo introdujo dentro de mí, pero se detuvo tras avanzar un poco.

—Ay... ay... —gemí, sintiendo el ardor en mis músculos.

—Qué coñito tan estrecho y delicioso —gruñó, esperando a que mi cuerpo se acostumbrara.

Su mano derecha seguía acariciándome mientras tomaba mi boca y empezaba a moverse,

empujando más profundamente.

Todos mis sentidos estaban concentrados en el peso de su cuerpo sobre el mío, en el ancho pecho que apretaba mis senos, en el olor a sudor y sexo que nos rodeaba. Los sonidos de los gemidos, el roce de los cuerpos contra las sábanas y la respiración entrecortada también formaban parte de los elementos que hacían que mi cuerpo se quedara pequeño para contener tanto deseo.

Incluso el dolor de ser invadido se volvió placentero.

El deseo me brotaba por todos los poros y busqué su boca, tratando de aliviar el tormento y, al mismo tiempo, queriendo más.

Sus movimientos se volvieron intensos, su miembro me golpeaba profundamente, y tampoco parecía poder controlarse por mucho tiempo.

En un momento dado, giró sus caderas y frotó mi clítoris con su pubis, haciendo que mis ojos dieran vueltas en sus órbitas. Su boca en mi pecho fue mi perdición, y me desplomé en un orgasmo que me dejó completamente ajena a todo.

Mi cuerpo temblaba. Las pulsaciones de mi apretaban la polla que me invadía, llevando mi orgasmo a un nivel insoportable. Todo parecía demasiado para mi sensible cuerpo.

Él también vino, y de alguna manera pensé que todo era el principio de la ruina.

Mía o suya, no sabría decirlo.



Henry Marshall

Duede haber algo reconfortante en la rutina doméstica. Siempre he creído que ocurría cuando la pareja llegaba a casa del trabajo, intercambiaba un tierno beso, tomaba una copa para relajarse, cada uno contaba cómo le había ido el día y terminaba la velada divirtiéndose.

Durante unas semanas, no tendría que viajar y tenía fe en que disfrutaría de esta rutina; o Quinn y yo encontraríamos algo similar que se adaptara a nuestras particularidades.

Habíamos llegado de Washington hacía poco más de una semana y no había día en que la encontrara antes de las diez de la noche. Corría a nuestra casa, pero me pasaba horas esperándola.

Ese día le envié un mensaje para saber a qué hora llegaría y recibí una escueta respuesta: *"Estaré allí a las 18.00 horas"*.

Quería aprovechar al máximo el poco tiempo que tenía, ya que pronto volvería a viajar, así que planeé una cena con vino y sexo.

El sexo no era un problema, porque todas las noches acabábamos teniendo sexo. En la cama, en la cocina, en el baño, daba igual. Sin embargo, siempre ocurría después de que yo estuviera de mal humor por su ausencia, e intercambiábamos improperios.

Como había imaginado, las peleas precedían al sexo en nuestra relación. Y ese día no fue diferente.

Bueno, no fue exactamente lo mismo, sólo se produjo la discusión.

—Llegas muy pronto —comenté, tendiéndole un vaso de vino que pretendía entregarle.

—He llegado, pero me voy —respondió Quinn, besándome rápidamente.

Recogió su vaso mientras yo me quedaba mirando cómo subía las escaleras y contaba los escalones antes de explicarle adónde iba.

—Tengo que ir al cóctel en el MoMA. —La explicación llegó cuando estaba en el quinto escalón—. Tengo tiempo para ducharme y cambiarme.

No hice ningún comentario al respecto, simplemente me alejé y fui a sentarme junto a la salida al jardín.

Veinte minutos más tarde, bajó, con sus sandalias y un vestido que no tenía ningún escote revelador, pero cuya tela se amoldaba a su cuerpo, contorneando cada curva.

—¿Ha pasado algo? —preguntó, deteniéndose frente a mí.

La miré ponerse los tacones sin ganas de hablar.

—Pensé que estarías en casa hoy. La semana que viene empiezo a viajar y no tendremos tiempo, Quinn.

Sus labios se curvaron con irritación.

—Henry, tengo que ir a este evento. La mayoría de los periodistas estarán allí.

No tenía argumentos, después de todo, también tenía mi trabajo, pero algo me molestaba, aunque no podía identificar lo que era.

—¡Así que diviértete! —Lo deseaba, pero no era mi intención—. Los guardias de seguridad están esperando.

—No puedo ir con guardias de seguridad. ¿Qué periodista está rodeado de guardias de seguridad? Y me niego a llegar al lugar de celebración con el personal abriéndome la puerta del coche como si fuera una estrella en la alfombra roja. Voy en mi propio coche.

—¡No lo hará!

Y eso fue suficiente para iniciar una pequeña batalla.

—¡Marshall, no eres mi dueño!

Mi apellido se utilizaba en discusiones o en comentarios irónicamente amistosos. Henry se reservaba para momentos ligeros o cuando gemía, excitada. Haciendo bromas.

Quinn se dirigió a la salida y abrió el cajón del aparador para coger las llaves del coche, pero envié un mensaje a Hoover para impedir que se marchara.

¡Si quiere pelea, subiré al ring!

Cuando fui al garaje para solucionar el problema, encontré uno de los coches del equipo de seguridad aparcado detrás del suyo, bloqueando el paso.

—Haz que tu guardia de seguridad me deje salir, Marshall.

—Te acompañarán, Quinn. ¡Y eso no se discute!

No hubo respuesta. Se limitó a ir a la parte trasera del coche para abrir el maletero, del que sacó un bate de béisbol.

—O conduzco mi coche hoy, ¡o tendrás que sustituir un coche destrozado!

Parecía una gladiadora, decidida a hacer valer su voluntad.

—Puedes destruir todos los coches, no me importa. Le daremos vueltas toda la noche y faltarás a tu cita.

Crucé los brazos en señal de desafío, pero sabía que sus amenazas no eran vacías.

¡Ni siquiera la mía!

—Senador, ella puede conducir y nosotros la seguiremos —dijo Hoover, tratando de calmar la situación—. Le prometo que no la perderemos de vista, ¡le doy mi palabra!

—¡El problema es que no quiere tu compañía!

No dijo nada, sólo se mantuvo en su posición para lo que yo decidiera. No podía prohibirle a mi mujer que saliera, pero tampoco aceptaría sus condiciones.

Me acerqué a ella y me detuve frente a ella, aún con los brazos cruzados, impidiéndome dar un paso radical, como arrastrarla hasta nuestra casa.

Su pesada respiración soplaba contra mi cara, y yo quería quitarle su insolente mirada, hacerla gemir, mansamente, inmovilizarla contra la cama hasta que murmurara "Henry".

—Puedes conducir, pero te seguirán y se quedarán contigo. —Abrió la boca para discutir, pero me le adelanté—. Y si intentas ponérmelo difícil, Quinn, te juro que haré lo que debería haber hecho desde el principio: dejar que el Servicio Secreto se encargue de nuestra seguridad. Entonces, querida, descubrirás lo que es vivir con alguien que sigue tus pasos.

Se enfadó más, pero yo sabía que el Servicio Secreto podía encargarse de la seguridad de los candidatos prominentes. Había evitado este acuerdo porque todo en mi vida estaría controlado. Nos implantarían un maldito chip en el cuerpo y mirarían en el pasado de cada persona que me rodeara.

—¡Odio todo esto, Marshall!

—Ahora mismo, yo tampoco aprecio nada de eso. —Decidí alejarme, antes de empezar a actuar como un neandertal—. Celebra tu pequeña victoria, Quinn.

Cuando se fueron, pensé en llamar a Olyvia e invitarla a salir, pero estaba con su hermano y su sobrina y no podía prestarme atención.

Pensé en ir al club, pero tampoco quería estar en un ambiente en el que los hombres hablaran de negocios o de bodas. No podría decir nada bueno sobre el segundo tema.

¿Y si al MoMA?

No, habría interrumpido el acto, y no estaba de humor para pasarme la velada impidiendo que la gente se diera cuenta de mi tensa relación con mi mujer.

No estaba de humor para estar rodeada de gente, así que opté por darme una ducha y escuchar música. Sin embargo, antes de que pudiera poner en práctica mis planes, llegó mi suegra.

—Vi salir unos coches y pensé que eras tú —me dijo, de pie en la puerta, sorprendida de encontrarme.

—Era tu hija. —Dejé escapar un tono de voz acusador, pero me recompuse—. ¿Necesitas algo? ¿Va todo bien con Cleo?

Su sonrisa tranquila ya era una respuesta.

—Todo está bien, y Cleo también, gracias. He venido a pedirle el teléfono a un amigo con el que se reencontró Quinn, pero puedo hacerlo mañana.

—¿Amigo? ¿Qué amigo? —pregunté, demasiado deprisa.

Por un momento ladeó la cabeza y me miró con curiosidad, antes de volver a hablar.

—Un viejo amigo de nuestra familia, tan viejo que era amigo de mi marido —Me dio una palmada en el brazo, mostrándose solidaria—. Es lo bastante viejo como para ser su padre. No te preocupes, Henry.

Quise explicarle que no estaba celosa, sólo sentía curiosidad por saber quién era la amiga, pero la dejé marchar sin argumentar nada.

Me desperté un poco confusa, sin saber exactamente dónde estaba, pero encontré a Quinn sentada a mi lado, todavía con el vestido con el que había salido.

La habitación, iluminada sólo por una tenue lámpara, no nos permitía ver su rostro con claridad, pero parecía pensativa.

—¿Qué hora es? —pregunté intentando darme la vuelta, y descubrí que me había quedado dormido en el sofá del despacho.

—Casi medianoche —dije en un tono bajo e íntimo mientras me pasaba los dedos por el pelo—. Te busqué por toda la casa y pensé que habías salido.

—Me tomé una copa y me tumbé aquí a leer, pero me quedé dormida —expliqué, sin muchas ganas.

—Debes estar dolorido, este sofá es demasiado pequeño para ti.

Evalué mi cuerpo antes de responder.

—Estoy bien. ¿Y cómo estuvo tu cóctel?

—Aburrida. —Sonrió e intentó decir algo, pero desistió.

La paz entre nosotros no se verbalizaba; sólo la guerra hacía ruido. Gritamos a los cuatro vientos.

Nuestras miradas se encontraron durante un largo momento de silencio.

—Quítese ese vestido, Sra. Marshall —le ordené, todavía somnolienta.

Entrecerró los ojos, como si estuviera considerando si cumplir la orden, pero luego se levantó.

Ya se había quitado la órtesis del brazo, así que deslizó la cremallera por el lateral del vestido con facilidad. Deslizó los finos tirantes por sus estrechos hombros, dejando al descubierto el sujetador sin tirantes, y dejó que la tela se deslizara por sus caderas hasta acumularse a sus pies.

La polla se me puso dura dentro de las bragas y me deshice de ellas, que no servían para nada. —Quita el resto.

Apreté la mano alrededor de mi longitud y la moví hacia delante y hacia atrás lentamente, controlando mis ganas de follarme a mi mujer, que se estaba desnudando para mi disfrute.

Sus manos abrieron el cierre del sujetador entre sus pechos y, después de que cayera al suelo junto al vestido, sus dedos se enredaron en los laterales de sus bragas de encaje, empujando la tela hacia abajo.

Dio un paso adelante y admiré su cuerpo. Sus músculos firmes y femeninos eran dignos de adoración. Su abdomen firme era típico de alguien que hacía ejercicio, y podría chuparle los pechos durante horas sin cansarme.

Mi mirada bajó y salivé al ver la unión entre sus muslos, recordando el sabor de su sexo y lo apretado que estaba cuando estaba dentro de ella.

—Dame tu coñito, Quinn. —Su cara mostraba indecisión—. Quiero chuparte el coñito hasta que te corras en mi boca.

Evaluó el sofá y se subió a mi pecho, buscando un sitio donde caber. No teníamos mucho espacio, pero la agarré por la cintura y acerqué su cuerpo lo más posible a mi boca.

Su espalda descansaba sobre el respaldo y mi cabeza se acomodaba entre sus piernas abiertas, una sobre el reposabrazos del sofá y la otra sobre mi pecho.

No era la mejor de las posturas, y tuvo que mover el trasero para ponerse cómoda. Flexioné los brazos y los cerré sobre sus muslos, como si fueran garras que le impedían moverse.

—Henry, estoy sentado en tu pecho, podría hacerte daño y ... ¡Dios mío!

La frase se convirtió en un gemido cuando mi lengua recorrió su clítoris con un lametón indecente. Estaba abierta de par en par delante de mí, podía ver cada matiz de rojo, así como su canal húmedo. No quería hablar del espacio limitado.

Vi sus párpados descender, pesados por la lujuria, y su cuerpo se relajó, rindiéndose al inevitable placer.

—Mete los dedos en mi boca para mojarlos con mi saliva —ella hizo lo que le pedí y se empapó los dedos—. Ahora mójate los pezones, Quinn.

Sus pezones se pusieron cada vez más duros, y los habría chupado con desesperación si mi boca no hubiera estado ocupada con su sexo.

Ver cómo se daba placer, mientras yo deslizaba la lengua en su entrada y masajeaba su clítoris con los dedos, hizo que mi erección se volviera dolorosa. Sentí punzadas que me recorrían el muslo hasta la ingle, pero nada de eso importaba.

El aroma cítrico de su excitación y nuestro sudor invadió mis fosas nasales, y mi lengua lamió su canal meloso.

Sin que me lo esperara, se inclinó hacia mí y me rodeó la polla con la mano. Mi polla palpité como reacción a su tacto y a su mirada ávida. Los movimientos de su mano empezaron tímidamente, como si estuviera probando cómo hacerlo, pero se volvieron firmes tras unos cuantos intentos.

Con cada movimiento, mi boca se volvía más exigente. Besé sus pliegues como si fuera su boca, tragando los fluidos que salían de su sexo.

Ella gimió, sus músculos se contrajeron y mantuvo una mano masajeando sus pechos y la otra apretada con fuerza alrededor de la longitud de mi polla.

A veces se quedaba inmóvil y gemía, atormentada por la lujuria, pero luego empezaba a masturbarse de nuevo con más ansia. Sus ojos se cerraban por el peso de las sensaciones en su cuerpo, pero los volvía a abrir para ver mi boca devorando su cuerpo.

Cuando el deseo se hizo insoportable, se inclinó y sacó la lengua de la boca. Mi corazón martilleaba en mi pecho, esperando sentir el lametón. La sensación de la saliva contra mi piel era inquietantemente erótica, y casi me corro cuando los labios se cerraron y descendieron, recorriendo toda mi longitud.

Instintivamente, levanté las caderas, deseando que me tragara entero, pero ella se echó hacia atrás y vi los hilos de saliva que cubrían su robusto glande.

Actué como un animal, ensanché la abertura de sus piernas y mi lengua acarició la entrada. Mordí, chupé, quería drenar así todo su deseo. Ella volvió a chuparme la polla y, aunque era inexperta, estaba visiblemente ansiosa.

Lo que al principio parecía una posición precaria se convirtió de repente en la mejor variante de sesenta y nueve que había hecho nunca, y permanecería en esa posición durante horas, pero ella se corrió y su succión se hizo más intensa.

—Joder, Quinn —gruñí, sintiendo cómo todo en mí se tensaba con la succión de tus labios—. Tengo que parar o me correré en tu boca.

Sin darle oportunidad de detenerme, la aparté de mí y la puse a cuatro patas, con el torso apoyado en el brazo del sofá.

No teníamos preservativos, pero ninguno de los dos estaba preocupado por eso. Me coloqué de espaldas a ella, y su culo respingón parecía suplicar una follada, pero deslicé mi polla hasta su entrada. Estaba resbaladiza, caliente e hinchada. Estaba completamente sensibilizada.

Envolví su pelo en un puño y ella se recostó sobre sus brazos enroscados.

—¿Qué quieres, Quinn? —Le rocé el sexo con el glande, ejerciendo una suave presión—. Si me lo pides, te lo daré.

—Fóllame... por favor.

Todavía estaba bajo los efectos del orgasmo, y su voz sonaba como un murmullo dolorido.

—Voy a follarte, pero en algún momento me correré en tu boca. Quiero verte tragar hasta la última gota de mi semen. Empujé, penetrando profundamente, y sentí la estrechez a mi alrededor—. ¿Vas a aguantarlo todo, Quinn?

Empezó a gemir de nuevo y a rodar sobre mi polla, confundida por el nuevo orgasmo que se estaba formando.

—Sí, sí, me lo tragaré.

Empujé una vez más y todo su cuerpo vibró. Yo ya estaba al borde, así que llevé mi mano libre a su sexo.

—Oh, Henry —gruñó, sintiendo mis dedos entre sus pliegues.

Masajeé su clítoris, sintiendo cómo todo en mí se contraía preparándose para la violenta corrida que mi cuerpo vertería en su interior.

Tiré de su pelo con la mano y le giré la cabeza para que su cara quedara de perfil. Besé la comisura de sus labios y bajé hasta su cuello, donde sabía que podía excitarla.

Se corrió durante mis movimientos, y su sexo chupó mi polla con tal intensidad que me dejó llevar.

No recordaba otra experiencia que me hubiera hecho sentir así, y pensé que nunca volvería a vivir algo parecido.

Capítulo Veintidós — Henry Marshall



Henry Marshall

Llevaba casi dos semanas en Washington y me moría de ganas de volver a casa. Planeé pedir la cena en el restaurante que le gustaba a Quinn. Después, pasaríamos unas horas charlando junto a la piscina, que inevitablemente acabarían en sexo, y ése sería el programa perfecto para la velada.

Por desgracia, no siempre podemos poner en práctica nuestros planes, y el encuentro con Kayce y Cleo en el balcón de mi casa me demostró que no todo está bajo nuestro control.

—¿Por qué no me dijiste que venías? —pregunté, saludándole con un abrazo.

—Porque he venido a visitar a esa cosita sin escrúpulos —dijo señalando a Cleo— y no a ti.

Mi cuñada sonreía mientras manipulaba una nueva baraja, tratando de aparentar que entendía el tema.

—Intenta robar en un juego que ni siquiera entiende cómo funciona.

—Eres muy despistada, Kayce —argumentó ella, alzando la voz—. Pero ya que está aquí tu hermano, vamos a dejar de jugar un rato, porque necesito ordenar mi habitación y darme una ducha.

De repente, oí la voz de Maggi a mi lado.

—Cleo Taylor, ¡me alegro de que sepas que tienes trabajo por hacer!

La chica le lanzó una mirada de burla, como diciendo: "*¿Te das cuenta de por qué me he mostrado responsable?*" —pero él miró por encima del hombro y habló con voz inocente.

—Hola, mamá. Acabo de comentarle esto a Kayce.

Mi hermano se rió y yo saludé a Maggi.

—¿Has tenido un buen viaje, Henry? —preguntó, evaluando mi rostro.

Aunque todo en ella gritaba fragilidad, mi suegra era más fuerte que la mayoría de la gente que conocía, y eso me sorprendió cuando la conocí.

—Sí, gracias. Pero siempre es bueno volver a casa.

Asintió y se volvió hacia su hija.

—Vamos, chica.

Cleo recogió todo lo que había sobre la mesa, incluido un espejo orientado hacia el lugar de donde había salido Maggi. Fue entonces cuando comprendí cómo se había enterado del acercamiento de su madre.

—Ven a cenar con nosotros —dije antes de que se marcharan—. No sé a qué hora llegará Quinn, pero te avisaré.

—Sí, vamos. Y dile a mi hermana que las visitas no lavan los platos.

Maggi regañó a su hija, pero en el fondo le gustaba el humor ácido de su retoño.

Invité a Kayce a pasar y dejé mi traje en el vestíbulo para ir a la cocina, donde podríamos charlar tomando una cerveza.

—Ahora dime la verdad y explícame por qué has venido sin avisar.

Tras servirnos las botellas de la bebida, me senté frente a él, y su mirada seria me alertó de una conversación difícil.

—Estaba preocupado por el mensaje que recibí de ti. Habría venido antes, pero tuve que ocuparme de problemas en el rancho, y luego tú estabas de viaje. A la primera oportunidad, quise comprobar que todos estaban bien.

Si me hubiera avisado, podría haber manipulado el escenario.

Bueno, eso era típico de mi hermano, y quizá yo también era así. Andar a escondidas estaba en nuestra sangre.

—¿Cómo están todos en Texas?

Charlamos un rato sobre mi madre y mi padre, y me enteré de que Spencer tenía intención de mantener la tradición de ir a Escocia, pero ese año no tendría compañía porque yo no podía irme y Kayce no se sentía cómoda dejando solos a nuestros padres.

—¿Ha empeorado el viejo John?

—Con la edad, todo empeora, y después de la recaída que tuvo, extremamos los cuidados.

Tomé un sorbo, pensando en cómo podía hacerme más presente antes de que fuera demasiado tarde.

—He querido volver para tratar algunos asuntos pendientes entre él y yo, pero no sé cómo hacerlo.

Kayce me miró fijamente mientras giraba la botella sobre la encimera, y decidí que tenía que hablar con él mientras estuviéramos solos, de lo contrario sería difícil abordar el tema más tarde.

—¿Hablamos de lo mismo?

Podía ser introspectivo y sombrío, pero tenía una aguda percepción.

—Sí. —Consideré cómo empezar, pero no había otra manera—. ¿Recuerdas el accidente en una de las plataformas Titán?

Pensó un momento, recurriendo a sus recuerdos. Aunque no estaba muy familiarizado con los procesos de la petrolera, le resultaba imposible no recordar.

—Claro que me acuerdo. Nuestro padre perdió muchas noches de sueño para resolver el problema y se puso de mal humor como un perro.

—¿Y sabes que fue un error de Titán, pero se pagó mucho dinero a un ingeniero para que asumiera la responsabilidad? —confirmó, un poco avergonzado, ya que este suceso no era algo que nos gustara tener en nuestra historia familiar—. Volvió a salir el tema y descubrí que nuestro padre nos había mentado.

Su mirada perpleja fue la reacción más honesta posible, y recordé que tenía que fingir ante Gilroy, porque él no podía ver lo mucho que me había sacudido la información.

—Y fui amenazado por el tío de Quinn.

—¡Sabía que había algo mal en esta boda!

Su puño cayó sobre la encimera de mármol y podría haberse roto si el material hubiera sido madera.

Le conté todo lo sucedido y las decisiones que tuve que tomar para no exponer nuestros problemas al mundo. No me cabía duda de que Gilroy cumpliría su amenaza, al fin y al cabo, pondría su nombre en el candelero, pero como alguien engañado por un gran empresario.

—¡Joder, Henry! ¡Involucraste a tres mujeres en esta mierda!

—Gilroy Taylor lo hizo, y lo hizo de forma que retiró la ayuda financiera que pagaba el tratamiento de su sobrina.

La sola mirada de Kayce podría matar al maldito policía militar, y si no lo hacía, en algún momento mi hermano le daría una patada en el culo a ese hombre.

—¿Lo sabe Quinn?

—¡Claro que no! Ni tengo intención de hacerlo.

Si antes no se lo dije para no arriesgarme a que lo revelara al público, en ese momento no se lo revelaría para que no me odiara.

Se hizo el silencio entre nosotros; era incómodo, pero le dejé reflexionar sobre lo que acababa de aprender. Yo también tuve que digerir la historia, y con él no sería diferente.

—¡Maldita sea! —maldijo de repente—. Ahora entiendo por qué Jonh recayó. Teníamos una reunión para hablar de su boda y se sintió mal cuando le hablamos de la familia de Quinn. De madrugada, tuvimos que llamar al médico, que lo llevó al hospital, donde permaneció unos días. —Fue a por más cervezas y se lo agradecí—. Pero ¿por qué mintió?

—Tengo que hablar con nuestro padre para saberlo, pero ¿crees que es aconsejable abordar el tema con alguien en su estado de salud?

No respondió verbalmente, pero su fisonomía fue más elocuente que mil palabras.

—Y no creo que Spencer deba saberlo, Henry. No le gusta trabajar en Titán y eso sería un punto más en tu lista de argumentos para dejar a nuestro primo a cargo de todo.

Estuve de acuerdo con él, porque nuestro hermano era el más simpático, pero también el más impulsivo.

—Por ahora, el problema se ha contenido, pero no sé si no habrá más novedades en esta historia. Por eso he decidido mantenerte informado para que estés preparado.

—¿Y seguirás con este matrimonio? ¿Vale la pena hacerlo por política? ¡Tu matrimonio se sostiene con mentiras!

Era plenamente consciente de lo que decía, pero siempre he creído en el sacrificio por los objetivos, así que seguiría mintiendo.

Quinn y yo teníamos una buena relación, y cuando nuestro matrimonio terminara, ella podría permitirse no necesitar ayuda de otros, y su familia estaría a salvo. Además, después de convertirme en presidente, este tipo de historias ya no me afectarían, y podría revelárselas a ella, que decidiría qué hacer al respecto.

Con eso me bastaba.

—Voy a probar la posibilidad de hablar con nuestro padre, pero confieso que me resulta bastante difícil, Henry. Es difícil ver su fragilidad, después de todo, crecimos con un hombre fuerte, pero ese John Marshall ya no existe.

Y quizás sus secretos morirían con él.

Quinn llegó más tarde de lo que esperaba, pero conseguimos sentarnos todos a la mesa, algo poco habitual en mi casa. No era desagradable, sólo diferente de lo que había vivido durante tantos años.

Nunca recibí mujeres, porque no quería generar una intimidad que no formara parte del ámbito de las relaciones que tenía. No es que todas fueran de sexo; en algunos casos también había amistad y afinidad. Sin embargo, la intimidad cotidiana no era algo que me gustara compartir.

La cena transcurrió entre conversaciones sobre familias e historias sobre el rancho que Kayce estaba deseoso de compartir. Se enorgullecía de su trabajo, y no habría mejor persona para

ocuparse del negocio familiar, sobre todo dada su sagacidad en las negociaciones relacionadas con el ganado y los caballos.

Cuando terminamos, Quinn me pidió que la ayudara a recoger la mesa para que su madre no tuviera que hacer el trabajo.

—¿Cuánto hace que no se ensucia las manos, Senador? —se burló Kayce.

Le gustaba y estaba acostumbrado al trabajo manual, por eso eligió ocuparse del rancho, pero sus actividades se limitaban al entrenamiento de los caballos y otras tareas del rancho. Limpiar la mesa no formaba parte de su cometido, y la verdad sea dicha: no tenía tiempo para ello.

—Lo hice muchas veces mientras estudiaba, pero de eso hace ya mucho tiempo.

Recogí el último plato para llevarlo a la cocina y encontré a Quinn agachada frente al fregadero.

—Estoy terminando aquí y... —La agarré y la frase terminó en un aullido de sorpresa—. Henry, tengo que terminar de llenar el lavavajillas antes del postre.

La senté en el lavabo y me metí entre sus piernas.

—Tengo un plan: voy a darle a Kayce un somnífero. Así dormiré hasta mañana y no nos molestará.

Me rodeó los hombros con los brazos y me besó en la mejilla.

—Eres un mal hombre, Henry.

Le mordí el hombro al oírla gemir y la apreté más contra mi cuerpo.

—Espera hasta más tarde, porque te mostraré lo que es ser un hombre malo.

Se rió de la amenaza y me empujó, rogándome que la dejara trabajar.

—Coge la tarta y yo traeré los platos y los cubiertos.

Si estuviéramos solos, me la habría comido en la cocina, pero hice lo que me pediste.

La cena duró poco más de una hora, y después de que Maggi se marchara con Cleo, Quinn fue a nuestra suite y yo le enseñé la habitación que podría ocupar mi hermano.

Me di cuenta de que quería hablar, pero me despedí y me fui a mi habitación. Ya estaba cansado y quería pasar un rato con mi mujer.

Encontré a Quinn saliendo del armario. Ya estaba vestida con uno de sus pijamas con pantalón corto y camiseta, y llevaba en la mano un bote de crema corporal.

—Ha estado muy bien reunir a todo el mundo —comentó mientras se iba a la cama—. Gracias por invitar a mi madre y a Cleo.

—No hace falta que me lo agradezcas, disfruto de su compañía y Kayce sencillamente adora a su hermana. —Aceptó y empezó a untarse la crema en las piernas—. Ahora vuelvo.

Tenía intención de darme una ducha rápida, lavarme los dientes y aprovechar que estábamos solos, pero cuando volví, ella estaba tumbada, envuelta en las sábanas.

—¿Podemos dormir esta noche, Henry? —murmuró cuando me tumbé y la abracé—. Estoy agotada.

—¡Claro que sí!

Quería sexo, pero no podía exigirlo, así que dejé que se acurrucara sobre mi cuerpo, metiendo una pierna entre las mías y apoyando la cabeza en mi pecho.

—Te prometo que mañana te compensaré —prometió, con un deje de risa en la voz.

Yo también aproveché para dormir y descubrí que era bueno dormir a su lado. Por desgracia, no duró mucho. Poco después, nos despertamos con el sonido de un teléfono y Quinn se apresuró a contestar la llamada.

—Mamá, ¿qué ha pasado?

Escuchó un segundo y saltó de la cama.

—Me voy.

Tenía que ser algo relacionado con su hermana para que actuara tan rápido. Fui detrás de ella al armario y le cogí una muda para que se la pusiera.

—Tiene problemas para respirar —explica poniéndose unos vaqueros—. Llevémosla al hospital.

No discutí, terminé de vestirme y fui a decírselo a Kayce. Se despertó sobresaltado, pero completamente lúcido.

—Iré contigo.

Intenté disuadirle, pero estaba decidido y se vistió tan rápido como nosotros.

Cuando llegamos a casa de Maggi, ya estaba vestida y nos llevó a la habitación de su hija.

Cleo respiraba mal, incluso con una máscara de oxígeno. Por primera vez, no hizo ningún comentario gracioso.

Quinn tenía intención de llevar a su hermana, pero yo tomé la delantera y me sorprendió lo ligera que iba. Sudaba, parecía agotada y su ruidosa respiración era húmeda y pastosa.

Las tres mujeres subieron al asiento trasero, apoyándose unas en otras, mientras yo iba al lado del conductor. Kayce nos siguió con uno de los guardias de seguridad.

Desperté a Olyvia y le dije que estaría en el hospital. Tenía que llegar pronto para que no se informara de nada, de lo contrario expondrían a una adolescente.

Cuando llegamos al hospital, todo fue muy rápido, pero eso se debió a que Maggi y Quinn ya sabían lo que había que hacer. Mi hermano y yo nos mantuvimos al margen, a mano para lo que necesitaran.

Me di cuenta de que estaba temblando, realmente asustada por el estado de la niña. Kayce, a mi lado, tenía las cejas fruncidas, estaba callado y pensativo. Sin duda le impresionaba ver a la niña luchando por respirar.

Ser testigo de una crisis así me hizo pensar en la necesidad de trasladarme a un lugar más cercano a los hospitales. Necesitaba hablar con Quinn sobre ello.

Al cabo de unas horas, Quinn se acercó a donde estábamos y se sentó a mi lado. Le pasé el brazo por los hombros y tiré de ella para que apoyara la cabeza en mi pecho.

—¿Cómo está? —le pregunté.

—Está mejor. La han medicado y estará en observación unas horas. —Tiene los pulmones llenos, así que tenemos que esperar a que el medicamento haga efecto.

—¿Qué más necesitas que haga?

Intentó sonreír, pero no estaba de humor.

—Hasta ahora, nada. Hemos hecho todo lo que hemos podido. Henry, por el momento el hospital está relativamente vacío, pero pronto estará más ocupado. Necesito quedarme, pero si quieres, puedes irte.

Observé sus ojos y, aunque no lo dijo, me di cuenta de que no quería estar sola.

—Me quedará un poco más.

Se acurrucó contra mí, buscando apoyo, y Kayce dijo que nos traería café.

—¿Es habitual que tenga estas crisis? —le pregunté cuando nos quedamos solos.

—No es rutinario, pero ha tenido otros. El tratamiento ayuda a prevenirlas. Y también me preocupa mi madre, porque creo que se culpa a sí misma.

Intenté recordar lo que había leído sobre la fibrosis quística, pero no estaba segura de que pudiera evitarse.

—No sé mucho sobre la fibrosis quística, pero no creo que sea culpa de nadie, aunque sea genética.

—No hay que culpar a nadie, pero después de que yo naciera, ella y mi padre siguieron intentando tener otro hijo. Al no conseguirlo, fueron a los médicos y se sometieron a un largo y costoso tratamiento, hasta que funcionó.

—Y cree que condenó a su hija a vivir con el CF —deduje, y ella asintió.

Miré a Quinn y estuve a punto de preguntarle si había pensado alguna vez en tener hijos, pero no era el momento de hablar de ello, así que dejé que mi curiosidad se desvaneciera.

Capítulo Veintitrés — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Había estado haciendo fotos durante tres horas para la entrevista exclusiva que iba a salir esa semana, y me alegré de no haber creído nunca que podía dedicarme al modelaje, porque habría sido inmensamente infeliz.

—¡Sonríe!

Era la décima vez que me lo pedían, pero mi sonrisa era forzada y poco atractiva. El fotógrafo bajó la cámara, visiblemente irritado por mi incapacidad como actriz.

—Tu sonrisa me está asustando, Quinn —dijo mi amiga con una sonrisa en la cara, pero la sonrisa se desmoronó cuando miró al fotógrafo—. ¿Por qué quieres que sonría? ¿Su mal humor? Estamos fotografiando a la mujer de un senador, no anunciando aparatos de ortodoncia.

Los periodistas intervienen en todas las fases de un reportaje, pero Natalie encarnaba al redactor como nadie. Lo seguía todo de cerca y me sorprendió su determinación y liderazgo.

—Hagamos un descanso. —Ella aplaudió y yo se lo agradecí en silencio—. Que alguien sirva bebidas.

Cuando hablé con Olyvia sobre la entrevista exclusiva, me pidió que negociara con Lenses para que yo no fuera vulnerable como empleada.

Entre las exigencias que me hizo, una se refería a los profesionales implicados en el proyecto. Durante la sesión de fotos, sólo estarían en el estudio las personas imprescindibles, lo que me pareció muy apropiado.

Aunque no soy una persona famosa, algunos tabloides pagarían una fortuna por una foto de la mujer de un senador medio desnuda. Especialmente en época de elecciones. Por lo tanto, la circulación del personal de apoyo sería restringida.

Me senté en la silla más cercana y alguien me puso un vaso de agua aromatizada en la mano. Me bebí el líquido frío de dos tragos y pedí más.

Aproveché el tiempo del que disponía para pensar en todo lo que había sucedido en los últimos días. Especialmente la dinámica de mi boda.

Aceptar la propuesta de Henry fue un riesgo no calculado. Reconocía que ya estaba implicada, pero creía que estaría a salvo si me mantenía al margen.

Intenté evitar los momentos amistosos, momentos que, de vivirlos, echaría de menos cuando nuestro matrimonio terminara inevitablemente. Inventé trabajos de última hora para pasar poco tiempo con él y justifiqué mi ausencia con compromisos ineludibles. Lo intenté todo, creyendo que así no correría el riesgo de ahogarme en una pasión sin futuro.

El problema es que una vista nublada nos impide trazar un perímetro seguro. Pensamos que

aún estamos en tierra firme o que sólo nos estamos mojando los pies, así que seguimos avanzando un poco más. Y lo siguiente que sabemos es que estamos metidos hasta la cintura en el agua, luchando por mantener el equilibrio.

Hasta que nos encontramos totalmente inmersos el uno en el otro.

Pensaba que podía arriesgarme, que estaba a salvo, pero descubrir que Henry era más de lo que creía hizo que mi corazón creyera que podíamos tener más de lo que realmente deberíamos.

Porque *el poder y el deber* no siempre van de la mano.

Natalie apareció frente a mí y me aparté de aquellos pensamientos. Eran muy míos, un secreto que no pensaba compartir.

—¡Dime que ya basta, por favor! —le pedí a ella, que se sentó a mi lado.

—Quinn, te quiero y te agradezco mucho la exclusiva, pero necesito dos fotos más. Te prometo que no tardaré más de media hora.

Asentí con la cabeza.

—Está bien, me quedaré media hora más, pero ya te he dicho que Cleo tiene una cita y quiero ir a la clínica.

Hacía tres días que habíamos llevado a Cleo al hospital. Tras unas horas en observación, le dieron el alta con la promesa de que acudiría a su cita ese mismo día.

—Sí, así es. Puedes estar tranquilo.

Natalie siempre fue tan amable que me sentía culpable por no invitarla a mi boda, aunque pensaba que le estaba haciendo un favor.

—¿Quieres venir a mi casa cuando acabemos aquí?

Me miró incrédula, como si la hubiera invitado a visitar la Esfinge.

—Aunque quería aceptar tu invitación, hoy no puedo —se lamentó frustrada—. Pero si me invitas otro día, seguro que acepto.

Antes de que pudiera responder, oímos un movimiento en la puerta y apareció Melanie, nuestra editora.

La mujer parecía un general vestido de Chanel. Infundía respeto y admiración, una combinación difícil de conseguir.

—¿Cómo vamos? —preguntó al detenerse frente a nosotros.

—Estoy cansada —murmuré.

—Y yo, a dos fotos de terminar la sesión.

Melanie recorrió la obra y se dirigió al panel de equipos para comprobar el avance de los trabajos. Natalie se acercó a donde estaba ella y las vi charlando sobre el resultado.

Yo no tenía poder de decisión allí, pero ya había dado mi opinión, que fue respetada.

—He oído que han hospitalizado a tu hermana —dijo Mel mientras se sentaba donde había estado Natalie—. ¿Cómo está?

—Está bien, ha salido del hospital. Ahora está en consulta con el médico que sigue su caso.

Asintió en silencio y me preparé para una conversación difícil, porque ése era su modus operandi: empezar con un comentario amistoso y luego entrar en el tema espinoso.

—Ya hemos tenido esta conversación, pero tenemos que ponernos al día, Quinn. —Su tono profesional ya era intimidatorio, pero en mi situación se volvió temible—. Sabe que su matrimonio ha puesto en peligro su trabajo.

Pensé en Cleo, en el mejor hospital que el dinero podía comprar, en el apoyo que recibimos de Henry e incluso de Kayce, que se quedó un día más de lo previsto solo para poder ver a Cleo cuando saliera del hospital.

Antes tuvimos la ayuda de Gilroy, pero salvo el dinero, no hizo nada. Y sí, el dinero es

importante, sobre todo cuando se trata de una enfermedad, pero recibir su apoyo fue algo sin precedentes para mí, mi madre y mi hermana.

Y especial.

—Sí, lo sé, pero no me arrepiento —respondí, sincero—. Así que, si tienes intención de despedirme, lo entenderé. Puede que me lleve algún tiempo, pero encontraré la manera de conciliar mi carrera con mi matrimonio.

Necesitaba averiguarlo, porque todo apuntaba a que mi marido se convertiría en presidente, y no podía permitirme que mi carrera se estancara durante cuatro años.

Sonrió ante mi sinceridad, pero fue una sonrisa contenida.

—No espero que te arrepientas, Quinn. —Se cruzó de brazos y me miró durante un segundo. —Cuando decidí contratarte, hablé con tus profesores de Columbia y todos fueron unánimes al decir lo mucho que trabajas. Y lo he visto desde que trabajamos juntos. Realmente eres un gran periodista, así que no quiero perder a un profesional que rápidamente sería contratado por la competencia. —Su mirada recorrió la sala y, cuando volvió a hablar, adoptó un tono bajo—. No puedo entrar en detalles, pero Lenses está planeando expandirse y es posible que abra un puesto.

—¿Quieres enviarme a otra ciudad?

—No, en absoluto —aclaró—. Es mi casa la que podría estar abierta.

Murmuré algo y nada salió de mis labios.

—Yo seguiría como redactor jefe, pero mi base estaría en otra ciudad.

No estaba seguro de haberlo entendido, pero me pareció que me estaba ofreciendo su puesto.

—Melanie, no sé si te he entendido bien, pero... Tú eres un editor, y yo soy un novato.

Golpeó el suelo con el pie, pensando qué decir al respecto.

—Te formaría, trabajaríamos juntos durante un tiempo y seguirías respondiendo ante mí. Pero por ahora es sólo un plan, nada está garantizado. —Se encogió de hombros, indiferente, pero yo tenía ganas de saber más—. Creo que no hace falta que te pida que no se lo cuentes a nadie.

Dije que no con un movimiento de cabeza, aún sin saber qué decir, pero tampoco tuve tiempo, ya que se levantó y se fue tan rápido como había llegado.

Terminé la sesión de fotos de mejor humor que al principio. Aunque no se materializara nada, ya me alegraba saber que Melanie me veía como alguien capaz de ocupar un puesto más alto.

Quería contárselo a mi madre, pero esperaría a que estuviéramos solos. Confiaba en mi hermana, pero no me gustaba ponerla en una situación en la que mintiera, y no pensaba revelar el asunto a Henry.

Llegué a la clínica médica y me senté en el mostrador de recepción, creyendo que se tomarían su tiempo, pero en menos de diez minutos aparecieron los dos delante de mí.

—¿Qué tal estás? —le pregunté a mi hermana, que seguía en el suelo y con oxígeno.

—Mucho mejor, pero tengo otra cita dentro de dos días —murmuró—. A veces lo único que quería era ser normal.

Le ajusté el cuello del abrigo y forcé una sonrisa, porque me daba pena.

—Cleo, nunca serías normal como nosotros, los simples mortales.

Sonrió sarcásticamente, retomando su expresión habitual.

—Estoy de acuerdo contigo, realmente nací para brillar. Pero vamos, porque tengo hambre.

Mi madre se rió e hizo algún comentario sobre el apetito de su hija, y yo me olvidé por un momento del posible ascenso.

Tras una rápida parada en casa de mi madre, llegué a casa y Pan me dio la bienvenida como siempre hacía cuando estaba en el trabajo.

—¿Todo bien por aquí? —pregunté, dejando mi bolso sobre la tapicería del vestíbulo.

—No pasa nada. Aproveché el viaje del señor Marshall para organizar la ropa que llegó de la lavandería, pero la puse en el armario de la suite que compartís. ¿Estuvo bien?

Recordé que Henry solía dejar algunas cosas en la otra suite cuando aún dormíamos en habitaciones separadas.

—Sí, perfecto, Pan. Si quieres irte temprano, adelante.

—La señora podría necesitar que haga algo, ya que hay un visitante esperando.

Me dirigí al salón para averiguar quién era y me encontré con Spencer Marshall, mi cuñado.

Estaba sentado en un sillón, tecleando en su móvil, pero se levantó al verme y nos dimos la mano.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunté, desconfiado.

Parecía un hombre de negocios: vestía un traje tan elegante como caro y estaba perfectamente afeitado. Esta persona no se parecía en nada al tipo incómodo que conocí en Texas.

—Llegué anoche; tenía que estar en Nueva York para una reunión esta mañana. Su marido me pidió que la visitara si tenía tiempo. Así podré ayudarte en lo que necesites.

Henry había viajado a Washington esa mañana, pero no sabía que su otro hermano estaría en la ciudad.

—¿Por qué no te quedaste con nosotros?

La sonrisa descarada que apareció en su cara era exactamente igual a la que yo recordaba.

—Cuñada, hay entretenimientos que no puedes ofrecerme.

¡Olvídalo, sigue siendo el mismo bastardo!

—Como puede ver, todo va bien. Así que, si tienes una cita, no nos lo tengas en cuenta.

Se rió, como si hubiera oído un gran chiste.

—Quinn, sé que empezamos con mal pie, pero he venido en son de paz. Henry estaba preocupado por ti, especialmente por Cleo. Y puede que no lo creas, pero me gusta esa pequeña criatura a la que llamas hermana.

Mis hombros se hundieron ante su argumento, porque realmente empezamos con mal pie, pero no parecía mala persona.

—Está bien, olvidemos lo que pasó. —Elegí ser cordial—. Ya que has venido, ¿qué tal si cenamos en casa de mi madre? Haz lo que te pidió tu hermano y luego decide si pasas la noche aquí o vuelves al hotel.

Se rió y volvió a sentarse cuando se dio cuenta de que no tenía intención de echarle.

—Si duermo aquí, mi hermano me arrancará la cabeza. Y todavía tengo planes para ella.

—Deben de ser planos muy modestos, ya que dentro no hay nada útil. —Su mirada perpleja me arrancó una carcajada espontánea—. Le pediré a Pan que nos traiga algo de beber y luego iremos a casa de mi madre.

Lo dejé solo para ir a la cocina, tratando de no pensar en lo que significaba para Henry enviar a su hermano a cuidarnos.

Fueron estos pequeños gestos los que me llevaron a ahogarme en aquel mar de incertidumbre. Necesitaba encontrar la manera de aprender a nadar.

Capítulo Veinticuatro — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Cuando llegué con Spencer, mi madre quería preparar la cena, pero le impedí que siguiera trabajando.

—¡Ni hablar! Yo lo arreglaré. —La agarré de los brazos y la obligué a sentarse—. Comeremos algo.

—¿Vas a cocinar para nosotros, cuñada? —Spencer sonrió con picardía.

No podía controlar su personalidad coqueta.

—Creo que los hermanos Marshall tienen un problema con las mujeres en la cocina, porque Kayce hizo la misma sugerencia que tú. Pediré en un restaurante.

Se rió e intentó decir algo más sugerente, pero me di cuenta de que la presencia de mi hermana lo mantenía dentro de unos límites tolerables.

—Si Quinn cocina, me iré a la cama con hambre. No puedes permitirlo, mamá —dijo Cleo, dramatizando—. Todo el mundo sabe que necesito calorías.

Mi madre se rió de los comentarios, ya que nunca dijo nada negativo sobre las habilidades de sus hijas, ni siquiera en broma.

—La cena estará aquí en media hora —dije al terminar la llamada—. Mientras charlas, pondré la mesa.

Fui a la cocina a por la vajilla que íbamos a utilizar y me alegré del ambiente tan agradable que conseguimos crear con la familia de Henry. No creía que fuera posible, así que me sorprendió positivamente su disposición e interés por ayudar.

Aunque pertenecíamos a mundos completamente distintos, era fácil y agradable hablar con ellos.

Y habría sido mucho mejor si Henry también hubiera estado con nosotros.

Me detuve un segundo, irritada por aquel pensamiento intruso, pero ideas como aquella se estaban convirtiendo en rutina, y surgían en momentos prosaicos. A veces probaba una bebida nueva y pensaba en presentársela, o escuchaba una canción y me preguntaba si le gustaría a Henry. Eran detalles que, sumados, representaban buena parte de mis días.

—¡No pienses! —Aconsejé a mi mente traidora.

Lo llevé todo al comedor, pero oí una voz diferente y, por un segundo, pensé que era él, pero sólo tuve que agudizar el oído para descubrir que me equivocaba.

Dejé lo que estaba haciendo y fui a comprobar quién había llegado, y no hice más que confirmar mi sospecha: Gilroy Taylor estaba junto a mi madre, que le había dado la bienvenida.

—Hola, Quinn —me saludó amistosamente—. Veo que casarte le ha sentado bien a tu

familia.

Señaló al grupo reunido.

—Lo ha hecho muy bien. No sólo por lo que ha aportado, sino también por lo que ha quitado.
—Comprendió la acidez de mi dudosa frase—. ¿Y qué haces tú aquí?

—¡Quinn! —Mi madre reaccionó sorprendida por el tono que utilicé—. Tu tío siempre nos ha visitado, es de la familia.

—¿Lo es? No me acuerdo. —A pesar de contestar a mi madre, mantuve la mirada fija en él.
—¿Echas de menos a tu familia, tío?

Sus labios se curvaron, pero tuvo que seguir fingiendo ser el hombre bueno, preocupado por la viuda de su hermano.

—Oí que Cleo estaba en el hospital, pero me doy cuenta de que no llegué en el momento adecuado.

¡No hay un buen momento para ti!

Me mordí el interior de la mejilla, impidiendo que se me escaparan las palabras, mientras la señora Maggi insistía en mostrarse cordial.

—Estamos esperando la cena. Toma asiento. Te traeré algo de beber —invitó, señalando el sillón.

Spencer lo observaba todo con mirada curiosa, intentando asimilar lo que ocurría. No parecía sociable, aún no sabía cómo actuar. Era como un cachorro que no sabe si mover la cola o morder a un visitante inesperado.

—Sólo he venido a ver cómo está Cleo, no puedo quedarme mucho tiempo.

—No tiene tiempo para tomar una copa, mamá —le dije, antes de que saliera corriendo—. Tengo que traer algo de casa. ¿Puedes venir conmigo, tío?

Mi cuñado hizo ademán de acompañarme, aún inseguro de si era seguro dejarme a solas con el otro hombre. Mi madre se escandalizó, porque yo no ocultaba que no quería a Gilroy con nosotros. En cuanto a Cleo... Bueno, ¡no podría haber tenido una hermana mejor!

—Adiós, tío —dijo ella, indiferente a la presencia del hombre.

Gilroy se resignó y decidió acompañarme, pero tuve que pedirle a mi cuñado que se quedara en casa de mi madre porque quería seguirnos.

Caminamos en silencio durante un largo rato, y sólo hablé cuando estuve segura de que nadie nos oiría.

—¿Qué haces aquí, Gilroy? —Paré al lado de donde él había aparcado—. Y viniste sin avisar.

—Veo que casarte con un Marshall se te ha subido a la cabeza, Quinn. Cuando era tu hermana, no tenías que pedir cita.

No pude evitar la risa sarcástica que me subió a la garganta, aunque me pareció ofensiva. Habíamos llegado a un punto en el que lo único que quería era ser lo más ofensiva posible.

—Lo que me enfurece es que usaste a mi hermana con un fin, ella era un medio para un fin, pero hasta ahora no sé qué querías realmente.

Miré a mi alrededor y había guardias de seguridad por toda la finca, algunos observándonos con interés.

—Deberías agradecérmelo, porque tu familia está mejor que antes.

—No seas ridículo, Gilroy. Tu objetivo no era nuestro bienestar. —Su mirada se entrecerró, expresando verdadera ofensa—. Y no creas que algún día te agradeceré lo que hiciste.

Se rió y apoyó la mano en mi brazo, como si estuviéramos charlando amistosamente.

—No quiero ningún agradecimiento.

—¿Y qué quieres haciendo esto?

—Vine a apoyar a tu madre. Siempre se desahogaba conmigo cuando se sentía cansada.

Debió de desahogarse porque no tenía a nadie con quien hablar, para no parecer frágil delante de sus dos hijas. Mi madre necesitaba distraerse, cuidarse, alejarse de sus problemas. Tal vez un novio.

—Siempre has sido muy servicial, ¿verdad, tío? Los que no te conocen de verdad creen en tu buena voluntad.

No ocultó su disgusto por haber sido saludado así, pero tampoco hizo ningún otro comentario. Subió a su coche y se marchó, pero su última mirada me produjo escalofríos.

Dos días después, terminé el informe que tenía que entregar esa tarde. Era sobre un destacado cantante de música clásica. Aunque me enamoró la historia del chico nacido en la pobreza que se convirtió en una estrella mundial de un género tan elitista, me pregunté cuándo volvería a escribir sobre lo que realmente me gustaba.

Ten paciencia, Quinn. Haz un buen trabajo; rodéate de buenos profesionales, y algún día destacarás.

Eso es lo que siempre me aconsejé, al fin y al cabo, mi carrera no tenía fecha de caducidad y aún era joven.

—Quinn, me voy a casa de Natalie. ¿Necesitas algo?

Aparté la vista del monitor y me encontré a Ryder, el chico que hacía trabajos externos, de pie frente a mí.

—Quiero comer, pero lo haré cuando terminé aquí —dije, tecleando el texto.

Se dio cuenta de que no podía hablar en ese momento y se marchó, dejándome en compañía de los últimos párrafos.

El móvil vibró varias veces sobre la mesa y lo ignoré, igual que ignoré la línea telefónica de la revista. Sin embargo, no tardé en sentir la presencia de otra persona detrás de mí.

—Sra. Marshall. —No miré en dirección a la voz, que reconocí como la de Justin, el guardia de seguridad—. El senador está al teléfono. Dijo que había llamado a tu número, pero no contestaste.

—¿Se está incendiando la casa? ¿Se está muriendo alguien? —pregunté, todavía concentrado en el monitor—. Si no está pasando nada de esto, avísale y volveré.

No me volvieron a interrumpir en media hora y, tras teclear la última palabra, envié mi texto a Melanie, que lo revisó todo antes de publicarlo.

Suspiré aliviada por haber terminado lo que tenía que terminar; el resto lo dejaría para el día siguiente. Podría irme sin la molestia de tener trabajo sin terminar.

Comprobé mi móvil y había tres llamadas de Henry, pero esperaría a tener algo de intimidad antes de llamarle.

Aunque estaba acostumbrada, sentía que Justin seguía todos mis movimientos. Ya no intimidaba al personal, que empezó a considerarlo un objeto de decoración. Algunos de los empleados incluso intentaron concertar citas con él, pero el gilipollas era demasiado profesional.

—Voy a comprar donuts, Justin —dije mientras salíamos a la acera.

Me apresuré a llegar a la caravana, donde Juan me saludó con una sonrisa amable, pero ya no era tan cálida como antes. Nuestras interacciones habían cambiado desde que me casé; tampoco flirteábamos ya.

—¿Lo mismo de siempre, Quinn?

—¡Por favor! No he almorzado y necesito azúcar. No he almorzado y necesito azúcar.

Me atendió con fría cordialidad, el tipo de servicio que se ofrece a los desconocidos. Tras

entregarme el pedido, me dio las gracias como debía haber hecho todo el día, sin mirarme.

No le culpaba, pero no podía evitar preguntarme cómo sería cuando Henry me dejara.

¿Estaría interesada en otro hombre? ¿Sentiría lo mismo que sentía por mi marido? ¿Sería capaz alguien de sacarme de mi zona de confort, por la paz o por la guerra? No tenía respuestas a estas preguntas, y eso me asustaba.

El conductor me abrió la puerta del coche para que subiera y, antes de que pudiera acomodarme, vi a Henry sentado en el otro extremo del asiento.

—¿Qué ha pasado? Hablé con mi madre y todo estaba bien, pero... —Intenté sacar mi móvil del bolso, pero me sujetó las manos.

—Hola, Quinn —me saluda con una sonrisa tranquila—. No hay urgencia. La casa está a salvo y todo el mundo está vivo. Acabo de volver de viaje y he venido a recogerte.

No me moví, sólo dejé que mis ojos escudriñaran a mi alrededor, tratando de encontrar algo mal, pero todo estaba normal. Aparentemente.

—¿Por qué? —pregunté finalmente.

—Porque yo quería. —Se encogió de hombros—. Hacía unos días que no nos veíamos, así que decidí venir a recogerte. ¿Podemos irnos?

Asentí, aún confusa por su comportamiento. Quizá debería alegrarme y disfrutar del momento, pero en el fondo no podía olvidar cómo había sucedido nuestra boda.

Si no hubiera sido por su interés, ni siquiera nos habríamos conocido, y a pesar de todos los momentos que pasamos juntos, seguíamos siendo los mismos.

Él, con su sed de poder; yo, con mi búsqueda de la verdad.

—¿Qué es esto? —preguntó señalando el paquete que tenía en la mano.

—Donut de chocolate y dulce de leche.

La mirada que recibí me hizo estremecer los pies.

Levantó la ventanilla que nos separaba del conductor, me cogió el paquete de la mano y tiró de mí para sentarme sobre sus piernas.

—¿Qué pasa por tu incansable mente, Quinn?

Que desearía no haber sido manipulada por ti para estar en este matrimonio.

—Que tengo hambre.

Intenté retirar el paquete, pero me agarró las manos y las apoyó en sus hombros.

—Algún día confiarás en mí —dijo con convicción, sus labios casi rozando los míos.

—¿Y si eso no ocurre, Henry?

Tomó mi boca en un beso que podría haberse considerado una respuesta, pero no lo fue.

Era una actitud loca. Con necesidad de confirmación. Como si su próximo aliento dependiera de mi exhalación. Pero el futuro no respondió, sólo cimentó el hecho de que nuestros cuerpos se deseaban con la misma intensidad con la que chocaban nuestras mentes.

No, mientras no supiera sus motivos para nuestro matrimonio, no confiaría en él.

Ni en nosotros.

Acto III

ACTO III

«Éramos amantes imperfectos, los dos
dos, demasiado salvajes para
domesticarnos, demasiado raros
para dejarnos ir».

Atticus



Quinn Marshall

No podía negar que después de aceptar la propuesta de Henry e incluir el sexo en la dinámica de nuestro matrimonio, nuestra relación se volvió satisfactoria.

Es satisfactorio extraer clavos, Quinn.

El matrimonio con Henry era otra cosa. Agradable, delicioso, único. Pero también fue inquietante y angustioso, porque por muy bueno que sea algo, siempre puede acabar.

Esa mañana me desperté y ya se había ido, pero había dejado una nota en mi almohada.

"No sé a qué hora volveré, pero intentaré volver hoy. HM."

Me encantó que lo firmara con sus iniciales. No sabía qué podía gustarme de ese simple detalle, pero me gustó mucho.

Habían pasado dos días desde que me recogió en el trabajo y me llevó a cenar al club que tanto alababa. Al principio, pensé que era un lugar más que utilizaba para hacer contactos para su candidatura, pero descubrí que el club era un reducto para que la gente adinerada escapara de sus rutinas. Hombres y mujeres de toda condición comparten ese espacio, y la regla que más me gustó fue: no importa quién seas, no hables de tu trabajo.

Durante dos horas hablamos de trivialidades y, cuando llegamos a casa, tuvimos sexo toda la noche. Por primera vez, no nos peleamos antes de tener sexo y lo celebramos con más sexo por la mañana.

Al día siguiente, Jamie se puso en contacto conmigo para decirme que ya estaba en Nueva York, y yo tenía miedo de lo que pudiera querer decirme.

La felicidad es como una persona que vive dentro de nosotros y trata de defenderse a toda costa.

Pensaba en esto mientras sostenía la nota de Henry y esperaba a que llegara mi amigo. Jamie había elegido una cafetería en Queens, relativamente cerca de la revista, pero yo no tenía ni idea de dónde vivía o trabajaba.

Tal vez llegaría tarde y no podría esperar, o tal vez no aparecería. Los imprevistos ocurren todo el tiempo, ¿no?

—¿Quinn?

Miré a mi derecha y encontré a Jamie Cole, unos años mayor, pero aún con la misma energía amistosa.

—¡Jamie, te echo de menos!

Guardé la nota en mi bolso y me levanté para saludarle con un abrazo. Hablar con él por teléfono estaba bien, pero en persona era mucho mejor. Reconocí al "tío Jamie" del pasado y fue

como volver a mis raíces.

—Déjame verte —me pidió, dando un paso atrás—. No voy a decir nada del tipo "cómo has crecido" porque eso es lo que se le dice a un niño, ¡pero te has convertido en una mujer preciosa, Quinn!

—Gracias.

Le di las gracias y le hice una señal al camarero, que se acercó a tomar nuestros pedidos.

—¿Cómo están tu madre y Cleo? —quiso saber cuando volvimos a estar solos—. La última vez que las vi, tu hermana tenía seis o siete años.

—Ahora es una adolescente, con todo lo bueno y lo malo que eso conlleva.

Se reía a carcajadas y charlábamos mientras tomábamos nuestros cafés. Escuché historias que había olvidado y otras que aún estaban vivas en mi memoria.

Por un momento, olvidé por qué le había conocido. En el fondo, me sentía culpable por haberle buscado sólo para una investigación. Era inteligente y de buen humor, y comprendí por qué mi padre lo consideraba un hermano.

—Le dije a mi madre que habíamos hablado y me enteré de que tu mujer no aprobaba tu amistad con nuestra familia. No lo sabía, y te pido disculpas si te pongo en una situación difícil.

Su sonrisa era un poco avergonzada, pero explicó que su matrimonio estaba en crisis en ese momento y que intentó darle la vuelta, pero todo se vino abajo y acabó en divorcio.

—Por desgracia no pudo ser, pero Leia es una gran persona y la mejor madre que mi hijo podría tener. A pesar de todo, conseguimos salvar la amistad.

Intenté imaginar si Henry hablaría de la misma forma cariñosa y amable cuando nuestro matrimonio se acabara, pero no me gustó la sensación que me llenó el pecho.

—He oído que has seguido los pasos de tu padre.

Dejé a un lado mis pensamientos para centrarme en nuestra conversación. No se merecía que me distrajera con mi futuro.

—Sí, soy periodista. A pesar del bajo sueldo, me apasiona lo que hago. —Probablemente había oído lo mismo de mi padre—. Debes saber que me casé.

—He leído sobre ello. Pensé en llamar para saludar, pero confieso que no tengo experiencia con gente como su marido.

—Tonterías. —Dejé la taza sobre la mesa y cogí el menú, sintiendo que me dolía el estómago de hambre—. Henry es una persona corriente y un político en campaña, así que sin duda es accesible.

Nos reímos del comentario y él me miró fijamente.

—Pareces muy feliz, Quinn.

—Realmente lo soy. Realmente lo soy. —Me sorprendió no tener que mentir, era tan fácil responder—. No todo es perfecto, pero yo lo soy.

—¡Qué bonito! Tu padre estaría encantado de saber que su hija se realiza junto a uno de los hijos de Juan.

Pensé que no había entendido tu comentario y tuve que preguntar:

—¿Usted y John Marshall se conocen?

Se río de un modo agradable y familiar.

—No, no le conocía, pero como su padre era su gran amigo, estoy seguro de que habría sido feliz con este matrimonio.

De repente perdí el apetito, pero no podía soltar el menú. De todas las personas y detalles que componían mi vida, aquel trozo de papel envuelto en plástico parecía ser lo más real en lo que podía confiar.

—¿John Marshall, el padre de Henry, y mi padre eran amigos?

Había pretendido ser sutil con mis preguntas, no quería asustarle ni explicarle mi repentino interés por el pasado, pero todo se vino abajo con ese dato.

—Bueno... yo...

Estaba confuso e indeciso por haber dicho más de lo que debía.

—No intentes crear una historia para justificar lo que has dicho, Jamie. —De todos modos, solté el menú y puse mis manos sobre las suyas, intentando no dejarme llevar—. No puedo decirlo, pero... Por favor, Jamie, no ocultes nada.

Y no sé si fue mi tono de voz o mi semblante lo que enfatizó lo desesperada que estaba por saber la verdad, pero asintió con una profunda respiración.

—Pensé que eras consciente de ello y no creo que sea un problema, pero tu reacción me hizo desconfiar, Quinn.

—Prometo que esta conversación quedará entre nosotros, no le diré nada a mi marido.

Puso una mano sobre la mía y el gesto me recordó lo que solía hacer mi padre.

—No tengo miedo de tu marido, tengo miedo de estropear tu momento de felicidad. ¿Merece la pena buscar la verdad si puede hacerte daño?

"¿Y merece la pena? Quiero decir, ¿puedes vivir con las consecuencias de las decisiones que tomas para convertirte en presidente?"

Recordé la pregunta que le había hecho a Henry y, aunque no obtuve una respuesta clara, estaba dispuesto a todo.

—Jamie, ¿hasta qué punto es fiable una felicidad sostenida por mentiras?

No pudo rebatir mi argumento, así que asintió.

—Lo que voy a contarte son viejas conversaciones que tuve con tu padre. Quizás no recuerde los detalles.

Pedí otro café y esperé a que nos sirvieran, para que tuviera tiempo de organizar sus recuerdos.

—No sé exactamente cuándo surgió el nombre de John Marshall, pero recuerdo algunas veces en las que su padre lo mencionó. Eran comentarios sobre la empresa de perforación que tenía en sociedad con Gilroy o algo de lo que hablaban.

—¿Pero estás seguro de que eran amigos?

—Sí, estoy seguro. En algunas ocasiones, John llamaba a Anthony, y yo escuchaba parcialmente la conversación.

¿Por qué nadie lo mencionó? Me casé en Texas y mi familia me regaló joyas.

Seguramente mi tío lo sabía, pero no estaba segura de si mi madre estaba al tanto de esta inusual amistad.

—Quinn, tu padre tenía una empresa de perforación, así que no es raro que fueran amigos.

Tampoco era habitual, sobre todo porque mi padre no estaba tan implicado en la empresa. Siempre dio prioridad a ser periodista, eso es lo que he oído toda mi vida

Sin embargo, el silencio general sobre el tema es lo que realmente me pareció sospechoso.

—¿No es posible que durante esas llamadas sólo hablaran de trabajo y tú creyeras que eran amigos?

Se rascó la cabeza, visiblemente incómodo al responder a mis preguntas.

—Tengo la sensación de que con cada palabra que digo, clavo otro clavo en una trampa, y me temo que la presa será una persona indefensa —murmuró.

Le comprendía y no me gustaría estar en su situación, pero necesitaba respuestas.

—Cuando era niño, cada vez que cogía el autobús escolar, pasaba por delante de la casa de un

hombre que criaba pájaros. Pasaba largos minutos admirando las jaulas llenas de pájaros de colores que cantaban como si vivieran en un mundo perfecto. Un día, me armé de valor y le pregunté al hombre si me vendía uno de aquellos animales, porque quería tener algo tan bonito como lo que él tenía. Cuando llegué a la casa, descubrí que había habido un incendio y le pregunté a la vecina si alguien había salvado a los pájaros. Me dijo que todos los pájaros estaban muertos y que sólo el hombre que los había criado había conseguido salvarse.

"Así que, Jamie, la criatura más indefensa es la que está atrapada en una jaula, viviendo una vida de mentiras. Y créeme, nadie te salvará cuando llegue el fuego. Todos estarán ocupados salvando sus propias vidas".

Sus ojos me miraron con seriedad, quizá arrepentido de haber aceptado aquel encuentro, pero ya era demasiado tarde para que intentara alejarse de mí

Fingió dar un sorbo a su café y reanudó la conversación.

—En una ocasión, Anthony atendió una llamada de John y oí que la conversación versaba sobre un viaje. —Jamie estaba avergonzado, casi disculpándose por todo lo que estaba diciendo —. De alguna manera, el tema surgió después de que terminara la llamada, y me dijo que él y John habían planeado un viaje de pesca y que estaría fuera una semana.

Recordé las notas de los diarios de mi padre y sentí que pisaba terreno pantanoso.

—¿Recuerdas en qué mes viajaron? Prometo no hacer más preguntas.

Debía tener cuidado, porque empezaba a impacientarse.

—No estoy seguro. Como ya he dicho, ha pasado mucho tiempo. Creo que aproveché las vacaciones escolares de Peter para visitar a la familia de mi mujer y, cuando llegué, quedamos para tomar un café. Anthony viajó unas semanas más tarde, así que debió de ser en agosto o septiembre. No lo recuerdo con exactitud.

Agarré la taza como si pudiera evitar que me hundiera, intentando no mostrar lo disgustada que estaba por las revelaciones.

No sé cómo conseguí aguantar el resto de aquella reunión, y aun así Jamie me mantuvo sentada frente a él durante mucho tiempo, escuchando sus consejos sobre el matrimonio y la familia.

—Quinn, quizás no estaban tan unidos cuando Anthony murió. Eso fue hace mucho tiempo, así que no sé de qué te puede servir. Intenta no ver un problema donde no lo hay.

—No te preocupes, Jamie. Voy a tener cuidado con lo que me cuentes, y puede que en realidad no sea nada. —Le dediqué una sonrisa que le convenció de que era sincera. —Le he dado tu número de teléfono a mi madre, así que, si te llama, por favor, no menciones nuestra conversación.

—¿Me lo harás saber?

—¡Sí, lo prometo!

Se fue preocupado, pero convencido de que yo estaba tranquilo.

Lo que no sabía era que mi matrimonio se reducía a un contrato, y quizá fingió no recordar que mi padre no había pescado en su vida.

—Sra. Marshall, ¿va todo bien? —preguntó Justin, aprensivo.

—¡Todo está muy bien!

Respondí como un autómata programado para dar esa respuesta.

Cuando salí de la cafetería, pedí que me trajeran la revista, pero no hice ningún trabajo. Fui al guardarropa y cogí los diarios de mi padre, que estaban guardados en mi taquilla. Pasé cada página durante horas, intentando encontrar una explicación a todo lo que había descubierto, pero

nada tenía sentido.

Era poco probable que nadie supiera de su amistad, sobre todo si los dos hombres estaban tan unidos. John Marshall podía estar enfermo, pero tenía una mente lúcida.

¿No sabe que soy la hija de un amigo? ¿Podría ser eso lo que impulsó mi matrimonio? ¿Pero por qué Henry no me lo dijo? ¿Por qué Gilroy lo mantuvo en secreto?

Tenía muchas preguntas y ninguna respuesta. Así que decidí buscar a la única persona que podía arrojar algo de luz sobre el tema. Envié un mensaje a mi tío y me planté delante de su edificio, esperando una respuesta.

La pantalla de mi móvil parpadeó y confirmé que era el mensaje que quería recibir.

"Estoy en casa. Puedes subir".

—Espérame, Justin. —Empezó a tratar de impedir que me fuera solo, pero no tuve paciencia para negociar—. Te dije que esperaras, si insistes, vamos a tener un gran problema.

Salté del coche y, después de que me dejaran entrar, subí a la cuarta planta, pero me sentía como en otro país. Nada me resultaba familiar.

Me esperaba en la puerta, con el pecho hinchado y la mirada impávida. Sabía que no podía andarme con rodeos y dejarle ganar tiempo para formular respuestas falsas o evasivas.

—¿De qué tienes que hablarme que sea tan urgente?

—Me encanta cuando puedo ir directamente al grano. —Su postura arrogante vaciló al ver mi determinación—. ¿Por qué nunca me dijiste que mi padre y John Marshall eran amigos?

Nunca había visto a mi tío tan lívido como en aquel momento. En lugar de responder, me arrastró a su piso.

—Hola, Quinn. —La tía Mary estaba en el balcón, inclinada sobre las plantas que cultivaba—. No esperaba...

—Vino a hablar conmigo. ¡No nos interrumpas!

No tuve tiempo de saludar a la mujer que estaba atónita por el comportamiento de su marido. Me arrastraron a un despacho pequeño y feo con un olor desagradable.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó mientras cerraba la puerta.

—Respuesta equivocada, tío. Sólo confirma que eran amigos y que tú lo sabías.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Sabía que intentaría engañarme, pero no tenía humor ni tiempo para sus juegos.

—Se lo preguntaré a mi madre o a quien sea, pero voy a averiguarlo. Y lo que averigüe, ¡lo revelaré al mundo!

Intenté empujarle para llegar a la puerta, pero cerró la mano sobre mi brazo. Mirándole más de cerca, me di cuenta de que tenía una fina capa de sudor en la frente y la lividez persistía.

—No te pases de la raya, Quinn. —gruñó, furioso—. No pongas a tu madre en una situación en la que tenga que elegir.

—¿Elegir qué? —espeté, impaciente ante tantos secretos—. Estoy casada con el hijo de un amigo de mi padre, ¡y todos me han ocultado este secreto!

—Maggi...

—¡No uses a mi madre para impedirme buscar la verdad! —Interrumpí tus justificaciones infundadas—. Ni ella, ni mi hermana ni yo te importamos, ¡y eso ha quedado demostrado!

Estábamos gritando, seguramente mi tía podía oírlo todo al otro lado de la puerta, y tal vez también sabía todo lo que escondía su marido.

—¿Cómo lo sabías?

—Vine a buscar respuestas, no a hacer revelaciones, pero buscaré en otra parte. ¡Sólo no olvides que tú eres el de la campaña política!

Estaba a punto de marcharme de nuevo cuando me detuvo una vez más. Intenté zafarme de su agarre en los brazos, pero me empujó hasta que golpeé la pared con la espalda. Una de sus manos se cerró en torno a mi cuello, y la presión no impidió por completo el paso del aire, pero dificultó mi respiración normal.

—¡Eres tan entrometido como tu padre! —Con la mandíbula apretada, parecía masticar sus palabras y luego prácticamente escupir cada letra—. Anthony también seguía haciendo preguntas, indagando en el pasado, ¡buscando justicia!

—Suéltame, tío —le pedí, empujándole el pecho o intentando quitarle las manos de encima, pero era grande y pesado.

—Ni siquiera sabes lo que intentas averiguar...

Cerré el puño y se lo lancé a la barbilla, de abajo arriba. Se tambaleó con el impacto del puñetazo y dio un paso atrás, conmocionado por mi reacción.

Inspiré, intentando recuperar el aliento, y sentí un ligero ardor en la garganta.

—No vuelvas a intentar intimidarme físicamente, cabrón —maldije, incrédulo ante su comportamiento—. Si querías asustarme, has hecho todo lo contrario. ¡Estoy más decidida y voy a denunciarte a la policía!

Recogí mi bolso, que se había caído al suelo durante nuestra pequeña pelea, y estaba a punto de abrir la puerta, pero su voz me paralizó.

—Eran amantes —dijo Gilroy en voz baja, casi temiendo que se le escaparan las palabras, pero yo entendí cada sílaba—. Tu padre y John Marshall eran amantes.

Sólo pude pensar en una frase que oí mucho en la universidad: la verdad recorre kilómetros antes de llegar a nosotros.

Capítulo Veintiséis — Henry Marshall



Henry Marshall

Estaba reunido con el equipo, viendo una presentación de diapositivas con una lista de temas que formaban parte de la investigación encargada.

—La entrevista de la Sra. Marshall fue positiva para el electorado. Elegimos recoger muestras de datos al día siguiente de la publicación. Como podemos ver aquí —dijo uno de los ayudantes, señalando un gráfico en la pantalla—, muchos votantes compraron la revista para conocer un poco más a Mrs Marshall, Senadora. Y les gustó lo que vieron.

—Por ahora, se trata de una pequeña muestra de Nueva York, Texas y algunos estados clave, pero esperamos ampliar la encuesta en los próximos días —señaló el analista de relaciones públicas—. Y hemos subido tres puntos porcentuales en la campaña, mientras que Víctor ha mantenido su resultado anterior.

—¿Y cuáles eran las críticas recurrentes? —preguntó Oly, tomando notas.

—Aunque disfrutaron de la entrevista, algunos creen que puede haber sido manipulada, ya que la Sra. Marshall trabaja en Lenses.

Si supieran lo mucho que Quinn y Lenses valoran la verdad, reconsiderarían esa opinión.

—Algunos también la consideraban muy guapa, lo que podría atraer la atención hacia la Casa Blanca por motivos equivocados —señaló el ayudante, un poco avergonzado.

—Tenemos que hacerle el feo a Quinn.

Todos se rieron de la broma de mi asesor, y yo no pude evitar el tono cómico.

—Eso es imposible, Oly.

Durante más de una hora debatimos la necesidad de nuevas entrevistas para Quinn y para mí, pero no estaba seguro de si debíamos presionarla más.

Estábamos atravesando una buena fase en nuestra relación, y a veces salían algunas notas sobre nosotros, con alguna que otra foto captada por algún paparazzi, pero teníamos cuidado de no distraer la atención de la campaña.

El día que llevé a Quinn al club, alguien consiguió fotografiarnos, y eso me molestó mucho. Ese programa no era sobre el senador que se presentaba a presidente, era sobre nosotros.

Siempre he sido disciplinado y, cuando me establecí como político, decidí que habría momentos en los que me despojaría de mi profesión para ser simplemente Henry.

Ni senador, ni Marshall, sólo yo. Sin embargo, también sabía que era imposible controlarme el cien por cien del tiempo, así que utilizaba pequeños accesorios para disimular.

Cuando entró una llamada, vibró mi móvil y me aparté de todos para contestar.

—Hola, Kayce. ¿Alguna novedad?

—*En realidad, sí. Intenté hablar con nuestro padre sobre el accidente.*

No esperaba que actuara tan rápido, aunque su lema era no dejar nada para después.

—¿Y cómo fue?

—*Le indiqué la dirección correcta y se puso ansioso. Al día siguiente, preguntó por ti y dijo que necesitaba terminar la conversación que había empezado el día de tu boda.*

Debería haber sabido que no lo olvidaría, pero no sabía cuándo podría llegar a Houston.

—*Creo que es una temeridad tener una conversación difícil con él, Henry.* —Oí la voz de mi hermano cuando el silencio se prolongó demasiado—. *Pero no podemos aplazar este tipo de temas.*

—Encontraré un hueco en la agenda para la semana que viene.

—*Avísame cuando vaya a Houston. Quiero estar cerca cuando tenga lugar esa conversación.*

Terminé la llamada e intenté calcular cuánto de la historia quería saber, pero no pude llegar a ninguna conclusión. La verdad siempre es bienvenida, pero no pensaba separarme de Quinn sin razones para mantener nuestro matrimonio.

No puedes divorciarte, Henry.

Independientemente de cualquier secreto, motivo o circunstancia, mi matrimonio tenía que durar tanto como un mandato. Por eso nos casamos.

—¿Va todo bien? —preguntó Olyvia al acercarse.

—Necesito visitar a mi padre antes de que empeore, Oly. Cuando lo haga, puede que no tenga tiempo.

La ausencia de sus padres durante su infancia le hizo darse cuenta del valor de la familia.

—Dame un día y te sacaré de los compromisos de la semana que viene. Me pondré en contacto con las personas necesarias y lo solucionaremos.

Además, tenía que decidir qué hacer con todo lo que me revelara mi padre, porque no quería tener que lidiar con más sorpresas de Gilroy.

Después de asistir a reuniones, conceder una entrevista a un pequeño periódico del Estado de Nueva York y participar en un importante podcast, una vez más necesité tomar una pastilla para aliviar mi dolor de cabeza.

Tenía la sensación de que cada apretón de manos me producía un impacto en el cráneo, pero seguí repartiendo saludos y sonriendo a todo el que se cruzaba en mi camino.

—¿Se ha instalado tu hermano? —le pregunté a mi asesor después de subir al coche por décima vez.

—Pues sí. Mi sobrina ya tiene una niñera estupenda, así que puede trabajar sin preocuparse. Además, el abogado se encargará del divorcio.

Evalué la situación del hombre y consideré que sería todo un reto criar a una hija sola y seguir dedicada al trabajo. Una niñera facilitaría mucho las cosas, pero seguía estando fuera de mi alcance.

Intenté ver un futuro con Quinn e hijos, y no me pareció desagradable, pero estaba muy lejos.

Después de dejar Olyvia, envié mensajes para ver si Quinn había llegado ya, pero no hubo respuesta. Intenté recordar si tenía alguna cita, pero no se me ocurrió nada.

—¿No ha mejorado su dolor de cabeza, senador? —me preguntó Hoover mientras me frotaba la frente.

Desplacé mi mirada hacia el retrovisor y me encontré con la suya, atenta.

—El dolor ha mejorado, pero estoy cansada —expliqué.

Él y el chófer se turnaban para conducir, y aunque eran grandes conductores, el guardia de

seguridad era más atrevido, lo que significaba menos tiempo en el tráfico.

Envié un mensaje a Justin y pronto supe que mi mujer ya había llegado y que parecía abatida.

Estábamos a veinte minutos de casa, así que no pedí más información. Sin embargo, cuando el coche atravesó las puertas de la finca, algo en mí se agitó, como si presintiera una tormenta.

—¿Tiene intención de volver a marcharse?

—No estoy seguro, Hoover. Ponte a disposición hasta nuevo aviso.

Entré por la puerta y encontré a Quinn sentado junto a la chimenea en una habitación poco iluminada. No podía verle la cara, sólo su perfil encorvado y silencioso, como si estuviera contemplando algo que exigiera su absoluta atención.

—¿Quinn? —grité desde lejos.

Estuve atento a cada detalle y vi su lengua pasar por sus labios antes de que hablara.

—Quiero el divorcio.

No hubo preparación, ni palabras que anticiparan su decisión. Se limitó a lanzar la frase de un lado a otro y, si no me hubiera dado cuenta de que se estaba ahogando, habría creído que ya había llamado a un abogado.

El corazón me dio un vuelco y empezó a latirme de nuevo de forma precipitada e incontrolada, como si no supiera qué hacer.

—¿Qué ha pasado?

Si nuestro matrimonio fuera real, probablemente respondería y actuaría de forma completamente diferente, pero sabía que tenía que seguir las cláusulas de un contrato, y no implicaban actitudes apasionadas.

Me deshice de la chaqueta y me subí las mangas de la camisa, con la intención de ir hacia ella y exigirle una explicación, pero encendí las luces y bajé a la bodega para servirme un trago de whisky.

—Si no contestas, no podremos resolver el problema, Quinn —argumenté.

Me volví hacia ella y analicé su rostro, intentando ver el problema, pero tuve que detenerme cuando vi el alcance de su tristeza.

—Yo... pensé que podría, pero ahora no puedo hablar.

¡Cálmate, Henry!

Me aconsejé a mí misma, pero perdí todo control autoimpuesto cuando ella trató de pasar por encima de mí.

—No te escaparás. —La agarré por la cintura y la hice girar para que me mirara—. ¡No quiero el divorcio! Nosotros...

La frase quedó incompleta ante lo que vi en su cuello. Reconocí las marcas lilas de su piel. Eran los dedos de una mano grande, sin duda masculina.

—¿Qué ha sido eso?

Me empujó y la dejé ir, indeciso sobre cómo actuar, pero desde luego no quería que se sintiera acorralada.

¿Quién la atacó? ¿Por qué nadie me avisó?

La dejé subir a su habitación, pero llamé a Justin, ya que tenía que dar algunas explicaciones, y el hombre parecía asustado cuando entró en la habitación. Hoover le acompañó, después de todo, era su jefe.

—¿Dónde ha estado mi mujer hoy?

—La llevé a un café, donde conoció al Sr. Jamie Cole, un amigo de la familia. Luego fuimos a la revista, donde trabajó unas horas. Cuando se fue, me pidió que la llevara a casa de su tío, el Sr. Gilroy.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¡Dejé órdenes de avisarte si se encontraba con él! ¡Joder! —grité, y mi tono le sobresaltó, pues no era el mío habitual.

Saber que había conocido a su tío me dio una visión general del escenario.

—Senador, la Sra. Marshall amenazó con despedirme y...

—¡Fuera de aquí, Justin! —grité, impaciente por sus disculpas, y me volví hacia Hoover. —Y tú llama a Olyvia. Dile que es urgente.

Subí corriendo las escaleras, saltando cada dos pasos, angustiado por los escenarios que se formaban en mi mente. Cuando llegué a nuestro dormitorio, la encontré en el vestidor, sentada en un taburete.

—Ahora no puedo hablar —balbuceó entre lágrimas—. Me lo he imaginado todo.

Estaba destrozada, como si alguien o algo le hubiera drenado la energía. Me arrodillé frente a ella, tratando de encontrar la forma de revertir la situación.

—Quinn, vamos a resolver esto. No sé exactamente qué pasó y...

—Nuestros padres eran amantes, Henry.

Estaba a punto de ponerle las manos encima, pero me quedé helado. Había ocurrido algo muy grave, así que pensé que estaba en estado de shock, diciendo cosas sin sentido.

—Cariño, ¿de quién estás hablando?

—Nuestros padres, Anthony y John, eran amantes.

En realidad no creía lo que había oído, pero mi mente recorría los recuerdos, escudriñando mis encuentros con Gilroy, todo lo que había oído salir de la boca de ese bastardo, recordando lo que Kayce había dicho sobre nuestro padre, buscando conexiones. Pero nada tenía sentido.

Volví a mirarla, y el azul de sus ojos estaba ahogado en lágrimas que intentaba evitar que cayeran.

—Ahora no importa. —Realmente no importaba. Ni siquiera quería entender lo que decía—. ¿Gilroy te hizo esto?

Le rodeé el cuello con los dedos y ella retrocedió, rechazando mi contacto.

—Por favor, quiero estar sola —pidió con un hilo de voz—. Te lo he dicho para que entiendas que no puedo hablar.

Asentí y me obligué a preguntar.

—Quinn, ¿quieres que llame a un policía para que te denuncie?

—¡No! ¡No quiero hacer nada ahora! —Fue un gran esfuerzo sacarle la voz de la boca.

—Muy bien, te ayudaré a cambiarte. Te ayudaré a cambiarte, luego puedes acostarte a descansar.

Empecé a abrir armarios para coger uno de sus pijamas e hice lo que había dicho que haría. La ayudé a sacar la ropa que se había puesto durante el día y la dejé doblada sobre un mueble, porque todo eran pruebas.

—Cariño, necesito saber: ¿eso es todo lo que hizo?

Ella se limitó a confirmarlo con un movimiento de cabeza, y yo luché por no perder el control, porque el cabrón era hombre muerto.

Después de acostarla, volví al armario y me cambié. Mi ropa de vestir no encajaba con lo que quería hacer.

Antes de salir de la habitación, comprobé que seguía despierta y no intenté forzar una conversación ni ningún contacto, ya que ella necesitaba descansar y yo tenía una cita.

Media hora más tarde, Olyvia llegó y Hoover ya le había adelantado lo que iba a ocurrir.

—Quédate con Quinn. Tengo que salir, pero no pienso tardar mucho.

—¿Adónde vas, Henry?

No di explicaciones, ni siquiera cuando ella insistió, y le dije que sólo Hoover iría conmigo. No necesitaba muchos testigos de mis actos, ya que estarían en total desacuerdo con mi papel de político respetable.

Hoover no preguntó adónde íbamos, se limitó a conducir, tan silencioso como yo. Sin embargo, todo en mi interior se agitaba con anticipación y aprensión.

¿Amantes?

La palabra martilleó en mi mente al ver las marcas en su cuello. Todo parecía desmoronarse, como fichas de dominó en un juego en el que yo no había elegido participar, pero tampoco era inocente.

Cuando llegamos al local, ya era tarde y no tuve tiempo de actuar con decoro.

—Necesitamos entrar sin invitación, Hoover.

Siguió sin hacer preguntas, se limitó a utilizar sus habilidades para derribar la puerta del edificio, y tomamos las escaleras para evitar los ascensores con cámaras.

—Debe estar dormido, Sr. Marshall.

No por mucho tiempo.

Llamé a la puerta con el puño, sin molestarme en ser discreto, y pronto apareció un cobarde en pijama.

No tuvo tiempo de hacer preguntas, ya que la mano con la que había cerrado la puerta se encontró con su cara y cayó de espaldas.

—¡Senador! —Hoover intentó intervenir.

—¡No te metas!

Me agaché para alcanzar al bastardo y lo puse en pie, apoyándolo con las manos en el cuello.

—¡Eres más idiota de lo que pensaba, si creías que ibas a dormir bien después de lo que has hecho!

—Vino aquí y no tuve más remedio que decírselo —tartamudeó, escupiendo sangre.

—¿Crees que te sangra la nariz por haber revelado nuestro secreto?

—¿Nuestro?" ¡Este secreto es sólo tuyo, Marshall!

Mi sonrisa hizo que sus ojos se abrieran de par en par, pero nos interrumpió un grito ahogado.

—¡Oh, Dios mío! —murmuró la Sra. Taylor.

—Sal de aquí, Mary, y espérame en nuestra habitación. No intentes avisar a nadie —le gritó a su mujer, sin apartar la vista de mí—. El senador y yo tenemos una cuenta pendiente.

No comprobé que había cumplido la orden de su marido y volví a darle un puñetazo en la cara al cabrón.

—¡Te mataré, Gilroy! —Gruñí, dando un paso adelante.

—¡Senador! —Hoover me agarró, tirando de mis brazos hacia atrás—. La Sra. Marshall tiene que decidir qué hacer con él.

Fue la justificación de mi guardia de seguridad lo que me impidió acabar con el bastardo.

—Puedes soltarme, Hoover —ordenó, pero no se apartó de mí—. Ahora vas a contarme todo lo que le dijiste, Gilroy. Y acostúmbrate al suelo, ¡porque ahí es donde vas a estar a partir de ahora!

Si hubiera podido, me habría matado en ese momento, pero no intentó moverse.

—¿Qué te dijo?

¡Poco o nada!

—Lo suficiente para que quiera matarte.

Se rió, pero fue un gesto para disimular la rabia que sentía.

—De algún modo, descubrió que su padre y mi hermano eran amigos...

—¿De dónde has sacado eso? —Interrumpí su explicación porque no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Conoces a mi padre?

—No, no lo conozco. Era amigo de Anthony. Para estar cerca de la familia Marshall, tienes que pasar por la cama...

Pateé su cuerpo, impidiéndole completar la vulgar ofensa. El hombre rugió, retorciéndose con la mano presionándole el abdomen.

—Sigo controlándome, porque si te desmayas, no me servirá de nada. —Me agaché y te puse la mano en el cuello, como debió hacer con mi mujer—. ¡Pero no abuses de mi paciencia!

Resopló, y saliva y sangre se mezclaron entre sus labios y dientes.

—Anthony cometió un error al cerrar el proyecto de perforación de la plataforma, lo que provocó el accidente. Su padre decidió proteger a mi hermano y manipuló la información.

—¿Por qué lo ocultaste durante tanto tiempo?

La risa era estrangulada, mezclando rabia y sarcasmo.

—Porque me enteré justo antes de que Anthony muriera, y cuando me enfrenté a él, admitió que tenía una aventura con tu padre. No iba a afrontar las consecuencias sola, ¡maldita sea!

Busqué en su rostro algo que indicara que eran mentiras, pero parecía decir la verdad. Lo cual era tan inquietante como todo lo demás.

—Por eso vendiste la empresa, no querías tener ninguna relación con ella. No borrarías toda la historia, pero la distanciarías aún más del accidente —deduje, y su mirada confirmó mi sospecha.

—¿De verdad te preocupa esto, Marshall? ¡Acabo de decirte que tu padre era el amante de mi hermano!

—Eso es lo que dices, pero no me lo creo.

Se rió, y su risa sonó desquiciada viniendo de una criatura llena de maldad.

—Confronta a tu padre con la verdad y a ver qué pasa.

—Eso es lo que pienso hacer. En cuanto a ti, prepárate, porque si mi mujer decide denunciarte, yo la apoyaré.

Se pasó la lengua por los labios, que crujieron.

—Si lo hace, desenmascararé a todo el mundo, Marshall —amenazó, como había hecho desde el principio—. Y puedes estar preparado para las consecuencias, pero ¿qué pasa con tu madre y tu suegra?

Su mirada se volvió enfermiza, reflejo de su alma.

—Si vendió la empresa para librarse del accidente, ¿por qué amenazó al senador para que se casara con su sobrina? —preguntó Hoover.

Estaba tan concentrado en lo que le había pasado a mi mujer que había olvidado ese detalle. O había olvidado que mi matrimonio era sólo una conveniencia.

—¡Respóndeme, cabrón! —gruñí, apretando la mano que aún tenía alrededor del cuello.

—Porque tengo enemigos que querían investigarme, pero desistieron cuando nuestras familias se unieron. ¡Tu nombre me protegió!

Simplemente no me protegería del odio de Quinn. Y eso era lo único que realmente me asustaba.

Capítulo veintisiete — Henry Marshall



Henry Marshall

Cancelé todas mis citas del día. Olyvia tendría que esforzarse mucho para encontrar excusas a mi ausencia.

No podía dejar que mi mujer lidiara sola con las revelaciones sobre nuestras familias. Yo mismo no sabía qué pensar al respecto, e incluso llegué a pensar que Gilroy mentía, pero una vez que volví a mi casa y reflexioné, todo empezó a tener sentido.

Estuve despierta toda la noche, dando vueltas por la casa, entrando y saliendo de mi habitación para asegurarme de que Quinn estaba bien. A las pocas horas, Olyvia apareció en la cocina y se dirigió a la tetera para prepararnos café.

—Date una ducha e intenta descansar, Henry. No sé qué pasa, pero necesitas estar bien para resolver cualquier problema.

Cuando volví, le pedí que se quedara porque no sabía si tendría que volver a salir y no quería dejar sola a mi mujer.

—Esperaré a que Quinn se despierte —insistí.

—La he convencido para que tome un tranquilizante, así que dormirá un poco más de lo habitual.

Ignoré sus argumentos, porque no me movería de donde estaba.

Me sirvió y se sentó frente a mí, observándome atentamente en un intento de averiguar lo que estaba pensando.

—¿Qué posibilidades hay de que llegue una tormenta, Henry?

—Ya estamos en medio, Olyvia. No te dejes engañar por esta falsa calma.

Nos tomamos el café en silencio y, cuando terminó, fue al fregadero a lavar la taza.

—Me voy a casa a darme una ducha y cambiarme. Luego me voy a la oficina, porque va a ser una locura ordenar tu agenda. Si me necesitas, házmelo saber.

—Llévate a dos guardias de seguridad y prepárate —le advertí—. Y si es posible, evita visitar a tu hermano durante los próximos días.

Se detuvo en la puerta y me miró fijamente.

—¿Estamos en peligro?

No era mi intención crear un pánico innecesario.

—Gilroy ya ha irrumpido en tu edificio, y no quiero que te cojan por sorpresa otra vez.

Aceptó y se marchó, claramente preocupada.

Pensé en todo lo que había pasado, evaluando las consecuencias de la noche anterior. Había dos situaciones y dos caminos a seguir, y ambos eran malos para nuestra vida personal y

profesional

Si Quinn denunciaba a su tío, yo la apoyaría, pero tendríamos que afrontar toda la verdad en público. Nos enfrentaríamos a la prensa y a adversarios políticos, que utilizarían el escándalo para atacarme.

Si mantuviéramos el asunto en secreto, seguiríamos viéndonos obligados a afrontar el problema, después de todo, implicaba a nuestras familias.

Me resistía a la idea de que mi padre tuviera una amante. La posibilidad era tan ridícula que me avergonzaba haberla considerado en algún momento.

Sin embargo, lo cierto es que mintió sobre el accidente.

Aunque reconocía este hecho y lo consideraba totalmente erróneo, la idea de que John Marshall eludiera todo el proceso sólo para proteger a una amante me hizo dudar de mi propia cordura.

—Buenos días.

Oí su voz y me volví hacia la puerta de la cocina. Encontré a Quinn duchada y con una mochila. Podría haber creído que iba a trabajar, si no hubiera sido porque tenía el pelo mojado y rizado sobre la cabeza.

—¿Pudiste descansar?

Dejó su bolso en una silla y fue a servirse un café, pero bordeó la isla para no cruzarse conmigo.

—Ya sabes la respuesta a esa pregunta —murmuró ella—. Henry, ¿viajaba tu padre en alguna época del año?

La pregunta era tan poco razonable que estaba seguro de que estaba relacionada con lo que había oído de su tío.

—No viajó.

Se dio cuenta de mi tono inseguro, pero no insistió. Preparó el café con leche y dejó la taza sobre la mesa.

—Quiero enseñarte algo. —Su voz estaba totalmente desprovista de emoción mientras rebuscaba en su bolso y sacaba un diario—. Fíjate en las fechas en blanco, sobre todo en agosto.

Dejó la encuadernación en la isla delante de mí. Quería hablar, no mirar los compromisos de otra persona, porque sabía que no eran los suyos.

De alguna manera, sin embargo, me daba miedo hacer lo que me pedía, pero revisé varias páginas y fui directamente al mes que ella había citado.

—Vale, Quinn. ¿Qué tiene que ver esto con lo que tenemos que hablar?

Exhaló al mismo tiempo que sus hombros se hundían, y nunca la había visto tan agotada.

—Era el diario de mi padre —explicó, pero yo ya había leído su nombre—. Quería comprobar si tu padre estaba fuera en esta época del año, porque sé que viajaban juntos.

—¿Le creerás a Gilroy?

—Esta información procede de otra fuente. Estaba investigando a mi tío y encontré este diario en los archivos de mi padre que...

—Un momento. —interrumpí al darme cuenta de un dato relevante que desconocía—. ¿Por qué estabas investigando a tu tío?

Se sonrojó de vergüenza, pero el sentimiento dio paso a una mirada decidida.

—Tendría mil justificaciones para ello, pero ya no tenemos que engañarnos, ¿verdad? —Su tono era desafiante y dolido—. Creía que mi objetivo era encontrar algo que pudiera incriminar a Gilroy, pero lo cierto es que cambiaría cualquier información por descubrir el secreto entre vosotros dos.

De repente, todos los meses que llevábamos casados se convirtieron en la mentira de la que siempre nos había acusado.

—¿Ibas a mis espaldas, Quinn?

—No te ofendas, Marshall. Si no hubiera sido por el acuerdo de mantenimiento de energía que firmaste, nuestros caminos no se habrían cruzado.

¿Cómo podía refutar esa verdad? No es que fuera menos doloroso saber que, además de no confiar en mí, quería descubrir mis secretos.

¿Quería desenmascararme? ¿Acabar con mi nombre y mi carrera política?

—¿Y qué vas a hacer con lo que has descubierto?

—Para empezar, quiero el divorcio.

Quinn Marshall

Mi mente repitió todo lo que mi tío había revelado y se reflejó en mi estómago, haciéndolo nauseabundo con las verdades indigestas.

No quería volver a Hampton Bays, pero no podía arrastrar a mi madre y a Cleo a nuestra casa de Queens por la noche.

Teníamos que afrontar el problema de frente, y yo creía que podía, pero olvidé que la pasión nos domina.

Perdemos quiénes somos y nos convertimos en esclavos de este sentimiento que se aferra a la presencia de su objeto de deseo, teniéndonos como rehenes.

Sólo oír su voz llamándome hacía que la pasión se batiera en duelo con mi racionalidad. Mientras la lógica me señalaba las mentiras y todos los riesgos que conllevaban, la pasión era hedonista y quería seguir disfrutando de la vida idílica que creía estar viviendo.

Fui directa y pedí el divorcio. La pasión sangró, gritó y se enfureció. La racionalidad me felicitó, me dio una palmadita en la espalda y me animó a seguir adelante.

Me sentía agotada por tantos sentimientos y pensamientos que castigaban mi cuerpo y acabé postrada. Acepté la ayuda de Henry para cambiarme y dejé que me llevara a la cama. Esa noche no pude discutir, pero tampoco pude dormir.

Horas más tarde, acepté encantado el tranquilizante que me ofreció Olyvia y no quise saber qué hacía en mi habitación.

Dormí y tuve sueños extraños, a veces inquietantes, a veces que parecían el paraíso. Me desperté dolorida y cansada, pero decidida.

Sin embargo, mi determinación se tambaleó cuando encontré a Henry en la cocina, pero me acordé de mi madre, que vivió engañada por su marido.

Dejé que mi mente tomara el control y me dijo que tenía que exponer todas las cartas y atenerme a las consecuencias. Fui sincera cuando le dije que estaba buscando la verdad sobre nuestro matrimonio, más sincera de lo que había sido conmigo misma hasta ahora.

No esperaba que se ofendiera, después de todo, ambos nos habíamos mentido.

—¿Y qué vas a hacer con lo que has descubierto?

—Para empezar, quiero el divorcio.

Su semblante cambió y el obstinado Enrique entró en escena.

—¡Tenemos un contrato, y no estoy dispuesto a renunciar a él!

Respiré hondo para no dejarme llevar por su humor combativo.

—No voy a seguir apoyando una mentira que involucra al hijo de la amante de mi padre. No puedo hacerle eso a mi madre, y tú también deberías pensar en Katherine.

—¡Esta historia es absurda! —estalló, indignado—. Te basas en una mentira para justificar el divorcio.

—¿Absurdo porque se trata de dos hombres o porque no crees que tu padre engañara a tu madre?

—¡No me tomes por un prejuicioso, Quinn! —Se ofendió ante la posibilidad—. Lo absurdo es que lo tomemos como verdad sin siquiera discutirlo.

—Sólo hay una manera de averiguarlo, Henry.

Sus ojos grises me miraron fijamente, decidiendo si aceptaba el reto, hasta que cedió y sacó su teléfono del bolsillo, haciendo la llamada.

—Kayce, necesito que me digas si John tenía la costumbre de viajar en agosto —fue directo, tanto como yo de estar con él—. No me preguntes por qué, pero te lo diré yo mismo.

Escuchó durante unos segundos, pero terminó la llamada sin despedirse. Su mirada permaneció fija en el teléfono, y supe que la respuesta a su pregunta confirmaba lo que intentaba negar.

Guardé silencio para que pudiera ocuparse de lo que acababa de aprender, pero cuando me levanté para salir de la cocina, su voz me detuvo.

—¿Vas a denunciar a tu tío por agresión?

—Debería, pero no tengo intención de hacerlo. Al menos no todavía.

Parecía incrédulo y un poco indignado, pero no intentó convencerme de lo contrario.

—Así que vístete y empaca un bolso. Vamos a Houston a hablar con mi padre.

—¡No! No puedo viajar ahora.

Me miró fijamente y creo que me habría arrastrado si me hubiera negado a acompañarle.

—Quieres la verdad, ¿verdad? Saquémosla directamente de la fuente.

¿Cómo me sentiría si me encontrara cara a cara con John, sabiéndolo todo? Pero Henry estaba decidido, y le vi salir de la cocina, pero no sin dejar un mensaje:

—Te daré toda la verdad que quieras, ¡pero no me pidas el divorcio!

¡Por suerte para ti no soy un cobarde, Marshall!

Apreté los dedos alrededor del asa de la taza, impidiéndome arrojársele a la espalda. Ya arreglaría lo del divorcio después de que todo se hubiera aclarado; primero, tenía que hablar con mi madre y comunicarle el corto viaje que iba a hacer.

Salí por la puerta de la cocina y caminé a paso lento, ganando tiempo para prepararme, porque no sería fácil mirarla a los ojos y no decirle la verdad, pero no podía echarle encima una historia mal contada y con cabos sueltos.

Ella tenía derecho a saberlo, yo tenía la obligación de decírselo, pero no quería ser el portador de este tipo de revelaciones a una mujer que podía parecer una fortaleza, pero que no dejaba de ser un ser humano que sufriría al descubrir que había sido engañada toda su vida.

—Has madrugado, hija —comentó al verme llegar.

No le contesté, sólo la abracé con fuerza, esperando que no se hiciera tanto daño, aunque sería imposible salir impune una vez que lo supiera.

—¿Qué ha pasado? —Su voz se apagó contra mi hombro—. ¿Te has peleado con tu marido?

—Siempre la abrazaba, incluso cuando no conocía a Henry.

Se dio la vuelta para evaluar mi rostro y entrecerró los ojos.

—Pero pareces triste, Quinn.

Puse mi mejor sonrisa y la besé en la mejilla.

—Estoy bien. Sólo vine a decirte que nos vamos a Houston, pero volveremos mañana.

Me hizo un gesto para que bajara la voz.

—Que no se entere tu hermana, o pedirá ir contigo. Cleo no tiene límites y se ha encariñado con Kayce como si fuera de la familia.

Aún existía esa conexión entre la primogénita de los Marshall y la menor de los Taylor. Cleo no conocía a nuestro padre; sus restricciones le impedían tener muchos amigos, y su personalidad tampoco ayudaba, ya que consideraba a todo el mundo demasiado inmaduro para relacionarse con él. Por eso, si él se alejaba de ella, se sentiría profundamente herida.

—Mamá, ¿os peleasteis papá y tú?

Se rió de mi pregunta, pero en realidad no me acordaba.

—Por supuesto. Hubo días en los que quise golpearle la cabeza contra la pared, pero al final nos entendimos. Vivir con otra persona puede ser un reto, independientemente del tipo de relación. ¿Recuerdas a tu compañero de piso que no se llevaba bien con los demás residentes?

Estuve a punto de tirar a la chica por la ventana, pero me contuve.

—¿Querías a mi padre?

Su semblante se volvió melancólico al pensar en ello.

—Sí, le quería, y creo que él también me quería.

Oír esto me hizo sentir más aprensión, pero esperaba que fuera suficiente para suavizar su golpe cuando se enterara de la traición.

Aunque no lo creyera.

Capítulo Veintiocho — Henry Marshall



Henry Marshall

No había hecho todo lo que había hecho para acabar divorciándome. Esa posibilidad ni siquiera estaba en discusión, y nada ni nadie me haría cambiar de opinión. Las familias Marshall y Taylor se verían obligadas a afrontar los hechos lo mejor que pudieran, pero yo no renunciaría a mis objetivos.

¡Si fuera la verdad lo que Quinn quería, la buscaríamos juntos!

Tras dejarla en la cocina, fui a prepararme para el ajetreado día que me esperaba. También decidí que Olyvia merecía conocer toda la historia para poder adelantarse a lo que pudiera ocurrir.

Hice una videollamada y le pedí que no me interrumpiera mientras resumía los hechos. No me interrumpió, pero noté su semblante incrédulo.

—Henry, estamos jodidos si esto se hace público —murmuró, atormentada por la posibilidad.

—Me niego a caer, pero si lo hago, ¡dispararé!

—Tenemos que elaborar una estrategia para hacer frente a esto, porque es muy grave.

Conocía la magnitud del daño, sabía que los pequeños focos de incendio, alimentados por mentiras de todas partes, se estaban acumulando y pronto se convertirían en una tragedia. Pero primero tenía que aclararlo todo en el seno de la familia y después solucionarlo de cara al exterior.

Cuando terminó la llamada, envié un mensaje al piloto para que se preparara para el vuelo y llamé a Kayce y Spencer, pidiéndoles que se prepararan.

Me encargué de todo lo que había que hacer antes del viaje. Cuando llegamos al aeropuerto, Quinn evaluó al equipo de seguridad.

—¿Por qué no ha venido Justin? —preguntó, ya con su habitual humor conflictivo.

—Veo que ya estás mejor —murmuré, apartándome de ella y del olor que me desconcentraba—. Le eché. No me habló de tu visita al tío.

—¡Siguió mis órdenes! —Su mirada se entrecerró al darse cuenta de que no aceptaba su justificación—. Si lo consideras un error, échamelo a mí.

No contesté y, después de embarcar, busqué el asiento más alejado de todos, con ganas de dormir un poco, pero ella me siguió y se sentó a mi lado.

—No cometió ningún error y no se le podía despedir —insistió, decidida a demostrar su punto de vista.

—¡Sí, lo hizo! Gilroy dejó esas marcas en tu cuello porque estabas sola. ¿Y si fue más lejos?

Su semblante expresaba sorpresa por el tono incendiario que se me había escapado, pero la

posibilidad de que hubiera ocurrido algo peor era demasiado inquietante para mi sentido común.

—Si lo intentaba, le darían otro puñetazo. —Arrugó la nariz, como si el hombre le diera asco. *Y tal vez lo haga.*

—¿Le diste un puñetazo? —No ocultó su satisfacción por la hazaña—. ¿Dónde aprendiste a pelear así?

—En la escuela, en las clases de boxeo. —Se encogió de hombros, como si no tuviera importancia—. Después de la muerte de mi padre, mi madre tuvo que ocuparse de muchas cosas a la vez, y yo intenté resolver mis problemas por mi cuenta.

Era incómodo oír hablar de su padre, y no sabía si alguna vez dejaría de sentirlo así.

—No fue culpa de Justin —insistió—. Le amenacé.

—Si se doblaga ante cualquier amenaza, está en el trabajo equivocado. Era su guardia de seguridad, no podía cometer un error tan primario. —Vi que la pequeña boca de Quinn se curvaba en un ceño fruncido y tuve que apartar la mirada, de lo contrario la habría besado—. No puedo despedirte, así que Justin paga el precio.

—¿Despedirme, Marshall? ¡No soy tu empleado!

Salió de donde estaba y fue a sentarse en el extremo opuesto del avión, abrochándose bruscamente el cinturón de seguridad. Movía la boca, pero no emitía sonido alguno, lo que la hacía parecer malhumorada.

Y eso no lo hace menos atractivo.

No tenía ni idea de cómo sería la conversación con mi padre, pero esperaba que fuera suficiente para que renunciara al divorcio, porque eso nos pondría de nuevo en pie de guerra.

Conseguí dormirme durante parte del viaje, y Quinn seguía manteniendo las distancias cuando aterrizamos en Houston. No me dijo ni una palabra, ni siquiera caminando a mi lado.

Cuando subimos al coche, se pasó todo el trayecto mirando por la ventanilla o tecleando en el móvil. No intenté mantener el diálogo, pues no había nada que nos motivara a hablar de trivialidades y ninguno de los dos parecía dispuesto a abordar temas densos.

—No voy a quedarme en casa de tus padres —murmuró aprensiva después de que pasáramos por delante de varios hoteles sin detenernos en ninguno.

—Quedémonos en mi casa.

—Si tienes una casa en Houston, ¿por qué nos alojamos en un hotel el día de nuestra boda?

Realmente se había recuperado, porque percibí que quería luchar.

—Porque necesitábamos algunas imágenes de los dos, pero no quería que la prensa acampara frente a nuestra casa. —No pareció gustarle la respuesta sincera—. Quinn, sabes que había fotógrafos en la entrada del hotel. No la engañé.

Respiró hondo y miró al tráfico, pero luego volvió a encararse conmigo.

—Lo que me molesta es que me incluyas en esto. "Lo necesitábamos", "fotos de los dos", "nuestro hogar", cuando, de hecho, yo no tuve nada que ver.

—Tú eras la otra persona delante del cura, Quinn.

—Pero si hubiera podido elegir, todo habría sido diferente. Y no estoy hablando de no casarme, porque ya hemos establecido que tampoco tuve elección en ese sentido.

El coche entró en el garaje y se detuvo justo cuando ella terminó de desahogarse, y la vi saltar rápidamente, dejándome hacer lo mismo.

Nos recibieron dos guardias de seguridad que estaban en el edificio, y guía a Quinn hasta el ascensor privado del ático. El silencio era tan denso que el interior de la caja metálica se sentía claustrofóbico e irrespirable, pero ella mantuvo la barbilla alta.

—Tenía motivos para trasladar la boda a Texas. —Continué con el tema mientras entrábamos en el piso.

—El lugar no cambiaba nada, Henry. —Se quitó los zapatos y los dejó junto a la puerta antes de volverse hacia mí—. No vine con amigos, sólo estaban mi madre y Cleo. Lo celebramos con *tu* familia, *tus* amigos y *tu* exnovia. Si es que a eso se le puede llamar celebración. Y no me digas que necesitábamos intimidad, porque tú eres el único que la necesita.

Ella entró en el ático y yo me quedé en el vestíbulo, evaluando lo que había oído. Sus argumentos eran irrefutables, porque reflejaban la realidad. Todo se había organizado según las necesidades de mi campaña, empezando por la boda.

Fui tras ella y la encontré dentro de una de las habitaciones de invitados.

—Espero que esté bien tomar esa habitación.

Antes de que pudiera contestar, se dirigió a la puerta y me la cerró en las narices.

—No puedes quejarte, Henry.

No, no podía, pero no renunciaría a ella. Estaba a punto de abrir la puerta y terminar el tema que estábamos discutiendo, pero oí las voces de mis hermanos y volví al salón.

—No te esperaba tan rápido —dije señalando el despacho.

—He venido porque estoy un poco conmocionada por lo que he oído de Kayce y quiero saber si es verdad.

Pedí la cita para poder establecer el tono de la conversación que íbamos a tener con nuestro padre, pero no iba a ser fácil.

—Sí, es verdad —confirmé.

Se sentó en un sillón y no mostró ninguna inclinación a colaborar.

—¿Quieres decir que nuestro padre mintió sobre el accidente, tú lo descubriste y aún así no me lo dijiste? ¿Me pusiste de director general para ser un puto adorno?

—Spencer, ¿podemos hablar de esto en otro momento? —Le pregunté.

—No, discutámoslo ahora. Porque haces lo que quieres con tu vida, Henry. Kayce se mudó al rancho y vive como siempre quiso. Pero me obligaron a hacerme cargo de Titán cuando nadie más quería, ¡y ahora me entero de que me engañaste! ¡Tenía derecho a saberlo en cuanto te enteraras! ¡Joded!

Kayce permaneció en silencio, pero la expresión de su cara decía algo así como: "*Te advertí que utilizaría esto para quejarse del trabajo*".

—No tenía intención de compartir estos problemas contigo, pero necesito hablar con nuestro padre.

—Y quieres compartir la responsabilidad de lo que le pase —Spencer siguió haciendo acusaciones—. ¿Por qué no pensaste en eso antes de involucrar a Quinn en esto?

No estaba en condiciones de ignorar o soportar sus ataques.

—¡No te atrevas a juzgarme, mocosito! Mientras yo hago sacrificios, tú sólo te quejas.

—Estar casado con una mujer hermosa, inteligente e impetuosa es un gran sacrificio. ¡Divórciate de ella y yo ocuparé tu lugar!

Di un paso adelante y le agarré por el cuello.

—¡Di esa mierda otra vez y te parto la cara! —Te amenacé—. ¡No sabes nada, Spencer! Incluso en los días en que estamos bien, me veo obligado a ver el dolor en los ojos de mi esposa. ¡Vi las marcas que el bastardo dejó en su cuello, porque ella nunca confiará en mí! ¡Ese es mi sacrificio!

Kayce se interpuso entre nosotros, impidiéndonos pelear.

—No es el momento de intercambiar golpes, y si insistes en ello, os castigaré a los dos.

Mantuvo la calma para que no explotara todo.

—Estás jodido, Henry —se burló Spencer, con su sarcasmo habitual—. No me voy a quejar, porque tú estás más jodido que yo. Te enamoraste y ahora vas a comer el pan del diablo.

—No sé de dónde has sacado eso, pero no estamos debatiendo sobre sentimientos.

Se rió y fue a servirse un whisky, aunque era media tarde, y yo decidí no pensar en lo que había oído.

—Volviendo al tema que nos trajo aquí, no hay otra forma que presionar a nuestro padre —Kayce interrumpió nuestro intercambio de púas—. Lo que me preocupa es nuestra madre. Así que necesitamos que estés tranquilo, Spencer, después de todo, sabemos que eres el bebé favorito de Madame Katherine.

El otro sonreía, orgulloso de ser el favorito de nuestra madre. Se aprovechaba de que ella le tratara como a un niño pequeño.

—Vamos, pues, porque ya les he hablado de nuestra visita —dije—. Llamaré a Quinn.

Esperaba que mi padre negara la mayoría de las cuestiones planteadas, pero algo me decía que me estaba engañando.

Quinn Marshall

Si la opulencia de todo lo que había visto hasta entonces me había intimidado, llegar a la mansión de los padres de Henry me produjo un desasosiego difícil de superar.

Intenté ignorar el lujo, pero la lámpara de araña y la escalera circular del vestíbulo ya me daban una idea del resto, aunque nada me preparaba para la grandeza de la gran sala de techos altos donde nos sentamos a charlar.

Había obras de arte por todas las paredes, y un piano negro Fazioli reflejaba las luces de una araña de cristal. Los pufs y los sillones mezclaban colores fuertes y neutros, dando a la estancia un tono más moderno.

No mires nada de eso, Quinn.

Me animé a ignorarlo todo, porque no estaba allí para informar sobre el estilo de vida. Sin embargo, como periodista, no podía ignorar que tenía una gran primicia entre manos.

Desenmascarar una trama de amenazas y secretos entre las familias de dos políticos sería la realización de cualquier periodista en ciernes. Sobre todo, cuando una de las partes implicadas es un senador, candidato presidencial con un gran apellido.

Sin embargo, yo nunca lo haría. Y no por el contrato que había firmado o porque estuviera involucrado. Lo que me detuvo fue saber que a John Marshall no le quedaba mucho tiempo de vida.

—No está lo bastante bien para recibir a todo el mundo a la vez —dijo Katherine después de saludarnos—. ¿Qué pasa, hijo mío?

Henry abrazó a su madre, que parecía realmente afligida.

—Vamos a esperar porque tenemos que hablar con él, mamá —explicó Henry, penalizado por la pareja—. Tenemos asuntos pendientes desde el día de nuestra boda.

Spencer cogió a su madre de las manos de su hermano, que la envolvió en un abrazo como un capullo.

—Tu padre duerme mucho, no se va a despertar pronto. Quizá sea mejor que lo dejemos para otro día.

—Mamá —interrumpió Kayce—, ¿por qué no quieres que hablemos con nuestro padre?

Se inquietó, cambiando su mirada entre nosotros, ensayando justificaciones que no eran más que meras intenciones. Hasta que dejó de fingir y empezó a llorar.

—Dime qué pasa, mamá —preguntó Spencer, en un tono totalmente impropio de un hombre de su tamaño, rayano en lo infantil.

El llanto de la anciana era lastimero y doloroso.

—Quizá sea mejor no molestarles —le susurré a Henry.

—No quiero hacerlo, pero no hay otra solución.

Su mano se cerró sobre la mía, que estaba apoyada en su brazo, y comprendí que el gesto era para apoyarme a mí y también a él.

Miré a Kayce, que parecía muy angustiada, y Spencer intentaba calmar a su madre, pero no parecía cómodo con la situación.

Pensé en cómo se lo diría a mi madre. Estaríamos los dos solos, sin abrazos de otras personas para ella.

Sentí que las lágrimas brotaban y no pude evitar que cayeran, y lloré por todos nosotros.



Quinn Marshall

El personal nos sirvió bebidas frías y me tragué hasta la última gota, deseando ocupar mis manos mientras observaba a los niños y a su madre charlando.

—¿Va todo bien? —preguntó Henry.

Me limité a asentir, deseando que todo acabara pronto.

—Tu padre ha estado anotando cosas todos los días, reuniendo documentos, pero le pide a la enfermera que los guarde, como si se dispusiera a...

Katherine no necesitó terminar su frase para que entendiéramos lo que quería decir.

—Creo que sois gente con suerte. —Todos los ojos se volvieron hacia mí al oír mi declaración—. Es triste de todos modos, pero... Creo que deberían darle al Sr. Marshall la oportunidad de hacerlo como quiera. ¿Cuántas personas tienen esa oportunidad? ¿Cuántas personas se despiden de sus familias?

No minimizaría la tristeza que inevitablemente llegaría, pero era un alivio saber que cuando su padre se fuera, estaría en casa, arropado en su cama, recibiendo cuidados y libre de secretos.

Papá murió solo en la acera después de que el atracador le disparara en el pecho. Aunque fue una muerte tan triste como cualquier otra, fue trágica y tan repentina que pilló a todos desprevenidos. Quizá quería contarle, enmendar sus errores, pero no tuvo tiempo.

—Tiene razón, mamá —argumentó Henry, y todos estuvieron de acuerdo.

Pidió unos minutos para preparar a su marido y, cuando nos dijo que podíamos entrar, pensé que sería buena idea no acompañarlos.

—Hay una sala de espera donde puedes esperar si no quieres participar —dijo Henry.

Obviamente, quería seguirlo todo, pero existía la posibilidad de que mi suegro no lo aceptara.

Nos acercamos a él y el olor aséptico, una característica hospitalaria que siempre me molestaba, pasó a un segundo plano cuando vi a John tumbado en la cama parcialmente suspendida. Parecía más delgado y demacrado.

—Hola, papá —le saludó Kayce con un beso en la cabeza.

Los demás hombres siguieron su ejemplo y, al acercarme, me di cuenta de que sus ojos ya no parecían tan lúcidos como el día de mi boda.

Puse mi mano sobre la suya, y la piel era frágil y cálida. Hizo un esfuerzo por sonreír.

—Papá, he venido a hablar contigo, pero ya no podemos hacerlo en privado. He compartido toda la historia con mis hermanos. Y cuando digo todo, es realmente todo.

Ambos se miraron y John asintió con la cabeza. La determinación de mi marido era aterradora. Si hubiera sido mi padre, habría vacilado y renunciado a presionarle, pero Henry no

tenía intención de dar un solo paso atrás.

—Puedo esperar fuera.

—No... —El gruñido de John me impidió irme.

Katherine cogió un sujetapapeles y lo colocó sobre las piernas de su marido para que pudiera escribir lo que quisiera.

—Es un poco más lento. Hay que tener paciencia —susurró, como disculpándose.

Spencer me entregó el portapapeles cuando su padre terminó de escribir. Aunque los trazos eran iguales a los de un niño o faltaban una o dos letras, pude entender lo que estaba escrito: *"Alguien de tu familia tiene que odiarme"*.

Jadeé ante la frase, pero asentí y me senté un poco más lejos de la familia, dándoles el espacio que necesitaban para hablar.

—Papá, hace algún tiempo, Gilroy Taylor vino a verme y me amenazó con documentos que demostraban que su empresa estaba prestando servicios en la plataforma el día del accidente.

El hombre confirmó con un movimiento de cabeza, con aspecto más derrotado.

—¿Amenazado? No lo entiendo, hijo —comentó Katherine, que estaba realmente perdida.

Henry detalló los documentos y lo que mi tío había exigido para mantenerlos en secreto.

—No sabía nada al respecto, ni tuve ocasión de decir que no —expliqué, al notar la mirada de asombro que me dirigía la mujer—. Conmigo utilizó la ayuda económica que dio para el tratamiento de mi hermana.

Mi suegra parecía sorprendida, pero su mirada pasó de la confusión a la indignación.

—Papá, ¿por qué mentiste sobre el accidente en el andén? —preguntó Spencer, siendo un poco más sutil que Henry, pero no menos decidido.

John estaba avergonzado. Miró a cada miembro de la familia, como disculpándose de antemano por lo que estaba a punto de revelar.

Una parte de mi cerebro aún creía que su relación con mi padre era una mentira infundada, algo que Gilroy había utilizado como cortina de humo para desviar la atención de sus crímenes. Sin embargo, cuando el moribundo escribió el nombre de mi padre en aquel portapapeles, algo aún intacto en mí se quebró.

—¿Quién es Anthony? —preguntó Katherine.

John murmuró algo a su mujer, que se acercó, cogiendo las manos de su marido y pidiéndole que se calmara, aunque no sabía de qué se trataba.

—Es el padre de Quinn y era socio de Gilroy en la empresa de perforación —explicó Kayce.

—Y era la amante de mi padre —añadió Spencer, escupiendo la verdad.

—¡Qué coño! ¿No tienes tacto, cabrón? —El primogénito lo maldijo y podría haberlo matado—. ¡Debería haber dejado que Henry te rompiera la cara, así no estarías aquí!

—Con o sin contacto, el impacto es el mismo, ¡y es traición de cualquier manera! —justificó, volviéndose hacia John—. Anthony podría ser un extraterrestre, y el error seguiría siendo el mismo. Metiste la pata, papá.

Acerqué una silla a la cama y ayudé a Katherine a sentarse, pues su palidez parecía presagiar un desmayo. Fui al minibar de la antesala, cogí una botella de agua y un vaso y se lo serví.

—¡Por el amor de Dios! ¡Cállate, Spencer!

Henry vociferó, y el menor obedeció, pero mantuvo su pose indignada mientras se sentaba en el brazo de la silla y abrazaba a su madre, que permanecía en silencio.

Los ojos húmedos de John se volvieron hacia su mujer, que lo miraba asombrada. Creo que si pudiera hablar, se disculparía. Intenté no sentirme incómoda, pero de algún modo me sentía culpable por lo de mi padre.

—¿Tenías un amante? ¿Un hombre? —tartamudeó a su marido, pero apartó la mirada de mí—. ¿Y era tu padre? ¿Lo sabía tu madre?

—No —me apresuré a aclarar—. Nos enteramos anoche. No teníamos ni idea de que se conocían... Quiero decir, aún no se lo he dicho a mi madre.

Sus ojos azules, como los de su hijo, contrastaban con el color rojo de sus escleróticas, y las lágrimas le daban un aspecto frágil.

—¿Cómo has podido hacer eso, John? —gritó, furiosa—. ¿Cómo no me he dado cuenta?

—Cálmate, mamá, hablemos y solucionemos esto —pidió Spencer.

—No quiero hablar. —Empujó a su hijo que la abrazaba y se levantó—. Desearía que estuvieras sano y fuera de esa cama, John, ¡así podría desquitarme contigo!

Tartamudeó, pero fue ignorado mientras ella me miraba y pude ver su enfado.

—No es culpa tuya, lo sé, pero... ¡No puedo mirarte!

Estaba a punto de irme, pero ella se adelantó corriendo y su hijo menor la siguió. Henry me abrazó en señal de consuelo, pero ni siquiera eso me reconfortó.

La situación era terriblemente desagradable y angustiosa. Habían sido años de engaños y mentiras, con el resultado de chantajes, amenazas y corazones rotos.

Deseé que eso fuera todo, sin saber que aún nos enfrentábamos a otro reto.

Henry Marshall

Ver a mi madre tan destruida aumentó mi ira. Estaba enfadada con mi padre, Anthony y Gilroy. Pero no era el momento de sentir rabia, había que actuar y reaccionar.

—Va a ser difícil que te perdone, papá —dijo Kayce, que tampoco parecía inclinada a perdonar—. No voy a fingir que tener una amante tiene el mismo peso si fuera una mujer, porque no es así. No sólo la traicionaste a ella, sino que además mentiste sobre quién eras en realidad. ¿Había otras? ¿Otras?

John negó con la cabeza a cada pregunta, y comprendimos que Anthony era el único. Eso no minimizaba la traición, pero tampoco lo ponía en el papel de frívolo.

—Creo que es suficiente, Henry —murmuró Quinn con simpatía.

—No —gruñó mi padre, angustiado.

Señaló el soporte de la vía y Kayce se dio cuenta de que preguntaba por la enfermera.

Eran estos detalles los que me hacían sentir un mal hijo, porque no entendía nada de lo que mi padre hacía señas o gruñía. Cuando sufrió el derrame cerebral, les visité, me quedé en Houston durante meses, pero pronto me marché, dejándolo todo en manos de mis hermanos y de mamá. Quizá debería haber estado más presente, pero en aquel momento no lo consideré importante.

La enfermera entró en la habitación y era la que más entendía a mi padre, pero antes de responder a la petición de John, decidió examinar a su paciente.

—Creo que necesitas descansar —le aconsejó al terminar el examen, pero John volvió a gruñir, asintiendo y agitando las manos—. Está bien, pero no intentes continuar si te encuentras mal.

Lo curioso fue ver la irritación en la cara de mi padre al ver que le imponían límites, aunque fueran necesarios.

El empleado volvió con una caja y la dejó sobre la cama, explicando su propósito.

—El Sr. Marshall ha anotado algunas cosas que considera importantes y las ha guardado aquí. Quizá algunas páginas sean más difíciles de leer que otras, pero todo ha quedado registrado.

—¿Sabes lo que hay ahí? —pregunté, temiendo que supiera los problemas de mi familia.

—Justo lo que necesita para ayudar a su padre, Senador. La cerradura de la caja es biométrica, y cada vez que me pedía guardar algo, la abría y cerraba delante de él, sin que tuviera tiempo de leerla.

Le agradecí su explicación y, cuando volvimos a quedarnos solos, cogí la mano de mi padre y apoyé el pulgar en la cerradura, oyendo un chasquido sordo. Kayce estaba ansioso y empezó a sacar papeles bajo la atenta mirada de John.

No tenía intención de leer nada allí, pero fue imposible no hacerlo cuando Kayce maldijo.

—¿Qué coño está escrito aquí, papá?

Quinn se sobresaltó al oír la voz, y por primera vez vi a mi padre llorar sin dignidad. Rompió a llorar como un niño pequeño a punto de ser azotado.

Recogí los papeles llenos de letras garabateadas, que más bien parecían un rompecabezas, pero me di cuenta de que estaba confesando todo lo que ya sabíamos. Sobre el accidente, sobre la relación amorosa con el padre de mi mujer, pero también estaba confesando que había proporcionado material genético para que Anthony y Maggi pudieran intentar tener el hijo que deseaban.

Anthony afirmó que se lo diría a su mujer antes de someterse al procedimiento, por si acaso no podía tener hijos. Sin embargo, resultó que mentía. Cuando mi padre conoció a Cleo, tuvo la sensación de que podía ser su hija, porque se parecía mucho a una hermana fallecida.

—¿No lo sabe, papá? —pregunté refiriéndome a Maggi.

Comprendió y sacudió la cabeza con desesperación.

—¿Cómo puede perdonarte mi madre? —gritó Kayce, fuera de control.

Mi mujer permanecía distante, escuchándolo todo sin entender de qué se trataba. De todas las mentiras que había dicho, esa me negaba a sostenerla.

Le puse las hojas en las manos y me miró con miedo, o era mi miedo lo que se reflejaba en sus ojos, porque sabía que nunca nos perdonaría.

Esperé a que leyera lo que había en aquellas páginas y vi cómo por fin conseguía descifrar las palabras. Había horror en sus ojos, la indignación de una mujer, de una hija, de un ser humano.

—¿Cómo pudiste hacerle esto a mi madre? ¿Cómo te atreviste a ir al médico con mi padre? ¿Cómo pudiste no medir las consecuencias? —Su voz era peligrosamente grave—. ¡Te odio, odio a mi padre, y no te mataré porque creo que necesitas sufrir de verdad!

Quinn salió de la habitación sin derramar una lágrima, y yo tuve la intención de ir hacia ella, pero Kayce me sujetó por el brazo.

—Nos odia a todos. Si hablas ahora, podrías sufrir un daño irreversible. Yo iré tras ella y tú cuida de nuestro padre.

Acepté su oferta y me quedé allí, mirando a mi padre, que no paraba de llorar. Quería insultarle, ofenderle, demostrarle cuánto repudiaba lo que Anthony y él habían hecho, pero no podía quitarme el miedo de que Quinn nunca me perdonara.

"No me voy a quejar, porque tú tienes más problemas que yo. Te enamoraste y ahora vas a comer el pan del diablo".

Recordé lo que Spencer había dicho horas antes y me di cuenta de que nunca había acertado tanto en una predicción.

Capítulo Treinta — Quinn Marshall



Quinn Marshall

No podía quedarme en aquella casa; sentía que las paredes se cerraban a mi alrededor. Incluso respirar me costaba un esfuerzo enorme.

Salí al jardín, buscando refugio, queriendo alejarme lo más posible de todos. No quería que me vieran llorar, ni que se me saltaran las lágrimas, pero pensar en cómo decírselo a mi madre me angustiaba.

¿Y cómo decírselo a Cleo?

Tiré del cuello de mi blusa, sintiendo que la tela me molestaba al respirar, aunque mi ropa no tenía nada que ver con la sensación.

¿Cómo pudo papá hacerle esto a mi madre? ¿Me lo habría dicho si no hubiera muerto? ¿Es Cleo la hija de John?

Creer que Anthony se lo revelaría a su mujer no disminuyó la rabia que sentía.

—Sé que nos odias a todos. —Oí la voz de Kayce y me volví hacia él—. Sé que todo esto es imperdonable y me avergüenzo del comportamiento de mi padre. Nuestras madres no se merecían esto.

Asentí con la cabeza, incapaz de decir una palabra. Se me cerró la garganta con el llanto que intentaba contener.

—¿Puedes entender que, indirectamente, mi madre fue violada?

Poner la verdad en palabras hizo que las lágrimas brotaran de mis ojos. Fluyeron como nunca, y creí que me rompía en pedazos con cada sollozo.

Me abrazó, intentando consolarme, pero nada parecía ser suficiente.

—Sí, lo sé —asintió con la barbilla apoyada en mi cabeza—. Tengo el corazón tan roto por todo lo que hemos descubierto que me pregunto si no sería mejor seguir sin saber.

Sí, tal vez lo fuera. La ignorancia puede ser una bendición.

—Mi padre no tenía derecho a hacer eso sin decírselo. Aunque John no lo supiera, no puedo evitar sentir odio hacia él y hacia mi padre —mascullé contra su pecho—.

—Y yo comparto ese odio. —La mano grande me dio unas palmaditas amistosas en la espalda—. Me voy a Nueva York, quiero estar allí cuando se lo digas a Maggi.

—No, se sentirá más expuesta. —Necesitaba hacerlo solo, los dos solos.

—Bien, pero quiero estar cerca. No es justo que haga esto sola. Aunque estoy segura de que Henry no dejará que eso ocurra.

Henry estaba preocupado por la campaña y podría tener que afrontar todas las consecuencias públicamente.

—Es demasiado pronto para pedirlo, pero por favor, no nos odies por culpa de mi padre.

Su voz mostraba tanta tristeza que yo también sentí pena por ellos. Sin embargo, no hice promesas que no sabía si podría cumplir.

Salimos de casa de los padres de Henry y el silencio entre nosotros se hizo asfixiante. La sensación era que nos ahogábamos en frases no dichas y ofensas que permanecían en silencio.

Aunque trabajar con palabras me había proporcionado un vasto vocabulario, no encontraba ninguna que expresara lo absurdo de la situación, así que me callé. Mi mirada se perdía en algún lugar entre los bancos, sin que yo supiera cómo debía sentirme.

Llegamos al piso y entré en el dormitorio, con ganas de ver a mi madre, pero también de alejarme de ella.

Miré a mi alrededor y no había nada que me distrajera de mi mente confusa; me quedé mirando la ciudad a lo lejos. El ático tenía ventanas del suelo al techo por todas partes, lo que, además de aprovechar la luz natural, proporcionaba una vista fantástica del centro de Houston.

Estoy casada con un hombre y ni siquiera sabía que tenía esta propiedad.

No conocer la propiedad era la menor de mis preocupaciones, porque en realidad no sabía nada de Henry.

¿Y cómo te enamoraste de él, Quinn?

Por primera vez, miré realmente el anillo de boda que llevaba en el dedo anular, y era pesado, cargado con un sentimiento de culpa que sabía que no tenía, pero no podía evitar el peso de la responsabilidad.

Si no me hubiera casado, ¿habrían muerto los secretos con mi padre y John?

—¡Quinn!

Oí que Henry me llamaba y llamaba a la puerta, pero me quedé acurrucada en posición fetal. Me dolía todo como si hubiera estado boxeando durante horas.

Pensé que se rendiría, pero de repente la puerta se abrió de golpe y parecía exhausto.

—Vístete. Vamos a dar un paseo.

—No, no tengo ganas de hacer vida social —decliné la invitación con la mejor justificación que tenía en ese momento.

—Yo tampoco. Sólo seremos nosotros dos.

—¿Y cuántos guardias de seguridad? —ironicé, porque nunca estábamos los dos solos.

—No hay seguridad. Llevar pantalones y chaqueta.

Eso me sorprendió mucho, porque salir sin seguridad era algo que no había hecho desde que nos comprometimos.

Hice lo que me pedía y, tras vestirme con los únicos vaqueros que había traído, elegí la chaqueta que pensaba ponerme en el viaje del día siguiente. No había tomado muchas opciones, pero quería evitar volver a ponerme la ropa que había llevado en la visita a mis suegros, como si estuviera impregnada de algo muy dañino.

Sacudí la cabeza, deseando no haber pensado en ello, y entré en el salón, donde me esperaba Henry.

Llevaba vaqueros, chaqueta de cuero y botas, y ese estilo le sentaba tan bien como los caros trajes que llevaba normalmente. Sin embargo, llevaba peluca y gorra, y yo habría visto el lado cómico de su disfraz si hubiera sido un día normal.

Sólo podía pensar en lo mucho que quería olvidar aquel día.

Salimos por la puerta trasera y utilizamos el montacargas para llegar a un nivel inferior del garaje donde habíamos aparcado.

Le seguí, pero me sentía aprensivo, pues no tenía ni idea de cuáles eran sus planes. La incertidumbre duró hasta que nos detuvimos frente a algo cubierto con una lona.

—Tienes una moto —murmuré mientras retiraba la tapa y dejaba al descubierto el vehículo.

—Lo uso pocas veces, pero siempre en Houston.

Sacó dos cascos de un armario y me entregó uno de ellos, antes de quitarse la gorra y la peluca y ponerse el equipo de protección.

—¿Has conducido alguna vez una moto o necesitas una lección? —preguntó mientras montaba.

—Sé cómo funciona.

Puse el pie en el estribo, subí a la moto y le rodeé la cintura con los brazos.

—¿Es firme? ¿Podemos irnos?

—Henry, no soy una niña.

Sentí cómo su cuerpo se estremecía con una risa silenciosa, pero la tensión seguía flotando entre nosotros.

Todo en la ciudad era diferente de Nueva York. A pesar de ser la cuarta ciudad más grande de Estados Unidos, me di cuenta de que estaba mucho mejor planificada que Nueva York.

Henry conducía por anchas avenidas, sin rumbo, dejándose llevar. La ciudad pasaba a nuestro lado en rápidos destellos, pero yo tenía una visión más amplia cuando parábamos en los semáforos.

No sabía que le gustaba ese tipo de paseo para relajarse, pero lo consideraba mejor que estar en medio de hombres y alcohol.

Aparcó para consultar algo en su teléfono móvil, pero no volvió a llamar ni respondió al mensaje. Antes de incorporarnos al tráfico, levantó la visera y centré mi atención en su rostro, parcialmente oculto.

—Íbamos a pasar por el barrio de los museos. —Mi mirada seguía hipnotizada cada letra que pronunciaban sus labios—. Todo está cerrado a esta hora, pero la próxima vez lo visitaremos de día.

Era una ducha fría, pero intenté mirar los edificios horizontales e incluso conseguí distinguir los detalles de alguno. Aun así, estuve pensando en tu frase sobre una futura visita.

No volvería a Houston. Al menos no con él. Después del divorcio, encontraría la manera de vivir con mis nuevas verdades. No sabía cómo, pero tenía que encontrar una manera de ser lo suficientemente fuerte como para estar allí para mi madre.

¿Desaparecerá alguna vez? ¿Alguna vez dejará de sangrarme el corazón al pensar que todo empezó con un contrato y acabó en angustia?

Lo rodeé con mis brazos, me acomodé contra su espalda y, a pesar de la tristeza que desbordaba mi pecho, nunca me había sentido tan vacía.

La visita duró más de lo que había imaginado y recorrimos buena parte de la ciudad. Me sugirió varias veces que paráramos para que pudiera estirar las piernas, comer algo o simplemente ver alguna atracción turística.

Me negué todas las veces, pensando que sería bueno que no tuviéramos que volver y enfrentarnos a la realidad. Si fuera posible, elegiría pasar el resto de mi vida en esa moto a su lado.

Por desgracia, el mundo no se compone de nuestras elecciones, y cuando le vi emprender el camino de vuelta, me di cuenta de lo mucho que iba a sufrir en los días venideros.

—¿Senador? —Hoover tenía una mirada atormentada cuando nos vio salir del ascensor

privado—. Pensé que usted...

—Deja de tartamudear. Acabamos de dar un paseo.

Nos cruzamos con él, que se quedó literalmente boquiabierto, y no pude evitar que me hiciera gracia.

—¿No suelen escapar de los guardias de seguridad? —pregunté cuando entramos en el piso.

Me quité la chaqueta y las zapatillas, esperando su respuesta, pero al volverme para mirarle, me di cuenta de que estaba observando lo que hacía.

—No. De hecho, ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que lo hice —reanudó la conversación, con cara de desconcierto—. No suelo ver la necesidad.

—Hoy ha sido un día atípico —murmuré, íntimamente agradecida de que no formara parte de mi rutina—. Gracias por el paseo. conseguí distraerme.

No apartó la mirada de mi cara y decidí que necesitaba alejarme antes de desmayarme.

—Voy a ducharme y a pedir algo de comer. Te espero para cenar.

Oí su voz detrás de mí, pero no acepté ni rechacé la invitación porque no podía hablar.

Mi mente intentó retroceder en el tiempo para averiguar cuándo me había enamorado de él, con la esperanza de que si escudriñaba el momento exacto en que ocurrió, podría deshacerme de ese sentimiento.

La pasión es como el veneno, si encuentras la dosis exacta que no te mate o el antídoto, saldrás vivo después de ingerirlo.

—¿Me has oído?

Sentí su mano en mi codo y un escalofrío recorrió mi cuerpo. La pasión en mis venas clamaba por él, por su tacto.

—I... Todavía no tengo hambre, así que... —Tartamudeé, intentando negarme.

—Acabamos de desayunar, Quinn. Ayunar no resolverá nuestros problemas.

—¿Y qué vas a resolver, Henry? Cuanto más pienso, menos soluciones encuentro. Todo lo que hemos descubierto es tan impensable que a veces creo que estoy en medio de una pesadilla. ¿Qué le voy a decir a mi madre? No me refiero sólo a la traición de su marido, sino también a Cleo.

—Lo sé, y me horroriza todo —suspiró, atormentado—. John sólo sospecha, no está seguro de que Anthony haya utilizado su material. Sé que la sola idea es demasiado mezquina y sórdida, pero seguimos esperando que todo sean sospechas.

Aún me aferraba a ella, creyendo que mi padre no había llegado tan lejos, pero parecía que todo podía empeorar por momentos.

—No sé cómo hablar con mi madre —confesé, porque eso era lo que más me angustiaba.

—Si no quieres que esté allí, al menos espera a que esté en casa. Odiará a toda mi familia, pero no intentes hablar con ella a solas. No estás sola, Quinn.

Realmente quería creerlo, pero sabía que no éramos pareja.

—Eso espero —mentí, y él se creyó mi sonrisa.

—Cena conmigo y luego vuelve a nuestra habitación —susurró, envolviéndome en sus brazos y apoyando su boca en mi cabeza.

—Pide la comida mientras me ducho. —Me aparté de sus brazos y me enfrenté a él—. Pero me quedaré en la habitación de invitados.

No le di tiempo a insistir, porque no sabía cómo negarlo.

Capítulo treinta y uno — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Volver a en Nueva York significaba enfrentarse a otra parte del problema, que, en mi opinión, sería la más triste de todas. No es que fuera fácil para ninguno de los implicados, pero me costaría mucho esfuerzo contárselo todo a mi madre y aún tendríamos que elegir qué revelar a Cleo.

—¿Mamá? —grité al entrar en su casa.

—¡Estoy aquí, en la cocina!

Seguí su voz y casi renuncié a lo que tenía que hacer cuando la vi tan distraída de la realidad, cortando verduras.

—No te esperaba tan pronto, niña. —Inclinó el cuello para recibir un beso mío—. ¿Has tenido un buen viaje?

—¿Está Cleo en la escuela? —respondí con una pregunta y ella no se dio cuenta de la maniobra.

—Sí, tiene que ponerse al día con los exámenes que se ha perdido, así que estará fuera todo el día. —Picó las verduras en la tabla mientras seguía contándonos la noticia.

Charlábamos de trivialidades que no aportaban nada a nuestras vidas, pero yo seguía creyendo que necesitábamos ese tiempo, cuando, en realidad, el tiempo era una necesidad sólo mía.

Si Spencer hubiera estado aquí, nos lo habría contado todo de un tirón.

—Hablé con Jamie y no sabía que se había separado.

Esa fue la señal para que iniciara la conversación que me llevó a su casa.

—Mamá, siéntate aquí un momento. —Apoyé la mano en la silla de al lado—. Si tienes el fuego encendido, apágalo, porque tenemos que hablar largo y tendido.

Su mirada estaba llena de desconfianza y sentí miedo de su reacción, pero no podía dejar que mis sentimientos me dominaran.

—Cuando alguien me dice "tenemos que hablar" —ya estoy preocupada, pero cuando se trata de una "larga conversación" —estoy un poco aterrorizada.

—No va a ser una conversación fácil y ni siquiera sé por dónde empezar.

Se dio cuenta de mi miedo y, como siempre, se mostró decidida.

—Soy un experto en esto —murmuró, limpiándose las manos en un paño de cocina y sentándose frente a mí—. Empieza por el principio, luego pasa al medio y llegaremos al final.

Asentí y tomé un sorbo del zumo que me había servido, sopesando si debía contarle que mi matrimonio era una farsa, porque sentía que se me hundía un cuchillo en el pecho cada vez que

pensaba en ello.

—Mamá, recuerdas lo repentino que fue mi matrimonio.

—¡Claro que sí! Yo sospechaba, pero puedo ver que estás realmente enamorado.

Mi risa era amarga y cansada, y ella se dio cuenta.

—¿Qué pasa, Quinn?

—Bueno, para empezar, mi matrimonio se reduce a un contrato. Mi tío nos manipuló y chantajeó para que nos casáramos.

Mi madre no pronunció ni una sílaba, se limitó a escuchar lo que había hecho mi tío. Mientras le contaba los detalles, podía ver los sentimientos que despertaban en ella. Odio, vergüenza, bochorno, indignación... todos estos sentimientos se hacían evidentes en sus ojos, en sus mejillas, que se sonrojaban, pero luego palidecían. Con cada nuevo sentimiento, tenía más miedo de llegar a la peor parte.

—¡Cálmate! —preguntó al enterarse de que mi tío me había agredido—. ¿Te ha puesto las manos encima?

—No importa. Le di un puñetazo y... —Buscó marcas en mi cuello—. ¡No importa, mamá!

—¡Claro que importa! ¿Por qué no lo denunciaste?

—Porque mi padre fue el culpable del accidente en el andén. —Sus ojos se abrieron de par en par, sorprendida—. Porque el padre de Henry lo manipuló todo para exonerar de culpa a mi padre...

Me froté las manos en los vaqueros que llevaba puestos, intentando calentarlos, y por un momento pensé que ojalá tuviera a Spencer a mi lado.

—¡Quinn, térmalo! —Ella exigió.

—No es el final de la historia, pero es donde todo empieza a empeorar —le expliqué, y ella asintió, aunque pude ver la duda en su rostro, como si no creyera que todo pudiera empeorar—. John Marshall y mi padre eran amantes.

Hay un instante en el tiempo, uno o dos segundos, que una persona necesita para procesar cierta información, y mi madre no era una excepción.

—¿Era esa mentira la justificación de tu tío? —gruñó tras escuchar parte de la historia.

—Mamá...

—Necesito estar solo.

Se apresuró a salir de la cocina y yo permanecí sentado, dándole tiempo, pero no me iría de aquella casa sin revelar toda la verdad.

Me dediqué a comprobar si había algo que pudiera hacer, pero me limité a guardar las verduras cortadas y a organizar el desorden de la cocina, ya que cocinar realmente no era mi fuerte.

Cuando no tenía nada más útil en lo que ocuparme, contestaba a los mensajes y leía las noticias, pero media hora después, cuando supuse que era tiempo suficiente para que se recompusiera, fui a buscarla y descubrí que mi madre había salido de casa.

—¡Mierda! —maldije al llegar al salón y mirar la puerta entreabierta.

Había un pequeño puesto cerca de la salida donde colgaba las llaves, y la copia de la llave de mi coche había desaparecido. Salí corriendo y paré al primer guardia de seguridad que me encontré.

—¿Has visto a mi madre?

—Se fue con su coche, Sra. Marshall.

—Coge un coche, vamos a por ella —le ordené, y él me miró confundido—. ¡Corre!

Intenté llamarla varias veces, pero no contestaba y no sabía si preocuparme o tranquilizarme.

Como estaba alterada, podía acabar provocando un accidente si intentaba hablar por teléfono mientras conducía.

El guardia de seguridad paró el coche delante de mí y yo me apresuré a entrar. Mientras me abrochaba el cinturón, sentí vibrar mi teléfono en el bolsillo y pensé que era ella, pero vi el nombre de Henry en la pantalla.

—¿Adónde vas? —preguntó inmediatamente—. ¿Qué ha pasado?

Estoy seguro de que el equipo de seguridad le dijo que me fui a toda prisa.

—Creo que mi madre ha ido a por mi tío —tartamudeé, angustiada—. Sé que habíamos quedado en que hablaría con ella cuando estuvieras en casa, pero... no podía esperar.

—Es comprensible, Quinn. Iré a casa de Gilroy e intentaré interceptarla. Vuelve a la casa y te avisaré.

—¡No! No esperaré.

Maldijo, pero no intentó persuadirme para que cambiara de opinión.

—Bien, pero si llegas primero, espérame. ¿Entendido?

Terminé la llamada sin prometer lo que nunca cumpliría. No dejaría a mi madre a solas con aquel hombre, sobre todo después de descubrir de lo que era capaz.

No tenía intención de esperar a Henry, y no me disculparía por ello. Así que cuando estuve frente al edificio, pulsé varias veces el interfono, pero nadie contestó y ya me estaba planteando llamar a la policía para saber dónde estaba mi madre.

—¡Eres testaruda, Quinn! No ibas a esperarme, ¿verdad?

Henry apareció a mis espaldas, visiblemente molesto.

—No está aquí —respondí, ignorando su reproche.

—Sí, así es. Vi tu coche en la esquina, en el otro lado.

Señaló en dirección contraria a la que yo había llegado y empecé a marcar el número de la policía, pero me detuvo diciendo que no era necesario.

—Hoover abrirá la puerta.

Esperé a que el guardia de seguridad hiciera su magia y, cuando se despejó la entrada, prácticamente corrí hacia el ascensor, temerosa de lo que pudiera estar ocurriendo. Si mi madre estaba allí, ¿por qué nadie respondía al interfono?

Llegamos al pasillo y descubrimos que la puerta del piso estaba abierta. A cada segundo me sentía más aprensiva, pero encontré a mi madre hablando con mi tía. Las dos lloraban, una intentando consolar a la otra.

—¿Mamá? —grité, y ella miró por encima del hombro, sorprendida de verme—. ¿Estáis bien mi tía y tú?

—Tenemos que llamar a la policía, Quinn. Tu tío escapó, pero es el que mandó matar a Anthony.

Y justo cuando pensaba que nada más me sorprendería, el mundo dio un nuevo giro.

Henry Marshall

Llamé a Olyvia porque necesitaba su ayuda para coordinar todo lo que ocurriría desde el momento en que llamara a la policía. Llegó lo antes posible, pero insistió en que tenía que sacarme de allí.

—¡Sólo me iré de aquí con mi mujer!

Se dio cuenta de que no tenía elección y ya no insistió en obligarme a marcharme.

Por suerte, el alcalde era partidario mío y, tras confirmarme que no había habido ningún delito en ese momento, envió a su propio comisario de policía para que nos atendiera discretamente.

Pensé en llamar a un abogado, pero cualquier cosa que dijera en ese momento sería informal, después de todo, ni siquiera había un delito en curso que justificara una investigación.

Mary Taylor, la esposa del diputado, hizo las primeras aclaraciones. Según ella, después de salir de casa de Gilroy, éste se descontroló, y ella se enfrentó a él para averiguar por qué había hecho daño a su propia sobrina.

—No es un hombre amable, pero nunca me ha pegado ni a mí ni a nuestro hijo —explicó—. Pero en ese momento parecía otra persona. Empezó a hablar de huir, de que tenía que escapar antes de que todo el mundo se enterara de lo que había hecho.

—¿Y qué hizo, Sra. Taylor?

El Comisario hizo preguntas y dio tiempo a la mujer para que respondiera con calma.

—Decía cosas inconexas sobre un accidente en un andén y que tenía que callar a su hermano. —Empezó a llorar y Quinn le ofreció a su tía un vaso de agua—. No entendía qué significaba "hacer callar a su hermano" ni por qué sacaba el tema después de tantos años, pero supongo que le presioné demasiado y acabó confesándolo todo.

Esperamos a que continuara, pero Mary estaba cansada y necesitaba que la animaran a hablar.

—¿Podría detallar qué confesó? —el Comisario insistió en saberlo.

—Dijo que Anthony había descubierto que él había provocado el accidente y que pensaba denunciarlo todo a la empresa que los había contratado. —Quinn me miró cuando se dio cuenta de que la referencia era a John.

—¿Sabes por qué causó este accidente?

—No estoy seguro, pero mencionó su intención de vender la empresa, pero que Anthony no lo aceptaría y por eso tuvo que hacer lo que hizo.

—¿Y por qué no llamaste a la policía inmediatamente?

Las lágrimas brotaron con más fuerza y parecía avergonzada.

—Me negué a acompañarle y dudé de que realmente se marchara. Si Maggi no hubiera llegado y me hubiera sacado de mi trance, quizá seguiría esperándole.

Se volvieron a formular las preguntas y de nuevo la mujer repitió las mismas respuestas, que dejaban claro que decía la verdad y que no había más remedio que reabrir la investigación sobre la muerte de Anthony.

El comisario pidió registrar el despacho de Gilroy y, tras comprobar que no había documentos ni nada que indicara su paradero, se marchó con la promesa de que intentaría mantener el asunto alejado de la prensa.

—Iré a buscar al alcalde en tu nombre —susurró Olyvia—. Te traeré noticias más tarde. Vete a casa y evita los lugares públicos hasta que sepamos cómo se difundirá la noticia.

Le agradecí que hubiera resuelto la situación. Cuando volvimos a quedarnos solos, Maggi se acercó y se detuvo delante de mí. Había tanta acusación y dolor en sus ojos que tuve que

esforzarme por no encogerme.

—Gilroy se lo contó todo a su mujer, pero para no hacerme daño ni a mí ni a mis hijas, omitió el hecho de que su padre había sido amante de mi marido. —Sentí un dolor físico cuando oí lo que dijo—. También omitió el hecho de que Cleo era hija de un hombre que yo ni siquiera conocía...

Maggi se atragantó y yo alargué la mano para consolarla, pero ella repelió el contacto.

—No sé qué pretendía mi marido y nunca lo sabré, pero... —Respiró hondo, esforzándose por terminar lo que quería decir—. Nada de esto será revelado, porque quiero preservar a mis hijas. Así que asegúrate de que no se conviertan en noticia.

—Me encargaré personalmente, Maggi. No tengo palabras para expresar lo destrozado que estoy por todo esto.

Asintió con la cabeza y vi cómo cerraba los puños.

—Voy a volver a mi casa de Queens y mis hijas, las dos, volverán conmigo.

Tuve que reprimir todo lo que llevaba dentro para no oponerme a su decisión, no era el momento de enfrentarse, no después de que ella hubiera descubierto toda la historia de forma tan dramática. Pero no le daría el divorcio a mi mujer.

Y joder que el mundo está sufriendo, sangrando, ¿no voy a renunciar a mi matrimonio!

—Mamá, lo arreglaré. Vámonos porque tenemos que recoger a Cleo del colegio. —Quinn la abrazó, pero se volvió hacia la otra mujer—. Tía, te vienes con nosotros.

—Gracias, pero llamé a mi hijo, que llega esta noche. Tenemos que decidir qué vamos a hacer, pero sigo pensando que Gilroy se pondrá en contacto en algún momento.

Me sentía como una mierda en medio de todas esas mujeres, pero mis sentimientos no tenían ninguna relevancia frente a todas las revelaciones que las rodeaban.

—Tú vete a Hampton y yo me quedaré en un hotel —decidí, negándome a que se marcharan tan repentinamente—. Y te juro que entiendo todo tu enfado, Maggi, pero Cleo no entenderá nada si tiene que volver a mudarse.

Apelé a su papel de madre y aceptó mi oferta. Si mi suegra no aceptaba, utilizaría cualquier método para impedir que volvieran a Queens.

Bajamos a la calle en completo silencio, pero me sentía agotada por todo lo que estaba ocurriendo.

—Uno de los guardias de seguridad se llevará tu coche, Quinn —le dije cuando abrí la puerta para que subiera—. Tenemos que hablar.

Me miró como si quisiera memorizar mi cara.

—Supongo que nos hemos quedado sin sorpresas, ¿eh? —La sonrisa triste era sólo un intento de suavizar el momento—. Voy a pedir el divorcio y espero que me facilites las cosas, Henry.

No contesté, me limité a verla marchar, pero no tenía por costumbre facilitarle la vida a nadie.

Capítulo treinta y dos — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Con el paso de los días, todo se fue calmando. Mi madre aún no se ha recuperado del todo, pero su psicóloga la conoce bien y sabe cómo ayudarla.

A pesar de nuestra preocupación inicial, Cleo fue la que mejor recibió las revelaciones. Insistió en que la vida está llena de finitudes y que no hay que sufrir más allá de lo necesario.

Por supuesto, eso es lo que me dijo a mí. Con nuestra madre se mostraba preocupada, atenta a lo que pudiera estar sintiendo la señora Maggi, como si fuera la tutora de la mujer que la concibió y dio a luz.

En cuanto a mí... Bueno, intenté no pensar en mi propia vida. Todavía tenía un certificado de matrimonio, firmado con el apellido Marshall, pero en realidad no estaba ni casado ni soltero.

Henry se negó a darme el divorcio, aferrándose al contrato que habíamos firmado, y nada pudo convencerle de que cambiara de opinión. Sus hermanos hablaron con él, su madre lo intentó, pero nadie tenía argumentos suficientes y él seguía inflexible.

Nos habíamos mudado de nuevo a Queens, incluso en contra de los deseos del hombre que concedía entrevistas y se refería a mí como su esposa.

Insistió en que nos quedáramos en su casa, alegando que no iba a volver a los Hamptons, pero ni yo, ni mi madre ni Cleo nos sentimos cómodos con la situación.

—¿Puedo pasar? —Cleo estaba en la puerta de mi habitación.

Su mirada tímida era una novedad que no sabía cómo manejar.

—Por supuesto. —Dejé el escritorio y me senté en la cama—. ¿Tienes algún problema?

Se sentó a mi lado y permaneció en silencio, como si no supiera cómo expresar lo que quería.

—¿Te encuentras mal? —Le toqué la frente con el dorso de la mano.

—No, pero no sé qué hacer. —Suspiró tristemente—. Mamá tiene toda la razón al odiar a la familia Marshall, ¿no?

Sentí que entraba en terreno frágil y que debía tener cuidado con mis respuestas para no causar más daño.

—Mamá sigue herida. Es un tipo de herida que duele cada vez que alguien la toca, excepto las personas a las que queremos.

Ella asintió, juntando las manos.

—¿Pero tengo que odiarlos a todos también? Quiero decir, puedo fingir que odio a Spencer y Henry, pero no puedo hacer eso con Kayce.

Aunque tenía su favorito, no quería sentirse así por ninguno de ellos y se había esforzado por no demostrar que le gustaban los hombres que podrían haber sido sus hermanos.

Aún no habíamos hecho una prueba de ADN, pero en algún momento sería necesaria. No por los adultos de la historia, sino por la niña que tenía delante, que merecía la verdad.

—Mamá no odia a toda la familia, y tú tampoco tienes que ser su enemigo.

—¿Puedo hablar con ellos?

A pesar de todo lo que había pasado, no creía que aquellos hombres le dijeran ninguna palabra cruel a mi hermana. Así que no había razón para impedir que siguieran en contacto.

—Puedes hablar con ellos, hablar de ellos, pero no lo hagas cerca de la Sra. Maggi.

—Hablaré contigo. —Sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros y empezó a teclear como sólo saben hacerlo los adolescentes—. Mandan mensajes todos los días.

Saqué el móvil para leer lo que quería que viera, y había mensajes diarios de los tres hombres, cada uno con un tono diferente.

"Buenos días, pequeña sin escrúpulos. Sé que las cosas están confusas, pero estoy aquí para lo que necesites. Cuando puedas, avísame si estás bien".

—Kayce —explicó, abriendo otra conversación y señalando con el dedo—. Es Spencer.

"Chica, sabes que todo va a salir bien y que te voy a llevar a Disney, ¿verdad? Dime si estás bien".

—Y éste es Henry —me dijo, abriendo otro chat para que lo leyera.

"Buenos días, Cleo. Sé que no quieres estar en contacto ahora, pero si necesitas algo, llámame. O pídele a uno de los guardias de seguridad que me avise".

Los guardias de seguridad seguían turnándose en la puerta de mi casa. Henry incluso hizo caso omiso de la indignación de mi madre y le explicó que Gilroy seguía en libertad, por lo que podría intentar acercarse a nosotros.

—Envían mensajes todos los días, aunque no reciban respuesta. Y creo que los guardias de seguridad pasan información sobre nosotros.

Seguro que te mantienen informado de todo lo que pasa en esta casa.

—Y quieres hablar con ellos, ¿verdad? —Ella movió la cabeza en señal de confirmación—. Cleo, no tienes por qué guardar silencio.

Mi madre no quería contárselo todo a su hija, pero yo sentía que era importante que conociera toda su historia. Pedimos ayuda a una psicóloga, que intervino en el momento en que se lo revelamos, orientándonos siempre sobre la mejor manera de abordar el tema.

—Prometo que no dejaré que mi madre lo vea.

Necesitaba hablar con la señora Maggi, no podía fomentar los secretos entre una hija y su madre, pero en aquel momento era lo mejor que podía hacer.

—Bien, pero lo arreglaré para que no sea un secreto.

—¡Gracias, Quinn! —me agradeció, rodeándome con sus brazos en un fuerte abrazo—. Eres la mejor hermana que tengo, y eso no cambiará, por muchas que vengan.

Se marchó a toda prisa, ansiosa por responder a las preguntas que se habían acumulado durante los dos últimos meses.

Llevaba casi sesenta días sin ver a Henry, sólo le veía en los programas o respondía a sus llamadas.

Aunque los problemas familiares implicaban a dos políticos en campaña, gran parte de ellos se mantuvieron en secreto.

El periodo electoral resultó muy favorable para nosotros. Hubo un acuerdo tácito entre los principales partidos, que no utilizaron lo poco que se murmuraba en la prensa. El partido en el poder guardó silencio para no exponer a sus candidatos, mientras que la oposición no quiso dar más espacio a la competencia y acabar acusando a inocentes.

También me hizo posponer la solicitud de divorcio. No era el momento de hacer movimientos que pudieran llamar la atención sobre nosotros.

—¡Quinn, han encontrado a tu tío!

Mamá entró corriendo en mi habitación, y yo habría preferido que no se hubieran referido a él como un pariente, pero era difícil abandonar algunos hábitos.

—¿Cómo lo has sabido?

—Henry llamó para avisarme —murmuró, con cuidado, como hacía siempre que mencionaba su nombre cerca de mí—. Me preguntó si quería hablar con Gilroy. Si quiero, ahora es el momento, ya que todavía está en la comisaría.

—¿Y tú?

Se quedó pensativa un largo rato, valorando si era necesario escuchar a su cuñado.

—Tal vez no tenga las respuestas a mis preguntas, pero las tengo. —Entiendo tu necesidad—. ¿Puedes venir conmigo?

—¡Claro que sí! Cleo puede quedarse sola unas horas.

—Henry se ofreció a dejar a Olyvia con ella, y creo que puedo aceptar, ¿no crees?

Indirectamente, me estaba pidiendo mi acuerdo.

—Sí, mamá. Se puede confiar en Olyvia.

Saber que Olyvia se quedaría en mi casa indicaba que él nos acompañaría. Y yo no sabía cómo me sentiría estando delante de él.

Llegamos a la comisaría y, hasta entonces, no había conocido a Henry, pero antes de salir del coche, le vi salir del otro lado del aparcamiento y caminar hacia donde estábamos.

Parecía un pilar de fortaleza. Su aspecto era tan impecable como siempre y sus fuertes hombros parecían capaces de llevar el mundo auestas. Sin embargo, cuando estuvimos cara a cara y se quitó las gafas de sol, me di cuenta de su abatimiento.

—Hola, Quinn —dijo, inclinándose para besarme.

Fue un beso rápido y casto, pero sentí su aliento contra mis labios, y eso fue un reflejo de mi reacción.

Respiramos el uno en el otro.

—Lo echaba de menos —murmuró, con los ojos fijos en los míos.

No tuve tiempo de responder cuando mamá apareció a nuestro lado. Me aparté, estremecida por lo que estaba despertando en mí. Me sentía como si hubiera estado en coma, y su sola presencia hacía que la sangre circulara rápidamente por mis venas.

—Hola, Maggi. —Se saludaron, y mi madre parecía ansiosa—. ¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí, lo necesito. Creo que lo necesito.

Nos condujo al interior del edificio, donde un abogado ya lo había preparado todo, ahorrándonos la espera en la recepción, donde inevitablemente nos reconocerían.

Entramos en una habitación que parecía una caja con una sola puerta de acceso. La luz y las paredes blancas daban al lugar un aspecto de hospital. Sólo había una mesa con cuatro sillas, que Henry sacó para que nos sentáramos.

Cogí la mano de mi madre, que estaba visiblemente fría y tensa. Forcé una sonrisa alentadora y ella me apretó los dedos, dándome a entender que estaba bien.

Gilroy entró en la sala, acompañado de un detective, y cuando nos vio, su semblante pasó de derrotado a arrogante.

—Puede llamarme cuando haya terminado, senador —advirtió el policía, mientras esposaba a mi tío a un perchero de la mesa.

Estábamos solos, y durante dos segundos mi madre se quedó mirando al hombre sentado frente a nosotros.

—¿Por qué has hecho eso? —Preguntó ella—. Pensé que eras amigo de nuestra familia, Gilroy.

—Yo era amigo de su familia, pero su marido era amigo de otro hombre.

—¡No seas vulgar con las mujeres! —Henry rechazó el ataque que el otro hombre estaba a punto de hacer—. Di la verdad, y no te preocupes, no hay cámaras en esta sala.

—Por supuesto que no documentarían al senador en este vertedero —Gilroy fue mordaz en su acusación, pero se volvió hacia mí y mi madre—. Y a todo esto, ¿para qué habéis venido?

—¿Cómo supiste de Anthony y...?

—¿Cómo me enteré del romance entre mi hermano y John Marshall? —preguntó, cuando mi madre no pudo terminar la pregunta—. ¿De verdad quieres que te lo cuente?

—Sabe mentir, así que no te tomes al pie de la letra todo lo que oigas —advertí, porque era capaz de cosas crueles.

Me miró con odio y, si hubiera podido, me habría atacado de nuevo, pero se entretuvo buscando cámaras en el techo antes de volver a hablar.

—Cuando se enteró de que yo era el responsable del accidente, pensó decírselo a su amante —las palabras escaparon de su boca con rabia—. Tenía en mayor estima a su amante que a mí, que era su hermano.

—¿Te ha hablado de Cleo? Por favor, no me mientas. Por todas las veces que he sido tu amigo, sé honesto, al menos sobre eso.

Me di cuenta de que mi madre había acudido a aquel lugar sólo para obtener aquella respuesta. Era todo lo que necesitaba saber, pero me preocupaba lo que pudiera oír.

—Le habló de las dificultades que estaba teniendo para quedarse embarazada y de que podría buscar un banco de donantes.

—Sí, hablamos de ello, pero nunca me interesó realmente —recalcó, como si necesitara aclararlo.

—Me ofrecí a ayudarle, pero me dijo que nunca confiaría en mí, aunque fuera mi hermano. La mirada que recibí de Anthony fue de puro asco. —La amargura en su voz y en sus modales era dañina, podía contaminar.

Se hizo el silencio y Gilroy no parecía dispuesto a decir nada más. Henry llamó al policía para que se llevara a mi tío, pero antes de salir de la habitación se mostró un poco humano.

—Maggi —llamó, antes de marcharse—. Anthony dijo que esperaba obtener tu perdón algún día, y que él también te quería.

Nada de eso tenía un resultado práctico, pero tal vez ayudaría a curar las heridas que mi padre dejó en mi madre.

Me apresuré a sacarla de allí y se quedó en silencio, analizando todo lo que había oído, como si tuviera un rompecabezas entre las manos.

—¿Puede alguien amar a dos personas tan diferentes? —susurró la pregunta, más para sí misma que para mí.

—Mamá, no intentes analizar los sentimientos de mi padre, nunca lo sabremos. Ahora es el momento de cuidar de ti y de Cleo, sois prioridades.

La ayudé a subir al coche y me volví hacia Henry, que nos seguía de cerca.

—¿Se va a poner bien? —preguntó.

—Sí, cuidaré de ella. Gracias por organizar esta reunión, mi madre lo necesitaba.

—Espero haberte ayudado de verdad —respiró hondo—. Creo que yo también necesitaba oír

algo.

Él y sus hermanos quedaron realmente sorprendidos por todo lo que descubrieron.

—¿Y cómo está tu madre? —pregunté, después de todo, ella también había sido golpeada.

—¡Quiere vengarse! —La risa que acompañó a la frase era cansada—. Se fue de casa, estuvo fuera unos días, pero ahora ha vuelto. Está muy dolida. A veces amenaza con pedir el divorcio para volver a casarse; otras, dice que va a hacer un largo crucero y a gastarse todo el dinero de la familia en hombres jóvenes.

—¡Dios mío! Katherine sabe cómo vengarse —murmuré, encontrándolo todo mucho más ligero que en casa.

—Tenemos que hablar, Quinn. —Intenté negarme, pero se me adelantó—. No digas que no tenemos nada más que decir, porque no es cierto. Nuestra situación sólo se resolverá cuando nos sentemos y pongamos las cartas sobre la mesa.

Estaba tan cansada de huir, de pensar en ello, que me encontré aceptando la oferta.

—Define dónde y cuándo, y allí estaré.

Subí al coche y me fui, creyendo que podría convencerle de que me diera el divorcio.

Capítulo Treinta y Tres — Henry Marshall



Henry Marshall

Vi a Quinn marcharse y me cansé de aquella escena, pero ya lo solucionaría después de terminar lo que había empezado.

—Senador, ¿le digo al abogado que espere?

Respiré hondo, tomando un poco de aire fresco, antes de volverme hacia mi guardia de seguridad.

—Arreglemos esto de una vez por todas, Hoover.

Volví al claustrofóbico cubículo, esta vez con el abogado a mi lado. Volvieron a empujar a Gilroy por la puerta y no pareció alegrarse de verme.

—¿Qué demonios quieres ahora, Marshall? —gritó, furioso—. ¿Ni siquiera puedo librarme de ti en la cárcel?

Le indiqué que podía dejar a Gilroy sin esposas.

—Cállate y pon el culo en esa silla, y alégrate de no estar en el suelo, donde dije que estarías.

—¿También has venido a por respuestas? —se burló, tomando mi pedido—. Puedo negociar algunas.

—No, no los necesito, pero quiero tu firma en este documento.

Le puse el maletín delante y lo apartó como un demonio reaccionaría ante un objeto sagrado.

—La última vez que me pusiste documentos delante fue para que dejara de ser el tutor de Cleo —refunfuñó, apartando los papeles.

—Es curioso que lo menciones, porque le investigué durante todo el tiempo que estuvo desaparecido. Su antiguo abogado estuvo dispuesto a ayudarme después de que lo visitara con mi guardia de seguridad.

Sus ojos parecían a punto de salirse de sus órbitas, sorprendidos por la información.

—Había detalles que no encajaban en la historia, así que decidí analizarlos yo mismo. Para empezar, la muerte de Anthony se produjo unos años después del accidente en el andén, y no mencionaste cómo averiguó que tú eras el culpable. Deduje que Anthony te investigaba porque no confiaba en ti, pero ¿qué le haría desconfiar de su propio hermano?

Permaneció atento a lo que le decía, pero no quiso negarlo ni confirmarlo, para no implicarse aún más en los crímenes.

—Usted provocó el accidente porque pensaba vender su empresa a alguien que necesitaba una entidad jurídica con un nombre limpio para firmar grandes contratos de perforación. Además del dinero de la venta, ganarías una comisión, pero no se la pasarías a Anthony.

—No planeé un accidente de esa magnitud, ¡todo se me fue de las manos! —explicó, como si

eso supusiera alguna diferencia.

—Y mi padre protegiendo a su amigo le hizo perder esa negociación, ¿no? El problema es que eres codicioso. Años después, tuviste la oportunidad de volver a hacer negocios, pero entonces Anthony lo descubrió todo y se enfrentó a ti. ¿Estoy en lo cierto?

Permaneció en silencio.

—Creo que se enfrentó a usted y discutieron, pero ¿qué hizo después? ¿Investigaste a Anthony para averiguar algo y usarlo contra él?

Su mirada recorrió el lugar para confirmar la ausencia de cámaras, antes de hablar.

—Ya sabía lo de su aventura con tu padre. Tuvieron una relación durante años. Cuando le amenacé con contárselo a Maggi, tuvo miedo porque decía que quería a su mujer. Sin embargo, cuando le acusé de elegir a su amante antes que, a su familia, dejó caer que John era leal y que ni siquiera confiaría en mí para que le ayudara a tener un hijo.

—¿Fue entonces cuando dedujiste que usó el material genético de mi padre?

Estaba disperso, como si intentara recordar lo que había pasado.

—Era la forma en que lo decía, la mirada, el tono... Puede que Anthony tuviera sus secretos, pero yo le conocía muy bien, y no pudo negarlo cuando me enfrenté a él y le rogué que no se lo contara a su mujer, porque nunca se lo perdonaría.

—Y lo mataste. ¿En persona? —No lo negó, así que lo entendí—. Y luego te convertiste en el tutor de sus hijas, pero eso no fue porque fueras una buena persona, ¿verdad? Su abogado me dio un documento que pretendía pedirle a Maggi que firmara, uno que le daba plenos poderes para gestionar la vida financiera de Cleo. Sabiendo que es una posible hija de mi padre, intentarías conseguir una buena parte de la fortuna de la familia Marshall.

—Parece que realmente hablaste con mi abogado —se burló, pero estaba furioso.

—No vales nada, Gilroy. Mataste a tu hermano, vendiste la empresa y ganaste mucho más de lo que declaraste, pero no le pasaste toda la cantidad a Maggi. Luego ayudaste a tu cuñada con migajas y lo utilizaste para hacerte pasar por su amigo, convencéndola de que podrías ocuparte del dinero que Cleo ganara cuando mi padre muriera.

—Si acabas de informar sobre tus investigaciones, prefiero volver a mi celda. Es más agradable allí que escuchar tu voz, Marshall.

—¡Fírmalo primero!

Le tiré los papeles y decidió leerlos.

—Le pasarás a tu mujer todo el dinero que has guardado en un paraíso fiscal. Cuando te vayas de aquí, si no es en un ataúd, serás mayor y no tendrás ni un céntimo para volver a empezar.

—¿Y si me niego? —murmuró, dándose cuenta de que le estaba amenazando.

[6]—Entonces iré a buscar a mi amigo, que es fiscal de la CVM y repatriará todo ese dinero, pero también añadirá algunos delitos a tu expediente; para empezar, evasión de impuestos. Y no querrás enfrentarte a un proceso a nivel federal.

Estaba furioso, pero sabía lo grave que sería responder por un delito contra el sistema financiero estadounidense, así que firmó cuando se dio cuenta de que no había salida.

—Tengo una última pregunta —dije mientras el abogado comprobaba la firma—. ¿Por qué querías que me casara con Quinn?

Sonrió, victorioso de que yo no hubiera descubierto por qué.

—Ella sería la puerta de entrada, senador —conjeturó mi abogado cuando Gilroy guardó silencio—. Tener a la hermana de Cleo como esposa dificultaría el proceso de reconocimiento de la paternidad para la familia Marshall, incluso de cara a la opinión pública. Además, él sería visto como una persona idónea para reclamar los derechos de una niña. ¿Estoy en lo cierto?

Gilroy no contestó y pidió salir de la habitación, así que le dejé marchar. Había hecho lo que me había propuesto y esa parte del problema había terminado.

—Ahora que Gilroy ha sido detenido, ¿podemos volver a centrarnos en la campaña?

Olyvia se había desvivido por ayudar a mantener el secreto, pero se estaban oyendo algunos susurros. Empezaron con la investigación Gilroy y se extendieron a mi matrimonio.

Contratamos a una empresa de relaciones públicas, que trabajó tanto en mi imagen como en la de mi familia.

No fue fácil, y si Gilroy no tuviera tanto que perder, habría revelado todo lo que implicaba a mi familia, pero prefirió responder sólo por el asesinato de su hermano. Un crimen motivado por la envidia y la codicia.

—Victor está medio punto por delante en las encuestas y nosotros un punto por detrás, Henry. Tenemos que actuar antes de que la brecha se reduzca. Voy a reprogramar las citas que cancelamos.

Había cancelado gran parte de mi participación en actos y entrevistas para dedicarme a averiguarlo todo sobre el diputado que acabó siendo encontrado en una ciudad de Canadá, a punto de zarpar hacia Europa en un barco.

—Muy bien, Oly, reorganicemos la agenda y reprogramemos todo lo que me he perdido. Todavía tengo esa entrevista de TV hoy, pero necesito dos días más en Nueva York.

—¿Has conseguido convencer a Quinn de que tenéis que hablar? —Asentí en señal de confirmación—. Bien, te daré dos días más, pero luego trabajaremos en la campaña.

Sabía que tenía que centrarme en el trabajo, pero no podía alejarme de la necesidad de recuperar a mi mujer.

Llevábamos casi dos meses separados y ni siquiera podía volver a mi casa porque ya nada era lo mismo. Quinn Marshall entró en mi vida como una obligación, una amenaza, y se convirtió en lo único que realmente me importaba.

No aceptaría el divorcio, porque era el único vínculo que teníamos. Si lo rompía, Quinn no volvería a mi vida.

¡Divorcio!

Me repugnaba esa palabra. Era aceptable para cualquier otra persona, no para mi matrimonio.

Mi teléfono móvil vibró en mi bolsillo, y cuando lo saqué para comprobar quién podía ser, encontré el nombre de la chica que me había ignorado durante casi dos meses.

Cleo Taylor: Hola, Henry. Mi hermana dice que no tengo por qué odiarte y que podemos hablar.

Comprendí su necesidad de mantener las distancias, pero mis hermanos y yo seguimos intentando ponernos en contacto con ella. Acordamos que le enviaríamos mensajes diarios para hacerle saber que no había perdido nada, pero que había ganado tres posibles hermanos o tres amigos.

Yo: ¿Y tú me odiarías, Cleo?

Cleo Taylor: Estaba dispuesta a fingir que os odio a ti y a Spencer, pero Kayce intentaría negociar con mi madre, porque ni siquiera puedo fingir.

Mi sonora carcajada atrajo la atención del conductor, Hoover, y de mi asesor, que me miraron sorprendidos.

Yo: Creo que empezaré a llamarte cabrón para poder competir con él. Y Spencer intentará comprarte con viajes y regalos para ganar el primer puesto en sus favoritos.

Cleo Taylor: Que me digas esto sólo me anima a seguir teniendo a Kayce como favorita.

Será ventajoso teneros a los dos compitiendo por mi amor.

Releí las respuestas de la chica y noté una similitud con algo que diría mi hermano pequeño, lo que me dio cierto miedo, ya que tener un segundo Spencer en la familia sería todo un reto.

Cleo Taylor: Henry, no hagas daño a mi hermana. Ni siquiera Kayce puede competir con su lugar en mi vida. No hagas que te odie de verdad.

Nunca podríamos tener con Quinn la misma relación que ella tenía, ni intentaríamos disputarle el amor por su hermana, porque sería una derrota vergonzosa.

Yo: Te prometo que no te haré daño.

No volvió a contestar, pero me tranquilizó saber que estaba bien. Sin embargo, había llegado el momento de arreglar mi matrimonio y recuperar a mi mujer.

¡Y no aceptaré ningún otro resultado!

pensé mientras escribía un mensaje a Quinn.

Yo: Esposa, te espero mañana para charlar a las 7 de la tarde. Le daré la dirección al guardia de seguridad.

No tardó en contestar.

Quinn Marshall: No tienes que llamarme esposa en un simple mensaje. Nuestro matrimonio es un contrato y yo tengo un nombre. Hasta mañana.

¡Sí, es una esposa!

Yo: ¡No importa cómo se produjo este matrimonio, eres mía! ¡Mi mujer!

Quinn Marshall: Marshall, no soy un objeto del que puedas actuar como si fuera tuyo. ¡No me has comprado!

Tenía ganas de ir hacia ella y demostrarle que me pertenecía, que todo en ella era mío, pero eso lo haría al día siguiente.

Yo: Nos vemos mañana.

Estaba decidido a tenerla de nuevo, y nunca había perdido una disputa.

Capítulo treinta y cuatro — Henry Marshall



Henry Marshall

Pan quería preparar la cena, ya que sabía exactamente lo que le gustaba comer a mi mujer.

—Esta casa está demasiado silenciosa sin ellos, Senador —se quejó, con el ceño fruncido—. Tienes que traer a la Sra. Marshall.

Se enfrentó a mi mirada de disgusto. Después de todo, ¿cuándo le había permitido que me hablara en ese tono?

—Sé que tengo que traerla de vuelta, Pan —acepté, rindiéndome—. Pero yo pediré la cena y tú no tienes trabajo.

—Nunca tengo trabajo, Senador. Hace casi dos meses que no está en casa, el mismo tiempo que su esposa.

No pude explicarle que nuestra reunión no tenía nada que ver con la comida, pero cedí y acepté que preparara la cena.

Cuando el coche se detuvo en la entrada de nuestra casa y el conductor abrió la puerta, mi mujer bajó con la espalda recta. Llevaba un abrigo negro sobre un traje color plomo y zapatos nude. El atuendo típico de una entrevista de trabajo.

Como si eso supusiera alguna diferencia para mí.

Sus ojos brillantes estaban enmarcados por un ligero maquillaje y, aunque intentaba fingir distanciamiento, noté el ligero temblor de sus manos.

—Hola, Quinn. Me incliné para besarla, pero ella apartó la cara y mis labios rozaron su mejilla.

—Buenas noches, Marshall.

Entrecerré los ojos, pero ella me ignoró y entró en nuestra casa. Su mirada evaluó todo lo que nos rodeaba como si nunca hubiera estado entre aquellas paredes.

—Pan se empeñó en preparar la cena porque dijo que sabía lo que te gustaba.

le dije mientras la ayudaba a quitarse el abrigo y la americana.

—Tengo un paladar modesto.

Actuó como si sólo fuéramos dos conocidos, pero la dejé seguir con su teatro todo lo que pudo.

—Charlemos mientras cenamos.

La conduje al comedor y me di cuenta de lo mucho que le costaba mantener una amable sonrisa en el rostro. Me dio las gracias cuando le acerqué la silla, pero se sorprendió cuando mi mano se cerró en torno a su cuello e inclinó su cabeza hacia arriba.

Besé sus labios rápidamente y vi la ira parpadear en sus ojos, pero también vi el breve suspiro

que soltó.

—Sí, ahora —murmuré, pero mi voz volvió a su tono normal—. Pan ha preparado risotto de queso con solomillo, y tenemos vino tinto para acompañarlo.

No hizo ningún comentario, ni siquiera mientras me miraba servir los platos.

—Muchas gracias. El risotto tiene muy buena pinta —le felicitó antes de tomar la primera cucharada.

—¿Cómo están Maggi y Cleo? —pregunté, sirviéndole un vaso.

—Quedan muy bien, gracias. —La sonrisa que acompañó a la frase era tan falsa que no pude evitar admirarla por su esfuerzo—. Como ya hemos hablado antes, el divorcio es más rápido y menos estresante si es de mutuo acuerdo.

Llené mi vaso y la miré con decisión.

—Y será menos estresante si no hay divorcio —repliqué, dando un sorbo a mi bebida—. La invité a hablar de nuestro matrimonio, no a aceptar el divorcio.

Respiró hondo y colocó los cubiertos en el plato, organizados al milímetro, y sospeché que eso la ayudaba a mantener la calma.

—Henry, llevamos dos meses separados, nuestro matrimonio se ha reducido a un contrato...

—¡Nuestro matrimonio dejó de ser un contrato hace mucho tiempo!

Estaba furiosa por mi interrupción.

—No acepté esta reunión para volver a debatir. Me niego a malgastar el latín con gente que ni siquiera escucha su lengua materna.

Se levantó y se dirigió al salón, ansiosa por marcharse, pero yo la alcancé y la cogí del brazo.

—¡No te irás hasta que resolvamos lo que tenemos que resolver!

—Quiero el divorcio, la anulación del contrato o lo que prefieras, pero tú insistes en mantener este acuerdo, te niegas a ver que no soy tu mujer y...

La atraje hacia mí y tomé su boca en un beso que reflejaba mi desesperación por ella. Tan ávido como quien emerge tras largos minutos bajo el agua. Tragué el aire y la saliva de su boca, buscando su rendición y su sí para continuar con nuestro matrimonio.

—¡No puedes tocarme! ¡Está en el contrato! —murmuró contra mi boca.

—¡No voy a tocarte, Quinn! ¡Nada va a detenerme, a menos que realmente no puedas aceptar mis manos en tu cuerpo!

—Está en el contrato... hay muchas y... —tartamudeó, angustiada, sin saber si ceder o resistirse.

—¡Considérate millonario por la mañana, querido! Porque no me importan las consecuencias de las cláusulas.

La agarré por la nuca, impidiendo que se apartara. Devoré su boca, cuyo sabor me resultaba incomparable.

—No luches contra lo inevitable, Quinn. ¡Eres mi mujer!

Su aliento jadeante soplaba contra mi cara, embriagándome. Alimenté mi gula por su existencia.

Me mordió, apretó débilmente los puños contra mi pecho en un último intento de lucidez, pero poco a poco sus dedos se abrieron y se aferraron a mi camisa.

Dejo que una de mis manos abra sus pantalones y se deslice dentro de la tela, llegando a la unión entre sus muslos.

—Es por mí que tu coñito se moja tanto.

Mis dedos tocaron sus bragas, que ya estaban empapadas, el encaje goteando su humedad. El deseo estalló entre nosotros. Quería hundirme en su cuerpo, sentir su pulso caliente alrededor de

mi polla dura.

Además de deseo, quería convencerla de que era mía, de que nuestro matrimonio era real y el contrato sólo un trozo de papel.

Hice girar el dedo sobre la tela, rozando su clítoris, y ella gimió, apoyando la cabeza en mi pecho.

—Es por mí que gimes así. Robado, angustiado.

Aparté la mano de su sexo y la levanté en brazos, aún temiendo que su mente volviera a las dudas y los miedos, cuando yo sólo la quería llena de deseo. De lujuria.

—Deberías quedarte en nuestra cama —le dije, mordiéndole los labios mientras subía las escaleras.

—Henry —dijo en voz baja, casi en un susurro.

Silencié su boca con la mía, sus uñas hundidas en mi nuca. Gruñí contra sus labios, chupándolos como quería hacer por todo su cuerpo.

La deseaba sin reservas, como era antes de que todo se viniera abajo. No, me engañaba a mí mismo, porque la deseaba de un modo sin precedentes. Quería que olvidara todos los obstáculos, nuestras familias, cualquier historia pasada.

Entré en el dormitorio, cerré la puerta de una patada y, cuando estuve frente a la cama, deslicé su cuerpo sobre el colchón. La observé durante unos segundos, lo suficiente para admirarla, pero no para que viera fantasmas a nuestro alrededor.

Le quité los zapatos antes de desabrocharle los pantalones. Estábamos ansiosos y delirantes. Mi corazón parecía latir más rápido que nunca, y sin embargo era placentero sentir la anticipación, la angustia de poseerla.

Mis manos se deslizaban sobre su piel sedosa, y cada vez que la liberaba de una prenda, sentía temblar sus poros, me tragaba sus gemidos y gruñía contra su boca. Mi cuerpo palpitaba por ella.

Nuestras ropas desaparecieron en unos segundos, y cuando le bajé las bragas, que no eran más que una tira de tela, se me hizo la boca agua al ver su sexo. Deslicé mi mano entre sus piernas e introduje un dedo en su entrada.

—¿Por quién más te palpita así el coñito, Quinn?

Introduje un dedo y ella gimió, poniendo los ojos en blanco y aferrándose a las sábanas. Sus torneadas piernas se abrieron, como una invitación a mi depravación.

—Henry, así no vamos a resolver nuestros problemas —me susurró al oído.

Cerré la mano sobre su pecho derecho y agarré el pezón entre los dedos, arrancando gemidos de su boca. Bajé la cabeza hacia el pecho y pasé la lengua desde la curva cercana a la costilla hasta el pequeño y duro pezón.

—Tus pechos son míos, Quinn.

Mi boca se turnaba entre ellos, mordiendo y chupando en succiones que hacían retorcerse su cuerpo. Saboreé su cuerpo lentamente, recorriendo con la boca su abdomen plano y sin resistirme a marcar su piel con mordiscos.

Llegué a su suave sexo, pasé la lengua por su clítoris y lo empapé de saliva. Chasqueé el puñado de nervios con la lengua y lo tomé entre los dientes.

—Ouch, ouch, ouch... ¡Henry!

Ella gimió, abriendo más las piernas e inclinando su sexo hacia mí. Sedienta del orgasmo que había conocido conmigo.

Recordar tu virginidad no debería haber alimentado mi posesividad. Pensaba que no era un hombre con ese tipo de pensamiento, pero la verdad es que no hay nada más primario que saber

que tu mujer sólo disfruta de ti.

—¿Quién más te la chupa así, Quinn?

Incliné la cabeza y mi lengua alcanzó su entrada, chupando al mismo tiempo los labios de su sexo.

—No quiero volver contigo, Henry —gimió sin poder contenerse.

—Puedes intentar negar la verdad, Quinn, pero mantén las piernas abiertas para que mi boca en tu coñito te convenza de lo contrario.

Coloqué mi pulgar en su clítoris y lo acaricié mientras mi lengua follaba su entrada. Se retorció y forcejeaba en mi boca.

Había tenido muchas mujeres, pero el olor de ninguna de ellas tenía el poder de desestabilizarme como lo hacía el de Quinn. Entró en mi olfato y se introdujo en mi cerebro, activando la posesión, el deseo y la codicia.

Chupé y mordisqueé, deslizando mi lengua en su carne. Se estaba marcando, tal vez dolorida, pero ninguno de los dos podía parar. Sus dedos tiraban de mi pelo corto y arañaban allí donde llegaban.

Se corrió en mi boca. Fue una corrida fuerte y delirante, pero no le di tiempo a recuperarse. Me puse de rodillas entre sus piernas, extendí la mano sobre su sexo, que estaba sensible, y se lo masajee, mientras ella se retorció entre jadeos.

Le azoté el clítoris por primera vez y ella se estremeció, su cuerpo se retrajo en espasmos.

—¡Oh, Dios mío! —Su gemido fue tan fuerte que casi se ahoga en las sensaciones.

Volví a azotarla y ella gimió, hundiendo la cara en la almohada. Mi cuerpo palpitaba y solo quería hundirme en ella.

—Henry... —tartamudeó, y cuando me miró, vi lágrimas en sus ojos.

—¿Quién te come así, Quinn?

Me tumbé encima de ella y sus manos se acercaron ansiosas a mi espalda. Arañando, marcando. Sus piernas dobladas apretaban mis caderas.

—¡Eres mía, Quinn!

Mi polla se deslizó en su entrada, siendo aplastada por su apretado sexo. Apreté los dientes, intentando controlar las ganas de ponerme violento, pero no podía ser suave.

—Cada uno de tus putos gemidos es mío. —Me estiré y ella se estremeció bajo mi peso—. Todo tu semen me pertenece. De nuevo, empujé profundamente, delirante—. Cada beso de tu boca es mío.

Parecía cansada, pero iba a tener que aguantar mucho más, porque no quería que olvidara a quién pertenecía.

—¿A quién le chupaba la polla esa boca? —Le pasé el pulgar por el labio inferior, tirando de él hacia abajo y dejando al descubierto sus dientes—. ¿A quién muerdes con esos dientes?

Entré en un frenesí de posesión y deseo que nunca hubiera experimentado. Ella estaba tan excitada como yo. Nuestros cuerpos chocaban cada vez que me corría dentro de ella.

Mi polla hinchada no se saciaba de su sexo, todo era codicia de cuerpos y almas. Sí, nuestra relación era carnal, pero también implicaba sentimientos que se mezclaban entre los excitados por la lujuria y otros acompañados por el afecto y el amor.

No necesitaba negar que la amaba, no cuando lo único que me importaba era tenerla.

—Nuestros nombres están en el certificado de matrimonio. —Me lo puse al mismo tiempo que lamía el sudor de entre sus pechos.

—Y... también están en el contrato —susurró, aferrándose al recuerdo del documento.

—¡Rompimos esos papeles! —gruñó en su boca—. ¡Eso no me importa!

Mi cuerpo exigía satisfacción y mi mente necesitaba más placer. Era su placer lo que me aseguraba que me pertenecía.

Giré nuestros cuerpos y la dejé montada, empalada en mi polla.

—¡Monta ese coñito lleno de mi polla, Quinn!

Se dio la vuelta y me cabalgó, sintiéndose libre en su sexo. El sudor brotaba en su piel, realzando su aroma, que se mezclaba con el cítrico de nuestro sexo, y que también llegaba hasta lo más profundo de mi mente.

Enredé un mechón de su pelo en el puño y tiré de ella para acercarla, inclinando su cuerpo sobre el mío para besarle la boca.

Llevé mi mano a su culo, que estaba inclinado y abierto, y mis dedos encontraron su apretado ano.

—¿Alguien te ha comido el culo alguna vez, Quinn?

pregunté, hundiendo el pulgar en su agujero. Ella se retorció contra mi boca, apretando los dientes angustiada por la doble invasión.

—¡Entra, Quinn!

—No... no —balbuceó—. ¡Oh, Dios mío!

No solía clamar a Dios durante el sexo, pero estaba demasiado atormentada por el deseo.

Mientras ella se retorció sobre mi polla, mi dedo se hundía, moviéndose adelante y atrás a cámara lenta.

—¿Sabes por qué nadie se lo ha comido? Porque también me pertenece y me lo voy a seguir follando como me follo tu coñito.

Ella negó con la cabeza, sin saber siquiera a qué estaba accediendo. Respiró hondo, con los ojos vidriosos de lujuria.

Su columna se puso erecta y sentí sus primeros espasmos. Su carne vibraba, la tensión aumentaba y palpitaba con cada contracción muscular.

—Ahhh —gimió, mientras sus dedos me arañaban el pecho.

—Date la vuelta, Quinn. Llena mi polla con tu coñito.

Ella ronroneaba, gruñía y gemía, buscando el alivio que su cuerpo necesitaba, y yo presenciaba cada uno de sus movimientos, veía cómo su rostro se tornaba desesperado y, cuando se corría, sus ojos se ponían en blanco y se cerraban, como si ésa fuera la única forma de sentirlo.

Volví a girar y me puse encima de ella. Sus piernas ya estaban flácidas, seguía vibrando, y aceleré mis embestidas hasta que yo también me corrí y eyaculé dentro de ella.

El chorro de semen me vació hasta el fondo, y el líquido luchó por el espacio con mi polla. Estaba tan suave, húmeda y apretada que podría empezar de nuevo.

Esperé unos segundos hasta que pude pensar, y cuando saqué la polla, el semen se derramó por el canal.

—¿Cómo puedes decir que no es mío cuando es mi culo el que gotea de ti?

Con mis dedos, empujé el líquido viscoso dentro de ella, queriendo que no saliera de su cuerpo.

—Por favor, necesito descansar un rato —pidió, con voz rasposa, sudorosa y hermosa.

Sus ojos azules resaltaban sobre su piel enrojecida, arañada por los dientes y el roce de nuestros cuerpos.

—Descansa, Quinn. Cuando despiertes, te recordaré a quién perteneces.

Dejé que se durmiera, pero yo estaba encendido, eléctrico. No podía dormir.

Horas más tarde, se despertó y vino a mi encuentro. Estaba tocando el piano, una actividad

que me gustaba para relajarme, pero no lo suficiente como para que se convirtiera en una rutina, ni siquiera para acercarme a ella.

—Tocas muy bien —murmuró, apoyando el brazo en el cordal del instrumento.

—Soy menos que la media. Los alumnos del PEA aprenden a tocar instrumentos, y no era obligatorio, pero era muy gratificante poder participar en los eventos musicales —dije mientras rasgueaba—. Tómame una copa de vino.

Señalé con la cabeza la botella que había sobre la mesa auxiliar, a cierta distancia de la chimenea encendida.

—No la había visto llevar esa ropa —mencioné.

—Era parte de los regalos de boda, y se quedó en el armario cuando me fui.

Se me escapó una nota cuando oí "*cuando me fui*" —porque no fue así como entendí tu ausencia. "*Cuando me fui*" me pareció demasiado definitivo.

—¿Te arrepientes de algo de nuestra historia? —pregunté, temiendo la respuesta.

Llenó su vaso y le hice una señal para que se sentara al piano.

—¿No voy a romper nada?

—No lo harás. Puedes sentarte, querida.

Esperé a que se calmara antes de reanudar la conversación.

—¿Y qué?

Los dedos rasgueaban más rápido, fallando algunas notas básicas. Detalles que cualquier oído perspicaz notaría.

—Creo que sí, pero no sé exactamente qué. —Su mirada estaba fija en algún lugar más allá de mí—. Creo que me arrepiento de haber visto nuestra historia y a usted como posible titular. Si no hubiera sido por eso, habría mantenido las distancias, pero cuando me involucro en una historia, me sumerjo demasiado.

De repente, mis dedos se detuvieron en medio de las notas agudas. Nos invadió un silencio repentino e incómodo.

—¿Por qué insistes en verme como una historia que hay que contar, Quinn?

No apartó la mirada de mí, pero sostuvo la mía.

—Porque creo que todo lo que desentrañamos pierde su poder para hacernos daño.

—¿Y pasó, dejó de doler?

Su larga melena oscura se balanceaba y parecía una cortina sobre su jersey azul.

—No, aún me haces daño, pero no quiero sentir más dolor, Henry. Quizá me esté volviendo loca confesándolo, ¡pero me he enamorado de ti y no quiero que me hagas daño!

—El amor duele cuando no es correspondido, Quinn, pero te quiero, y no creo que esté loca por hacerte saber que puedes ser mi paraíso o mi ruina.

Sus ojos se abrieron de sorpresa, pero aún había una tristeza en ellos que no podía sacar con palabras.

—Quiero creer, y en el fondo creo que te creo, pero aún no puedo olvidar las razones por las que empezamos este matrimonio, Henry. ¿Y si lo que sientes es sólo el resultado de afinidades? Nuestras familias tienen una historia compartida, está Cleo que podría ser tan hermana mía como tuya... ¿y si lo que sientes es sólo identificación?

—¿Por qué tu amor es verdadero, pero el mío es sólo una ilusión, Quinn?

Me dolió oír que creías que mi amor no era posible o real.

—Nos metimos en esta historia por las razones equivocadas, Henry, pero de los dos, sólo a mí me motivaba el amor. Tu objetivo era la presidencia, algo que aún esperas conseguir. Yo era un medio para un fin.

Y entonces comprendí sus dudas, y me decidí.

Capítulo Treinta y Cinco — Quinn Marshall



Quinn Marshall

Mi vida era una catástrofe. Por muy bien que pareciera todo en la superficie, cuando mirabas más a fondo, te dabas cuenta de que todos mis sueños y deseos se desmoronaban, pero yo seguía intentando parecer fuerte para apoyar a la gente que quería. Incluso cuando no tenía nada que ofrecerles.

Por suerte, mi trabajo se había estabilizado y ya no me sentía inseguro ante un despido inminente.

Mi editor empezó a pasarme pequeñas responsabilidades, como entrenamiento para que yo pudiera ocupar su lugar en el futuro. Sin embargo, yo no sabía si quería ser editora, si era el momento adecuado o si tenía las aptitudes para asumir un puesto de responsabilidad.

Mi madre me animaba a ser más positiva y a tener fe en mis capacidades, pero yo sentía que me había saltado etapas importantes en mi crecimiento profesional.

Hasta que decidí hablar con Melanie y explicarle mis inseguridades. Quizá así se daría cuenta de que yo no era la persona que esperaba.

—Me sorprendería que estuvieras completamente a salvo, Quinn. —Su voz tranquila parecía indicar que esperaba que me sintiera así—. Los mejores profesionales temen fracasar, porque si fracasaran, no podrían volver a ser quienes eran ni avanzar. Es como estar en el limbo profesional. Comprendo tus miedos, pero te prometo que no pienso soltarte la mano mientras creas que no estás preparada. Tu carrera no correrá peligro.

Sus palabras reflejaban profundamente mis temores, y salí de la reunión sintiéndome más seguro, aunque mi vida personal seguía siendo un desastre.

Habían pasado dos semanas desde la última vez que vi a Henry, y por mucho que quisiera creer todo lo que decía, no podía olvidar que me habían elegido sólo para asegurar su silla.

¿Cómo pude olvidar que yo era un medio para un fin?

Nuestra relación podría haber cambiado a medida que vivíamos juntos, pero al principio estábamos en bandos opuestos, salvo por nuestro deseo, que era tan intenso como la guerra que estábamos librando.

Quizá lo único que realmente cambió fue mi corazón, que se cansó de guerrear, pero no supo vivir en paz con el enemigo.

—¡Quinn, ven aquí!

Oí gritar a mi madre y corrí al salón para averiguar qué pasaba. Después de tantos sucesos malos, estaba aterrorizada, y cualquier voz más alta en la casa parecía presagiar una tragedia.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, mientras buscaba a Cleo—. ¿Dónde está mi hermana?

Mamá agitó la mano en el aire, haciendo caso omiso de mi preocupación.

—Está en su habitación, cotilleando en su móvil. ¿Te he pedido que veas eso? —Señaló el televisor, donde aparecía la imagen de Enrique en un atril, a punto de hablar—. Se ha anunciado que va a hacer una declaración. ¿Sabes algo?

Moví la cabeza negativamente, plenamente consciente de la imagen impecable de mi marido. En aquel momento, su mirada carismática, capaz de cautivar a las multitudes, conllevaba cierta gravedad, que denotaba la seriedad de lo que estaba a punto de anunciar.

Todas las cámaras del estudio estaban sobre él. Olyvia estaba situada a su lado y mostraba un semblante tranquilo, pero aquel tipo de pronunciamiento era inusual.

Respiré hondo cuando oí su voz extenderse por el salón de mi casa.

"Amigos míos, a lo largo de mi vida pública siempre he defendido que la integridad y la responsabilidad son los pilares del servicio al pueblo. Hoy, más que nunca, estos valores me guían al tomar una de las decisiones más difíciles de mi carrera.

Tras una larga reflexión y con total transparencia, les informo de que retiro mi candidatura a la presidencia de Estados Unidos. Esta decisión no ha sido tomada a la ligera. Sé que muchos de ustedes han depositado su confianza en mí y han creído en mi visión del futuro de este país. Y lo sigo creyendo, sé que nos dirigimos hacia un futuro espléndido.

Pero lo cierto es que a veces liderar también significa saber dar un paso atrás. Significa reconocer que, para luchar por el bien mayor, hay que renunciar a ciertos sueños... incluso cuando están al alcance de la mano".

Me quedé sin aliento cuando hizo una pausa y la cámara enfocó su rostro. Me pareció que su mirada se clavaba en la mía, como si me hablara directamente.

"Mi lucha siempre ha sido y será por lo que es justo, verdadero y realmente importante. Y ahora, mi prioridad es proteger lo que considero más valioso. Hay batallas que no se libran en público, sino en el corazón. Y esas suelen ser las más importantes.

Seguiré sirviendo a mi país de otras maneras, porque el servicio no termina con unas elecciones. Está presente en cada elección que hacemos y en cada persona que decidimos proteger. Os agradezco el apoyo, el cariño y la fe que tantos de vosotros habéis depositado en mí. Siempre tendréis mi compromiso de luchar por lo que es justo".

—¿Quinn?

Oí la voz de mi madre cuando la imagen de Henry dejó de emitirse, pero no pude responder. Dejé que las lágrimas se llevaran mi dolor y me curaran, porque comprendí el subtexto del anuncio.

No se sacrificaba por su familia, ni por el público, ni para obtener una ventaja política o personal.

Este sacrificio es para mí.

Henry Marshall

Después de que Quinn me dejara sola en casa, me di cuenta de que, a pesar de su amor, nuestra relación estaba manchada por la forma en que había empezado.

Nada podía convencerla de que realmente quería a los dos, nuestro matrimonio, independientemente de las elecciones o de cualquier otra razón que no fuera nuestra felicidad.

Fue entonces cuando tomé la decisión, pero tenía que reunirme con miembros de mi partido y de mi equipo, y aún tenía que esperar a los trámites.

Por supuesto, todo el mundo intentaba convencerme de que no fuera más lejos, de que me diera cuenta de lo mucho que perdía, pero no sabían lo mucho que ganaba.

—¿Estás renunciando a tu sueño, pero no sabes si ella volverá? Tal vez deberías estar seguro, Henry.

Comprendía los temores de mi asesora y la respetaba por ser sincera conmigo, como lo había sido a lo largo de todos los años que habíamos trabajado juntas.

—¿Qué certezas tenía cuando se casó conmigo? Ninguna. Sólo hizo lo que había que hacer para preservar lo que era más importante para ella. No voy a negociar con Quinn. Mi matrimonio no es una extensión del Senado o de la Casa Blanca. Yo también necesito intentar preservar lo que es más valioso para mí.

Si Quinn no vuelve, me pasaré la vida intentando recuperarla.

En cuanto se apagaron las cámaras, sentí que se me quitaba el peso del mundo de encima. Por primera vez en muchos años, sentí que respiraba de otra manera, como si hubiera olvidado lo que era meter aire en los pulmones y lo hubiera reaprendido en ese instante.

Seguiría habiendo consecuencias, pero estaba preparado para todo. Sólo necesitaba tener a mi mujer conmigo.

Durante tres horas me dediqué a dar las gracias a mi equipo, a las personas que habían sido mis amigos y partidarios durante tantos años, y a sorber champán a modo de despedida. Cuando me pareció suficiente, le pedí a Olyvia que llamara a Quinn.

—El guardia de seguridad te llevará al lugar —dijo mientras colgaba el teléfono—. No puedo imaginarme lo que te traes entre manos, pero recuerda que aún no eres anónimo.

—Gracias. —le agradecí con un abrazo—. Nada de lo que diga es suficiente, Oly.

—El sueldo que me pagan es... —murmuró, sin perder el buen humor—. Y no voy a dimitir, así que búscame un papel en tu nueva vida.

No tenía intención de dejar de tenerla como socia, pero no sabía qué hacer profesionalmente a partir de entonces.

No quiero preocuparme por eso ahora.

Con eso en mente, subí al coche, ansioso por estar con ella.

—Póngase la peluca y la gorra, senador —le pidió Hoover.

Pensé en corregirle, después de todo, una carrera en política se hacía inviable en ese momento, pero dejé que se diera cuenta. Mi atención se centraba en mi mujer.

El coche se dirigió al lugar y Hoover se puso en contacto con su guardia de seguridad para averiguar dónde estaban. No tardó mucho en encontrarlos bajo un árbol. Ella estaba sentada en un banco, abrigada.

Me acerqué en silencio y me detuve frente a él.

—Hola, me llamo Henry.

Estiré el brazo y ella miró mi mano, que esperaba que la saludara.

—Encantada de conocerte, Henry. Me llamo Quinn —murmuró, poniendo su pequeña mano

sobre la mía.

—¿Puedo sentarme? —Señalé el espacio vacío que había a su lado—. Hoy no parece un buen día para estar en Central Park.

Sonrió y se ajustó el abrigo.

—No puedo imaginar quién elige pasear por Central Park en un día frío y húmedo como éste. —A pesar del tono divertido, la sonrisa se desvaneció lentamente—. Henry, ¿por qué has hecho eso?

Me quedé mirándola un momento, deseando que viera la sinceridad que había en mí.

—Porque nada es más importante que tú y nuestro matrimonio —le expliqué, sacando un fajo de papeles que llevaba enrollado en el bolsillo—. Ni siquiera un ridículo contrato que firmamos cuando aún estaba ciego.

Saqué el bolígrafo del otro bolsillo y firmé y rubricé todas las hojas antes de entregárselas.

—Es nuestro contrato, y puedes pedir a un abogado que lo analice antes de firmarlo, pero pone fin a cualquier acuerdo comercial entre nosotros.

—Nunca te pediría que abandonaras la campaña.

—Ya lo sé. Eres mucho mejor que yo. Eso es innegable.

—¿Y nuestra boda? —susurró la pregunta, con sus ojos llorosos mirándome fijamente.

—¿Vamos a dar un paseo? —La invité.

Ella aceptó y yo ajusté su mano en el pliegue de mi brazo. El aire frío era señal de un duro invierno.

—No quiero el divorcio, Quinn. Sé que tenías motivos para desconfiar de mi insistencia en que siguiéramos casados, pero de verdad espero que creas que nada más me importa aparte de ti. Nada ha cambiado desde la última vez que nos vimos, simplemente te quiero más que ayer, aunque me parezca imposible. Pero si aún así quieres el divorcio, no me opondré.

Me detuve a mirar su rostro, que destilaba tristeza.

—Pero tengo que advertirte que no voy a rendirme contigo, Quinn. Eso no es lo que voy a hacer, y para que no lo olvides, he grabado nuestra historia en Central Park.

Miró hacia donde yo asentía y sus ojos se abrieron de par en par al leer lo que estaba escrito en el letrero de un banco rústico, distinto a la mayoría

*"Bailamos en un campo de batalla donde el deseo era nuestra arma;
y el amor, nuestra inevitable ruina.
Irrevocablemente, tuyo.*

HM y QM".

—Henry... —murmuró entre lágrimas, y la abracé, dejándola llorar sobre mi pecho—. No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

—Ni siquiera lo consideré, cariño. Tengo el don de hacerlo todo difícil. Si no hubiera sido por este defecto mío, te habría pedido matrimonio de verdad el día que te vi en aquella fiesta de burlesque. —Te besé la cabeza y ajusté la tensión de mis brazos alrededor de tu cuerpo—. Depende de ti, Quinn: o nos divorciamos y vives con un hombre enamorado siguiendo tus pasos, o seguimos casados y prometo reconquistarte cada día.

Se apartó y nunca la había visto sonreír tan maravillosamente, incluso entre lágrimas.

—A diferencia de ti, yo me especializo en facilitar la vida de la gente. Creo que podemos evitar los abogados y todos los gastos que conllevan.

La abracé de nuevo, sintiendo cómo se acurrucaba contra mí.

—Debo sentirme muy agradecido, porque ahora estoy en paro y acabo de donar una cantidad importante al plato del banco.

Se rió, pero entonces sus ojos se abrieron de nuevo y miró el cartel.

—Henry, ¡pagaste diez mil dólares por ella! —Sus cejas se arrugaron ante mi silencio avergonzado—. ¿Cuánto pagaste, Henry?

—¡He donado! Ese es el término correcto, ¡y no voy a hablar de dinero! —He dicho.

—Las parejas hablan de dinero, Henry —insistió, y me di cuenta de que no iba a rendirse.

—Como puedes ver, el banco es una obra de arte, hecha a mano. La rusticidad tiene un estilo que armoniza con el entorno, es casi orgánico, y está en una posición privilegiada que...

—¿Cuánto, Henry? —Interrumpió mis argumentos, ignorando la singularidad del banco.

—¡No lo diré! —La rodeé por la cintura y le olfateé el cuello. Nunca confesaría que pagué veinticinco mil dólares por ella—. Hace demasiado frío aquí, vamos a casa.

—Averiguaré cuánto fue, Henry, pero vámonos, porque a mi marido quizá no le guste saber que me estaba besuqueando con una morena.

—¡Ni siquiera bromees sobre ello! Sólo de pensarlo se me ponen los pelos de punta.

Se rió, pero se detuvo al recordar algo.

—¡Tenemos que hacernos una foto los dos sentados en el banco, Henry!

Me cogió de la mano y me hizo sentar a su lado. En el momento en que colocó la cámara de su móvil para hacerse un selfie, las dos nos reímos de mi imagen.

—¡Tenemos que movernos rápido! —advertí mientras me quitaba la peluca y la gorra.

Ella consiguió la foto que quería, y yo me fui de aquel parque con la mujer que, a pesar de no merecerlo, había elegido para mí.

Y me la volvería a ganar, día tras día.

Epílogo — Henry Marshall



Henry Marshall

Años después

Cuando decidí dejar la política, mis prioridades eran mi mujer y nuestro matrimonio. Así que no pensaba demasiado en el futuro. Me preocupaba del día, la semana o el mes siguiente, sólo después de haber recuperado a Quinn y asegurarme de no volver a perderla.

En ningún momento calculé las repercusiones de mis actos, que fueron grandes. Hubo intentos de represalia por parte de algunos que me habían apoyado, porque sentían que habían perdido una gran inversión.

Si no hubiera sido marshall, sin duda me habrían hecho la vida imposible.

Además, un mes después de mi dimisión, falleció mi padre. Sabíamos que pasábamos poco tiempo con él, y todos estábamos dolidos por todo lo que se había descubierto, pero no por ello fue menos difícil afrontar su pérdida.

La verdad es que nada fue fácil ni agradable, pero tener a Quinn a mi lado lo hacía todo soportable. Después de superar el torbellino, nuestro amor se hizo más fuerte y estuvimos más unidos que nunca.

Nos trasladamos a Houston, y no podríamos haber tomado una decisión mejor para nosotros y nuestras familias.

Maggi y Cleo se mudaron con nosotros, y Jamie no dejó de visitarnos hasta que él y Maggi empezaron una relación y a los pocos meses se casaron.

Mi madre y mi suegra se hicieron grandes amigas y se apoyaron mutuamente. Katherine Marshall demostró ser más fuerte de lo que imaginábamos. Cogió su crucero y viajó todo lo que pudo. A veces Maggi la acompañaba, pero los dos últimos años pasó las vacaciones con un novio.

Quinn fue invitado a trabajar para una importante revista y pronto se convirtió en redactor jefe. Asumí la presidencia de Titán, pues estábamos hartos de oír a Spencer quejarse del trabajo.

En cuanto a Kayce y Spencer... Bueno, ellos también han conocido a mujeres que han sacudido sus vidas, pero esas historias las contarán ellos en algún momento del futuro.

Cuando Cleo se sintió cómoda y decidió que necesitaba saber si éramos hermanos, nos hicimos una prueba de ADN que demostró que estábamos emparentados.

Aparte de cambiar su apellido en sus documentos, nada cambió, pues ya sufría a manos de unos hermanos celosos.

Quinn tuvo que intervenir cuando Kayce intentó meter a nuestra hermana en una burbuja y

protegerla hasta el punto de intentar privarla de una vida normal. Para él, nada ni nadie era lo bastante bueno para la menor.

—Henry, ¡vamos a llegar tarde! —gritó Quinn, sacándome de mis divagaciones.

Me acerqué a donde estaba y la encontré intentando sujetar el pelo de nuestra hija Serena. Su mirada recorrió mi cuerpo y no pudo ocultar lo mucho que le gustaba que llevara falda escocesa.

—¡Me encanta estar en Escocia! —comentó con una mirada traviesa mientras terminaba de peinarse—. Eso es, niña, puedes ver los dibujos animados mientras termino de arreglarme.

Mis hermanos y yo seguimos manteniendo la tradición de viajar a Escocia, pero ese año sólo llevé a mi familia.

—Tienes un fetiche con esta ropa —le susurré al oído y le besé la cabeza.

—¡Mi fetiche es para ti!

Le besé la boca y oímos a Colin emitir sonidos de disgusto. Era nuestro hijo mayor, y estaba en la fase de sentir náuseas cuando presenciaba cualquier muestra de afecto.

—Papá, ayúdame.

Me acerqué a él y le ajusté el *sporran*^[7] a la cintura, aprovechando para comprobar que el *sgian dubh*^[8] estaba sujeto al calcetín. Se parecía a mí, tanto en estatura como en pelo claro, pero tenía la mirada sagaz de su madre.

Serena se parecía a mi suegra, incluso en su forma tranquila pero imponente. Le encantaba salir a pasear con sus abuelos, y tanto Katherine como Maggi mimaban a sus nietos.

—Poneos uno al lado del otro, ¡quiero haceros una foto! —pidió Quinn, y yo abracé a Colin, pero le puse una mano en la mejilla y apreté.

El juego se hizo un lío entre nosotros, hasta que mi mujer nos obligó a posar para la foto.

—¡Son preciosas! —murmuró, comprobando las imágenes—. Se las enviaré a mamá y a Katherine. Les encantarán. Quiero publicar algunas en mis redes sociales.

—Creía que llegaríamos tarde, Quinn —le dije cuando la vi jugueteando con el móvil.

—Tenemos tiempo, sólo quería tu ayuda —me confesó, lanzándome un beso—. Prometo publicar sólo una foto y...

Sus cejas se arrugaron mientras leía algo en el aparato, lo que me produjo aprensión.

—¿Hay algún problema en casa? —pregunté.

—No, están bien, pero necesito ver algunas noticias —murmuró, antes de volverse hacia los niños—. Colin, cuida de tu hermana, porque tengo que ocuparme de algo en el trabajo.

—Por favor, no tardes —pidió el chico, pero se distrajo con el juego de su móvil.

Entramos en el dormitorio y Quinn encendió el televisor, buscando el canal americano, yendo directamente a la emisión de un periódico. Mis ojos recorrieron el CG^[9] que informaba **"NUEVA YORK EN LLAMA. La muerte de uno de los jefes de la mafia siciliana ha desatado una guerra entre grupos organizados"**.

Estuve atento a las noticias, y uno de los presentadores interrumpió el debate sobre el tema para dar una noticia de última hora:

"Es oficial: la guerra entre organizaciones criminales en Nueva York se ha cobrado otra víctima. Magno Bracco ha sido declarado muerto tras la explosión de un edificio en Manhattan. La búsqueda ha finalizado y la policía está a la espera de que se retiren los escombros para encontrar el cuerpo del empresario, identificado como uno de los jefes de la Cosa Nostra en Estados Unidos."

—Nunca me había sentido tan feliz de estar lejos de Nueva York. Debe de ser una locura —comenté—. ¿Necesitas trabajar en ello?

—Uno de los periodistas va a trabajar en la historia y tengo que seguir la evolución. No es el

tipo de noticia que se pueda ignorar.

—¿Entonces nos quedamos en casa?

Sonrió, me rodeó la cintura con los brazos y se puso de puntillas para besarme la barbilla.

—Me encantaría quedarme a ver cómo se quita la falda escocesa, Sr. Marshall, pero prometimos a los niños que los llevaríamos a la fiesta.

—Voto por que nos quedemos y hagamos que se acuesten temprano.

Se rió a carcajadas y la alcé en mis brazos.

—Voto porque llevemos a los niños a la fiesta, así se cansarán y cuando se acuesten tendremos toda la noche para nosotros.

—Me pondré la falda escocesa, Sra. Marshall, pero me ayudará a quitármela cuando estemos solos.

—¿Es un poco amenazador?

Sus dedos se deslizaron entre los pelos de la barba que me había dejado crecer. Cuando aún era político, me mantenía constantemente la barba recortada, pero descubrí que a mi mujer le gustaba su aspereza.

—Amenazante es mi barba en tu sexo después —rocé mi cara contra su cuello, y ella se encogió hacia atrás, temblando.

—¡No puedo esperar por eso, mi marido!

Oímos que los niños nos llamaban, así que la dejé terminar de arreglarse mientras yo cuidaba de nuestros hijos.

Pensé en Nueva York y en cómo mi historia se entrelazaba con la ciudad, en todo lo que había vivido y lo que esperaba conseguir. Era una vida interesante, pero nada comparado con lo que realmente había construido con Quinn.

Sin duda me habría convertido en una persona amargada si no hubiera conocido a la descarada periodista en aquella fiesta, o si no me hubiera enamorado de ella.

—¡Estoy listo!

Apareció y parecía una visión de mis sueños más secretos. Su pelo castaño oscuro contrastaba con sus ojos azules.

—¿He cumplido mi promesa, Quinn? —Me miró con las cejas arrugadas, sin entender a qué me refería—. ¿Te he vuelto a ganar cada día?

Su mirada se suavizó y se le saltaron las lágrimas al recordarlo. Se acercó, me abrazó y se acurrucó en mis brazos.

—Siempre, Henry. No hay día en que me levante y no me sienta bendecida y feliz por tenerte a mi lado.

—Yo también, cariño. Desde que me enamoré de ti en aquel banco del parque.

Y así sería para siempre.

Irrevocablemente, ¡tú!

FIN

Notas

[1] **Pulitzer Travelling Fellowship** Se concede a un pequeño grupo de licenciados que demuestran excelencia académica. Este premio proporciona una beca de viaje de un año para realizar trabajos periodísticos en cualquier parte del mundo.

[2] **Premio Pulitzer:** Es un premio estadounidense que se concede a profesionales que realizan una labor destacada en los campos del periodismo, la literatura y la composición musical. Lo administra la Universidad de Columbia en Nueva York.

[3] Byline es la línea que aparece al principio de un artículo e indica el autor de la historia. Suele incluir el nombre del periodista y, a veces, la fecha de publicación. Es una forma de reconocimiento y credibilidad para el autor.

[4] MoMA: Museo de Arte Moderno

[5] Los Super PAC son comités de acción política que apoyan a los candidatos. Reciben donaciones de campaña y, a diferencia de los PAC, pueden recibir cantidades ilimitadas.

[6] La Comisión del Mercado de Valores de Estados Unidos (o SEC) es un organismo independiente encargado de proteger y regular los mercados de capitales estadounidenses. Además, también se encarga de mantener el buen funcionamiento de los mercados de valores supervisando el funcionamiento de las empresas.

[7]

[8] **El sporran** es una pequeña bolsa que se lleva alrededor de la cintura y cuelga de la parte delantera de la falda escocesa. Es un elemento esencial para guardar objetos pequeños, como la cartera o las llaves.

El **sgian dubh** es un pequeño cuchillo que se lleva en la parte superior del calcetín de la falda escocesa.

[9] CG (Generador de caracteres) Son los créditos que aparecen en pantalla, como los nombres de los entrevistados, el reportero, los títulos, los subtítulos, etc.